

ESPAÑA-MAGREB, SIGLO XXI

Bernabé López y otros

COLECCIONES
MAPFRE

1492

La vecindad con los países del Norte de África no es sentida por la opinión pública española como uno de los objetivos importantes de la política exterior. La vecindad es un hecho geográfico pero no siempre afectivo. Para la política española, el Magreb ha sido una idea que ha empezado a tomar forma en su globalidad regional sólo a partir de los años sesenta o setenta del siglo XX. La vecindad es percibida como *hostilidad* después de la caída del reino nazarí en Granada y la expulsión de los moriscos. Desde la segunda mitad del siglo XVIII, los Borbones revalorizan el Magreb en el marco de su política mediterránea. A mediados del siglo XIX, surge una nueva visión de las relaciones que afecta al concepto de *frontera* y se traduce en una política de intervención. Con la guerra de 1859-60 se inaugura otro modelo, el «colonial» o «contemporáneo», que dura hasta la independencia de Marruecos. Esta obra colectiva quiere contribuir al conocimiento mutuo en terrenos que no son siempre los del conflicto: las relaciones lingüísticas, el problema migratorio, análisis políticos e históricos, estudios sociales, la literatura, el cine, etc.

Bernabé López García es el coordinador de este volumen, en el que también colaboran otros estudiosos: Víctor Morales Lezcano, Simón Levy, Ahmed Sabir, Michel Camau, Michele Grondino, Alberto Piris, Abdelhamid Bouraoui, Abdelkader Zghal, Gema Martín Muñoz, Rémy Leveau, Abdelkrim Belgendouz, Paolo de Mas, Colectivo Ioé, Ángeles Ramírez, Ana Ramos Calvo, Marcelino Villegas, Cecilia Fernández y Miguel Hernando de Larramendi.

16€

1.000.000.000

ESPAÑA 1981

EL PRIMER PASO AL FUTURO



Colección El Magreb

ESPAÑA-MAGREB, SIGLO XXI

EL PORVENIR DE UNA VECINDAD

Director coordinador: José Andrés-Gallego
Diseño de cubierta: José Crespo

© 1992, Bernabé López García
© 1992, Fundación MAPFRE América
© 1992, Editorial MAPFRE, S. A.
Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-307-4 (rústica)
ISBN: 84-7100-308-2 (cartoné)
Depósito legal: M. 15685-1992
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n, km 20,800 (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

BERNABÉ LÓPEZ GARCÍA
(Coordinador)

ABDELKRIM BELGUENDOUZ
ABDELHAMID BOURAOUI
MICHELE BRONDINO
MICHEL CAMAU
COLECTIVO IOÉ
CECILIA FERNÁNDEZ SUZOR
MIGUEL HERNANDO DE LARRAMENDI
RÉMY LEVEAU
SIMÓN LEVY

GEMA MARTÍN MUÑOZ
PAOLO DE MAS
VÍCTOR MORALES LEZCANO
ALBERTO PIRIS LAESPADA
ÁNGELES RAMÍREZ FERNÁNDEZ
ANA RAMOS CALVO
AHMED SABIR
MARCELINO VILLEGAS
ABDELKADER ZGHAL

ESPAÑA-MAGREB, SIGLO XXI

EL PORVENIR DE UNA VECINDAD



EDITORIAL
MAPFRE

ESPAÑA MACRER
SIGLO XXI
EL PORTAVER DE UNA VECINDAD

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

I. BERNABÉ LÓPEZ GARCÍA

España-Magreb: el porvenir de una vecindad	13
--	----

PRESENCIA DEL PASADO: CIVILIZACIÓN Y COMUNICACIÓN

II. VÍCTOR MORALES LEZCANO

Mirar al pasado: Marruecos, apeadero africano de España	35
---	----

III. SIMÓN LEVY

La lengua diaria marroquí, reflejo de unas relaciones seculares entre España y Marruecos	53
---	----

IV. AHMED SABIR

Aproximación a una geografía de los hispanismos en el Magreb: el caso de Marruecos	67
---	----

POLÍTICA MAGREBÍ Y ESTRATEGIA REGIONAL

V. MICHEL CAMAU

Poder y legitimidad en el Magreb	87
--	----

VI. MICHELE BRONDINO

La Unión del Magreb Árabe (UMA) y las relaciones intermagrebíes.	109
---	-----

VII. ALBERTO PIRIS LAESPADA	
Algunas consideraciones sobre los aspectos militares y estratégicos de la cooperación hispano-magrebí	125

EL FACTOR HUMANO EN EL MAGREB

VIII. ABDELHAMID BOURAOUI	
La población magrebí ante el siglo XXI: una mirada de futuro	141
IX. ABDELKADER ZGHAL	
Juventud magrebí e identidad ante el fin del siglo	155
X. GEMA MARTÍN MUÑOZ	
Espacio femenino y orden socio-político magrebí	169

MAGREB, MIGRACIONES, EUROPA Y ESPAÑA

XI. RÉMY LEVEAU	
Las migraciones magrebíes y la Europa comunitaria	195
XII. ABDELKRIM BELGUENDOUZ	
UMA-CEE: los emigrados magrebíes entre dos orillas	207
XIII. PAOLO DE MAS	
La fortaleza europea y las consecuencias de la relación migratoria entre España y el Magreb	219
XIV. COLECTIVO IOÉ	
(Walter Actis, Carlos Pereda y Miguel A. de Prada)	
La inmigración magrebí en España	233
XV. ÁNGELES RAMÍREZ FERNÁNDEZ	
Marroquíes en España: aproximación a una tipología para el caso del Maresme catalán	249

CULTURA MAGREBÍ Y RELACIONES CULTURALES CON ESPAÑA

XVI. ANA RAMOS CALVO	
El movimiento literario magrebí: la literatura contemporánea en Marruecos, Túnez y Argelia	259

XVII. MARCELINO VILLEGAS	
El cine magrebí	309

XVIII. CECILIA FERNÁNDEZ SUZOR	
Las relaciones culturales hispano-marroquíes en la perspectiva de los 90	327

APÉNDICE

XIX. MIGUEL H. DE LARRAMENDI	
Guía de Centros de Investigación y bibliotecas sobre el Magreb contemporáneo	337

CRONOLOGÍA

XX. MIGUEL H. DE LARRAMENDI	
Cronología hispano-magrebí	345

BIBLIOGRAFÍA

XXI. BERNABÉ LÓPEZ Y MIGUEL H. DE LARRAMENDI	
Bibliografía magrebí comentada	375



ESPAÑA MAGIS. EL PORQUE DE UNA VICINIDAD

Revisión: 1 de febrero de 1998

INTRODUCCIÓN

La publicación que aquí se presenta es el resultado de un trabajo de investigación realizado por el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) en el marco del proyecto de investigación "El CIS y la sociedad española" financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia. El proyecto de investigación se centró en el estudio de la sociedad española en los últimos años, con especial énfasis en la evolución de la estructura social, la economía, la cultura y la política. Los datos que se presentan en esta publicación son el resultado de una encuesta realizada en el año 1997, con el objetivo de conocer la opinión de la población sobre la situación de España y sobre los cambios que se están produciendo en la sociedad.

La encuesta se realizó entre los meses de febrero y marzo de 1997, con una muestra representativa de la población española de 18 años y más. Los resultados de la encuesta se presentan en esta publicación, con especial énfasis en los aspectos más relevantes de la evolución de la sociedad española. En primer lugar, se analiza la estructura social, con especial énfasis en la evolución de la clase media y en la aparición de una nueva clase media. En segundo lugar, se analiza la economía, con especial énfasis en la evolución del sector privado y en la aparición de una nueva clase media. En tercer lugar, se analiza la cultura, con especial énfasis en la evolución de la televisión y en la aparición de una nueva clase media. En cuarto lugar, se analiza la política, con especial énfasis en la evolución del sistema de partidos y en la aparición de una nueva clase media.

Investigación Sociológica de Madrid

Encuesta 1997 sobre la opinión de la población sobre la situación de España y sobre los cambios que se están produciendo en la sociedad.

El estudio se realizó entre los meses de febrero y marzo de 1997, con una muestra representativa de la población española de 18 años y más.

I

ESPAÑA-MAGREB: EL PORVENIR DE UNA VECINDAD

Bernabé López García*

La vecindad con los países del norte de África no es sentida por la opinión pública española como uno de los objetivos importantes de nuestra política exterior. En una encuesta de opinión realizada por el Centro de Investigaciones Sociológicas en enero de 1984¹, apenas un 3 % de los encuestados consideraban dicha vecindad como uno de los tres puntos importantes de nuestra política exterior. Asimismo, tampoco la vecindad magrebí era percibida como proximidad o cercanía por nuestra opinión. Los países árabes constituían un bloque *lejano* o *muy lejano* para uno de cada tres españoles, y sólo *cercano* para un 7 %², mientras el Mercado Común Europeo se percibía en un 44 % de los casos como *cercano*.

La vecindad es por tanto un hecho geográfico, pero no siempre afectivo. Ahí es, a mi juicio, donde radican las diferencias de percepción de mundos igualmente cercanos o lejanos en kilómetros, pero con distancias más marcadas por la civilización, por la cultura, por la voluntad. Por ello, pese a que desde hace décadas en nuestra política internacional han primado —con recelos o sin ellos— los países magrebíes (personificados, bien es cierto, en Marruecos), bien como consecuencia de una política de sustitución y superación del aislamiento que vivió España, bien por imperativos geopolíticos, bien por voluntad de

* Universidad Autónoma de Madrid.

¹ Estudio 1381 sobre política exterior. Ámbito nacional a 2.495 mayores de dieciocho años.

² *Ni cercano ni lejano* para un 43 %. Estudio 1467 realizado del 1 al 5 de junio de 1985 por el CIS.

proyección exterior, estas razones no contribuyen por sí mismas, aun cuando la opinión sea consciente de ellas³, a que se perciba favorablemente el hecho de la vecindad.

La guerra y todo el conflicto del Golfo han aparecido como hechos perturbadores en las relaciones hispano-magrebíes. La imagen de nuestro país sufrió cierto deterioro ante los pueblos del Magreb por su alineamiento con el bloque aliado en el castigo al pueblo de Iraq, pero es posible que por otra parte haya significado un revulsivo para que se tengan en cuenta en la política española los imperativos «de su geografía, de su historia y de su cultura», como recordaba el pensador argelino Muhammad Arkoun en una visita a España⁴.

LOS VAIVENES POLÍTICOS DE LA VECINDAD

Para la política española, el Magreb ha sido una idea que ha empezado a tomar forma en su globalidad regional apenas a partir de los años sesenta o setenta del siglo XX. La «Berbería» de la Edad Moderna, el «África» del XIX, el «Rif» del primer tercio del siglo XX, el «Marruecos español» del franquismo, han sido todos sinónimos en el imaginario español de *frontera*, cargados por otra parte de la significación del viejo antagonismo histórico entre el *español* y el *moro*. Antagonismo que es, a juicio del profesor José María Jover, «la noción más intensamente socializada de la conciencia histórica del español»⁵.

La vecindad es percibida como *hostilidad* muy especialmente después de las fechas de 1492 y de 1609, respectivamente las de la caída

³ En una encuesta de política exterior (estudio número 1381) realizada por el CIS en enero de 1984, el 47 % de los consultados creían que «España tiene una especial relación de amistad con los países árabes» frente a un 19 % que no opinaban así.

⁴ Conferencia sobre «Islam en la inmigración» en el Instituto Universitario Ortega y Gasset. Véase la entrevista de Arkoun con Lola Infante, «España debe hacer la política de su cultura», en *Diario 16*, 10 de marzo de 1991, Dossier, p. 8.

⁵ Véase J. M.^a Jover, «La percepción española de los conflictos europeos: notas históricas para su entendimiento», *Revista de Occidente*, 57 (Madrid, 1986), pp. 13-42. Sobre el antagonismo español-moro, véanse los trabajos de M.^a R. de Madariaga, «Árabes y españoles: complicidades y recelos mutuos», e «Imagen del moro en la memoria colectiva del pueblo español y retorno del moro en la guerra civil de 1936», en la *Revista Internacional de Sociología*, 46-4 (octubre-diciembre, 1988), pp. 509-520 y 575-599 respectivamente. Véase también J. Goytisolo, «Cara y cruz del moro en nuestra literatura», en *Crónicas sarracinas*, Ruedo Ibérico-Ibérica de Ediciones, Barcelona, 1982, pp. 7-25.

del reino nazarí granadino y de la definitiva expulsión de los moriscos ⁶. Desde la segunda mitad del siglo XVIII se produce una revalorización del Magreb por los Borbones españoles en el marco de su política mediterránea. Se restablecen relaciones en relativa normalidad con Marruecos que buscan la consolidación de la paz y el asentamiento de unas reglas de juego en los dominios militar y comercial, plasmadas en los diversos tratados de 1767, 1780 y 1799 ⁷.

A partir de los años cuarenta del pasado siglo y hasta 1875, una nueva visión de las relaciones, que afecta profundamente al concepto de *frontera*, va a aparecer en la opinión pública y tendrá su traducción en una política de intervención en el norte de África. Son, sin duda, los ecos de la ocupación francesa de Argelia los que mueven a publicistas y políticos a

ilustrar y prevenir a la opinión [sobre] aquellos países, si cercanos a nuestra España que casi con la mano se los toca, tan apartados hoy por la lejanía de toda comunicación o trato que nadie acuerda haberse ocupado de ellos, ni en su lectura ni en sus estudios,

como expresará Serafín Estébanez Calderón ⁸.

⁶ Una excelente profundización en la tipificación de esta «hostilidad» durante este período es la obra de M. A. de Bunes Ibarra, *La imagen de los musulmanes y del Norte de África en la España de los siglos XVI y XVII. Los caracteres de una hostilidad*, C.S.I.C., Madrid, 1989.

⁷ Sobre este punto, véase V. Morales Lezcano, «La estructura de las relaciones hispano-marroquíes en el siglo XIX», en *Awraq*, 5-6 (1982-3), pp. 205-219. V. García Franco, en su trabajo «Orígenes contemporáneos de la política exterior española en Marruecos, 1800-1845 (Esbozo y apuntes para un estudio)», en *Awraq*, IX (1988), pp. 37-66, califica estas nuevas relaciones hispano-marroquíes de «modelo antiguo régimen». Obra clave para el conocimiento del tema es la de R. Lourido Díaz, *Marruecos y el mundo exterior en la segunda mitad del siglo XVIII*, Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe, Madrid, 1989, que actualiza la de V. Rodríguez Casado, *Política marroquí de Carlos III*, C.S.I.C., Madrid, 1946. Véase también D. Sevilla Andrés, *África en la política española del siglo XIX*, Instituto de Estudios Africanos, Madrid, 1960. Para las relaciones con los otros países magrebíes, véase M. de Epalza y A. el-Gafsi, «Relations espagnoles au XIX^e siècle. Documents et synthèse», en *Cahiers de Tunisie*, XXVI, 101-102 (1978), pp. 183-216, así como M. de Epalza y J. B. Vilar, *Planos y mapas hispánicos de Argelia. Siglos XVI-XVIII*, I.H.A.C., Madrid, 1988.

⁸ En su obra *Manual del Oficial en Marruecos*, o *Cuadro geográfico, estadístico, histórico, político y militar de aquel Imperio*, Imprenta de don Ignacio Boix, Madrid, 1844.

La ambición colonial dibuja a Marruecos como el escenario «natural» de una hipotética futura expansión. Así lo confirma la obra de Antonio Cánovas del Castillo, sobrino de Estébanez, *Apuntes para la historia de Marruecos*⁹, cuya idea nervio es que «la frontera natural de España por la parte del Mediodía no es el canal angostísimo que junta los dos mares, sino la cordillera del Atlas, contrapuesta al Pirineo». España podía ser todavía, asegura Cánovas, una gran nación continental y marítima a costa de la orilla africana:

Ahí hay para nosotros una cuestión de vida o muerte: no vale olvidarla, no vale volver los ojos a otra parte; el día de la resolución llegará, y si nosotros no atendemos a resolverla, otros se encargarán de ello de muy buena voluntad¹⁰.

Con la guerra de 1859-60 se inaugura otro modelo de relaciones, el «colonial» o «contemporáneo»¹¹, que habría de perdurar durante prácticamente un siglo, hasta la independencia de Marruecos. Sin embargo, hay que resaltar el carácter residual del papel colonial jugado por España en el norte de África. Subordinado a las dos grandes potencias coloniales del momento, ni el ensayo de expansión que supuso dicha guerra encontró posibilidad de arraigo (la evacuación del territorio se produjo a indicación de Inglaterra y en breve plazo), ni los «derechos históricos» con los que luego se pretextó la concesión de un «protectorado tapón» al norte de Marruecos fueron más que una fachada para evitar el control de la orilla sur del estrecho de Gibraltar por Francia.

Pero hay que tener en cuenta un hecho: el desarrollo de una opinión pública favorable al incremento de relaciones con Marruecos y partidaria, incluso, de la colonización pacífica del territorio. No se trata ya de una opinión directamente influida por el estallido patriótico de la

La obra apareció en el contexto de una crisis hispano-marroquí que anunciaba la ruptura con el anterior modelo de relaciones.

⁹ Madrid, 1852, reeditado en la revista *La América*, del 8 de enero de 1860 al 8 de junio de 1860.

¹⁰ *La América* (8 de junio de 1860), p. 8.

¹¹ Véase V. García Franco, *op. cit.*, p. 56. Este autor sitúa el nacimiento de este modelo de relaciones en 1844.

guerra de Tetuán ¹², sino de la labor de todo un grupo de publicistas ¹³ y políticos que impulsarán la proyección africana de España y prepararán el ambiente de la colonización, que encontrará, no obstante, resistencias en el ámbito de la política oficial, decantada hacia un «recogimiento», temeroso por romper el *statu quo* en Marruecos ¹⁴. Sociedades científicas, africanistas y colonistas ¹⁵ forman el sedimento de opinión de una acción que se quiere fomento unos intereses comerciales ¹⁶, pero que la realidad económica de España y el juego de intereses de las potencias mayores se encargarán de dificultar.

¹² Estudiada con profundidad en la obra de M.-C. Lécuyer y C. Serrano, *La guerre d'Afrique et ses répercussions en Espagne (1859-1904)*, PUF-Université de Rouen, París, 1976, pp. 13 a 226.

¹³ É. Témime en su trabajo «L'opinion publique espagnole devant les rivalités coloniales en Afrique (1880-1914)», en la obra colectiva *Opinion publique et Politique extérieure (1870-1915)*, École Française de Rome, Roma, 1984, pp. 385-396, recoge la frondosa producción publicística de obras sobre Marruecos entre 1880 y principios de siglo de autores como M. Pablo Castellanos, M. Llana, E. Bonelli, M. Blanco Herrero, F. Pérez del Toro o G. de Reparaz.

¹⁴ Sobre este grupo africanista, véase también la tercera parte de M. C. Lécuyer y C. Serrano, *op. cit.*, pp. 227-292, así como V. Morales Lezcano, «Marroquistas españoles: 1884-1912. Un grupo de presión político», en *Almenara*, 10 (1976-77), pp. 83-90. De este mismo autor, véase el capítulo dedicado al africanismo en su obra *España y el Norte de África: El protectorado en Marruecos (1912-56)*, UNED, segunda edición, Madrid, 1986.

¹⁵ La obra básica para el estudio de estas sociedades es la de T. García Figueras, *La acción africana de España en torno al 98*, 2 volúmenes, Instituto de Estudios Africanos, Madrid, 1966. Véanse también mis estudios parciales «España en África: génesis y significación de la decana de la prensa africanista del siglo XX», en *Almenara*, 4 (1973), pp. 33-55; «La Estrella de Occidente (1879-1893) y el Boletín de la Sociedad Unión Hispanomauritánica (1894-1899): prensa granadina hispano-marroquí», en *Cuadernos de la Biblioteca Española de Tetuán*, 23-24 (junio-diciembre, 1981), pp. 7-22; y «Ciencia y penetración pacífica: los trabajos de la Sociedad de Historia Natural (1901-1921)», en *II Aula Canarias y el Noroeste de África*, Las Palmas de Gran Canaria, 1986, pp. 341-360.

¹⁶ Véase al respecto el proyecto africanista contenido en los «Discursos pronunciados en el meeting de la Sociedad Española de Africanistas y Colonistas, celebrado en el Teatro de la Alhambra el día 30 de marzo de 1884», publicados en la obra *Intereses de España en Marruecos*, reeditada por J. Díaz de Villegas, Instituto de Estudios Africanos (C.S.I.C.), Madrid, 1951. F. Coello, J. Costa, G. Rodríguez, G. de Azcárate, E. Saavedra y J. de Carvajal fueron los intervinientes en aquel acto, y en sus discursos se encuentran recogidas las dos vertientes del africanismo hispano que señala V. Morales Lezcano en su comunicación «L'Africanisme espagnol au XIX^e siècle» (*Actes du Colloque Réformisme et Société marocaine au XIX^e s.*, Rabat, 1983, p. 443): la tentación intervencionista y la paternalista (partidaria de la penetración pacífica).

La política oficial hacia Marruecos, que se va a realizar a partir de la Restauración (1875) hasta la guerra civil (1936-39), arranca de una voluntad de «recogimiento» para verse implicada paulatinamente en un conflicto externo que desencadena, a su vez, otros conflictos internos. Se ha dicho

que será nuestra condición de partícipes en el *statu quo* establecido en la región del Estrecho lo que defina la posición de España hasta, por lo menos, los años de la última guerra civil. Ha sido, en fin, la misma trayectoria de la política europea lo que ha llevado a los españoles a prestar una atención obsesiva a un condicionamiento histórico de arraigada vigencia, por otra parte, en nuestra historia nacional: la seguridad de una frontera meridional hartó más abierta, internacionalmente frecuentada y proclive al conflicto que la frontera del norte ¹⁷.

Dicha *atención obsesiva* podría hacerse extensible incluso a períodos posteriores, no debiendo olvidarse las implicaciones de la política migratoria de los países magrebíes hacia la Comunidad Europea, que vuelven a dar protagonismo a la *frontera meridional*.

Dos posiciones se oponen y conviven en el último cuarto del siglo XIX en lo referente a la acción exterior: de un lado, el *recogimiento* canovista, de carácter conservador, que evita la implicación en alianzas externas susceptibles de abocar a España a complicaciones exteriores. De otro, un cierto *aperturismo al exterior* de carácter liberal, en el que cobra cierto protagonismo la cuestión marroquí, poniendo en cuestión el *statu quo* ¹⁸. La primera domina oficialmente a partir de 1875, mientras que

¹⁷ J. M.^a Jover, «La percepción española de los conflictos europeos...».

¹⁸ Sobre la política exterior española de la Restauración, véanse, aparte del clásico de J. Becker, *Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX*, Madrid, 1924, el trabajo de J. M.^a Jover, «Caracteres de la política exterior de España en el siglo XIX», en *Política, diplomacia y humanismo popular en la España del siglo XIX*, Turner, Madrid, 1976, pp. 83-138; la obra de J. Carlos Pereira, *Introducción al estudio de la política exterior de España (siglos XIX y XX)*, Akal, Madrid, 1983; o el artículo de J. U. Martínez Carreras, «La política exterior española durante la Restauración (1875-1931)», en la obra colectiva de J. B. Vilar (ed.), *Las relaciones internacionales en la España Contemporánea*, Murcia, 1989, pp. 79-99. Para la política marroquí es imprescindible la consulta del libro de V. Morales Lezcano, *León y Castillo, Embajador (1887-1918). Un estudio de la política exterior de España*, Las Palmas, 1975.

la segunda lo hará desde 1887, pretendiendo conducir la política exterior hacia un relativo alineamiento con la Triple Alianza a través de Italia. Los grupos de presión *marroquistas* o *africanistas* estarán más cerca de la segunda de las posiciones aunque compartan algunos de los planteamientos de la primera.

El propio Joaquín Costa, ideólogo de un marroquismo pacifista centrado en lemas como *la nostalgia hispana de África* o *el estrecho de Gibraltar nos une como si fuese un río*¹⁹, era también consciente de que la penetración —comercial— en Marruecos no podría llevarse a cabo sin producir mucho, sin trabajar mucho. Proponía hacer una política muy intensiva antes de emprender la política extensiva, considerando que, todavía por mucho tiempo, la mejor de nuestras colonias será la Península.

Quedaba una corriente de opinión marginal, «superviviente de otra edad», «nota discordante que se aparta de la idea nacional» a juicio del propio Costa, que la consideraba «minoría de Campeadores inéditos y Pizarros en agraz, que viven en pleno romancero morisco y en plena epopeya del Cid»²⁰, pero cuyo eco en la opinión de las masas tenía asegurado su éxito en momentos de crisis, como demostrarían una vez más los sucesos de Melilla de fines de 1893, reproduciendo el ambiente de *patriotería* de la guerra marroquí de 1860. Será esta corriente la que tome el relevo de los que siempre identificaron frontera meridional con foco de hostilidad, soñando que «la media luna caiga una vez más y se rinda ante el lábaro de la Cruz»²¹.

El movimiento obrero desde 1907 por una parte y la intelectualidad crítica de izquierda desde 1909 por otra, van a contribuir a difundir otra imagen de Marruecos, una imagen en principio solidaria (identificando, como haría Pablo Iglesias, *patriotas* y *rifeños*), pero que no

¹⁹ Véase *Intereses de España en Marruecos*, citado, p. 11.

²⁰ *Ibid.*, p. 25.

²¹ De una homilía del arzobispo de Madrid-Alcalá a principios de noviembre de 1893, citado en mi artículo «La cruz y la espada. Opinión pública y cuestión de Marruecos», en el monográfico (Extra IX) de *Historia 16* (1979) dedicado a «España en África. Un siglo de fracaso colonial», pp. 35-48. Véase la referencia a los sermones con ocasión de los aniversarios de la conquista de Granada en E. Galindo, «Prejuicios y fijaciones psicológicas de los españoles respecto al Islam y a los musulmanes», en *Ante el resurgir del Islam*, Darek-Nyumba, Madrid, 1983, p. 117-127.

logra superar la vieja idea de que del sur viene el peligro. Ciertamente se trata de una imagen más benigna del vecino meridional, pero las campañas obreras lanzadas por el PSOE o el PCE siguen reproduciendo el mismo esquema²²: Marruecos se identificará con guerra no sólo hasta la «pacificación» en 1927, sino que seguirá evocando violencia a partir de esa fecha, como recordarán los episodios de la represión obrera en Asturias (1934) a cargo de tropas marroquíes, y el «alzamiento» de Franco. Planeada en Llano Amarillo (Ketama, en el Rif) por los militares sediciosos, la rebelión militar se inició en Melilla el 17 de julio de 1936 y pasó al imaginario colectivo de la España republicana con su imagen de marca africana²³.

LA AÑORANZA DEL IMPERIO: UN MODELO DE RELACIÓN A DESTIEMPO

Desde comienzos de los años treinta empieza a desarrollarse una corriente de opinión ultranacionalista que nace de una reflexión voluntarista sobre la superación de la decadencia española. Si había quedado

²² Sobre la opinión obrera y la guerra de Marruecos, véase el trabajo de M.^a R. de Madariaga, «Le Parti socialiste espagnol et le Parti communiste d'Espagne face à la révolte rifaine», en el libro colectivo *Abd el-Krim et la République du Rif. Actes du Colloque international d'études historiques et sociologiques* (1973), Maspéro, París, 1976, pp. 308-366; así como B. López García, *El socialismo español y el anticolonialismo (1898-1914)*, Suplemento de *Cuadernos para el diálogo*, n.º 76, Madrid, 1976. Véase también el dossier «El colonialisme espanyol i l'Àfrica» de la revista barcelonesa *L'Aveng*, 28 (junio, 1980), especialmente el trabajo de E. Ucelay da Cal, «Les simpaties del nacionalisme català pels moros: 1900-1936», pp. 29-40. Pero sin duda la obra más sólida (aunque limitada al período 1909-1914) es la de A. Bachoud, *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, Espasa Universidad, Madrid, 1988. Una reciente aportación es la de A. Moreno Juste, «El Socialista y el desastre de Annual: opinión y actitud socialista ante la derrota», en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 12 (1990), pp. 103-132.

²³ Sobre los condicionantes marroquíes de la guerra civil española, véase M. Martín (F. López Agudín), *El colonialismo español en Marruecos*, Ruedo Ibérico, París, 1973. Existe traducción al árabe de Abd al-Aziz al-Wadiyi, ed. Manchurat al-till, Casablanca, 1988. Falta aún el trabajo de conjunto sobre Marruecos en la guerra civil, aunque alguna aproximación de cierta utilidad se debe a A. Benjelloun: «La participación de los mercenarios marroquíes en la guerra civil española (1936-39)», *Revista Internacional de Sociología*, 46 (octubre-diciembre de 1988), pp. 527-542; o «La retaguardia de Franco en peligro», *Historia* 16, 102 (octubre, 1984), pp. 11-18. Benjelloun es autor de una tesis titulada «Contribution à l'étude du mouvement nationaliste marocain dans l'ancienne zone Nord du Maroc (1930-1956)», Casablanca, 1983.

claro en la mayor parte de la opinión consciente española, desde la pérdida de las colonias americanas, «que el aislamiento no era la consecuencia de una política de pesimista *recogimiento*, sino una posición impuesta por la doble realidad española y europea»²⁴, este grupo de opinión responsabilizará a las dos grandes potencias del momento, Gran Bretaña y Francia, de la marginación internacional de España. Voces como la de Jerónimo Becker, profesor de organización del Protectorado en la zona española de Marruecos, habían contribuido a configurar una opinión condenatoria de la *esterilidad* del «*recogimiento*» y de la mentalidad abandonista²⁵. Pero serán Ernesto Giménez Caballero²⁶, Ramiro Ledesma Ramos²⁷ y algunos otros quienes prepararán el basamento ideológico para la «ideología imperial» que fructificará en el régimen del general Franco. Se tratará de una visión, ante todo, anti-francesa de la historia, y contribuye a ello la vieja idea presente en el imaginario hispano de que la acción exterior de la España contemporánea se ha escrito a remolque de Francia. Desde 1912 se tenía conciencia de la posición realquilada de nuestra zona de Protectorado en Marruecos y muy gráficamente lo plasmó el humor en la prensa del momento²⁸. En la visión posterior de Giménez Caballero, la misma Segunda República española era producto de un plan de balkaniza-

²⁴ J. M.^a Jover, «Caracteres de la política exterior de España en el siglo XIX», en *Política, diplomacia y humanismo popular en la España del siglo XIX*, Turner, Madrid, 1976, p. 133.

²⁵ En una de sus numerosas conferencias sobre política exterior, «Causas de la esterilidad de la acción exterior de España», Lección inaugural del curso 1924-25 en el Instituto Diplomático y Consular, Madrid, J. Cosano, 1925, diría: «No creo necesario decir cuánto habría cambiado nuestra situación en la costa africana si en vez de abandonar esas plazas (Orán y Mazalquivir) hubiésemos concentrado nuestros recursos en Orán para extendernos desde este punto e ir dominando poco a poco el país, acometiendo la empresa que 40 años más tarde inició Francia», p. 19. J. Becker es también autor de *Historia de las relaciones exteriores españolas durante el siglo XIX. Apuntes para una historia diplomática*, Madrid, 1924-27, 3 volúmenes.

²⁶ En su obra *Genio de España*, ediciones de *La Gaceta Literaria*, Madrid, 1932.

²⁷ En su *Discurso a las juventudes de España*, ediciones de *La conquista del Estado*, Madrid, 1935.

²⁸ El diario *El Socialista* del 17 de agosto de 1913 insertaba una viñeta sin firma (¿Tovar?) con el enunciado «Tartarín y su perro a la caza de moros». Un obeso y sonriente cazador —con salacof, botas, cartucheras, fusil y un letrero en la faltriquera en el que se indicaba *Francia*— fumaba, entre un paisaje de palmeras y morabitos, arrasando —atado con una cadena en la que se leía *Tratado de París*— al viejo y cansado

ción con el que *nuestro enemigo admirable* (*sic*) pretendía anular a España.

La obra clave para entender los planteamientos de esta corriente de opinión que alcanzó el grado de oficialización en los primeros momentos de la España de Franco fue la de José María de Areilza y Fernando María Castiella, *Reivindicaciones de España*, que se definía como

sencillo alegato en favor de los derechos de España, despreciados, heridos de muerte durante más de cien años por la política exterior de Londres y de París ²⁹.

Escrito en la fase del conflicto mundial en la que era previsible una victoria de las fuerzas del Eje, se convierte en portavoz de un expansionismo hispano por el continente africano que exigía

la incorporación a nuestra soberanía de la región occidental de Argelia y de las zonas de *hinterland* indispensables a nuestras posesiones de Ifni y Río de Oro, logrando así —en torno a Marruecos— una continuidad de tierra española entre el Mediterráneo y el Atlántico; la devolución de los territorios que Inglaterra y Francia nos arrebataron en el golfo de Guinea; la extensión, por último, de nuestro Protectorado marroquí a la totalidad del Imperio Xerifiano con inclusión, claro es, de la ciudad de Tánger ³⁰.

Ya nada —concluirían los autores— podrá retener la irresistible fuerza de los acontecimientos. Orán retornará muy pronto, por tercera vez, al seno de la comunidad española. El viejo leopardo inglés será

león de España. Otra viñeta del mismo diario (31 de mayo de 1914) se titulaba «La caza con reclamo en África», y representaba a un soldado con uniforme francés escondido tras una chumbera y un león (Marruecos) a punto de saltar sobre un cordero atado a la cadena del Tratado franco-español. El pie de la viñeta rezaba: «¡No hay que decir quién es el que hace de borrego!».

²⁹ Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1940, p. 19.

³⁰ *Ibid.*, p. 93. Conviene recordar que la idea de lograr una continuidad hispana de Orán al Atlántico había sido avanzada cuarenta años antes por J. Costa, aunque sin la fobia antifrancesa que cobraría en la posguerra española. En una entrevista en el *Diario Universal* (1 de enero de 1903, «Habla Costa: sobre la cuestión marroquí»), diría: «Si el *statu quo*, a pesar de nuestro voto, hubiera de quebrantarse, convendría a nuestro pueblo que fuese Francia, de preferencia sobre toda otra nación, la favorecida. Que la provincia casi española de Orán se corriese a Occidente, dilatándola hasta el Garb y el Atlántico».

arrojado de su cubil gibraltareño y la amenaza francesa desde Argelia no coaccionará más la independencia de una Patria —como la nuestra— recientemente rescatada³¹.

Otro libro programático de lo que debía ser la política exterior del nuevo régimen fue el de Camilo Barcia Trelles, *Puntos cardinales de la política internacional española*³², que situaba en la «esparcida familia musulmana» uno de los cuatro puntos de mira de la «tarea de envergadura imperial» que debía ser la nueva política exterior.

Pero el relevo de Rafael Serrano Súñer de la cartera de Exteriores en septiembre de 1942, coincidiendo con el cambio de rumbo en la guerra mundial, implicaba posiciones menos beligerantes y partidarias de la neutralidad que terminarían por olvidar las «reivindicaciones» africanas³³. Finalizada la guerra, evacuado Tánger de la ocupación temporal española (1940-45), las veleidades imperiales se redujeron a la guardia mora que acompañaba al dictador en sus desplazamientos, y a un *filoarabismo* (la llamada «tradicional amistad con los pueblos árabes») que habría de tener sus frutos posteriores en la ruptura con el aislamiento internacional del régimen de Franco³⁴. Como, por otra parte, el Magreb no había recuperado su independencia, era percibido en España como colonia de Francia, vecina rival tanto por el norte (los Pirineos) como por el sur (el Lukus-Muluya). Fuera del caso especial de Orania³⁵ en los primeros momentos, el Magreb hasta 1956 se va a re-

³¹ *Ibid.*, p. 213.

³² Ediciones Falange Española, Madrid, 1939.

³³ Tardía muestra sería la conferencia de T. García Figueras, *Reivindicaciones de España en el Norte de África*, pronunciada en el Teatro Principal de Barcelona el 4 de octubre de 1942 y editada en Madrid en 1944. Insistiendo en los planteamientos de la obra de Areilza y Castiella defenderá «Euro-África» («un área geográfica, limitada por los Pirineos y el Atlas, que no es Europa ni África, sino un país de transición y nexo de unión entre los dos continentes»), como «una de las realidades del mundo nuevo» (p. 51).

³⁴ Véase M. Espadas Burgos, *Franquismo y política exterior*, Rialp, Madrid, 1987, p. 211. Otro trabajo global es el de J. M. Armero, *La política exterior de Franco*, Planeta, Barcelona, 1978. En el antes citado libro sobre *Opinion publique et politique extérieure*, véanse los trabajos sobre el franquismo de A. Viñas, «La politique étrangère et le Ministère espagnol des Affaires Étrangères sous le Franquisme», y de A. Marquina, «Opinión pública y política exterior de España (1945-1975)».

³⁵ Detallada y penetrantemente analizado por C. Dubosson en «L'action franquiste en Oranie (1939-1942)», publicado en J. Déjeux y D. H. Pageaux (editores), *Es-*

ducir en la imagen de los españoles a Marruecos, a los 20.000 kilómetros cuadrados de protectorado. Toda una corriente de opinión favorable hacia esta tierra es difundida por las publicaciones oficiales³⁶ y por las investigaciones promovidas por instituciones dedicadas al estudio hispano-árabe, tales como el Instituto de Estudios Africanos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (1945) y los institutos Muley el Mehdi y General Franco³⁷, que a su vez buscaban servir la política de aproximación hacia los pueblos árabes contribuyendo a «contrarrestar la política antifranquista de la IV República francesa»³⁸.

La «hostilidad hacia Francia» encontró en Marruecos terreno abonado aunque, como señala Claude-André Julien, la «camaradería de los capitanes» permitió ententes de carácter personal» como la de Varela y Juin hasta 1951³⁹. Pero fue la deposición de Mohamed V la que sirvió de pretexto para el estallido abierto de dicha hostilidad, que se tradujo en fervor popular hispano-marroquí. Manifestaciones orquestadas por la alta comisaría, fruto naturalmente de una buena relación mantenida por las autoridades coloniales con el nacionalismo de la zona norte, fueron presentadas a la opinión pública como «homenaje de adhesión del pueblo de Marruecos a la España de Franco» a través de sus notables, que en un documento a las autoridades solicitaron la plena soberanía del jalifa en la zona española sin dependencia alguna de Ben Arafá⁴⁰.

La independencia sin embargo, constituyó una sorpresa mal aceptada por las autoridades españolas. Alteró las relaciones con Marruecos y llevó al olvido las cuestiones referentes a este país. Si bien se aceptó la independencia reconociendo terminado de derecho el protectorado,

pagne et Algérie au XX^e siècle. Contacts culturels et création littéraire, L'Harmattan, París, 1985 pp. 67-83.

³⁶ Como el monográfico de *Vértice*, Revista Nacional de FET y de las JONS dedicado a Marruecos, n.º XXXV, agosto de 1940, en el que se vuelcan todas las casas comerciales de Tánger y Tetuán con sus anuncios.

³⁷ Sería larga la lista de publicaciones promovidas por estas instituciones sobre la historia andalusí. De otra parte, también editoriales privadas publicaban obras que difundían una visión de aproximación hispano-marroquí. Véase a este respecto la del conocido hebraísta J. Millás Vallicrosa, *España y Marruecos. Interferencias históricas hispanomarroquíes*, editorial Barna, Colección Histórica Laye, Barcelona, s.d.

³⁸ M. Espadas Burgos, *op.cit.*, p. 211.

³⁹ *Le Maroc face aux impérialismes*, Jeune Afrique, París, 1978, p. 320.

⁴⁰ Véase diario *Arriba* de 22 de enero de 1954, con el documento de los notables.

el discurso oficial que aceptaba «la unidad, la independencia de Marruecos, la legitimidad y soberanía del sultán y la tradicional política de amor y fraternidad hacia los marroquíes»⁴¹ se contradirá con ese olvido y con la lentitud en proceder al reconocimiento de la soberanía marroquí sobre los territorios aún ocupados por España.

HERMANOS MAYORES Y VECINOS

Aceptar la independencia de Marruecos costó a los dos países una etapa de «incomprensión», en expresión de un ministro de Asuntos Exteriores marroquí, Ahmed Balafre⁴². Será la independencia de Argelia y la aparición de las primeras rivalidades maroco-argelinas lo que promoverá un acercamiento y un entendimiento directo entre Marruecos y España, del que será exponente la entrevista Hassan II-Franco en el aeropuerto de Barajas el 6 de julio de 1963. Con este nuevo «espíritu» se buscaba por parte de Marruecos una salida a cierto aislamiento, promovido por el protagonismo de sus dos nuevos vecinos, Argelia y Mauritania. El espíritu negociador hispano-marroquí, aunque vago, se concretó tácticamente en la disociación del *dossier* descolonizador en tres apartados, a cada uno de los cuales se daba un plazo diferente: el primero en abordarse, el de Ifni, se hizo en el marco de una voluntad de cooperación plasmada en acuerdos comerciales, de información y turismo, así como en numerosas visitas diplomáticas que culminaron con la del monarca marroquí a España en febrero de 1965. El 4 de enero de 1969, España retrocedía Ifni, al tiempo que se firmaba el primer acuerdo pesquero que concedía privilegios, pero fijaba también, por primera vez, limitaciones.

En plena reestructuración económica, los gobiernos desarrollistas españoles inician una apertura a Argelia que se concreta en el acuerdo

⁴¹ Discurso de Franco ante las Cortes Españolas, en «Conducta ejemplar de España en Marruecos», *África*, 198 (junio de 1958), p. 2.

⁴² Véase A. Berramdane, *Le Maroc et l'Occident*, Karthala, París, 1987, p. 254. De este mismo autor, véase para períodos posteriores de la relación hispano-marroquí su trabajo «La politique méditerranéenne du Maroc», en el número monográfico de *Awraq*, X (1989), pp. 165-194, dedicado a «Europa y Mundo Árabe en la política mediterránea».

comercial de abril de 1965. Nuestro inmediato vecino del sur cree ver en ello una colusión antimarroquí producto de una nueva estrategia española para conservar el Sahara, convertido en provincia desde 1958.

La política magrebí de España —si de *política* puede calificarse la mera contemporización con sus vecinos— se ve abocada a basarse en un juego de equilibrios apoyado en la explotación de la rivalidad argelino-marroquí. Idéntica táctica a la usada por Marruecos para neutralizar lo que consideró una «triple alianza antimarroquí»⁴³, relanzando la cooperación con España con miras a solucionar la cuestión de Ifni, aun a costa de flexibilizar su actitud en la cuestión del Sahara.

La desconfianza entre vecinos de uno y otro lado del estrecho de Gibraltar será, pues, la norma en los años decisivos de 1969-1975. Los sucesivos encuentros bilaterales o tripartitos (Tremecén, Casablanca, Nuadibu en 1970; Nuadibu y Agadir en 1973) procuran una concertación magrebí frente al curso de acontecimientos en el Sahara (ensayo neocolonial de autonomía interna en el territorio), pero revelan diferencias en la salida descolonizadora que proponen Marruecos de un lado, Mauritania de otro y Argelia como atento observador parcial del problema⁴⁴.

El equilibrio salomónico a que se reduce la política magrebí de España en este momento se complica con un estrechamiento de relaciones comerciales con Argelia⁴⁵ que le costarían la acusación de «colusión con el colonialismo español». Nada de ello impedirá que la diplomacia española, en el momento clave de la enfermedad de Franco y de la Marcha Verde, se incline del lado marroquí, procediendo a la partición del Sahara en el acuerdo tripartito de Madrid el 14 de noviembre de 1975.

⁴³ Se incluía también a Mauritania, por entonces no reconocida por Marruecos, que la consideraba parte integrante de su territorio. El reconocimiento de Mauritania por Marruecos no llegaría hasta 1970.

⁴⁴ Obras claves para entender todo este tejido de relaciones son, de un lado, la de F. Villar, *El proceso de autodeterminación del Sahara*, prólogo de F. Morán, Valencia, 1982; de otro, las de R. Lazrak, *Le contentieux territorial entre le Maroc et l'Espagne*, Casablanca, 1974, y de S. Ihray, *Pouvoir et influence. Etat, partis et politique étrangère au Maroc*, Edino, Rabat, 1986.

⁴⁵ Las importaciones españolas procedentes de este país, petróleo sobre todo, se triplican en 1974, fecha en la que se firma un contrato para compra de 4.500 millones de metros cúbicos anuales de gas natural, mucho más de lo que España podía consumir por entonces.

HIPOTECAS MAGREBÍES DE LA TRANSICIÓN ESPAÑOLA

La descolonización del Sahara occidental marcó profundamente la transición política española. La satisfacción marroquí y mauritana provocaba la ruptura de la entente hispano-argelina; de este modo, la política magrebí del presidente Adolfo Suárez hubo de bandear con dificultad entre una colaboración con Rabat, a la que abocaban los acuerdos tripartitos, y una hipersensibilización de una mayoritaria opinión pública de izquierda, favorable a las tesis polisarias y argelinas, que usaba el tema del Sahara como arma arrojadiza contra el gobierno. La ratificación por el Parlamento español en 1978 del *Acuerdo de cooperación en materia de pesca marítima y sus industrias* sirvió de ocasión para que gobierno y oposición expusieran sus políticas magrebíes contrapuestas, mediatizadas en ambos casos por unas hipotecas políticas que no permitían abordar a fondo una relación global con el Magreb⁴⁶. Para el gobierno español se imponía conceder a Marruecos el reconocimiento de la soberanía (jurisdicción al menos) de las aguas del Sakiet al-Hamra, lo que, para la oposición socialista y comunista, constituía un «acto de beligerancia». También de cara a Argelia, el gobierno se vio forzado a efectuar sus contemporizaciones (entrevista Suárez-Abdelaziz, secretario del Frente Polisario, en Argel, en abril de 1979) a fin de neutralizar la cobertura argelina al movimiento independentista canario MPAIAC.

La mediatización de las relaciones hispano-magrebíes por contenciosos de uno u otro tipo será el hecho dominante de este período. El resultado será el bloqueo de unas relaciones en normalidad, del que serían muestras patentes la no ratificación marroquí del acuerdo pesquero de 1978 o la retirada de embajadores entre España y Argelia en diciembre de 1977, que durará hasta el verano del año siguiente⁴⁷.

El volumen de intercambios comerciales hispano-magrebíes es escaso en la década de los setenta; incluso, desfavorable a España hasta

⁴⁶ Sobre las dificultades de la política magrebí del gobierno Suárez, véase el libro de D. del Pino, *La última guerra con Marruecos: Ceuta y Melilla*, Argos-Vergara, Barcelona, 1983.

⁴⁷ Véase editorial de *El País* de 28 de septiembre de 1978 titulado significativamente «España y el Magreb: los cuernos del dilema», en el que se concluía: «Nuestra única salida del embrollo es adoptar una posición de equidistancia respecto a Marruecos y Argelia, cuyas rivalidades sobre el Sahara y en pos de la hegemonía en el Magreb no deben solventarse mediante la instrumentalización de los intereses españoles».

1974 en el caso de Marruecos. Ello hace que los altibajos políticos destaquen más y de ahí que, en 1985, un responsable del Ministerio de Asuntos Exteriores español para el área magrebí, Manuel Sassot, criticase

la falta de un soporte permanente de intereses mutuos, despolitizados en la medida de lo posible, que sirvan de colchón para contrarrestar las dificultades normales en países vecinos.

Señalaba igualmente la casi constante vinculación de los intereses económicos en la región a compensaciones políticas, obligando a los *partenaires* magrebíes a «tratar de hacer el mismo juego».

EL DESCUBRIMIENTO DEL MAGREB Y EL LASTRE DEL SUBDESARROLLO

Con la llegada de los socialistas al gobierno en España a fines de 1982, precedidos de un interregno en el que el «centrista» Calvo-Sotelo define las bases de unas relaciones estabilizadas con Marruecos para permitir al menos el desarrollo en condiciones de normalidad de la actividad pesquera, la política magrebí se va a centrar en el mantenimiento de la estabilidad en la región, que España —también en la filosofía del Partido Socialista Obrero Español— considera indispensable para su seguridad⁴⁸, pero que se asocia de manera inequívoca a estabilidad de los regímenes. La cooperación en el dominio militar con Marruecos, que data de 1976-77, será activada en el período, y contribuirá a que se disipen los iniciales recelos marroquíes al *cambio político* en España, dadas las buenas relaciones con Argel de quienes personificaron la oposición entre 1977 y 1982⁴⁹.

⁴⁸ Véase a este propósito el trabajo que firman C. Celaya, M. Hernando de Larrañendi y G. Martín Muñoz junto con B. López García, «Democracia y estabilidad política en el Mediterráneo Árabe», en *Razón y Fe*, 1.076 (junio de 1988), pp. 603-616. Véase igualmente B. López García, «Marruecos y el Magreb en la política española», *Razón y Fe*, 1.065 (julio-agosto de 1987), pp. 709-723.

⁴⁹ Recuérdense las visitas a Argel en enero de 1978, en plena retirada de embajadores, o incluso su nueva visita en octubre de 1980 en la que fue recibido con honores de jefe de gobierno en el marco de las negociaciones privadas emprendidas por el PSOE para liberar a pescadores retenidos por el Frente Polisario.

La visita del nuevo ministro de Exteriores socialista, Fernando Morán, a Rabat, pocas semanas después del relevo en el palacio de Santa Cruz, vino a confirmar cierto continuismo en la política marroquí, al abandonar la idea de la denuncia de los acuerdos tripartitos de 1975 por lo que se considera «imperativos de la política de poder»⁵⁰. Se allanaba así el terreno para la mejora de las relaciones, como testimoniaría la firma del acuerdo pesquero de 1983, el primero en cumplir íntegro su plazo de vigencia de los firmados entre España y Marruecos.

Las relaciones con Argelia lograron también en este período una normalización. Superado el contencioso del gas en negociaciones que tuvieron lugar en febrero de 1985, se llega a la firma de un acuerdo de cooperación política entre Madrid y Argel en la visita de Benyedid a la capital española, en julio del mismo año.

«Queremos hacer una política magrebí que no se interprete ni como alineamiento ni como injerencia», había declarado, a su retorno de Argel en marzo de 1985, el presidente González. *Equidistancia y statu quo* son, pues, los dos puntos en los que se centra una nueva política hacia el Magreb⁵¹: equidistancia implicaba no entrar en la lucha por la hegemonía regional que Marruecos y Argelia sostenían desde 1963 y, de manera más dura, entre 1976 y 1988⁵²; equidistancia suponía, también, colaboración y cooperación bilateral o regional, ensanchando los intereses comunes y facilitando el proceso unitario magrebí en una coyuntura favorable, impelido por la construcción europea. En esta dirección hay que situar el acuerdo de cooperación con Marruecos de junio de 1988, con un importante capítulo de ayuda al desarrollo. Pero esa equidistancia no es siempre bien entendida e interfiere aún, con frecuencia, las relaciones. La suspensión de la visita de Hassan II a Ma-

⁵⁰ F. Morán en sus memorias, *España en su sitio*, Plaza-Janés, Barcelona, 1990, pp. 73-82, se referirá a «la situación heredada», a los gestos de acercamiento a Marruecos en vísperas de la victoria socialista (publicación en *Al-Alam* de un artículo de Morán redactado en plena campaña electoral y destinado a tranquilizar a Marruecos), y al primer encuentro con el soberano alauí.

⁵¹ «Los golpes de timón, ahora hacia Rabat, luego hacia Argelia, habían sido sucedidos por una visión global y más natural», dirá Morán, *op. cit.*, p. 414.

⁵² En esta última fecha, el restablecimiento de relaciones entre Rabat y Argel en vísperas del anuncio de creación de la Unión del Magreb Árabe abrirá la vía del entendimiento regional que llevó a la constitución formal de la UMA en febrero de 1989.

drid en noviembre de 1988, aparentemente en respuesta a la independencia expresada por España en Naciones Unidas en su voto en la cuestión saharauí, es buena prueba de ello.

Mantener el *statu quo* en la política interna de los países magrebíes es otra de las aspiraciones oficialmente expresadas por los gobernantes españoles. Pero el apoyo a la estabilidad de los regímenes puede encubrir notorias injusticias, y supone una apuesta por el Magreb de los estados antes que por el de los pueblos, que podría ser interpretado como injerencia. Cuando Fernando Morán acude a Marruecos tras la revuelta popular en el norte del país en enero de 1984, o cuando el presidente del gobierno expresa sus inquietudes tras el levantamiento argelino de octubre de 1988, o incluso cuando se institucionalizan los encuentros oficiales hispano-marroquíes en pleno período de represión del estallido de la miseria que tuvo lugar en Fez, Kenitra y Tánger en diciembre de 1990, da un poco la impresión, como indicaba un diario madrileño, de que se juega a la política del *avestruz* ⁵³.

CULTURA Y MEJORA DE LA IMAGEN RECÍPROCA

Una política magrebí no puede basarse sólo en intercambios comerciales y buenas relaciones entre los gobiernos; hace falta una corriente de opinión pública que entienda dicha política y la sostenga. La opinión española —y algo parecido debería decirse también de la magrebí— es, sin embargo, cuando de cuestiones «del otro» se trata, demasiado *proclive a la algarabía*. Y lo que sólo es visión de los intereses de un gremio o de un *lobby* (léase pesca o cítricos...) confunde en determinados momentos a la opinión, que tiene arraigados los estereotipos del Magreb, reaccionando a veces con unos recelos cercanos a la xenofobia. Falta una información mutua; no existen publicaciones que informen con objetividad de la otra orilla ⁵⁴; no existe tampoco una relación natural entre universitarios e intelectuales de ambas orillas. Hace falta esperar a que se conceda en Francia un premio Goncourt a un ma-

⁵³ *El País*, 23 de diciembre de 1990.

⁵⁴ Es de saludar la aparición en enero de 1991 de la *Revista Marroquí de Estudios Hispánicos*, dirigida por M. Amrani.

grebí (Tahar Benjelloun) para que se traduzcan sus obras en España, para que los *lobbies* culturales hispanos atiendan (y en muy escasa medida) a unas literaturas con décadas de personalidad y centenares de títulos traducidos a otras lenguas europeas.

El ingreso de España en la Comunidad Económica Europea en enero de 1986 ha dado una dimensión nueva a la relación con el Magreb. España se ha convertido en frontera comunitaria, y se ve obligada a ejercer, por presión de sus vecinos europeos, una política de firmeza en el control de la inmigración. La *Ley de extranjería*, promulgada poco antes del ingreso en la Comunidad⁵⁵, afrontaba mal desde el arranque este problema, convertido hoy en uno de los verdaderamente pendientes en las relaciones hispano-magrebíes. La opinión española, bombardeada por informaciones relativas a la presencia de los inmigrantes magrebíes (marroquíes en su mayoría, pero también argelinos en el Levante), clandestinos en un porcentaje ampliamente mayoritario, percibe de una manera sesgada este problema, según muestran las encuestas de opinión, lo que exige una política de integración del inmigrante que evite la cristalización de brotes de racismo.

Pero el conocimiento mutuo exige también la presencia en el Magreb de nuestra cultura, lo que pasa por una planificación de la política cultural que racionalice las importantes inversiones en este capítulo —que sólo en Marruecos superan anualmente los mil quinientos millones de pesetas—, difunda el libro y el cine español entre nuestros vecinos norteafricanos y acerque nuestra lengua, porque una verdadera política magrebí no debe procurar sólo que nuestras empresas construyan puertos, túneles o complejos turísticos, sino la promoción del libro, la música, la Universidad, la televisión, la prensa y, en suma, la lengua. Sólo así, España no será un vecino ajeno al desarrollo político y cultural del Magreb.

⁵⁵ Ley orgánica 7/1985 del 1 de julio de 1985. La ignorancia por la ley de la situación especial de las ciudades de Ceuta y Melilla, con un tercio de su población de origen magrebí, creó serios problemas entre las comunidades musulmanas que se tradujeron en tensiones con Marruecos. La ley, que da un «tratamiento preferencial» a los latinoamericanos, filipinos, ecuatorianos e incluso a los andorranos, gibraltareños y sefardíes, no tiene en cuenta los idénticos derechos de los originarios de las zonas magrebíes colonizadas por España, norte de Marruecos, Ifni o Sahara.

EL PORVENIR DE UNA VECINDAD

Este libro quiere contribuir al conocimiento mutuo en terrenos que no son siempre los del conflicto, los de los sobresaltos de una política cotidiana hecha de roces, pugnas y tensiones. Quiere aportar al muy limitado panorama bibliográfico en este terreno algunas aproximaciones científicas a cuestiones de interés mutuo. Se han destacado de esas cuestiones las relaciones lingüísticas y la proximidad humana, y de ahí que destaquen dos bloques temáticos, uno sobre la pervivencia del español allende el Estrecho (con trabajos de investigación de Simón Levy⁵⁶ y Ahmed Sabir) y otro sobre el problema migratorio, sin duda uno de los de más proyección futura en las relaciones euro-magrebíes, en el que contribuyen Rémy Leveau, Abdelkrim Belguendouz, Paolo de Mas, el Colectivo Ioé y Ángeles Ramírez.

Se ha querido que este libro venga a suplir en parte la escasez de publicaciones sobre el Magreb, aportando también información básica y análisis sobre su realidad política, estratégica y cultural. De ahí que aparezcan reflexiones históricas como la de Víctor Morales Lezcano en torno a las relaciones hispano-marroquíes; consideraciones estratégicas como las de Alberto Piris Laespada; análisis políticos como los de Michel Camau y Michele Brondino, y estudios sociales como los de Abdelhamid Bouraoui, Abdelkader Zghal o Gema Martín Muñoz. No podía quedar fuera de este panorama la cultura, tanto en los aspectos de política cultural (objeto del análisis de Cecilia Fernández Suzor), como en la literatura (a través de un amplio y completo informe sobre la literatura magrebí de Ana Ramos Calvo) y el cine, sobre el que se incluye un estudio de Marcelino Villegas, publicado póstumamente como muestra del saber pluridisciplinar de quien fue uno de nuestros arabistas que más practicaron una investigación de contacto vivo.

En cuanto a las transcripciones del árabe literal, se ha seguido la norma establecida por la revista *Al-Andalus* para el arabismo español.

⁵⁶ Se trata de una actualización de la comunicación —inédita— que presentó en el Tercer Encuentro de Intelectuales Hispano-Marroquíes celebrado en la Fundación Joan Miró de Barcelona el 16 y 17 de junio de 1980. Los Encuentros, que no tuvieron continuidad posterior, fueron una consecuencia del Manifiesto de intelectuales hispano-marroquíes publicado en 1979 y que aunó a intelectuales de ambos países en una difícil coyuntura de relaciones.

PRESENCIA DEL PASADO: CIVILIZACIÓN Y COMUNICACIÓN

II

MIRAR AL PASADO: MARRUECOS, APEADERO AFRICANO DE ESPAÑA

*Víctor Morales Lezcano**

A TÍTULO PRELIMINAR

Una frase como aquella que dice «la historia enseña que no enseña nada», puede elevarse a categoría de axioma, es decir, que la claridad de lo que se predica es tal que toda explicación está de más. Todo tiene, no obstante, su contrapartida, frases lapidarias incluidas. Otra frase como aquella que propugna «quien ignora la historia está condenado a repetir sus errores», no tiene por qué ser menos esgrimida que la anterior cuando llega la hora de sopesar si es conveniente o no reconsiderar el pasado para ver algo claro el presente.

En el tema de las relaciones entre España y el norte de África, el coordinador de este volumen ha tenido a bien que se redactara un telón de fondo histórico al libro dedicado a España-Magreb. Quiero pensar que no se arrepentirá de la iniciativa y que al lector de este volumen puede serle útil el telón de fondo en alguna medida.

La brevedad de esta colaboración (algunos siglos comprimidos en 25 folios) explica que ciertos aspectos de las relaciones contempladas en sus páginas aparezcan en forma de apunte y, en ocasiones, sólo en giros alusivos. Los territorios allende la frontera sur de la Península Ibérica han generado más asuntos importantes que los esbozados en las páginas de mi colaboración en este volumen, pero ha habido que sacrificarlos en aras de la síntesis.

No quisiera, *last but not the least*, dejar de comentar aquí que me he centrado deliberadamente en «España-Marruecos, ayer y hoy (siglo

* UNED, Madrid.

xx)». Y lo he hecho, no porque los otros países de la legendaria Berbería (Ifriquiya o Túnez, regencia otomana de Argel) no cuenten para mí, sino porque tengo el convencimiento generado con los años de que, durante siglos, Marruecos fue para España tanto el puente tendido como el foso de separación con el continente que se inicia en tierras del Mogreb el-Acsá. Este «poniente oriental», que con tal libertad podría traducirse Mogreb el-Acsá, abre y cierra, junto con la Península Ibérica, el acceso marítimo y de civilizaciones entre el Mediterráneo y el Atlántico. ¿Qué más tendría que añadir para legitimar mi enfoque?

No propongo nada político con la explicitación de esta convicción profesional, pero la mantengo porque me salta a la vista y creo que está bastante objetivada.

Una vez escrito lo anterior, dejo al lector que estime si las repercusiones de la historia en el presente de las relaciones España-Marruecos son una fruslería suprimible o un *sine qua non* para la ejecución correcta de la política de buena vecindad que se anhela a una orilla y otra del estrecho de Gibraltar.

ESPAÑA Y MARRUECOS. EL ANTIGUO RÉGIMEN (1767-1830)

La quiebra del Antiguo Régimen en España no se produce hasta el decenio de 1820. El golpe de gracia política lo recibe aquél a la muerte de Fernando VII. Esto es lo que el consenso historiográfico indica (Artola, Carr, Fontana y otros).

Las relaciones españolas con el reino de Marruecos durante el período que corre desde 1767 —año de la firma del primer Tratado de Paz y Comercio (moderno) entre España y Marruecos— hasta 1830, hay que inscribirlas en la «política mediterránea» de la Monarquía hispana, política volcada por excelencia hacia el Mediterráneo occidental en sus dos riberas, la europea y la africana. En lo que concierne a la ribera africana, el reino de Marruecos no fue el único interlocutor válido con que hubo de contar la Monarquía hispana. De hecho, el asentamiento ibérico —por tanto, español y portugués— en el norte de África databa del siglo xv, coincidiendo con la expansión marítima de los pueblos peninsulares. Ceuta fue avanzadilla portuguesa en África desde 1415; Melilla cayó en manos españolas en 1497; y más hacia el este de

Marruecos, las tropas hispanas conquistaron Mazalquivir (1505), Orán (1509), Bujía —en Túnez—, y Trípoli —en Libia— (1510).

Todo ello era la manifestación territorial de una concepción ofensivo-defensiva propia de Monarquías que, como la portuguesa y la castellano-aragonesa, intentaban repeler el Islam y afirmar su personalidad jurídica, tanto en enclaves extraterritoriales vecinos como en las aguas que bañaban las costas de aquéllos. Y no se olvide que la afirmación territorial hispano-portuguesa en África se llevó a efecto también en algunos puntos de la costa atlántica de Marruecos, coincidiendo con la conquista de Canarias: Santa Cruz de Mar Pequeña fue punto elegido por las tropas españolas para construir un fortín en 1496 y, que sepamos hasta el momento, los navegantes portugueses mismos surcaron las aguas del «Magreb atlántico» hasta Senegambia y establecieron varias factorías en tierra firme africana a lo largo del siglo xv.

Esta política ibérica en todo el noroeste de África mantuvo en contacto a la diplomacia, al comercio y a la navegación española con Marruecos en primer lugar, pero con las regencias otomanas de Argel, Túnez y Trípoli, también. Los siglos xvi y xvii así lo testimonian con sobrados ejemplos, respaldados por la documentación de archivos, la cartografía, la literatura española del Siglo de Oro y algunas manifestaciones iconográficas y plásticas.

Puede afirmarse, en consecuencia, que desde los Reyes Católicos hasta los últimos monarcas de la Casa de Austria, España persiguió en el norte de África tres objetivos esenciales: a) mantener unos fortines que a lo largo de la costa mediterránea y atlántica de Berbería señalaran la frontera efectiva de la Cristiandad contra el Islam; b) garantizar la seguridad de la navegación y el comercio en aguas disputadas por las flotas europeas y los bajeles berberiscos; c) permitir alguna incursión misional, mercantil y de reconocimiento antropológico en tierra de infieles.

Los Borbones heredaron de manera mitigada la orientación mediterránea que la «España Imperial» había impreso a su política exterior en los siglos xvi-xvii, o sea, que persiguieron los mismos objetivos que se había fijado la corte austríaca del Estado español, pero más suavemente, debido a que los tiempos de la Reconquista se habían ido alejando en la memoria histórica, y a que el peligro turco, a partir de la segunda mitad del siglo xvii, fue desvaneciéndose también.

Con el reino de Marruecos, llamado con frecuencia *reino de los Che-rifes*, las relaciones bilaterales experimentaron los altibajos característi-

cos de países vecinos, pero atenidas, cada vez más, a la normativa jurídica de los tratados y convenios elaborada en el Siglo de las Luces. El Tratado de Paz y Comercio entre España y Marruecos, firmado el 28 de mayo de 1767, ha sido considerado canónico; y con razón. Los monarcas de España (Carlos III) y de Marruecos (Mohamed Ben-Abdala) se comprometieron, a través de sus respectivos plenipotenciarios, a conservar el estado de paz entre las dos naciones:

la paz será firme por mar y por tierra, establecida con la más recíproca y verdadera amistad entre los dos soberanos y sus vasallos respectivos (Artículo I).

No sólo se prescribían las reglas referentes al intercambio comercial a realizar en los puertos españoles o marroquíes y al derecho de pesca en las aguas ribereñas, sino que la Corte de Madrid procuró obtener, aunque sin éxito, un ensanche para los «presidios», situados en la costa mediterránea de Marruecos (Ceuta —posesión hispana desde el siglo XVII—, Melilla, Vélez y Alhucemas).

Sí se repasa el Tratado de Paz, Amistad, Navegación, Comercio y Pesca entre su majestad católica y su majestad marroquí (Carlos IV y Muley Solimán), firmado en Mequinez el 1 de marzo de 1799, se comprobará en su articulado hasta qué punto las relaciones entre los dos reinos seguían presididas por los principios de la diplomacia y la garantía de los derechos consiguientes tanto para los súbditos de la monarquía de los Borbones como para aquellos de la dinastía Alauí. Ciertamente es que los artículos 14 y 15, referentes a los «presidios» y a las molestias que los españoles allí asentados sufrían por asedio y enemistad de las tribus rifeñas, recogían una cuestión muy palpitante en las relaciones hispano-marroquíes a lo largo del entrante siglo XIX. No menos cierto es que los artículos 35-38 reflejaban el problema de la pesca en aguas del banco pesquero canario-africano, conflictiva ya desde entonces.

Esencialmente, sin embargo, los dos vecinos mantuvieron un diálogo diplomático cortés, orientado a la resolución pacífica de los conflictos de intereses. Los trastornos políticos europeos —y españoles— darían al traste con este estado de la situación histórica hispano-marroquí. La realidad de la relación hispano-marroquí no era, sin embargo, la que reflejaba el conjunto de tratados y convenios aludidos. Las di-

ficultades de entendimiento político eran muchas, el intercambio comercial, sólo relativamente importante; y las posibilidades de futuro, nada claras.

La monarquía española había ido perdiendo las plazas fuertes y fortines que desde Túnez a Larache habían constituido la «frontera» de la nación ibérica en tierras del vecino meridional. En 1790, Florida-Blanca decretó el abandono de Orán, ciudad que cumplía varias funciones (fortaleza, presidio, avanzadilla urbana o puerto de seguridad contra el corso berberisco). El paso siguiente fue el de los denominados «presidios» menores, o sea, aquellos enclaves que, como Melilla, Vélez y Alhucemas, fueron estimados de poco rendimiento para la defensa de los dominios de la Corona.

La crisis de autoridad que sufrió la monarquía de Carlos IV (antes, incluso, de 1808) enfrentó en medios políticos del Antiguo Régimen como los Consejos, la Secretaría del Despacho Universal, y durante el paréntesis de la Guerra de la Independencia —las Juntas y las Cortes—, a los abogados del abandono de las posiciones españolas en el norte de África. Hay una clara continuidad al respecto desde el conde de Aranda a Martínez de la Rosa, sólo puesta de relieve fortuitamente. Por otra parte, no faltó nunca en la corte quien abogara por la conservación de aquellos enclaves en tanto en cuanto no sólo jugaban un papel disuasorio sobre el rey de Marruecos y los bajeles de corsarios, sino que aseguraban también el comercio y la navegación de pabellón español en las aguas del estrecho de Gibraltar, donde Felipe V —a propósito— había perdido el peñón a manos de los ingleses. Desde Florida-Blanca (famosa su *Instrucción Reservada* sobre dirección de la Junta de Estado) a Godoy (*Memorias*) y Donoso Cortés (*Discursos* en el Congreso de Diputados) pervivió la línea «retencionista» en el tema de los presidios situados en el norte de Marruecos. Como se comprobará más tarde, abandonistas y retencionistas pugnaron en defensa de sus respectivos enfoques de la cuestión de los «presidios», del peñón y del estrecho de Gibraltar.

Al salir el país de la crisis política y social que acarreó la Guerra de la Independencia, hubo de enfrentarse al cúmulo de problemas económicos y financieros que fueron secuela de aquella. La insurrección de los criollos en Indias, el acceso de los virreinos americanos a la independencia y la merma de ingresos monetarios que experimentó la hacienda metropolitana, estuvieron a punto de dar al traste con España.

En medio de aquella circunstancia de desarreglo interior generalizado que precedió a la muerte de Fernando VII, muchas cuestiones de política extranjera —y la relativa al norte de África no fue excepción— cayeron en abandono gubernamental. Las veleidades de Ali Bey (agente catalán al servicio de Godoy que recorrió Marruecos para «mediatizar» el resultado y favorecer los intereses españoles en la región) pasaron pronto a la historia de las quijotadas nacionales. De una parte, la muerte de Fernando VII y los azarosos balbuceos de la monarquía constitucional en el decenio de 1830, y de otra, los inicios de la conquista de Argel por las tropas francesas, vinieron a alterar el *statu quo* imperante hasta entonces —no obstante sus altibajos— entre España y Marruecos. Sonaría, pronto, la hora álgida del africanismo español, coincidente con la construcción de los grandes Imperios Coloniales.

RELACIONES HISPANO-MARROQUÍES (1830-1912)

Entre 1830 y 1844, algunos personajes —clarividentes del papel que España había de desempeñar en el norte de África— dieron una voz de alarma ante el inicio de la conquista francesa de la regencia berberisca de Argel, dependiente hasta entonces del Imperio Turco-Otomano. Entre todas las potencias europeas con vocación y títulos africanistas, Francia fue, sin lugar a dudas, la que logró apropiarse, tanto en el Magreb árabe como en la costa occidental del continente negro, de unas sociedades tradicionales en diferente grado de evolución. Los epicentros de aquella actuación francesa en África estuvieron situados en Argel y en San Luis del Senegal. Entre 1830 y 1912, Francia ejecutó una intervención colonial consistente en controlar militar y económicamente el cuadrante comprendido entre los 14° 36" de latitud Norte y los 0° 19" de longitud Oeste. Es decir, el territorio de los actuales Argelia, Marruecos, Mauritania, Senegal y Mali. La presencia francesa en el noroeste de África constituyó el factor desencadenante del africanismo español, o sea, del intento hispano por salvaguardar sus derechos históricos y la seguridad de su frontera meridional en el continente vecino.

Ahora bien, aquel intento —como cualquier otra actuación de la Monarquía Constitucional española de 1834— estuvo maniatado a lo convenido por los signatarios de la Cuádruple Alianza, formada por Gran Bretaña, Francia, Portugal y la misma España. De acuerdo con

los términos y la inteligencia tácita de la Cuádruple Alianza, los dos estados de la Península Ibérica actuarían supeditados a las dos potencias hegemónicas en el occidente de Europa y en otros puntos del globo. Todo el dilema de la política extranjera ibérica en el siglo XIX tiene su explicación en la sujeción peninsular a Londres y París, en la imposibilidad de actuar con plenitud de potestad efectiva en las cuestiones atinentes, por ejemplo, al reparto de África, de tal manera que la percepción ibérica de la alteración del *statu quo* en el norte de África, de resultados de la conquista de la regencia de Argel por las tropas francesas, se vio coartada por la dependencia española del «concierto» anglo-francés.

El africanismo español, tanto en medios políticos como militares y, muy en menor medida, en círculos económicos, se alarmó ante eventos como el deslizamiento de la ocupación francesa del oeste argelino, del cruce de la frontera entre Argelia y Marruecos por las tropas francesas en 1844 (batalla del Isly, que puso en evidencia la debilidad de las milicias del sultán de Marruecos, protector del príncipe Abdel Kader, jefe de la resistencia argelina, a la ocupación francesa).

Aquel incipiente africanismo fue del criterio, hacia 1850, de que una intervención a tiempo en el norte de África podría garantizar la seguridad y la «imagen» de España, convertida ya en pequeña potencia dentro del sistema europeo heredado del Congreso de Viena y de los reajustes que aquél experimentó hasta 1870. Un conocido viajero español por tierras del Magreb, Malo de Molina, escribía entonces:

El África francesa será para España un factor constante de ignominia, sin que puedan evitarlo las razones débiles e ineficaces que nos alejaron de la dominación de aquel país, que debió ser la esperanza del nuestro....

La nostalgia de la posibilidad expansionista en el norte de África, precisamente a partir del oranesado argelino, estuvo presente en varios africanistas españoles de mitad de siglo. Pero, en Argelia, estaba ya situada Francia, por eso Marruecos devino el polo de todas las expectativas españolas.

Fue entonces cuando cobró vigor aquel africanismo antes mencionado, teóricamente al menos. Durante toda la segunda mitad del siglo XIX, los círculos colonistas españoles intentaron alertar a los gobiernos, a los intereses materiales y a la opinión pública del país sobre la ine-

luctable consumación del reparto del norte de África en breve o medio plazo. Los títulos jurídicos, los alegatos históricos, los imperativos de seguridad y defensa del territorio peninsular y las aguas del estrecho de Gibraltar desde los presidios (Ceuta, muy concretamente), las exigencias de restablecer un comercio exterior debilitado desde la pérdida del Imperio en América, y una difusa convicción de potencia civilizadora en África, nutrieron las páginas de la corriente de opinión denominada africanismo español en el fin de siglo.

Por otra parte, en los años cincuenta del siglo XIX, la integridad del imperio de Marruecos empezó a correr peligro. La debilidad interna del Sultanato Cherifiano y las apetencias expansionistas de Francia, Gran Bretaña (siempre con la mirada puesta en el punto estratégico de Tánger y en los beneficios del comercio ultramarino mediante la obtención de la cláusula de la «nación más favorecida») y de España misma, hicieron de Marruecos un asunto internacional crítico que tardó en resolverse más de medio siglo.

Las directrices para la actuación de los gobiernos de Isabel II en el norte de África reposaban en garantizar las posesiones de los presidios, aunque hubo quien siguió pensando en su posible liquidación (por ejemplo, en un canje de Ceuta por el peñón de Gibraltar). Y, también, en garantizar los intereses españoles en Tetuán, Tánger y en las aguas del banco pesquero canario-africano; o sea, más o menos los objetivos perfilados ya en el Tratado de Paz y Comercio firmado por España y Marruecos en 1767. A pesar de que los objetivos eran viejos y limitados, los recursos de la diplomacia española no estaban entonces a la altura de poder obtener aquéllos.

En la segunda mitad del siglo XIX, Madrid decidió intervenir militarmente en el norte de Marruecos, con una discreta inhibición por parte de Gran Bretaña, representada cerca del Sultanato Cherifiano en la persona del legendario Sir Drummond Hay. El *casus belli* no faltó. El hostigamiento que la tribu de Anyera practicaba sistemáticamente a la plaza de Ceuta, cortando el aprovisionamiento de víveres, hizo sus veces. La atmósfera política de euforia nacionalista que reinaba por aquellos días en círculos oficiales del reino español determinó que el secretario de Estado, Calderón Collantes, sancionara la ruptura de las hostilidades con el sultán de Marruecos.

La campaña tuvo lugar entre octubre de 1859 y marzo de 1860. El ejército expedicionario de la Península estuvo integrado por tercios

vascos y voluntarios catalanes, regimientos de Granada, Toledo y otros destacamentos militares de la metrópoli. El general en jefe de aquella guerra que se ha intentado representar como «romántica» fue el ministro de la Guerra, Leopoldo O'Donnell; Ros de Olano, Prim y Félix Alcalá Galiano tuvieron el mando supremo de diferentes cuerpos del ejército, artillería y divisiones de reserva incluidas.

A pesar de la resistencia —desorganizada— de las milicias marroquíes, la victoria sonrió a las tropas españolas al cabo de unos meses. Estas entraron en Tetuán. Pedro Antonio de Alarcón escribió un testimonio exaltado de la acción española en su *Diario de un testigo de la Guerra de África*; Galdós en sus *Episodios Nacionales* se mostró más escéptico sobre aquella guerra y sus efectos (*Aita Tettauen*). Los términos del armisticio firmado en Madrid el 25 de marzo de 1860, y los tratados de paz, comercio y delimitación de fronteras entre los «presidios» españoles y el retropaís marroquí, reconocimiento del derecho español a proteger a un número restringido de súbditos musulmanes y judíos del sultán y establecimiento de aduanas hipotecadas para obtener las reparaciones exigidas por Madrid, llenan un capítulo histórico de las relaciones hispano-marroquíes cargado de futuras complicaciones.

Las complicaciones ulteriores procedieron, una vez más, del curso de la política interior española —tan accidentado entre 1868-1873—, pero no exento de incidentes internacionales durante los primeros veinte años del período de la Restauración, puesto que los gobiernos de la nación tuvieron que hacer frente a la guerra de Cuba, independizada en 1898. Sin embargo, tanto más que la inestabilidad interior de la Península, el fenómeno europeo del imperialismo colonial, contribuyó a complicar las relaciones hispano-marroquíes.

Hacia 1880, no era sólo Francia la potencia europea con aspiraciones hegemónicas en el noroeste de África. Gran Bretaña, como se ha dicho antes, seguía con su mirada puesta en Tánger, vía de paso marítima preciosa para sus comunicaciones imperiales. Y la Alemania del II Imperio había hecho acto de aparición ineludible tanto en Centroeuropa como en otros puntos conflictivos del mapamundi. Marruecos era entonces uno de ellos. Otras potencias, con intereses menos notorios en Marruecos, también jugaron la carta de sus aspiraciones —económicas, si no territoriales— en tierras del Mogreb el Acsá.

Entre 1880 (Conferencia de Madrid, celebrada para dirimir la cuestión del derecho europeo a proteger en Marruecos) y 1906 (Conferen-

cia de Algeciras, celebrada para distribuir las zonas de influencia francesa y española en Marruecos, así como el alcance de la «intervención» económica y financiera de París, Berlín, Londres y Madrid en el territorio administrado por el sultán Muley Hassan), los gobiernos de España oscilaron continuamente en lo atañente al norte de África.

La oscilación iba desde la tesis de una intervención benévola en Marruecos, que se dio en llamar «penetración pacífica», respetuosa del *statu quo*, hasta una intervención militar en los puntos neurálgicos próximos a los presidios españoles y a los enclaves en la costa atlántica de Marruecos, como la pretendida de Santa Cruz de la Mar Pequeña (luego identificada en Sidi-Ifni) y en algunos territorios meridionales de dudosa jurisdicción (colonia española de Río de Oro) que pudieran servir de «colchón» amortiguador a las Islas Canarias.

La oscilación —que duró más de treinta años— estuvo en función de la capacidad diplomática marroquí para dilatar el momento del acoso definitivo de Francia. Los intereses coloniales franceses, ya consagrados en Argelia, Túnez y San Luis del Senegal, marcharon en dirección de Marruecos valiéndose de una presión militar ejercida desde el suroeste de Argelia por el mariscal Lyautey, y desde los puertos de Casablanca y Agadir por un considerable volumen de intereses comerciales y financieros galos. Ante el acoso de Francia, el viejo Marruecos —encarnado en los visires Vargas, el Mokri, Mohamed Torres y el entorno de Palacio (Mechuar)— buscó en vano una salida al acoso europeo.

Marruecos fue para el africanismo español de 1900 su principal, por no decir único, objetivo. Como ya se había fijado mucho antes, Madrid no podía permitir que Francia se estableciera en El Rif; pero para obtener el respaldo internacional a una acción armada en el norte de Marruecos, el gobierno de Madrid había de pretextar una ocupación francesa efectiva en el sur o en la costa del Atlántico. Aquella intervención española había de contar, además, con el beneplácito de Londres, suponiendo que los rifeños no reaccionaran —como sí lo hicieron— contra los extranjeros armas en mano.

La Entente Anglo-francesa de 1904 llevó al entendimiento de Francia y Gran Bretaña en Egipto... y en Marruecos. Entre 1904 y 1912, todos los incidentes —diplomáticos y militares— ocurridos en Marruecos no fueron sino manifestaciones complementarias del «designio» francés de hacerse fuerte en el «Marruecos útil», o sea, el sur y las llanuras atlánticas. Este propósito se consiguió cuando el *Quai d'Orsay*

hizo a la Cancillería germana espacio suficiente para que disfrutara de «un lugar bajo el sol» (Convenio Franco-alemán de 1911).

Mediante el Tratado de Fez de 20 de mayo de 1912, el sistema internacional reconoció el protectorado francés en Marruecos. Meses después, en Madrid, el embajador francés y el ministro de Estado español firmaron el convenio que acordaba el establecimiento de un protectorado español en El Rif y Tarfaya (al sur). Sidi-Ifni, incorporado en 1934, y Río de Oro, colonia efectiva desde 1900, completaron la balcanizada herencia, que recibía el africanismo español en el noroeste de África después de decenios de persuasión discursiva y de actuación colonial oscilante.

EL PROTECTORADO ESPAÑOL EN MARRUECOS (1912-56).

LA DESCOLONIZACIÓN DEL NOROESTE DE ÁFRICA (1957-1976)

El mariscal Lyautey, residente general de Francia en la zona sur de Marruecos, escribió que

la concepción del Protectorado es la de un país que conserva sus instituciones, su gobierno y su administración a través de sus órganos propios, bajo el mero control de una potencia europea que le sustituye en la representación exterior, se hace cargo de la administración de su ejército y de sus finanzas y lo dirige en su desarrollo económico. Lo que caracteriza a esta concepción es la fórmula control, en cuanto opuesta a administración directa.

Es conveniente retener la reflexión de Lyautey puesto que Francia, en su zona sur (415.000 km² y 5.400.000 habitantes en 1917), y España, en El Rif y Tarfaya (20.000 km² y 991.000 habitantes en 1940), intentaron, en un principio, respetar el funcionamiento del *majzén* —o aparato administrativo— cherifiano y las tradiciones musulmanas de Marruecos.

Como ha señalado Charles-André Julien, la trayectoria europea en Marruecos, durante la época del protectorado hispano-francés, hizo de esta figura administrativa una ficción. Es decir, Marruecos se convirtió, de hecho, en una colonia más del imperio francés, en cuya zona norte, una pequeña potencia europea —España— ocupaba un territorio de innegable importancia estratégica, pero de escaso valor económico. En

efecto: la zona de protectorado español en Marruecos se extendió por un territorio abrupto, pobremente comunicado y sin importantes salidas al mar Mediterráneo; excepción hecha con Ceuta y Melilla, antiguas posesiones que, a partir de 1912, estuvieron comunicadas con el retropaís controlado por las autoridades españolas. He aquí descrito, en breve, un marco natural adverso para el ejercicio atribuido a España en Marruecos.

A lo anterior, hay que sumar un factor determinante de las relaciones hispano-marroquíes durante el paréntesis del protectorado: la guerra endémica en El Rif. No nos olvidemos que desde 1909 (conflicto entre intereses españoles de la Compañía de Minas del Rif y las cabilas circundantes) hasta 1926 (año de terminación de la guerra hispano-francesa contra la insurrección republicana de Abd el-Krim) la zona de protectorado en el norte estuvo afligida por el estado de belicosidad permanente.

En consecuencia, una pequeña potencia como España —comprometida por su africanismo de gabinete, no exento de razón en sus planteamientos históricos y estratégicos— se vio atrapada en la sedicente «acción» en Marruecos con muy poca moral a cuestas (la opinión pública nunca aplaudió la causa, y la novela *Imán* de Ramón J. Sender es un testimonio excepcional en este sentido). Marruecos provocó, además, un cisma entre el ejército, dividido en oficiales peninsulares, respetuosos burócratas y oficiales africanistas, defensores del ascenso por méritos en campaña y con proclividad «golpista». En Marruecos, en suma, España tuvo que afrontar un gasto para el que la hacienda y la capacidad productiva de la nación no daban abasto. Por ejemplo, la escalada militar que provocó la insurrección armada en El Rif hizo que el presupuesto de la «acción» de España en Marruecos pasara de 120 millones de pesetas (1914) a 750 millones (1926, 1927); casi el 80 % de ese presupuesto se aplicó a la pacificación del Rif.

Los primeros 15 años del protectorado español fueron dramáticos. Los partidos políticos del sistema de la Restauración se vieron afectados por la división de criterios, como de costumbre, polarizados en torno a la permanencia o abandono del norte de África. La derrota del ejército español en Annual (julio de 1921) puso de relieve el divorcio existente entre la presidencia del gobierno en Madrid y la alta comandancia en Tetuán, capital del protectorado español; pero puso de relieve, además, las diferencias de criterio existentes en el seno de los jefes

y oficiales africanistas, algunos de los cuales eran más contemporizadores con las realidades indígenas, mientras que otros se decantaban por la actuación bélica dura y pura. Berenguer, Castro Girona y Jornada se encontraban entre los primeros; Silvestre, Sanjurjo y Franco encarnaban la concepción colonial de los segundos.

Primo de Rivera titubeó, al inicio de su mandato, a la cabeza del Directorio, en lo referente a Marruecos (dicho coloquialmente: «¿me voy?», «¿me quedo?»). A partir de 1924 estrechó lazos con Lyautey y ello permitió el lanzamiento de la campaña hispano-francesa contra el temible —y capacitado— Abd el-Krim. Al acaecer la pacificación del Rif, la administración española empezó a hacerse efectiva en las regiones y comarcas del Rif a través de las intervenciones militares en la zona. El capital privado, centrado hasta entonces en la explotación minera, tendió a invertir también en la agricultura de regadío (muy rentable en torno a Arcila y Larache), en vías férreas (ferrocarril Tánger-Fez) y en ensanches urbanos. No habría que exagerar el grado de explotación económica efectuado en la zona española, pero, hacia 1930, sin ser considerable, tampoco era desdeñable.

Ahora bien, si los políticos de la Restauración, al menos Cánovas, León y Castillo, Canalejas, García Prieto y Romanones, habían propugnado la «penetración pacífica» en Marruecos, los demócratas de la Segunda República intentaron centrar la «acción» en el norte de África en torno a tres criterios: 1) potenciar la intervención civil en el protectorado, 2) desburocratizar la zona, 3) aliviar el peso de su incidencia financiera en la hacienda de la nación. Azaña fue el exponente más acabado de esta concepción estratégica.

Sin embargo, los años treinta fueron muy agitados política y socialmente en toda Europa. España no quedó exenta de aquella agitación; la Guerra Civil así lo prueba. Fue una guerra que vino a crear unos lazos ambiguos entre los insurrectos contra la República —entre los cuales se hallaban Franco y otros oficiales africanistas— y las clases dirigentes del norte de Marruecos: viejos visires, notables locales y jóvenes nacionalistas.

La colusión, sin embargo, se produjo, y gracias a ello importantes contingentes de tropas regulares (indígenas) y tercios de la legión destacados en las comandancias del norte de África pasaron en convoyes aéreos al teatro de la guerra en España. La contribución de aquellas tropas al resultado final de la Guerra Civil, favorable a Franco, ha sido

puesta de relieve hace tiempo por historiadores españoles (García Figueras, coronel Gávate) y extranjeros (Payne, Pennell).

Ahora bien, el protectorado hispano-francés en Marruecos, como otras experiencias europeas en los imperios coloniales, sufrió la sacudida de la Segunda Guerra Mundial de manera aparatosa.

Por un momento pareció que la victoria del Eje en la guerra permitiría a Franco obtener la administración de Tánger y la extensión del área española en Marruecos hasta Fez; o, incluso, todo Marruecos y el oranesado argelino. El «sueño africano» no se cumplió para Franco, y el final de la Segunda Guerra Mundial enfrentó a los gobiernos de París y Madrid con la ofensiva pro-independentista del nacionalismo marroquí. Se trataba de un movimiento político (*Istiqlal*) vinculado estrechamente al nacionalismo panárabe que había germinado durante el período de entreguerras; las sedes principales del nacionalismo marroquí fueron Fez, Tánger, Casablanca y, en ocasiones, Tetuán.

Los residentes generales de la Cuarta República, el aparato administrativo francés y los colonos galos intentaron desactivar el movimiento nacionalista del *Istiqlal* en la zona sur. Pero fue en vano; la deposición del sultán Mohamed V, en agosto de 1952, fue, más que un crimen, un error. El entronizamiento de un primo de Mohamed V (Arafa) no resolvió el conflicto; los grupos nacionalistas y el trono se coaligaron, con el respaldo del mundo árabe y de la opinión internacional progresista. El norte de África —entero— se había puesto en marcha.

En los años 1954-55, la Cuarta República francesa inició la evacuación de Túnez y Marruecos. Ante este hecho consumado, Franco y su alto comisario en Tetuán (García Valiño) jugaron la carta de la legitimidad alauí y la bondad del nacionalismo tetuaní. Sin embargo, ya era tarde para operaciones de este jaez.

Debido a una paradoja de la historia, España abandonó El Rif y Tarfaya de manera poco accidentada. La región geográfica codiciada en el siglo XIX para evitar el emparedamiento español por Francia en los Pirineos y en El Rif, que tantas sesiones parlamentarias y fondos del Tesoro había consumido, fue retrocedida al rey de Marruecos al final de un protectorado que, como se advirtió en un principio, tuvo más de administración directa que de mero control saneador, al menos en el caso de Francia.

Sin embargo, el problema meridional de la política exterior española no desapareció del todo cuando concluyó el protectorado. Era un

problema inveterado, antiguo; y estaba llamado a tener repercusiones en el futuro. De una parte, Ceuta, Melilla y los peñones fueron incorporados al organigrama territorial y administrativo del estado franquista en calidad de plazas de soberanía, mientras que Ifni y Río de Oro (África occidental española) adquirieron, por arte de magia, el estatuto de «provincias». Este proceso cubre el período de 1957-75.

Cierto es que Francia intentó hacer de Argelia una provincia de ultramar y que Portugal «provincializó» nominalmente sus territorios coloniales en África; está sancionado históricamente que por ello pagaron ambas metrópolis un precio elevado que repercutió en la población indígena de modo oneroso. En el caso de los territorios de Ifni y África occidental española —pronto denominado por la ONU y el mundo entero Sahara occidental—, la descolonización se llevó a cabo tarde y mal. Ifni fue retrocedido a Marruecos en 1969, mientras que el Sahara occidental cayó en manos de Marruecos y Mauritania, previo acuerdo con Madrid, en 1975. Las dos retrocesiones fueron muy turbias, pero muy en particular la del Sahara occidental.

En rigor, Madrid intentó aplazar la aplicación de las resoluciones de la ONU (resolución 1.514 de diciembre de 1960) sobre colonias y territorios no-autónomos, como era el caso del Sahara occidental. El aplazamiento se tradujo en que, en vísperas de la muerte del general Franco, España y Marruecos tenían planteado un contencioso de envergadura. Rabat reclamaba para sí el Sahara occidental, mientras que Madrid prometía la «inminente» celebración de un referéndum para conocer la opinión de la población saharauí (¿independencia, inserción en el Estado marroquí?). Los acontecimientos se precipitaron a partir del dictamen emitido por el Tribunal Internacional de La Haya (1975). La enfermedad de Franco, el decisionismo de Hassan II poniendo en práctica la Marcha Verde para respaldar la anexión del Sahara occidental al reino de Marruecos, los altibajos del gobierno de Argel —principal apoyo del Frente Polisario saharauí y de la RASD en la zona— y el entreguismo de Mauritania a la tesis de la devolución del territorio en disputa a los dos estados africanos más limítrofes con aquél, se tradujeron en los *Acuerdos de Madrid* (noviembre de 1975). Así como la evacuación de El Rif y Tarfaya había sido poco traumática, la retrocesión de Ifni en 1969 (precedida de una «guerra en miniatura») pero, en particular, el proceso descolonizador del Sahara occidental (enclave rico en fosfatos) pusieron en evidencia la obsolescencia

de las directrices franquistas para la resolución adecuada de la «herencia» africana.

A partir de ese momento, el norte de África —el Magreb árabe— ha vuelto a ser uno de los puntos conflictivos para el ejercicio de la actuación exterior en España. Argelia primero, Libia después, y organismos panafricanos como la OUA, en Addis Abeba, han tomado parte activa en el seguimiento del conflicto bélico que enfrenta a la RASD con el ejército de Marruecos (Mauritania quedó pronto descolgada de los *Acuerdos de Madrid*).

Los gobiernos de la joven democracia española, a partir de 1976, no han podido sortear felizmente la espinosa cuestión. Todos ellos —UCD, en principio; PSOE, a partir de 1982— han oscilado entre el *Escila* de estimar que Madrid posee todavía títulos de ex potencia administradora para ayudar a la celebración del referéndum pospuesto *sine die* por Hassan II, y el *Caribdis* de desentenderse de hecho, si no *de iure*, y dejar que los países de la zona resuelvan el embrollo desde dentro, tesis que no disgusta ni a F. Mitterrand ni a la OTAN misma.

Con Marruecos concretamente, España tiene pendiente resolver varios asuntos, heredados de antiguo algunos; más recientes, otros. Ceuta y Melilla es uno de aquéllos, ligado estrechamente al peñón de Gibraltar que Madrid siempre ha reclamado; otro, de naturaleza colonial, es el del Sahara occidental, donde, según Adolfo Suárez, España tiene todavía compromisos y obligaciones de potencia ex mandataria.

Ahora bien, el contencioso hispano-marroquí correspondiente a la etapa de la descolonización no posee solamente un carácter territorial y no es sólo un litigio de competencias, sino que se duplica con la competitividad productiva existente en los campos de la pesca y de la agricultura entre España y Marruecos. Un ejemplo fehaciente de cuanto se dice es la necesidad de fijar acuerdos de pesca entre Madrid y Rabat, negociables a partir de ahora entre Marruecos y la CEE, a causa del ingreso de España en la CEE, o sea, el club de Bruselas (1986). Regiones del Estado como Canarias y Andalucía litoral se siguen viendo afectadas por la conflictividad que se desprende de la explotación de los bancos pesqueros hispano-marroquíes.

Al mismo tiempo, la rivalidad endémica existente entre Argelia y Marruecos en el Magreb obliga a España a buscar el modo de mantener una política de equilibrio, de *statu quo*, entre estos dos jóvenes estados tan africanos como musulmanes. La orientación del actual presidente

del Gobierno, Felipe González, parece ir en esa dirección. Los resultados de su política mediterránea, magrebí en particular, son todavía difíciles de evaluar. Parece que la Moncloa, y alguna que otra «Dirección General» en el Palacio de Santa Cruz, son conscientes de que el escenario norteafricano es el más preocupante para la seguridad de los intereses españoles.

III

LA LENGUA DIARIA MARROQUÍ, REFLEJO DE UNAS RELACIONES SECULARES ENTRE ESPAÑA Y MARRUECOS

Simón Levy*

Como todos los vecinos, los pueblos marroquí y español se han prestado palabras, del mismo modo que las amas de casa se pueden prestar utensilios o un poco de azúcar. Los miles de arabismos integrados en el castellano, el portugués, el catalán, han sido estudiados en el siglo pasado por Engelman y Dozy¹, por Eguilaz Yanguas² y otros. Los hispanismos en el árabe marroquí —y en bereber— no son menos dignos de ser conocidos. A su modo, reflejan la historia viva de los marroquíes y son testigos de sus relaciones con sus vecinos del norte.

El reciente período colonial ha dejado numerosos préstamos en el hablar árabe de la ex-zona norte, en rifeño, en la hassanía de El Ayun, Dajla y Tarfaya... Mohamed Ibn Azzuz Hakim recogía, en 1953, «mil quinientas voces españolas usadas entre los marroquíes en el árabe vulgar»³. Era el legado de un bilingüismo en el que la lengua de la autoridad administrativa imponía las palabras con las instituciones que la representaban (*kontrol*, administración colonial en Tetuán; *kurunel*, «coronel»), o con las novedades introducidas (*tranbiya*, «autobús», en árabe de las ciudades norteñas; *tboyot*, «bollo» en rifeño). El mismo fenómeno produjo galicismos en la zona francesa de protectorado. Pero

* Universidad Mohamed V, Rabat.

¹ R. Dozy y W. H. Engelman, *Glossaire des mots espagnols et portugais dérivés de l'arabe*, Leyden, 1869.

² Eguilaz y Yanguas, *Glosario etimológico de las palabras españolas de origen oriental*, Granada, 1886.

³ Muhammad Ibn Azzuz Hakim, *Glosario de mil quinientas voces españolas usadas entre los marroquíes en el árabe vulgar*, Madrid, 1953.

el árabe marroquí había acogido hispanismos de más antigua alcurnia. El estudio de la «lengua anterior a la colonización», a través de hablas árabes alejadas de Tánger y Tetuán hace aparecer todo un material lingüístico ibérico: préstamos que, a veces, han sido sustituidos por galicismos (*korío*, sustituido por *bosta*, «correo»; *siyos* eliminado por *tōnbōr*, «sello») y hoy, poco a poco, por palabras árabes o neologismos bajo la influencia de la enseñanza y de los medios de información.

Pero otros préstamos españoles de mucho arraigo, integrados profundamente en la lengua, en su morfología, han recibido carta de naturaleza: *rueda*, plural *rwaiḍ*, *rueda*; *familia*, «familia». Existen hispanismos asimilados hasta tal grado que nadie los siente como préstamos: *qniya*, «conejo», *qubb*, «cubo de madera». En fin, algunos se encuentran en los diccionarios de árabe clásico: *qaṣṭāl*, «castaña»... Estas palabras entraron en la lengua en distintas épocas; otras se olvidaron por varias razones. Muchas sólo sobreviven en el habla de una región, ciudad o generación, de un grupo social o en la jerga de una profesión. Cuentan, a su modo, un episodio, un momento de historia social, técnica, comercial, religiosa...

Historia es también el «enfoque» con que se estudiaron por parte de los que, antes del Protectorado, se interesaron por el tema lingüístico hispano-marroquí. En 1888, Simonet⁴ intentaba limitar la aportación árabe a la civilización española, atribuyendo dudosas raíces latinas a palabras árabes. Así derivaba *trid* «hojuelo», especie de «crêpe», del latín *attritus* «gastado por el frote», cuando la raíz árabe *trd*, *trid* evoca «migas, pan desmenuzado en caldo» y otras «frutas de sartén». Veinte años más tarde, cuando el «partido colonial» buscaba justificaciones históricas, Guillermo Rittwagen⁵, aun reconociendo «no sé árabe», reunía una lista de setecientos hispanismos —en los que incluía hasta *zīt*, «aceite»—, cuyo origen semítico es evidente, para afirmar con el eminente africanista, don Saturnino Ximénez: «después de España no conocemos nada tan español como Marruecos». El mismo presupuesto ideológico, esta vez pro-francés, impedía al propio Louis Brunot⁶, uno de los me-

⁴ F. J. Simonet, *Glosario de voces ibéricas y latinas usadas entre los mozárabes*, Madrid, 1888.

⁵ G. Rittwagen, *De Filología hispano-arábiga*, Madrid, 1909.

⁶ L. Brunot, «Emprunts dialectaux arabes à la langue française dans les cités marocaines depuis 1912», en *Hesperis*, 1949, pp. 347-430.

jores dialectólogos del Institut des Hautes Etudes de Rabat, ver detrás de *šbetar* el español «hospital», para considerar el préstamo italiano al árabe argelino (*spedale*) introducido en Marruecos «por tropas y agentes franceses venidos de Argelia» (p. 413). ¿No hubiera sido más prudente interrogarse sobre la posible supervivencia de un hispanismo debido a la acción de los misioneros franciscanos con sus hospitales, desde el siglo XVII⁷ y más cerca, de la influencia directa de los hospitales creados en Tetuán y Tánger en la segunda mitad del XIX⁸. En 1888-89, Abdeslam el'Alami empleaba la palabra (*šbetār*) en una obra destinada al público de Fez⁹. Sin embargo, Brunot reconocía que muchos galicismos habían tenido que «hispanizarse» para penetrar en el uso marroquí, acostumbrado a hispanismos desde hacía siglos (*machine* → *mašina*, «locomotora»; *bicyclette* → *bišclita*, «bicicleta»).

DIFÍCIL INVENTARIO

Según la encuesta que hemos llevado a cabo en diez ciudades y del examen de los glosarios y monografías existentes, resulta difícil fijar una cifra global de hispanismos en el árabe marroquí: según las hablas, puede oscilar entre doscientos y mil quinientos. Esta última cifra corresponde a ciudades del norte del país, a fines del Protectorado¹⁰. Pero Lerchundi¹¹ citaba más de setecientas palabras de origen romance en su vocabulario recogido en la misma zona y publicado en 1892. Otro re-

⁷ Véase *Archivo Ibero-Americano*, vol. I, p. 135, y vol. IX, p. 333, Madrid, 1920-1921; R. Ricard, «L'Afrique du Nord dans la 'Gazeta de México'», en *Hesperis*, 1932, pp. 89-95; H. Koehler, «Ce que l'économie privée importait d'Espagne au Maroc au XVIII^e siècle, d'après les manuscrits inédits des procureurs de la Mission franciscaine, 1766-1790», en *Hesperis*, 1952, p. 398.

⁸ Véase A. Joly, «Tetouan», *Archives Marocaines*, vol. VIII, p. 524; I. Laredo, *Memorias de un viejo tangerino*, Madrid, 1935, pp. 128 y 355; y más recientemente J. B. Vilar, «L'ouverture à l'Occident de la communauté juive de Tetouan», en *Les judéo-espagnoles du Maroc*, París, 1982, pp. 98 y 103.

⁹ Médico marroquí que estudió en Egipto. Su obra, litografiada antes de 1912, ha sido reeditada: Abdeslam Al Alami al-Hassani, *Diya an-nibrās fi ḥal mofradāt al-Anṭāki bi lūgat Fās*, Dar at-Torat, Rabat, 1986, p. 103.

¹⁰ J. Lerchundi, *Vocabulario español-arábiga del dialecto de Marruecos*, Tánger, 1892 y 1932.

¹¹ F. de Dombay, *Grammatica linguae mauro-arabica*, Viena, 1800.

cuento, basado en la frecuencia de uso de cada vocablo en el habla, haría aparecer un porcentaje de hispanismos interesante, que ya saltaba a la vista de F. Dombay, en 1800¹².

1.º) Las zonas rurales arabófonas (y berberófonas) conocen un número relativamente limitado de préstamos romances, aun incluyendo el calendario juliano, cuyos meses rigen las faenas del campo (*yenayer*, *febrayer*, «enero», «febrero»...), y algún vocabulario agrícola, del que buena parte procede directamente del latín (*temmún*, «timón del arado», en hablas árabes y bereberes; *asnu*, «asno», *hortu*, «huerto», en bereber; algunas plantas: *aslili*, de la familia del hinojo; *fliyo*, «poleo»...). Sin embargo, parecen de origen hispánico términos como *šemrir*, «sombrero del segador», o *tbanda*, «delantal de cuero» del mismo. El habla rural de Zaer a las puertas de Rabat, recogido por Loubignac en 1915-1916, no presenta más de cincuenta «romancismos» en un glosario de más de cinco mil palabras¹³.

2.º) Las ciudades de Fez, Mequinez y, sobre todo, Rabat-Salé, llamadas *ḥaḍariya* y las costeras (Tánger, Tetuán, Safi, El Yadida, Casablanca) y Uxda —por la proximidad de Orán— empleaban bastantes hispanismos antes de 1912. Pero cada una tiene, a este respecto, su propio léxico, que depende de la historia de su poblamiento (andalusíes, moriscos, judíos sefardíes y, a partir del XIX, españoles) y de su función económica. En los puertos, la cantidad de hispanismos, debida al contacto con españoles y otros hispanófonos, comerciantes, marineros y pescadores, participa en el concepto de *ḥaḍra mersawiya* «habla del puerto». Rabat, Tetuán y Tánger, sobre un fondo *ḥaḍari* de viejas poblaciones «ciudadanas», acumulan los factores «morisco», «sefardí» y *mersawí*, y en el caso de las dos últimas, un contacto directo con elementos españoles en la segunda mitad del siglo XIX. De aquí, un elevado número de hispanismos, de épocas distintas, ya antes de 1912.

¹² V. Lombignac, *Textes arabes des Zaer*, París, 1925.

¹³ Véase J. Benoliel, *Dialecto judeo-hispano-marroquí o Hakitia*, Madrid, 1977 (y *Boletín de la RAE*, 1926, 1927, 1928 y 1952); J. Martínez Ruiz, «Textos judeo-españoles de Alcazarquivir 1948-1955», en *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, vol. XIX, 1963, pp. 78-115).

3.º) En estas ciudades se debe distinguir, sobre todo para las generaciones mayores, hablas distintas según los barrios (la unificación lingüística es ahora rápida entre jóvenes). Así, en Rabat se podía distinguir en el año 1940 el habla del barrio de Udaya, con población de origen rural, los judíos conversos (en 1808) de *el Bħira*, el habla de la Medina, entre los que se centraban muchos *Karrakxu* (Carrasco), *Bargaš* (Vargas), *Lubaris* (Olivares), *Biriz* (Pérez), *Faxardo* (Fajardo), etc., descendientes de los moriscos hornacheros. En Fez, la antigua Medina (Fas-al-Bali) era *ħađariya*, mientras el barrio administrativo y militar de Fas-Yedid tenía habla más rural, eso sin hablar de las particularidades mujeres.

4.º) En cada ciudad —o pueblo— hay que distinguir el habla árabe de los hebreos, con sus hispanismos particulares, herencia del contacto con los sefardíes, judíos españoles refugiados después de 1492. En ciertas ciudades —Fez, Mequínez, Marrakech, Rabat, Salé— se dio un período de bilingüismo árabe-español que, en Mequínez, duró hasta el siglo XVIII. Desde luego, no se trata aquí del dialecto español, *ħakittā* de los judíos de Tánger, Tetuán, Larache, Alcazarquivir, Arcila, Xauen, que siguieron usando su habla española entre sefardíes, y árabe al hablar con musulmanes o judíos arabófonos¹⁴. De lo que se trata aquí es de las variedades dialectales de los judíos que, en Fez, Debdú, Tafilete, etc., no hablan castellano, pero cuyas hablas *árabes* presentan particularidades, incluso en el uso de hispanismos especiales. Nuestra encuesta se realizó a base de un *corpus* de quinientos hispanismos usuales (que no incluía los vocabularios técnicos y especializados). De estos 500 hispanismos, 350 pueden encontrarse también en tal o cual habla de musulmanes de Rabat, Tánger, etc. Los judíos de Fez emplean 409 hispanismos, de Rabat-Salé, 404; de El-Yadida, 376; de Mequínez, 363; de Marrakech, 325; de Safi, 326; de Essauira, 307; de Sefrú, 278; de Debdú, 210; de Tafilete, 174; de Wad Dra, 112...

Estas cifras se deben aumentar añadiendo palabras que escaparon al *corpus*, amén de los vocabularios especializados de los naipes y de ciertos oficios de artesanía, como la joyería. Las comunidades hebreas que han conservado más hispanismos son, naturalmente, las que acogieron

¹⁴ D. Ferré, *Lexique marocain-français*, Ed. Nejma, s.f. (años 1950).

un número significativo de sefardíes. La comunidad de El-Yadida, formada a principios del siglo XIX con elementos venidos de Azemmur, Safi, Marrakech, Rabat, adquirió también hispanismos por el contacto íntimo con un puerto que estuvo, durante años, reservado a un monopolio español.

Las hablas judías de Wad Dra y Tafilete usan menos hispanismos que la «media nacional» del árabe marroquí, o sea los 240 préstamos españoles documentados en el diccionario de Daniel Ferré¹⁵, que sólo recoge el habla general, la de los musulmanes.

5.º) Entre los vocabularios profesionales, los más «hispanizados» son los de los pescadores y marineros, con más de 150¹⁶, y muy detrás, el de los joyeros —la mayoría hebreos hasta los años cincuenta—, de los carpinteros, etc. Los hispanismos comerciales hacen parte de léxico de la población urbana.

CAMPOS SEMÁNTICOS

— Comercio, transporte terrestre y marítimo, viajes, monedas y medida (76 palabras de nuestro *corpus*), materias primas e instrumentos corrientes (32 hispanismos), reflejan las características de los intercambios entre Marruecos y España durante los últimos siglos. En estos dominios los hispanismos son más o menos generalizados. Pero eran más numerosos cuando, en el siglo XIX, gran parte del comercio se hacía por Tánger: entonces se utilizaban, incluso en los documentos del *majzen*,

¹⁵ El vocabulario del mar y de la pesca ha sido estudiado en los años veinte por L. Brunot, *Notes lexicologiques sur le vocabulaire maritime de Rabat-Salé*, París, 1920. Este trabajo recoge unos 150 hispanismos, un tercio del conjunto del vocabulario analizado. R. Montagne («Les marins indigènes de la zone française du Maroc», en *Hesperis*, 1923, 2.º tr.), estudió el vocabulario de El-Yadida, y E. Laoust el de Safi, Essauira, Agadir, con más impacto bereber («Pêcheurs berbères du Sous», en *Hesperis*, 1923, 2.º y 3.º tr.). En los últimos años, estudiantes del departamento de español de la Facultad de Letras de Rabat han realizado monografías de licenciatura sobre las hablas marítimas de Essauira (Oubahon, 1985-86), de Agadir (I. Aitboui, 1989-90) y de Casablanca (Chakir Tarik, 1989-90).

¹⁶ Palabra hoy un tanto anticuada, pero entendida. Aguardiente y vino se vendían, antaño, en el barrio hebreo. En Fez existe hasta hoy una calle de la taberna (*dārb at-tbārna*) en la judería, donde había una gran destilería de aguardiente (*mabya*).

términos como *brosest*, «protesto», hoy sustituido por el francés *protêt*. Otros como *firma*, *permiso*, etc., han sido arabizados, pero quedan *ban-ka*, *kontrada*, *kontrabando*, *mwistra*, *marka*, *l-interes*, *bala*, *libra*, *litro*, *ba-bor*, *koche*, *maleta*, *fonda*... Algunos términos geográficos también se hispanizan: Inglaterra, Hamburgo, Londres...

— Casa y muebles: este campo presenta un vocabulario hispánico bastante nutrido: *sala* (de recibir), *bôrtal*, «parte del patio o pieza sin puerta» que evoca el español *portal*; *kuzzina*, *ktina*, *koššina*, «cocina»; *banyo*, «sala de baño»; *gôrniza*, «cornisa»; *montera* de cristales sobre el patio, llamada a veces *tinda* (tienda), etc. *Mariyo* es el «armario», *šalya*, «silla», *katre*, «catre», *kuna*, «cuna», *komoda*, «cómoda», *gabeta*, «cajón» y, entre hebreos, *arteza*, usada en Fez para lavar la ropa, *kama*, «cama», *sianto*, «asiento, butaca», *kortina* (en Rabat), *kalikul* (en Mequínez) para la «cortina», etc. El *sótano* (plural *swatnoz*) se conoce en Fez, Mequínez...

— Los utensilios caseros y recipientes llevan a menudo nombres españoles en el árabe dialectal: *sôrbita*, «servilleta», *kaftera*, en que hierve el agua para té y café; *tarro*, «recipiente de hojalata»; *bota* «tonel»; *lata*, «toda caja de hojalata, o bandeja de esta materia para llevar pan al horno», etc. Entre hebreos se usan también términos como *soppera*, *sallero*, *nbodo*, «embudo», *sakatapó*, «sacacorcho», *rodiya*, «servilleta» en Fez, *tobaza*, «toalla» en Rabat, conservando la forma del siglo XVI, *koṭār*, «cuchara» y *garfo*, «tenedor», una de las pocas palabras de probable origen portugués, conocida también entre musulmanes de la costa, en Argelia, Egipto...

— Entre los manjares más apreciados está la *bôṣṭela*, «pastel con carne de ave», *salada* o *šlada*, *jringo*, «tejeringo», y entre las golosinas, *pasta*, que puede ser «helado» o «barquillo» del helado, etc. Los hebreos han conservado *mazapán*, *beringiz*, «merengue», *boyoz*, «bollo» (singular, *boyoz*), *nuegado* (en Mequínez) y las albondiguillas, *bundigaz*.

— Las bebidas «europeas» llevan nombres españoles como *sôrbisa*, «cerveza», *gazoza*, «gaseosa» y más a menudo [*li*]monada. En cuanto al té inglés, se llama *atay nigro* («negro»). Aunque el vino tiene nombres árabes de vieja alcornia, hablando con cierta vulgaridad se dirá *bino*, que se bebe en la *tbôrna* (taberna), de la que se podía salir *sôkran* «pila» (borracho como una cuba).

— El ámbito de la ropa y del calzado incluye hispanismos ambiguos como *kabboṭ*, conocido en árabe andaluz, «abrigo», «chaqueta»,

kappa, «capa», sobre todo en la expresión *lh̄s ɔl-kappa*, «dar coba», *saya*, «falda o vestido de tela», *faldeta*, «falda larga de las hebreas», sin olvidar la suntuosa *zəlteta* (*yiraldeta*, en *hakitia*) falda de terciopelo con «ala de seda» que parece derivar del español del siglo XV *faldeta*; *d̄ya-keta* o *yaketa*, «chaqueta mujeril», *səbbaṭ*, «zapato»; *bəlgā*, calzado tradicional del hombre, que deriva de *parga*, el cual ha dado «alpargata», conocido en ciertos puntos de Marruecos: *pargata*, sinónimo de *spardina* (esparteña), más común. Los nombres de tejidos, *franela*, *šarga*, «sarga», *kiryā*, «crea», se usan todavía, mientras *qamra* (Cambray), *damasko*, (brocado), *olanda*, «tela fina de Holanda», se han olvidado.

— La mercería conoce también géneros antiguos (*bəršman*, «trenza», «bordado», «galón», del mozárabe *paxaman*; *randa*, *franza/fran̄ja*, del viejo castellano «franxa»; *tərsal*, «torzal») y más recientes, difundidos por gitanos y vendedores ambulantes a fines del siglo XIX y principios del XX; *sinta*, «cinto», *garon/galon*, «galón»; *bordado*, *laso*, *encaje* (pronunciado con jota), etc.

— Entrar en el campo de la botánica sería un cuento de nunca acabar¹⁷. Citaremos, sin embargo, plantas usuales como *lwiza*, «hierba luisa», *mateša*, «tomate» (del plural *tomatiš*, usado en Uxda, aumentado con /a/ del singular y aféresis de *to*); *baṭata*, «patata»; *bašneja*, «biznaga» del mozárabe *pastinaca*; *lechin*, «naranjas (de-la-China)». El chumbo se llama *bandiya*, «de las Indias» (Occidentales) o *kərmos ɔn-nsāra*, «higos de los cristianos» etc.

— La zoología conoce *tobba*, «rata», *bərtal*, «pardal», *grillo*, «gri-llo», *ballena*, «ballena», *dənfil*, «delfín», *babbuš*, «caracol» (cfr. babosa).

— Los pescados y mariscos están bien representados entre los hispanismos marroquíes: *sardin*, «sardina», *beneto*, «salmonete», *baqlao*, «bacalao», *mrina*, «morena», *qorb*, «corbina», *kabaila*, «caballa», *miro*, «mero», *merlutsa*, «merluza», *raya*, «rubio», *šibia*, «jibia», *qemron*, «gamba», etc.

— Las escuelas de frailes abiertas a fines del siglo XIX han dejado palabras como *skwila*, «escuela», *maistro*, «maestro», *lapis*, «lápiz», *rigla*, «regla»... y también fraile o *fraire*.

¹⁷ Véase la obra de G. S. Colin y H. P. S. Renaud, *Tuhfat al aḥbāb, glossaire de la matière médicale marocaine*, París, 1934.

— Entre los juegos, *ṭromba*, *trimbo*, «trompo» (*kappuya* entre judíos de Tafílete, del catalán *capoll*), *munika*, «muñeca», y para gente mayor: *dāma*, «damas», *dumino*, *dādos*, y sobre todo *karta*, de cuarenta naipes, con sus cuatro palos (*sbaḍa*, *koppas*, *bastos*, *dhòb* u oros) y sus juegos de *tuti*, «tute», *ronda*, *mōškamba* (catalán (b)escambrilla), *kapiya*, etc.

— Médicos españoles o hispanófonos se instalaron en algunas ciudades marroquíes a fines del siglo XIX y con ellos aparecieron medicinas modernas, que recetaban y vendían, introduciendo las palabras *botika*, *bateba*, «lavativa», *pomada*, *kina*, *polbo*, etc. Al mismo tiempo, en Tánger, se imponía *kwarintina* a los buques, en caso de *kollera* (cólera).

— De los vocabularios técnicos citaremos aquí algunas muestras: términos marítimos como *mariya*, «marca», *barko*, *babor*, *fōrgata*, *budiga*, *kubirta*, «cubierta», *bandera*, *falora*, «faro» (de farola); útiles varios como *pala* o *bala*, *mango*, *barra*, *kuchiya*, de carpintería como *blana*, «plana», *berrima*, «barrena», *škōrfina*, «escofina», *sarruz*, «serrucho», *garmil*, «gramil», etc. La joyería ha recibido hispanismos como *soplete*, *boṭ*, «crisol» (de *enbut*, mozárabe), *kašon*, «banco del joyero» con su *gabeta* y *starbila*, «estribilla», *turno*, *diamant*, *rubi*, *semana*, «serie de siete pulseras finas», y otros nombres regionales de joyas. La primera empresa industrial de Fez se llamó *Makina*; la han seguido otras *fabrikat* (singular *fabrika*).

— El árabe marroquí ha admitido algunos adjetivos como *falso*, *kanbo*, «necio y crédulo» (como un hombre *de campo* ¹⁸), *ḍoble* y *mḍobāl*, arabización del primero, *msogar* (de seguro), «certero», «certificado», tratándose de un envío postal; *frišk*, «fresco» (pescado o carne); *basto*, «de baja calidad»; *fino*, «de buena calidad», y el superlativo *fino dōl fino*. *Twerto* y *kojo* son vulgarismos usados en Tánger y Casablanca, como *borracho*...

— Hay nociones abstractas que guardan aceptación: *gana*, *gošto*, *swirti*, «suerte», *forma*, *mizeria*, *falṭa* y el verbo *faṭṭ mea*, «faltarle a alguien»; *fanṭaziya*, «orgullo», «gravedad afectada», que produce el verbo *tfanṭaz*, «presumir», «hacer caprichos»; *kaballer*, en el sentido de «señor que demuestra generosidad, hombría».

¹⁸ En opinión del profesor Anguiano (Facultad de Letras de Rabat).

— En el registro del desprecio encontramos *ṭrabajo*, «trabajo mal hecho», *ṭapiya*, *bōṇḍaja*, «estafa», *karašta*, (de «canasta»), *trobba*, *gom-baniya*, en el sentido de «grupo de gente de poca monta».

— Interjecciones y adverbios son pocos: *ibrabo!* y, en un sentido más admirativo, *iBaz!* (de *iPaz!*, como quien se rinde), *dakwerdo*, «de acuerdo», *fabor*, «sin pagar», y también «propina».

— Tampoco los verbos resultan numerosos: *sārba/d-sārbe*, «servir a la mesa», «darse prisa», *bōntar*, «pintar», y su participio *mbōntar*, «bien vestido» (cfr. «venir como pintado»), *fayḍr*, «fallar» jugando a las cartas, *sārṭal*, «ensartar». Otros se forman sobre un adjetivo: *ḍobōl*, «duplicar», *bōrṇōz*, «barnizar», *bōndōj*, «estafar»... Los judíos emplean *ṭpesiar*, «pasear», *bezar*, «aprender a leer» (del castellano del siglo xv *embezar*), *asakkar*, «leer una palabra en la mente» («inventar» en castellano medieval). Además pueden «hispanizar» un verbo francés añadiéndole *ar*: *desidar* (*décider*), *profitar* (*profiter*): *ka i--profitaro*, «aprovechan».

VÍAS Y MEDIOS DE TRANSMISIÓN

No han faltado ocasiones de contacto lingüístico entre dos pueblos separados por un estrecho de algunos kilómetros de ancho: el mar es excelente medio de comunicación. Las dos riberas pertenecieron a las mismas entidades políticas bajo el imperio romano, en tiempos del conde Julián, como de los Omeyas de Damasco, y parcialmente de Córdoba, durante los siglos almorávide y almohade. Fez, recién fundada, recibió refugiados cordobeses. Setecientos años más tarde, Marruecos acogió granadinos, sefardíes y moriscos. En cuanto a los cristianos, tuvieron misioneros, mercenarios y cautivos: su obispo *in partibus infidelium* residía en Sevilla. Anteriormente al Protectorado, pequeñas colonias de españoles vivían en puertos y ciudades marroquíes como Tánger, Casablanca, El-Yadida, etc.

El préstamo de léxico puede encontrar vías indirectas, las del comercio, de la novedad de un objeto, adoptado con su *nombre*. Las situaciones de bilingüismo autorizan más: el préstamo de palabras abstractas, de partículas (*kontra*) y hasta de morfemas. Se da el caso en las hablas de hebreos, con el traslado de *ar* para hispanizar verbos franceses, de *es* para formar cualquier plural de voz europea. Más sorprende el diminutivo en *llo/lla*, heredado del bilingüismo árabe/mozárabe en

Al-Andalus, que ha sobrevivido en el habla árabe de los judíos de Tafílete (*saya* → *sayalla*, «pequeña falda») ¹⁹.

El árabe marroquí se formó —antes de la llegada de las tribus Banu Hilal—, entre los siglos VIII y XIII, a la zona de Tánger, Fez, Tadla, Salé (con prolongaciones hacia puertos mediterráneos y hacia los del Sahara: Tafílete, Dra...). Esta zona vivía en contacto permanente con Al-Andalus: influencia omeya, vaivén de tropas almorávides y almohades, comercio del oro entre Siyilmassa, Fez y Córdoba... España también mandaba tropas: *farfanes* cristianos de Reverter, milicia cristiana y arqueros sevillanos (*gozz*) de los Beni Merin. Se ha podido afirmar, con G. S. Colin ²⁰, que el árabe marroquí se formó en comunión con el árabe hispánico, aunque con substrato diferente. El material léxico andaluz, formado en una situación de bilingüismo árabe/mozárabe, ha sido utilizado en el período de formación del dialecto marroquí. La afluencia de refugiados andaluces a partir del siglo XIII y, particularmente, con la caída de Granada, difundió más préstamos mozárabes, documentados en el diccionario de P. de Alcalá y otros escritos andaluces: *bālgā*, *sābbat*, *kochina*, *šelya*, ya citados, y otros: *qant*, «canto, esquina», *šārbil*, «calzado mujeril» (cfr. *servilla*), *šwari* (plural de *saria*, «doble espuerta que lleva el burro»), *chapa*, «cerradura» (*idem* en el castellano del siglo XV), *fgira* o *fogaira*, «hoguera, llamarada», etc.

Las migraciones hispano-parlantes a Marruecos han ocasionado situaciones de bilingüismo localizadas, más o menos duraderas. En 1391, las persecuciones anti-judaicas en Sevilla, Valencia, etc., provocan una emigración hebrea hacia Argelia y en menor amplitud hacia Marruecos. Un grupo bastante significativo, procedente de Sevilla, se instala en Debdú (Marruecos oriental). Ha conservado, en su habla árabe, algunos hispanismos específicos (*fler*, «alfiler», *kler*, «cuello de camisa», *grabansa*, «garbanzo», *kabessa*, «cabeza»...). En este lugar, que contaba cuatro hebreos por un musulmán, una fuente se llama *‘ain sbilia*, «fuente de Sevilla».

El bilingüismo español-árabe de los judíos expulsados en 1492 ha durado hasta hoy en Tetuán, Tánger y otras ciudades del norte, produ-

¹⁹ Véanse otros ejemplos en J. Heath y Moshe Bar Asher, «A judeo-arabic dialect of Tafíalt», en *Zeitschrift für arabische Linguistik*, 9, 1982.

²⁰ G. S. Colin, «Un document nouveau sur l'arabe dialectal d'Occident», en *Hesperis*, 1931.

ciendo la *ḥakitía*. Así es como un habla española ha sobrevivido en tierra marroquí. En Fez, Mequínez, Rabat, Marrakech, Safi, este dialecto desapareció dejando hispanismos específicos conservados entre hebreos. Éstos, por sus actividades, han podido difundir hispanismos adoptados por las hablas de musulmanes: el caso más evidente es el de *sōkran pila*, «borracho», por ser hebreos los vendedores de aguardiente.

Durante el siglo XVI y después de 1609, llegaron otros musulmanes hispanoparlantes: los moriscos, que se concentraron en Tetuán y, sobre todo, en Rabat, en la llamada Qasbat al-Andalus. Durante el siglo XVII practicaban el corso, lo que animaba el comercio de un puerto en el que había, entre moriscos, hebreos, aventureros, comerciantes o cautivos europeos, tantos hispanófonos que el francés Mouette escribía, generalizando, que «en los reinos de Fez y Marruecos», por obra de los moriscos, «la lengua española es hoy tan común como el árabe» y que, «cautivo durante once años, había tenido tiempo de aprender las dos»²¹. El habla de los musulmanes de Rabat y Salé ha conservado hispanismos como *lenqas*, «encaje», *randa* y toda una tradición del bordado; *fuga*, «micción», *baho*, «vaho», etc., y una interjección mujeril, *ijansus mariya!*, transposición poco halagüeña de ¡Jesús María! (*jansus: hocio*).

De los puertos, por el comercio, se difundían palabras españolas, términos comerciales y nombres de productos importados, en distintas épocas, identificables los más modernos por la pronunciación actual de la *jota*. Así, la palabra *encaxe*, en boca de los descendientes de moriscos contemporáneos de Cervantes, ha dado *lenqas*, pero importada de nuevo en el siglo XIX, se pronuncia *lenkaje*.

De hecho, el español ha servido de lengua de las relaciones internacionales y del gran comercio con Europa entre los siglos XVI y XIX. En esta lengua comunicaban, directamente o con intérprete, los diplomáticos, viajeros, negociantes, marinos... Los monopolios del *majzen* se llaman *saka*. Las técnicas de comercio han dejado préstamos como *risibo*, «recibo», *fatura*, «factura», *litra*, «letra de cambio», *labariya*, «mercancía que ha padecido avería» vendida en pública subasta, en el *martiyó*, etc. Ya que el comercio internacional se hacía en español, las

²¹ Mouette, *Relation de la captivité du Sieur Mouette dans les royaumes de Fez et de Maroc*, París, 1683.

monedas europeas guardaban su nombre español: *luiz*, «louis», *libra* (esterlina), *frank*, «franco». Pero las más usadas eran las españolas: *duro*, *baçseta*, «peseta», *zabil* (moneda de tiempos de Isabel II). El *rial* (real español y portugués), usado comúnmente desde el siglo XVI, y acuñado como moneda marroquí entre 1881 y 1917 (*rial ḥasani* de cinco dirhames), sobrevive, hasta hoy, en el habla popular, como moneda imaginaria que corresponde a cinco antiguos francos (*céntimos* del dirham actual).

VAIVENES

Curioso y simbólico destino de esta moneda, caída en desuso en España, pero tan viva en forma verbal en Marruecos, y que responde, siglos más tarde, a la aventura del *maravedí* usado en España, siglos después de la caída de los *morabitin*.

Curioso también el recorrido de hispanismos como *barba*, «remo-lacha» (tal vez *barba cabruna*...); *Komera* o *jǧbz dāl komer*, «pan a la francesa», *fǧsian*, «oficial», *qabṭan*, «capitán», difundidos en Marruecos, a partir de Argelia, por los soldados y funcionarios argelinos de la colonización francesa. Verdad es que otras palabras militares (*gerra*, *bomba*, *klata*, «fusil», cfr. *culata*) habían tomado un camino más directo y... ofensivo, sin duda a partir de los presidios del norte o de las campañas militares en Sahara e Ifni: *l-juninar*, «general», se pronuncia con *jota* en el norte del país, en bereber en el sur y a la francesa en las demás regiones.

Simbólico, en fin, el vaivén de las palabras que pasaron del árabe al español para volver al árabe marroquí en forma de hispanismos: *tara* (árabe *ṭarḥa*), *tarifa* (árabe *ta'rifa*), *diwana* (de «aduanas», derivado de *diwan*). El árabe *aljilil*, pasado a la península, se hizo *alfilel*, *alfiler*, y ha sido trasladado a Marruecos en la forma *filil*. Tales palabras, como lanzaderas, han ido y vuelto, tejiendo los mil hilos de la pequeña historia que, tal vez más que la grande, aproxima a pueblos y culturas.

IV

APROXIMACIÓN A UNA GEOGRAFÍA DE LOS HISPANISMOS EN EL MAGREB: EL CASO DE MARRUECOS

Abmed Sabir*

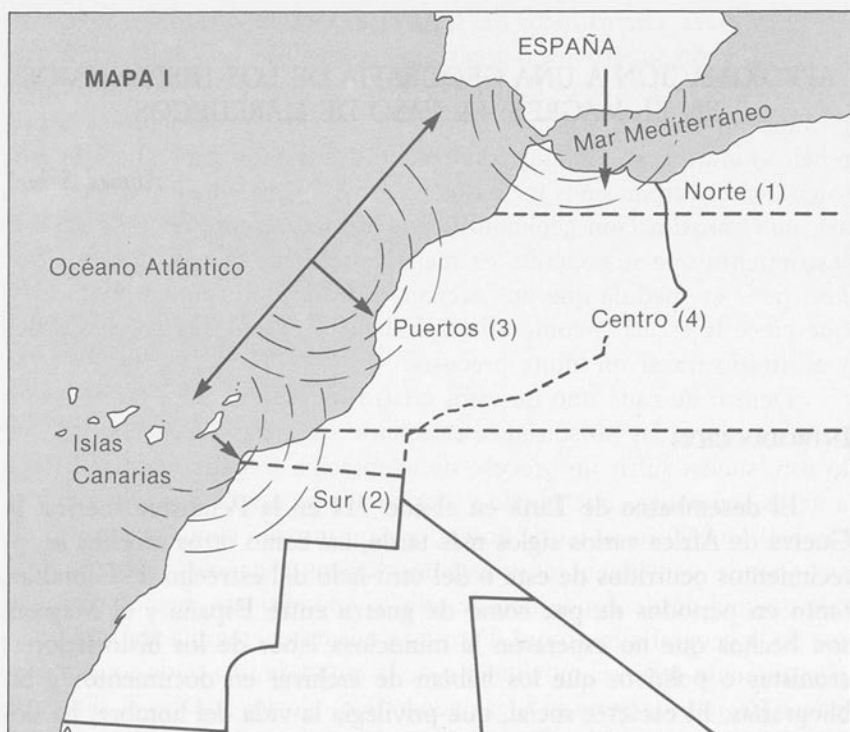
INTRODUCCIÓN

El desembarco de Tarik en el año 711 en la Península Ibérica, la Guerra de África varios siglos más tarde, así como otros muchos acontecimientos ocurridos de este o del otro lado del estrecho de Gibraltar, tanto en períodos de paz como de guerra entre España y el Magreb, son hechos que no esperaron la minuciosa labor de los historiadores, cronistas o políticos que los habían de archivar en documentos y bibliografías. El carácter social, que privilegia la vida del hombre, ha dotado a éste de un instrumento eficaz, fiel e incorruptible, que registra a su modo, y paso a paso, todo cuanto conoce su escenario: la palabra.

Huellas fidedignas de la convivencia pretérita y presente entre los españoles y los pueblos magrebíes, bajo sus múltiples y variados, y donde quiera que tuviesen lugar, se hallan espontáneamente grabadas en nuestro idioma, en nuestras hablas, en la *vox populi*. Nos referimos aquí, en concreto, a las voces árabes (arabismos) en el español y a las españolas (hispanismos) en el árabe.

Respecto a Marruecos, cuyo caso examinamos, la notable proximidad geográfica de España viene a dotar dichas «palabras registradoras de la historia» de un matiz especial. Además de la relativa abundancia y frecuencia de los hispanismos en las hablas árabes y bereberes de Marruecos, con sus variantes respectivas, subrayamos la siguiente peculiaridad geolingüística: los hispanismos, lejos de repartirse de modo

* Universidad Ibn Zuhur, Agadir.



Mapa I. Marruecos: los cuatro «focos» del hispanismo.

uniforme a través de todo el territorio marroquí, tienden a constituirse en clases en función de la zona —o foco— que se propone examinar. En este sentido, nuestra aproximación, que se quiere pluridisciplinaria, no sólo defiende la tesis según la cual el geógrafo cuenta con los datos lingüísticos —entre otros— para caracterizar a las poblaciones, sino también que encuentra en determinadas ramas de la geografía unos instrumentos muy útiles cuando son utilizados con la precaución requerida.

A este respecto, la definición y delimitación de los distintos focos del hispanismo léxico en Marruecos obedece predominantemente, como veremos, ora a criterios geopolíticos (Foco Norte y Foco Sur), geoecológicos (Foco de los Puertos, mediterráneos y atlánticos), ora simplemente geográficos (Foco Centro). Ahora bien, cada uno de estos focos actuales no es en cierta medida sino la misma consecuencia de unos hechos históricos que condicionan de modo continuo su constitución.

Son, pues, cuatro focos del hispanismo léxico, los cuales se han de concebir como superficies o áreas de límites muy aproximados y borrosos. Pues, al igual que es difícil, por no decir imposible, precisar dónde termina un dialecto y dónde empieza el vecino, sería demasiado pretencioso el querer delimitar con exactitud el campo geográfico del que salen dichos hispanismos incluidos en estos mismos dialectos. Pero aún así, una aproximación geolingüística como la presente necesita de este instrumento que se concreta en mapas, preferentemente de escala menor, pues «a medida que nos acercamos al terreno (de los hombres) y que crece la escala —como afirma Roland Breton— resulta más difícil y arbitrario trazar un límite preciso».

Dentro de cada uno de estos cuatro focos generales, las voces españolas adoptadas no son necesariamente las mismas e incluso cuando lo son, suelen sufrir un proceso de adaptación frenética morfológica, y a veces semántica, que puede variar de un foco a otro. Cabe subrayar también que Foco se ha de entender aquí no sólo como punto geográfico donde convergen los préstamos léxicos españoles, sino también como aquel desde donde han de salir, o «peregrinar», hacia otros puntos de la geografía marroquí. Pero esta misma «peregrinación» se opera comúnmente según el movimiento de la mitad de una onda sonora cuyo punto de partida sería el lugar geográfico —o los lugares— donde es teóricamente adoptado el hispanismo. La propagación o divulgación de éste, la cual suele desbordar del Foco inicial, va debilitándose a medida que se aleja del núcleo.

Hablar de hispanismo léxico en Marruecos puede parecer, a primera vista, una tarea muy sencilla. Pero podemos decir, sin pretensión alguna, que la investigación en este dominio se enfrenta a dos dificultades principales. La primera es inherente a la propia terminología, «árabe dialectal». La globalidad que cubre dicho nombre no puede ahorrarnos la necesidad y urgencia de tener presente en todo momento que dentro de esta pseudo-unidad lingüística hay subclases o subdialectos que se reparten en la geografía de Marruecos. Así, ofrecen éstos la probabilidad de acoger el préstamo de modo distinto según el punto geográfico cuyo dialecto analizamos.

La segunda dificultad con la que tropieza el investigador es la documentación del hispanismo léxico, pues siendo el *corpus* en este caso exclusivamente oral, todo intento de análisis retrospectivo o presente respecto al hispanismo léxico encuentra una laguna tremenda en cuanto

a la documentación. La escena científica carece de un apoyo bibliográfico o documental práctico, y sobre todo, continuo y eficaz, capaz de guiar al investigador en la reescritura, no sólo de la diacronía del hispanismo, sino también de su sincronía con las debidas puntualizaciones en Marruecos. Los contados libros o documentos explotables al respecto y la discontinuidad que caracteriza sus aportes respectivos suponen muchas veces, por parte del investigador, cálculos y aplicación, con el supuesto riesgo de subjetividad, tanto acerca de la datación del hispanismo como de las razones y justificaciones de la evolución fonética, morfosintáctica o semántica de estas voces «corrompidas», como dice Ibn Azzuz Hakim. Estas voces merecen, a nuestro modo de ver, más atención por parte de los lingüistas y, particularmente, de los sociolingüistas; pero aquéllas simbolizan y concretan a la vez todo cuanto los marroquíes y los españoles tuvimos y tenemos en común, tras haberse grabado como huellas indelebles en el habla de nuestros abuelos y en la nuestra propia, donde quiera que esté, por el territorio marroquí.

I. EL NORTE

Como su nombre indica, este foco comprende toda la fachada norte de Marruecos, la cual viene a corresponder —sin tratarse de mero azar— a la zona ocupada por España hasta muy entrado el siglo XX (véase el mapa II).

Esta «zona-fachada», como hemos anticipado, se caracteriza por su proximidad al punto de partida del préstamo lingüístico, a saber, España, con todo lo que supone ello en cuanto a vaivenes diarios de las poblaciones marroquíes y españolas, quienes no practican siempre y respectivamente el idioma del otro. El turismo y la emigración, con su flujo y reflujo, son factores que participan igualmente de la «deposición» de un bagaje lingüístico de este lado del Estrecho (y viceversa, naturalmente, aunque en escala menor), el cual viene a sumarse a aquel que vino a incrustarse a través de los siglos —pues la proximidad, con sus consecuencias, es una constante— imponiendo al investigador la distinción entre hispanismos antiguos y otros muchos más recientes. Hoy día, siguen operando en este sentido dos subfocos que se localizan en la geografía marroquí, a saber Ceuta y Melilla.



Mapa II. El Norte.

Estos factores geolingüísticos hacen de esta zona el foco principal del hispanismo léxico en Marruecos, no sólo por el elevado porcentaje de hispanismos que en el habla de los habitantes se dan diariamente, sino también por el carácter altamente «reactualizador» que ejerce esta proximidad respecto a las voces españolas usadas en este punto geográfico. Una mera comparación de las mismas con sus correspondientes en otros focos —principalmente en el Centro— es capaz de sensibilizar ampliamente a esta reactualización y reajuste continuos (véase el cuadro):

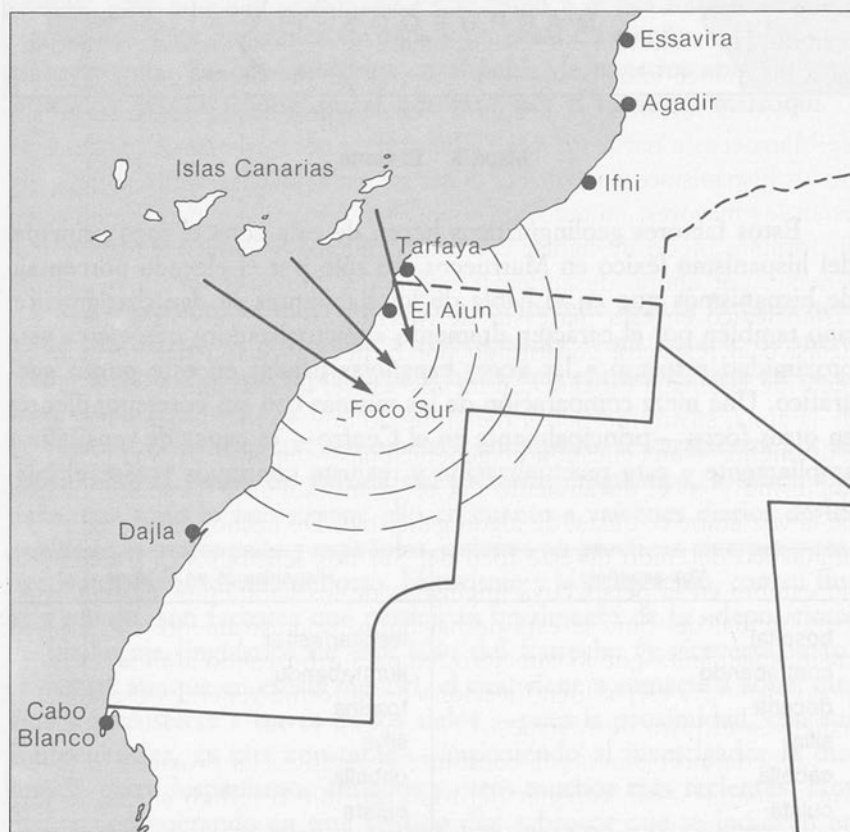
Voz española	Hispanismos en el Norte
hospital	lesbiṭar/spiṭar
contrabando	kunṭrabanḍu
docena	ṭozzina
silla	šilya
caballa	qaballa
culata	qulaṭa
tomate(s)	tumaṭiš

II. EL SUR

El segundo foco del hispanismo léxico en Marruecos, por orden de importancia, es el que hemos conformado llamar «Sur». Entiéndase así toda la zona que va aproximadamente desde la línea horizontal de Sidi Ifni hasta la frontera mauritana (véase el mapa III).

La importancia de esta zona como segundo foco del hispanismo léxico es debida a varios factores:

1.º) Un factor puramente geográfico que viene a ser igualmente una constante: la proximidad de las islas Canarias, con la influencia lingüística que facilita.



Mapa III. El Sur.

2.º) Un factor geopolítico, a saber, la ocupación española hasta fechas muy recientes: Tarfaya, 1958; Ifni, 1969; Sahara, 1975. Esta ocupación supuso como lengua oficial el español.

3.º) Un factor socioeconómico: la pesca, el comercio y las tareas marítimas en general. El comercio floreció entre las Islas y el Sahara ocupado hasta 1975. Añádase a ello la notable emigración que conoció el Sahara hacia las Islas hasta la víspera del 75, sin olvidar el enrolamiento de los jóvenes en la tripulación pesquera tanto isleña como peninsular, la cual solía faenar en las costas del sur, entre otras.

Es de subrayar, como consecuencia lógica de esto, que un fuerte porcentaje de los actuales habitantes del Sahara puede mantener fácilmente una conversación en lengua española, mientras que en el habla árabe (o hassaní) de los demás, los hispanismos han ido conquistando terreno. Hoy, naturalmente, las generaciones más jóvenes, cuya edad llega a los quince años o más, van por nuevos derroteros lingüísticos.

Pero el restablecer el árabe como lengua oficial en esta parte sur de Marruecos a partir de 1975, no significa necesariamente un descarte de los hispanismos en el habla diaria de estos jóvenes y niños; pues ahí están los mayores, imitados en todo y, en particular y parcialmente, en su forma y modo de hablar con más o menos hispanismos. Cabe abstenerse, por ahora, de anticipar opiniones futuristas acerca del hispanismo léxico en esta parte sur de Marruecos. Pero ahí está un factor decisivo al respecto, constituido por la neutralización del impacto directo de la lengua española, al menos a nivel local, sobre los habitantes de la zona, sustituido por el del árabe, lo que podría desembocar, paulativamente —una cuestión de generaciones— en la desaparición del bilingüismo y en el decaimiento del préstamo lingüístico español en pro de la voz árabe o, quizá, de algún galicismo. De hecho, un examen geolingüístico detenido de este foco del Sur nos sensibiliza lo suficiente a un cambio en la perspectiva lingüística de los habitantes: el árabe dialectal actual del Sur, se está deshaciendo progresivamente del relativo ensimismamiento que lo caracterizaba para ir buscando afinidades, o incluso, aspirar a cierta identificación con la forma general y estándar de hablar en el resto de Marruecos.

Queda, no obstante, la constante geográfica. La proximidad de las islas Canarias —sin suponer del todo un flujo o reflujo similar al que mencionamos arriba entre la zona Norte y la Península— se traduce lingüísticamente en una débil contracorriente que actúa sin cesar para el

mantenimiento de los préstamos léxicos españoles en el habla árabe o árabe-hassaní de los habitantes de esta zona. Ello se entiende cuando sabemos que el contacto de los moradores de la parte costera con los españoles, ora dentro de las faenas pesqueras, ora comerciales, se traduce aquí en cierto idiolecto (mezcla de español-árabe-hassaní), él mismo propiciador de los préstamos lingüísticos.

Ahora bien, es muy legítimo preguntarse si se dan coincidencias entre los focos Norte y Sur en cuanto a los préstamos léxicos españoles, o si, al contrario, aquellos conceptos integrados en el habla del Sur son distintos de los que han venido a adoptarse en el habla dialectal del Norte. Una respuesta muy elocuente a esta pregunta hallamos en el examen del siguiente *corpus*:

Voz española	Hispanismos Foco Norte	Hispanismos Foco Sur
A) policía	bulisiyya	bulisiyya
desfile	dəsfili	dəsfili
multa	murṭa	murṭa
B) enfermero	infirmiru	firmiru
acera	laṣera	ləṣirə
camión	kamiyun	kəmiyūn
radiador	radiadur	radiatur
C) auto	—	wattə
guagua	—	wawa
parar	—	bareit
clavar	—	kəlləbt
asegurar	—	səwgərt

III. LOS PUERTOS

Al intentar acercar el étimo latino de «puerto», a saber, *portus*, al de «puerta», «porta», podemos afirmar que los puertos de Marruecos, tanto en la costa atlántica como en la mediterránea, son puertas abiertas hacia el interior y hacia el exterior. Por lo tanto, dichos *portus* propician igualmente los contactos, siendo en sí puntos no sólo de contacto, sino también de convivencia entre los marineros marroquíes y los

extranjeros en general, y los españoles en particular. Así notamos, por ejemplo, que las riquezas pesqueras que caracterizan nuestras costas atraen, como siempre lo hicieron a lo largo de la historia (como veremos en un apartado especial), la industria pesquera española, tanto a nivel peninsular como a nivel isleño.

Con el tiempo, y como se nota hoy en día, ha venido evolucionando una característica lingüística en dichos puertos suficientemente notable para legitimar la consideración de los puertos como tercer foco del hispanismo léxico en Marruecos por orden de importancia. De hecho, cuando una persona no prevenida «sorprende» una conversación —preferentemente y no exclusivamente de índole profesional entre dos o más pescadores— notará la suma cantidad de hispanismos que engloba su discurso (véase el *corpus* siguiente):

Voz española	Hispanismos puerto
aguja	l-bujja
atracar	.atraka
barcaza	l-ḅrkaša
bonanza	l-bulanša
cable	l-kabli
canasta	l-kanašta
costa	l-kušta
cubierta	l-kubirta
gancho	l-gaṇyū
guardacabo	l-wardacabu
salvavida	ðššarbabida
nieve	ðnnibi

Sin embargo, esta forma típica de hablar entre pescadores marroquíes, en general obedece a dos criterios condicionales por lo menos: el primero es de índole propiamente espacial, pues el espacio más probable en que puede localizarse dicha habla es el escenario donde se ejecuta el trabajo de pescador o marinero, a saber, el mismo puerto. Cabe, no obstante, no descartar otros espacios afines, como la cubierta del barco en que faenan los pescadores en sociedad; o aún, como suele ser el

caso, alguna barriada de pescadores, la cual se halla la mayoría de las veces y por motivos prácticos, no lejos del puerto. En este caso, la cubierta del barco o el barrio de los pescadores no es sino una continuación del espacio-foco, es decir, el puerto.

El segundo criterio condicional de este modo de hablar es más bien relativo a la problemática de la comunicación. De hecho, el habla de los pescadores puede considerarse como una especie de idiolecto, o aun, y en otra medida, un sociolecto bastante hermético para los hablantes ajenos al dominio de la pesca. Ello significa que dicho lenguaje puede desempeñar, según la intención del pescador, un papel suficientemente estratégico, pues además de la mencionada limitación espacial, sólo puede servir de medio de comunicación eficaz entre gente «profesional». De ahí que, al querer integrar una tercera persona, urge para el pescador deshacerse de su glosario de alta dosis de hispanismos, para echar mano del hablar estándar, llamémosla «habla terrestre» (véase el siguiente *corpus*):

Voz española	Hispanismos puerto	Voz estándar
canasta	kanašta	slīla
nieve	ðnnibi	talȳ
aguja	l-bujja	l-məjjet
atracar	iatraka!	uqqef!
cable	l-kabli	l-qqaðnnba
iatrás!	iaðrás!	allur/wəlli-l-əllur
popa	l-bubba	əllur d-l-barku
proa	l-brwa	l-qddam d-l-barku

Y, al contrario, si se opta por aislar a dicha tercera persona, basta que el pescador o marinero «se encierre» en su habla propia. Cabe puntualizar al respecto una diferencia esencial entre los dos modos de hablar, la marinera y la terrestre. Pues si es cierto que se dan los hispanismos léxicos en ambos, estos préstamos no son, ni tienen por qué ser, necesariamente los mismos, sobre todo que en el puerto podemos hablar de un campo léxico cerrado y relativo al oficio de pescador, mientras que fuera de él, y sin ser los préstamos siempre tan frecuentes, los campos son netamente múltiples (véanse los distintos campos):

Hispanismos puerto	Hispanismos tierra
el mar / la pesca	- los vestidos - el mar - los oficios - la casa - los juegos - etc.

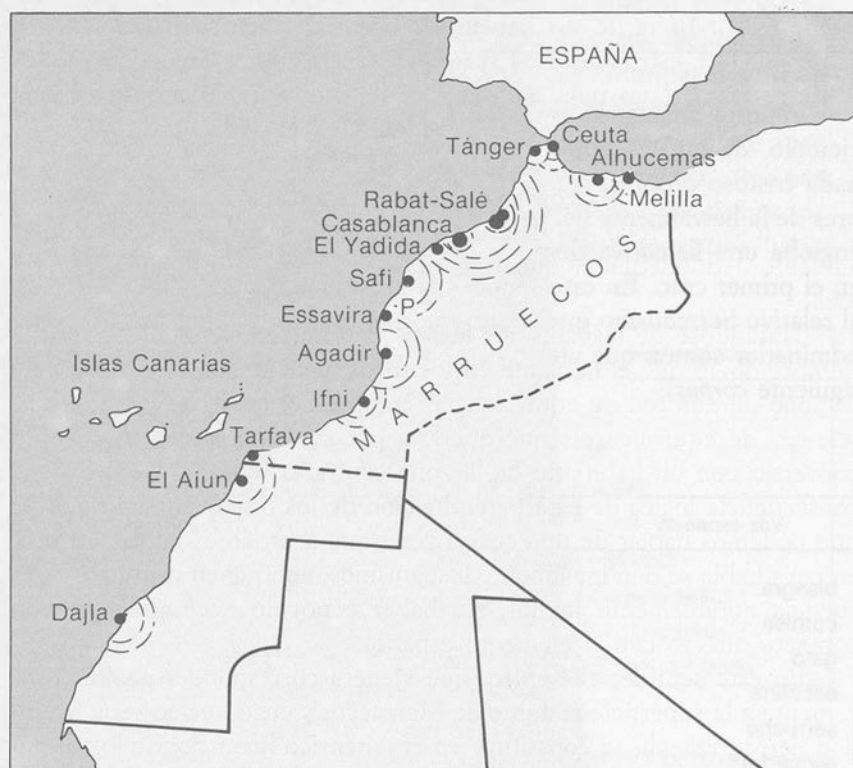
Importa matizar lo anticipado, especialmente cuando se trata, por ejemplo, de un subcampo léxico como es el de la carpintería. No es nada costoso observar que el conjunto léxico constituido por los nombres de la herramienta del carpintero, tanto en el puerto como en tierra, engloba una llamativa dosis de hispanismos, siendo ésta más alta aún en el primer caso. En este sentido, la carpintería es una sutil excepción al relativo hermetismo que subrayamos en este foco y, por tanto, un denominador común que vincula ambos espacios geolingüísticos (véase el siguiente *corpus*):

CARPINTERÍA

Voz española	Hispanismos puerto	Hispanismos tierra
bisagra	bizagra	bizagra
cornisa	gwrniza	gwrniza
gato	gaṭṭu	gaṭṭu
escofina	ašškerfina	ašškerfina
serrucho	aššarruŷ	aššarruŷ
escuadra*	m-škuḍər	m-sudər
gubia	gubia	gubia
barrena	bərrima	bərrima
cuchilla	kušiyya	kušiyya

Pero se puede afirmar, como regla general, que el cambio de registro lingüístico que se ejecuta de modo automático en la mente del

pescador en función del origen o procedencia de su interlocutor, presupone una red de equivalencias semánticas o correspondencias entre la voz «porteña» (valga la palabra) y la «voz terrestre», incluso en los casos más evidentes.



Mapa IV. Los puertos.

IV. EL CENTRO (O LA METAMORFOSIS DEL HISPANISMO)

Cuando nos limitamos a sacar unas conclusiones teóricas muy crédulas, abstracción hecha de la realidad lingüística observable en el propio terreno, nos hallamos tentados por la creencia de que sólo hay una

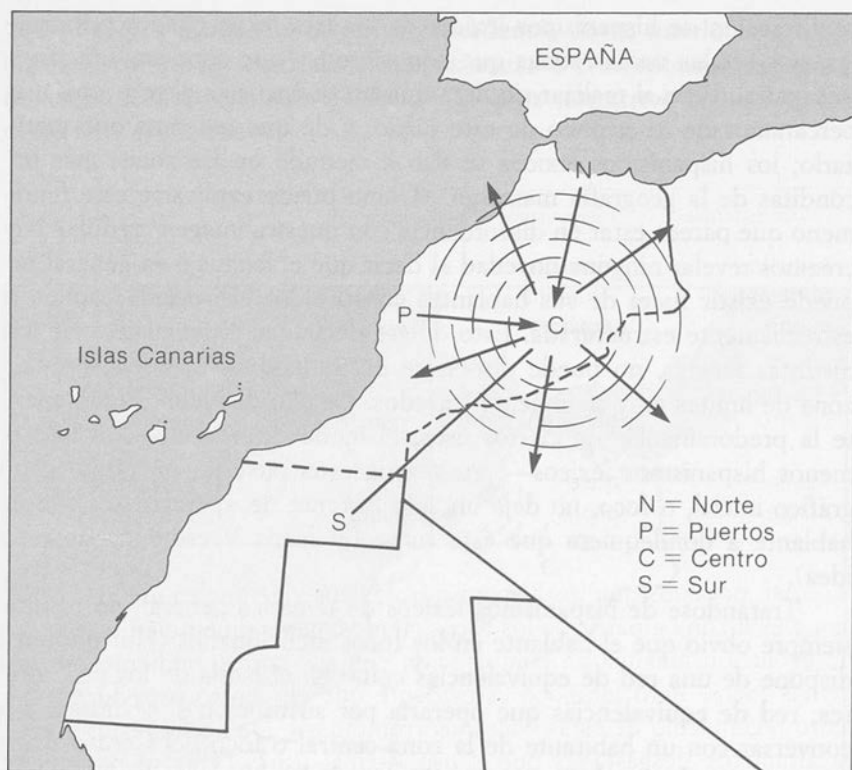
proliferación de hispanismos léxicos en los tres focos citados principales, por ser las únicas zonas que conocieron y que conocen «*de visu*» lo español. Pero al realizar siquiera una breve encuesta al respecto, nos percatamos de lo erróneo de este juicio, y de que tenemos que matizarlo; los hispanismos léxicos se dan a menudo en las zonas más recónditas de la geografía marroquí. ¿Cómo puede explicarse este fenómeno que parece estar en discordancia con nuestra imagen crédula? No creemos revelar ninguna novedad al decir que el lenguaje en general no puede existir fuera de sus hablantes constituidos en sociedad sólida y estrechamente estructurada. Esto quiere decir que el lenguaje, con sus distintas facetas, no puede disociarse del individuo, fijándose en una zona de límites muy claramente trazados. De ello deducimos que, aparte la predominancia de ciertos usos, el modo de hablar —con más o menos hispanismos léxicos—, en vez de estancarse en un punto geográfico inicial, o foco, no deja un solo instante de «peregrinar» con el hablante a dondequiera que éste fuese (el mapa V esquematiza esta idea).

Tratándose de hispanismos léxicos de temática general, no resulta siempre obvio que el hablante en los focos mencionados (Norte y Sur) dispone de una red de equivalencias como en el habla de los pescadores; red de equivalencias que operaría por sustitución si se tratase de conversar con un habitante de la zona central o foco del Centro. Una consecuencia lógica de esta peregrinación de los hispanismos léxicos es que podemos hablar de una cuarta zona que acordamos llamar Centro, en cuya habla se dan igualmente hispanismos, aunque en cantidad y frecuencia notablemente menor, sin haber conocido necesariamente un contacto directo con el elemento español.

En este sentido, el Centro, que viene a corresponder geolingüísticamente a la superficie restante de Marruecos y cuyo núcleo sería la ciudad de Marrakech, se constituye en el auténtico lugar donde los hispanismos cobran su molde oficial y vernacular, es decir, la forma mediana susceptible de ser la más difundida y la más frecuente y, por ende, aquella que la mayor parte de los hablantes entiende.

A lo largo de su trayectoria o peregrinación, como lo requieren las normas de la sociedad, la voz sufre una serie de metamorfosis de índole fonética, morfológica y semántica de alcance muy variable.

De hecho, cuando volvemos a reconsiderar debidamente el carácter oral del árabe dialectal, nuestro *corpus*, nos damos cuenta de que un



Mapa V. El Centro.

hispanismo determinado no es forzosamente captado ni reproducido con las mismas características lingüísticas iniciales cuando pasa de boca en boca.

Y admitiendo el arriba mencionado papel reactualizador que ejerce la proximidad de la península sobre el Norte o, en escala mucho menor, las islas Canarias sobre el suroeste de Marruecos, nos convencemos de que la peregrinación del hispanismo fuera de estos focos, hacia el Centro, supone cierta liberación de este condicionamiento que aspira a la continua corrección y conservación de las voces en una estructura, si no idéntica, al menos lo más cercana al original.

Frente a esta corriente reactualizadora que conoce el Norte, por ejemplo, se da una contracorriente predominantemente en el Centro: se trata nada menos que de la autodefensa que es inherente a todo sis-

tema lingüístico «vivo», y que toma cuerpo aquí en el mismo árabe dialectal. Se presenta la estructura de este habla como una criba a la que quedan sometidos, a modo de filtro, estas voces nacidas del otro lado del Estrecho:

Voz española	Hispanismos N/S	Hispanismos Centro	Metamorfosis
escuela	ðsskwila	ðssk ila	fonética
tomates	ðṭṭumatis	maṭisa	aféresis
suerte	ðsswirti	ðsswirti	género (femenino/ masculino)
cigarro	garro (s)	garruwat	número (español/árabe)
coche	qoše	kuši	semántica
pelota	piloṭa	piluṭa	semántica

Así, notamos que los hispanismos léxicos vigentes en el Centro llegan a esta zona a partir de los focos citados, generalmente en un estado de evolución máxima en comparación con sus correspondientes en los demás focos. Pero tampoco es evidente que el Centro se reduce a un mero receptáculo de estas voces «corrompidas». De hecho, estas voces, ya altamente desgastadas por el uso —¿mal uso?— tras su peregrinación fuera de la zona alcanzada por la reactualización o corrección, vienen a ser, a fin de cuentas, las formas más marroquíes de la palabra española inicial. Por este mismo motivo constituirán, incluso fuera del Centro, aquel hispanismo estandarizado, secundando así la forma más «fresca» y más actualizada. Así es el Centro un foco más, y tal vez el más importante en cuanto a la fragua de los hispanismos más difundidos y usados a través de Marruecos:

¿Quién de entre nosotros, los marroquíes, niega haber colgado alguna vez una camisa en *lmarju* (armario), haber ido al mar y visto *waḥd-l-barku* (un barco) o *waḥd-l-babbor* (un buque de vapor...), una chica en *aṣṣaya* (la saya), una campesina en *falṭiṭa* (falda-faldita), en un tribunal *waḥd-l-bugado* (un abogado), en Yamaa El Fena *waḥd-l-kuši* (un coche...) o incluso *waḥd ḏzzina* (una docena) de ellos? ¿Quién de entre nosotros no ha ido alguna vez a *ḏṣṣbiṭar* (el hospital) a curarse, a una farmacia por *waḥd-l-kina* (una quinina) de aspirina o a la panadería por *l-kumir* (comer-pan), al mercado de verduras por un par de kilos de

maṭiṣa (tomates)? ¿Quién no ha comprado *waḥd-l-munika* (una muñeca-imagen de un ser humano) a una niña que dormita en *al-kuna* (la cuna)? ¿Quién, creyendo ser *ṭolantī* (tunante), no ha acabado perdiendo un partido de *l-karta* (cartas-naipes) y pensado que no tiene *aṣṣwirti* (suerte)? ¿Quién de entre nosotros, en fin, y por no alargar, no ha esperado el fin de *assimana* (semana) en verano para ir a *l-blaya* (la playa) o a tomar *waḥd nnigru* (un té negro) con los amigos?

Pero el Centro, además de los préstamos léxicos españoles, ofrece una característica peculiar. Las huellas del contacto y convivencia entre los franceses y los marroquíes, tanto en el pasado como en el presente, se traduce igualmente a nivel del habla en una cantidad considerable de galicismos que superan numéricamente a los hispanismos. Nada sorprendente es, entonces, notar que un hablante del Centro usa galicismos ahí mismo donde un hablante del Norte emplea hispanismos, y lo mismo se dirá del Sur (cf. policía-desfile-firma-convoy-multa-cine-radador-electricista).

Todo lo dicho, y mucho más aún, constituye experiencias que vivimos a diario dondequiera que estemos por la geografía de Marruecos; y de este modo —con un tonillo más o menos distintivo— las expresamos ya desde generaciones y generaciones. Estos hispanismos son huellas de cuanto tenemos en común los españoles y los marroquíes, huellas de raíces ancladas en nuestra habla, es decir, en nuestra vida en tanto que sociedad.

CONCLUSIÓN

En suma, resulta obvio que los focos Norte, Sur y los puertos, en este orden, no pasan de ser una especie de sala de espera o de primer examen de los hispanismos, pues ahí apenas podemos hablar de una adaptación lingüística inicial necesaria y suficiente para su adopción a nivel local. Así, notamos que el Norte viene a ser lingüísticamente el más conservador debido a la proximidad geográfica de España, la cual se traduce por otra de índole lingüística. A continuación, el Centro sobre el que se abre dicha sala es el auténtico laboratorio donde cobran estas voces peregrinas aquel sello nacional marroquí que hace su identificación a menudo dificultosa, cuando no imposible, para el hablante no prevenido. La sorpresa, que suele ser la reacción y actitud de éste

ante el descubrimiento del étimo español de tal o cual voz, es debida la mayoría de las veces al molde muy árabe dialectal o bereber que éstas suelen revestir una vez que se hallan ya lejos de las zonas de influencia española. Esta misma característica es la que facilita su uso inconsciente, difusión y frecuencia en todo el territorio marroquí.

Cabe distinguir generalmente, por tanto, dos fases principales en la evolución fonética, morfológica y, a veces, semántica del hispanismo: aquella que es propia al foco inicial Norte, Sur y puertos, la cual suele ser de uso reducido geolingüísticamente, por un lado, y por otro la que, como se supone, es más difundida —y por ello más nacionalizada— a partir del foco Centro no ya según el movimiento de media onda, sino como onda entera.

Yendo así el hispanismo desde un foco determinado hasta generalizarse en el país entero, y llegado ya a estas alturas de la macro-geolingüística, resulta muy lícito preguntarse: ¿en qué medida se puede considerar como foco global a Marruecos respecto a España y viceversa? La legitimidad de tal cuestión se salva, a nuestro modo de ver, cuando examinamos unos casos concretos de voces que llamaríamos «arabo-españolas». Nos referimos a una clase de palabras trasladadas del árabe clásico al español, volviendo, a modo de eco sonoro, al árabe dialectal marroquí y/o al bereber, donde son usadas como hispanismos (ej. *tacrífa* = tarifa-tarifa; *tarba* = tara = tara, etc.). Se legitima también cuando se trata de la relación lingüística entre Marruecos y Argelia, pues habida cuenta del caudal de hispanismos que conocen igualmente las hablas de este país vecino, y que las fronteras políticas no tienen por qué implicar necesariamente limitaciones a todos los usos lingüísticos, una encuesta a realizar a este nivel se encaminaría a determinar los hispanismos comunes o pasados de un país a otro, independientemente de la fuente geográfica inicial, España. La misma encuesta se fijaría también como objetivo una aproximación al grado de uso o de desuso del caudal de hispanismos adoptados aquí y allá, principalmente como adstrato anterior a la ocupación francesa, marcando ésta el momento crucial en el que el galicismo entró en competición con el hispanismo en las hablas de los países del Magreb.

V

PODER Y LEGITIMIDAD EN EL MAGREB

*Michel Camau**

La transmutación de la coerción padecida en coerción necesaria, de la dominación organizada en dominación aceptada, constituye el núcleo de la problemática de la legitimidad. Ésta actúa con referentes que dan sentido a la relación política y, por lo tanto, la enmarcan en una historia, la historia particular de una sociedad y de sus relaciones con otras sociedades. Como tal, asocia mitos fundadores, representaciones del futuro y normas de comportamiento ¹.

La legitimidad es indisociable de la duración. Supone una superación de las contingencias y refleja una aptitud del cuerpo social para trascender sus divergencias y conflictos. Su eficacia misma obedece a una continuidad en el ejercicio y en la transmisión del poder, pero no por ello es sinónimo de fijeza y estabilidad. Ningún régimen instituido tiene asegurada la permanencia de su presunta legitimidad, como tampoco su estabilidad implica una legitimidad. Conviene, en efecto, mantener la distinción entre el principio mismo de legitimidad, en el seno de una sociedad que aspira a durar por un lado, y por otro a las reivindicaciones de legitimidad de un régimen (y de ilegitimidad en su contra) que dan testimonio de indeterminación.

Tal distinción, inspirada en la conceptualización weberiana, procede de una andadura de la comprensión y no de una aproximación normativa. Está encaminada a despejar y poner en perspectiva los sistemas

* I.R.E.M.A.M. (Aix-en-Provence).

¹ Sobre la legitimidad, cfr. J. Lagroye, «La légitimation», en M. Grawitz y J. Leca (ed.), *Traité de Science Politique*, vol. 1, PUF, 1985, pp. 395-467.

referenciales de las sociedades y los enunciados de los regímenes. En este sentido, está al servicio de un objetivo especialmente ambicioso: aprehender el dominio de los valores sin emitir juicios de valor. El único juicio que autoriza procede de una confrontación entre principios y reivindicaciones de legitimidad. Dicho de otro modo, está fundado en la observación de procesos de legitimación e ilegitimación, jalonados por acontecimientos reveladores de la naturaleza y amplitud de los conflictos, así como de las modalidades de su regulación.

Esta aclaración previa se impone para circunscribir mejor el campo de la interrogante sobre «Poder y legitimidad en el Magreb».

DATOS ESTRUCTURALES DEL PROBLEMA DE LA LEGITIMIDAD

El problema de la legitimidad es consustancial con la formación de los estados territoriales magrebíes.

El Magreb cuatrimpartito —Marruecos, Argelia, Túnez y Libia— ha surgido de la descomposición del imperio almohade. Sus líneas divisorias empezaron a esbozarse en los siglos XIV y XV. Se fijaron al término de la confrontación entre los imperios español y otomano en el Mediterráneo a finales del siglo XVI. Argel, Túnez y Trípoli se convertían, a partir de 1587, en sedes de provincias otomanas, mientras que una entidad marroquí se iba diferenciando en oposición a las ofensivas de las potencias ibéricas y otomana.

El inicio de construcciones estatales que prefiguran las del Magreb contemporáneo ha coincidido con la degeneración de un principio de legitimidad, el del Califato, reivindicado por las formaciones imperiales fatimíes, almorávides y almohades. Se ha operado al precio y gracias a la cristalización de la «dualidad de un califato teórico» y de un poder de hecho «que no dependía ya más que de la fuerza»².

Así, aunque el Islam pretenda repudiar toda separación de lo temporal y de lo espiritual, el Magreb, como el conjunto del mundo arabo-musulmán, ha sido el teatro de una disociación de hecho entre lo político y lo religioso. Para una multiplicidad de micro-sociedades que se sienten parte de una misma comunidad de creyentes, la *umma* mu-

² A. Laroui, *L'histoire du Maghreb. Un essai de synthèse*, Maspéro, París 1970, 206.

sulmana, el poder político se ha impuesto como potencia detentadora de los medios de coerción y no como autoridad que dispone de una base de legitimidad. El magisterio de los *ulemas*, doctores del Islam, se ha desplegado al calor de esta separación entre estado y sociedad. Relegando al estado al papel de la coerción necesaria y oponiéndole el ideal del Califato, se le ha dado un aval islámico: la pleitesía se rendirá al príncipe en la medida en que tenga reputación de conformarse a la letra de la ley islámica, es decir, en que él mismo se rinda ante la única autoridad que existe.

Producto sólo de la necesidad, el Estado ha configurado una utopía universalista fundada en el mito de un orden social inscrito en la ley divina, antinómica de lo político concebido como dominio de la fuerza y del consentimiento a una autoridad humana. Agente de una coerción padecida, ha favorecido el repliegue de los individuos sobre los grupos particularistas (ciudades, pueblos, terruños, tribus), cuya autonomía amenazaba. Se ha encontrado así sometido a dos tipos de enfeudamiento: la pertenencia a comunidades infraestatales y la adhesión a un ideal extra-estatal, que perturbaban un desarrollo autónomo y, a ojos de los gobernados, tendían a conferirle un carácter periférico³.

La tradición estatal tunecina ilustra especialmente esta común tendencia. El *beylik* de Túnez aparecía en el siglo XVIII, bajo el reino de los Bey husainíes, como la entidad política autónoma más centralizada del Magreb. Consistía en un sistema patrimonial de gobierno yuxtapuesto a un complejo de comunidades restringidas. El papel del poder central se limitaba a un mínimo de funciones: recolecta de impuestos a cambio de protección de ciudades y campesinos, defensa del Islam y administración de justicia. Confinado a un papel instrumental compatible con la autonomía de los notables locales y con el respeto a los particularismos, el Estado en realidad, no reivindicaba ninguna legitimidad. La dirección ideológica, desgajada del poder político, era ejercida mucho o poco por los *ulemas*, que desempeñaban un papel de bisagra entre las diferentes componentes sociales, por una parte, y entre la so-

³ Cfr. a este propósito A. Laroui, *Islam y modernidad*, La Découverte, París, 1987. Este libro ha aparecido en versión española de Carmen Ruiz Bravo con el título de *El Islam árabe y sus problemas*, Península, Barcelona, 1984.

ciudad y el poder beylical por otra. A falta de asegurar plenamente la integración social, estos mediadores trascendían las divisiones expresando el ideal unitario de la *umma*. Simultáneamente, estos representantes de la élite urbana, beneficiarios de las larguezas del príncipe, contribuían al *statu quo* entre un poder político relegado a un papel instrumental y una sociedad segmentada, dando así fe de la conformidad de aquél con la ley islámica.

El sistema de gobierno de la dinastía de los Karamanli en Libia respondía *grosso modo* al mismo esquema, con todas las particularidades inherentes a las dimensiones del territorio y al peso de las tribus. El poder de Trípoli no ejercía una influencia en sus márgenes orientales y occidentales más que de una manera intermitente.

En Marruecos, tanto la extensión y configuración del territorio como la diversidad cultural y lingüística (importancia del hecho bereber), constituían cortapisas para la integración social y la centralización política. A diferencia de los *bey* huseiníes, que ejercían los atributos de la soberanía sobre un núcleo territorial compacto, los sultanes alauíes, como los *bey* Karamanli, tenían que hacer frente a importantes zonas llamadas de «disidencia». Sin embargo, en cierto modo, sus bases eran más fuertes que las de los *bey* de Túnez y Trípoli. Su poder no estaba simplemente yuxtapuesto a la sociedad, sino que emergía de ella y asumía sus contradicciones. El sultán encarnaba en alguna medida la dualidad entre «califato teórico» y «sultanato», entre autoridad legítima y poder político. Por una parte, reivindicaba la cualidad de *cherif* y por ende, una legitimidad «intrínseca» que la predisponía al ejercicio de la autoridad. Por otra parte, se suponía que las prerrogativas políticas descansaban sobre una base «contractual»: significaban el consentimiento de los portavoces de la comunidad musulmana (práctica de la *bay'a*). Sin embargo, esta doble dimensión no se percibía de manera uniforme en el seno de la sociedad. La autoridad del *cherif* era universalmente reconocida, pero no así el poder político del *príncipe*. El sultán alauí «reinaba por doquier, pero sólo gobernaba en lugares»⁴.

Por su parte, la Argelia de los *dey* acumulaba déficit de centralización y de legitimidad, hasta tal punto que parece justificado interro-

⁴ C. Geertz, *Islam Observed. Religious Development in Morocco and Indonesia*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1968, pp. 77-78.

garse sobre la pertinencia de la aplicación del concepto de Estado en esta parte del Magreb precolonial.

La secuencia de los siglos XVI-XVIII, la misma que vio la autonomización de las «Regencias» y la constitución del sultanato marroquí, ha correspondido a una transformación cultural general en la Europa occidental, cuyos efectos han pesado a escala mundial. Esta «gran transmutación occidental» —por emplear los términos de Marshall G. S. Hodgson— ha desembocado en la instauración de un «orden internacional legitimista» que aboga sobre todo, por la fijación de las fronteras y la universalización de la noción de legitimismo dinástico en una perspectiva de regulación de los intercambios y de la salvaguarda del derecho a la propiedad⁵.

La evolución del Magreb —y del propio imperio otomano— ha sido subvertida por la de la Europa occidental. Desde la penetración otomana, las construcciones estatales se han hecho al ritmo de una serie de préstamos de las técnicas europeas y de tentativas de ajuste a los desafíos y normas económicas y políticas de la Europa occidental por parte de las élites «no tecnificadas». El expansionismo europeo en general, y el francés en particular, han estimulado —a la vez que bloqueado— el proceso de construcción estatal.

En Argelia, con la descomposición del régimen «turco», la resistencia a la ocupación francesa, impulsada por las cofradías, se tradujo en el inicio de una nueva configuración estatal bajo la égida del emir Abd el-Kader, él mismo, a su vez, jefe de cofradía. Este movimiento político-religioso «morabítico» intentó instalar un poder político centralizado, portador de un proyecto nacional. Sin embargo, la potencia militar francesa ahogó la tentativa novedosa del emir, abriendo de esta manera la vía a la anexión pura y simple de Argelia a Francia.

En Túnez, la amenaza francesa ha contribuido a un movimiento de reformas cuyos primeros jalones se sitúan bajo el reinado de Ahmed Bey (1837-1855). En una nueva dimensión, el Estado reivindicó entonces una base propia de legitimidad a ojos de la sociedad local, en función de los cánones del orden internacional y en una perspectiva de ha-

⁵ M. G. S. Hodgson, *The Venture of Islam, Conscience and History in a World Civilization*, vol. 3, «The Gunpowder Empires and Modern Times», Chicago y Londres, University of Chicago Press, 1974, 227.

cer frente a los desafíos de éste. Pero esta pretensión precipitó una ruptura de los equilibrios, por una presión creciente —ante todo fiscal— sobre la sociedad, que favoreció la penetración europea y una reacción tradicionalista (insurrección de 1864) que reivindicaba un imposible *status quo* en contra de un Estado que se percibía como «un instrumento de pillaje al servicio de los extranjeros»⁶. El resultado fue la tutela financiera de Túnez, preludio de la instauración del Protectorado francés en 1881.

Marruecos, cuyo sultán había apoyado al emir Abd el-Kader, se encontró expuesto a las ambiciones militares y económicas francesas y españolas. Consiguió resistir algún tiempo gracias al apoyo de Gran Bretaña. Las reformas limitadas en las que se comprometió, bajo presión británica, contribuyeron a debilitarlo. El estado marroquí iba a perder las últimas apariencias de independencia con el Acta de Algeciras (1906) y la ocupación por Francia de Uxda y Casablanca (1907). Atravesaba entonces una crisis aguda que alcanzó a la institución del sultanato: el sultán Mulay Abd el-Aziz, que había aceptado el Acta de Algeciras, se vio obligado a ceder el trono a Mulay Hafid, futuro signatario del Tratado de Protectorado con Francia (1912).

En «Libia», por fin, la ocupación francesa de Argelia provocó un restablecimiento del control directo del imperio otomano, poniendo fin en 1835 al reinado de la dinastía Karamanli, presa de conflictos internos. A este propósito, se puede observar que, mientras en Argelia el emir Abd el-Kader, jefe de cofradía (la *Qadiriya*), encabezaba la resistencia a la ocupación francesa y creaba un embrión de Estado, en Cirenaica se establecía el fundador de la cofradía *Sanussiyya*. Muhammad Ben Alí el-Sanussi iba a establecer en ella una suerte de Estado autónomo en el seno mismo de la provincia otomana de Trípoli. La *Sanussiyya* constituiría en el futuro la espina dorsal del Estado territorial libio. Pero éste no se formará verdaderamente como tal hasta la desintegración del imperio otomano y el final de la colonización italiana.

Bajo este prisma, Libia se diferencia del resto de las entidades magrebíes. No comparte con ellas un rasgo que distingue al Magreb del resto del mundo árabe, a excepción de Egipto y del Yemen. En Túnez, Argelia y Marruecos, el Estado territorial ha sido anterior a la coloni-

⁶ A. Laroui, *L'histoire du Maghreb*, op. cit., 291.

zación y al desmembramiento del imperio otomano. Su constitución y configuración no plantean el problema de la adecuación de las fronteras a la distribución y organización de las comunidades del imperio otomano. No se prestan a la unificación, en una misma entidad, de comunidades dispares, ligadas entre sí culturalmente a grupos sometidos a otros estados. En este sentido, un paralelismo entre berberófonos de Argelia y de Marruecos con las minorías de los estados de Oriente medio sería engañoso.

Habida cuenta de la anterioridad y de la relativa homogeneidad del estado territorial, la cuestión de la «nación árabe» y de la arabidad no reviste en el Magreb la misma intensidad que en el Machreq. A lo sumo, aquí y allá, el Estado nacional se enfrenta a la imposición de una comunidad más amplia de lengua y cultura. Es síntoma, en sí mismo, de la fragmentación de una nación árabe, especie de *kulturnation* más o menos desmarcada de la *umma* musulmana. Se encuentra preso entre la afirmación de su soberanía en el interior de sus fronteras, y la adhesión a una comunidad transestatal. Cuanto más pretende asentar su soberanía este Estado, cuyo carácter «nacional» está, desde este punto de vista, degradado a «provincial», más riesgos corre de debilitarse en términos de legitimidad, en la medida en que configura un particularismo que obstaculiza la realización de la unidad.

Incluso este dilema vendría a apoyar que el acceso de los estados magrebíes a la independencia, no era sinónimo de una solución inmediata y definitiva al problema de la legitimidad que conoce esta región, desde que se convirtió en cuatro entidades estatales.

DÉFICIT DE LEGITIMIDAD Y COMPROMISO CLIENTELISTA

Los Estados surgidos de las independencias han padecido las coerciones de un código genético caracterizado por la interferencia, evocada más arriba, del hecho estatal con tres campos de solidaridad estrechamente imbricados: el Islam, que tiene su peso en la configuración y desarrollo de los movimientos nacionales, la *kulturnation* árabe, y los particularismos fundados en la pertenencia a comunidades restringidas. Desde este punto de vista han heredado un déficit estructural de legitimidad.

Los gobernantes se han dedicado a suprimirlo haciendo referencia a representaciones del futuro susceptibles de promover un nuevo principio de legitimidad.

Durante los años sesenta, en un mundo árabe situado bajo el liderazgo del Egipto naseriano, el voluntarismo estatal se marcaba el objetivo de la industrialización y, con ella, el de satisfacer las necesidades esenciales del individuo. En el Magreb, como en el Machreq, fue el tiempo de la puesta en práctica de un «modelo staliniano-rostoviano» de desarrollo⁷, denominado «socialismo específico» o «árabe», e incluso «islámico». La noción de «sociedades de transición» da cuenta de la lógica de estos «socialismos», si aplicamos la definición de Ernest Gellner: sociedades movilizadas en las que la legitimidad se basa en la promesa de un cumplimiento futuro (erradicación de la pobreza y otros síntomas del subdesarrollo), que requiere una transformación radical, pero cuya realización y medios dependen de este mundo y no del sobrenatural⁸. La «transición» ha resultado no tener fin. Se ha bloqueado no sólo bajo las presiones o fuerzas económicas que se interponían al «cumplimiento futuro» prometido, sino por las resistencias de fuerzas sociales y culturales que dudaban del enunciado mismo del «cumplimiento» y, por lo tanto, de su potencial de legitimación.

La referencia a representaciones del futuro susceptibles de promover un nuevo principio de legitimidad, se acompaña ciertamente de una fuerte inversión en la personalidad del líder. Éste era requerido para representar una combinación entre la utopía y una mitología inspirada en la simbología musulmana y en la glorificación de la lucha de liberación.

El combate por la independencia, durante y después del período colonial propiamente dicho, ha propiciado «acciones inaugurales» que han proporcionado a una personalidad un «capital heroico» o «profético»⁹: el encarcelamiento de Habib Burguiba por las autoridades coloniales, el exilio forzado de Mohamed V, el dominio de sus riquezas

⁷ M. Chatelus, «Le monde arabe, vingt ans après. II: De l'avant pétrole à l'après pétrole: les économies des pays arabes», *Maghreb-Machrek*, 101 (julio-septiembre, 1983), pp. 6-45.

⁸ E. Gellner, «Democracy and Industrialization», *Archives Européennes de Sociologie*, VIII, 1 (1967), pp. 47-70.

⁹ Sobre estas nociones, cfr. P. Bourdieu, «La représentation politique. Eléments pour une théorie du champ politique», *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 36/37 (febrero-marzo, 1981), pp. 3-24.

en hidrocarburos conseguido para Argelia por Huari Bumedian o la segunda independencia lograda por Libia bajo la égida del coronel Gadafi con la «revolución» del primero de septiembre de 1969.

¿Se podrá, entonces, alegar una legitimidad de tipo carismático que neutralice los efectos perversos de una «transición» sin fin?

El término *za'im*, utilizado corrientemente en el mundo árabe y el Magreb para designar al líder político, se ha identificado a la noción de jefe carismático por orientalistas como Bernard Lewis¹⁰ o Jacques Berque. Este último, para apoyar la identificación, precisa que «el *za'im*, a escala nacional, ostenta prestigios que le hacen beneficiarse de la vieja unanimidad de la *umma*». El *za'im* conservaría «una dimensión teológica, por muy temporal que sea su significación»¹¹.

De hecho, Habib Burguiba por ejemplo, se designó como el *muyahid el-akbar* (el «combatiente supremo»), apelación que se produce por una trasposición de la simbología musulmana. Sin embargo, no se le podría calificar de líder carismático si por ello se entiende una cualidad intrínseca reconocida de una vez y operante en todas las circunstancias. El Magreb y el mundo árabe, como también las demás áreas culturales, no producen jefes carismáticos vitalicios, de sustancia carismática; sólo conocen situaciones carismáticas, circunstancias en las que la sociedad, sintiendo una amenaza o aspirando a un porvenir, vive su identidad al «unísono». El jefe carismático se revela entonces como «operador», como personalidad que reúne características propicias para la realización al «unísono»¹².

La personalidad de Burguiba no fue «operadora» más que en una situación: el primero de junio de 1955, en el momento de la vuelta triunfal del «combatiente supremo» a su país con ocasión del reconocimiento de la autonomía interna de Túnez; situación que duró poco ya que algunas semanas más tarde el *muyahid el-akbar* era controvertido por el *za'im el-akbar* Salah Ben Yussef y Túnez conocería una escisión en dos

¹⁰ B. Lewis, *Le langage politique de l'Islam*, Gallimard, París, 1988, pp. 93-94. Traducción española de María Mercedes Lucini, *El lenguaje político del Islam*, Taurus bolsillo, Madrid, 1990.

¹¹ J. Berque, *Les Arabes d'hier à demain*, Le Seuil, París, 1960, pp. 186, 223, 229. Edición española, *Los árabes de ayer y de mañana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1964.

¹² Sobre esta problemática, cfr. J. Mer, *Le parti de Maurice Thorez ou le bonheur communiste français*, Payot, París, 1977.

soff (bandos, grupos). Por su parte, una personalidad como Huari Bumedian no habrá actuado más que pasivamente en una situación extrema, la de sus exequias.

Los pretendidos líderes «carismáticos» no lo son sino, en el mejor de los casos, de manera intermitente. Ello no significa que no dispongan de un «capital heroico», pero éste no resulta capaz de encarnar el «unísono» más que en circunstancias extraordinarias en las que la sociedad, por reflejo de identificación, produce esta función carismática. Además, el «capital heroico» es, en sí mismo, susceptible de erosión o dilapidación, si se le juzga según el modelo de Habib Burguiba o del coronel Gadafi.

A diario, la personalidad del líder participa de una representación de la relación política, que puede producir la ilusión de una movilización de referentes carismáticos por el lugar que le otorga a la imaginaria paternal. Es el pivote de un modo de ejercicio del poder, que se caracteriza simultáneamente por una tentativa de apropiación o de neutralización de referentes de identidad y un compromiso de tipo clientelista, especie de socialización de la utopía del bienestar de los gobernados. Este sistema de gobierno ofrece una base potencial de apoyos susceptible de compensar, cuando no de reabsorber, el déficit de legitimidad. Se la entiende, a menudo, en términos de neopatrimonialismo.

No es el momento de explicar aquí, con detalle, las formas magrebíes de neopatrimonialismo. Nos limitaremos a evocar brevemente las tendencias más importantes que se pueden observar en cada uno de los países en cuestión.

En Túnez, el régimen burguibiano ha sumergido al conjunto social en los objetivos de neutralizar los enfeudamientos particularistas y de secularizar la vida social y política. Esta pretensión de encuadrar una dinámica de cambio «por arriba» ha ido en contra de sus objetivos: la promoción de la autonomía y responsabilidad del ciudadano. Sin permitir tampoco neutralizar los particularismos, el reformismo autoritario no ha logrado imponer una secularización real. Lejos de disociar lo político de lo religioso, la élite dirigente ha jugado con su confusión con fines más políticos que religiosos. La tutela de la sociedad se ha traducido por una tentativa de estatalización del Islam, ya sea del aparato religioso, de la ley o de la ética musulmana.

Sintiéndose como depositario exclusivo del sentido del Estado por oposición a los gobernados prisioneros de sus particularismos, la élite

dirigente ha monopolizado el Estado hasta el punto de identificarse con él y gestionarlo a la manera de un patrimonio propio. El formalismo institucional del régimen refleja esta pretensión de detentar el sentido del Estado. Pero el reformismo autoritario ha amputado a las instituciones de su función de regulación. Éstas se han convertido en motivos, en posiciones de poder que hay que controlar, y no en reglas del juego que obligan por sí mismas. Esta doble tendencia a la desvalorización de las instituciones, en tanto que reglas de juego y a su valorización como rivalidad, ha producido un sistema de relaciones interpersonales que, tras la fachada institucional, ha construido el complejo Estado-partido y extendido sus ramificaciones hasta el seno de la sociedad. Personalización y gestión privada del Estado han conferido a éste el significado de una entidad particularista que domina a los demás grupos sociales por su poder, aunque se descubra como de la misma trama.

La relación política queda así dominada por una concepción instrumental del poder, sintomática de una forma de tradicionalización. Entidad percibida como herencia de un grupo particular, el Estado no ha adquirido verdaderamente la justificación ética que reivindicaba. Detentador de los instrumentos de coerción y regulador de los medios de gestión material de la vida social, no ha respondido más que a la necesidad de mantenimiento del orden y a la distribución de los recursos materiales. El reconocimiento de su potencia ha encontrado su contrapartida en subsidios susceptibles de garantizar un mejor vivir. Este «clientelismo de Estado», especie de compromiso entre gobernantes y gobernados, ha determinado una adhesión a la persona y a la acción de los primeros sólo en función de las capacidades distributivas del Estado.

A la manera de su homólogo tunecino, el régimen marroquí se caracteriza por una tradicionalización¹³. Hassan II, como Mohamed V, no ha dejado nunca de jugar con el doble registro de lo religioso y de lo político, apoyándose simultáneamente en las élites locales y en el ejército como grupos de estabilidad¹⁴. Esta estrategia ha permitido a la monarquía mantenerse como lazo de unión entre los diversos componentes

¹³ A. Laroui, *La crise des intellectuels arabes. Traditionalisme ou historicisme*, Maspero, París, 1974.

¹⁴ R. Leveau, *Le Fellah Marocain Défenseur du Trône*, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, París, 1976.

sociales, en este caso entre estos grupos de estabilidad y las élites ciudadanas.

El nivel más aparente de la tradicionalización reside en una reivindicación de las dimensiones «intrínseca» y «contractual» de la legitimidad de los antiguos sultanes alauíes. Teniendo en cuenta la extensión cualitativa y cuantitativa del campo de ejercicio de la soberanía, la fusión de los liderazgos político y religioso reviste una significación que no tenía en el pasado precolonial. En el plano simbólico, se traducirá por una valorización de la autoridad espiritual, ésta aparentemente inmutable, tendiendo a legitimar una autoridad política renovada. La función de jefe temporal estará subordinada a la de *imam*; la dimensión «contractual» lo estará a la dimensión «intrínseca».

La subordinación de las instituciones constitucionales al Príncipe de los Creyentes se refuerza con métodos de gobierno que conectan con las prácticas del *majzen* y se basan, en este sentido, en el compromiso y la mediación. Como para el pasado, se trata, para la monarquía, de sacar partido de los factores centrífugos de la sociedad, incluso de estimularlos. Sin embargo, la función de arbitraje social procede, en lo sucesivo, de una monopolización del poder y no de una jerarquización entre centros de poder concurrentes. El potencial de control social y de asignación de recursos del Estado independiente está por encima del del Estado precolonial. La situación económica de Marruecos no autoriza, es verdad, más que un *stock* limitado de recursos para distribuir. Pero esta rareza acentúa la dependencia de los individuos y de los grupos con respecto al palacio. Permite una generalización del clientelismo, fenómeno que asegura la prosperidad y la docilidad de las personas y de los clanes, aunque disloca a los grupos. La competencia perpetúa la fragmentación y la satelización de las clases sociales en relación con el Estado, a la vez que paraliza a las organizaciones. El clientelismo no sólo disocia a los partidos de su base social y corrompe a numerosos de sus cuadros, sino que incluso los obliga a plegarse a este juego¹⁵.

En la Argelia de 1962 a 1989, el régimen no ha cesado nunca de proclamar el papel dirigente del Frente de Liberación Nacional (FLN). De hecho, el FLN se caracterizaba por su ambivalencia. Constituía, a

¹⁵ J. Waterbury, *Le Commandeur des Croyants. La monarchie marocaine et son élite*, PUF, París, 1975.

la vez, una idea motriz magnificada y un aparato criticado. Mito y utopía, se confundían con la «revolución». Evocaba el pasado de lucha de la nación argelina y simbolizaba la opción por el «socialismo». Por esta doble razón se le atribuía el principio de la legitimidad, en tanto que aparato, cuyas insuficiencias eran denunciadas periódicamente, estaba desprovisto de autonomía con respecto del Estado. Su dirección se confundía con la de la burocracia civil y militar, bajo la apariencia de la unidad del «poder revolucionario». De ahí una suerte de «trinidad» —un único poder en tres aparatos— que componía el conjunto de las instancias de decisión y de arbitraje del Estado en los niveles nacional, regional y local ¹⁶.

Respecto a la sociedad, este tipo de concentración del poder, del cual el FLN constituía el referente de legitimación pero no el beneficiario, daba paso a la expresión de demandas por el canal de organizaciones habilitadas para representar los intereses categoriales y sectoriales que, sin embargo, renunciaban a toda pretensión de autonomía política. Abstracción hecha del discurso de movilización sobre temas «revolucionarios», el socialismo aparecía como un eufemismo. Designaba esta forma de clientelización de los grupos sociales por asignación autoritaria de recursos materiales de todo orden financiados por la renta petrolera.

El sistema político argelino ha sido calificado de «sultanismo popular» ¹⁷, noción que da cuenta especialmente de la funcionalidad de la personalización del poder en el seno de un régimen que rechaza el poder personal: la personalidad del líder era necesaria a una élite política segmentada y a una sociedad diferenciada que no podía encontrar sus principios de unidad e identidad en el partido-aparato; sustituto del FLN mito como «emblema simbólico» común a dos conjuntos separados, la élite política y la sociedad, permitía la regulación de tensiones de la una y la otra según las lógicas del faccionalismo y del clientelismo.

¹⁶ J. Leca, «Le système politique algérien», en A. Claisse y G. Conac (ed.), *Le Grand Maghreb*, Economica, París, 1988.

¹⁷ J. Leca y J.-C. Vatin, *L'Algérie politique, Institutions et Régime*, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, París, 1974; y J. Leca y J.-C. Vatin, «Le système politique algérien» (1976-1978), en J. Leca (ed.), *Développements politiques au Maghreb*, CNRS, París, 1979.

La *Yamahiriya* libia expresa una tentativa renovada sin tregua de «revolución por arriba»¹⁸ que pretende promover el gobierno por abajo como solución al problema de la legitimidad.

Por su historia, Libia es indisociable de una matriz religiosa (papel de la cofradía sanussi), de un débil grado de integración (reunión de tres provincias dispares) y del peso de un tribalismo (refugio de la identidad social cara a las destrucciones operadas por la colonización italiana).

El régimen del coronel Gadafi se ha ocupado de reestructurar estos datos adaptándose a ellos. Ha movilizado los referentes islámicos, pero ha pretendido reformar el Islam denunciando su interpretación retrógrada por el *establishment* religioso y rechazando la Sunna, en tela de juicio, en beneficio exclusivo del Corán. Su militanismo unionista árabe ha traducido las incertidumbres de un hipotético «libismo». No obstante, ha dotado al Estado territorial de una idea de fuerza que le confiere una consistencia, ya que no una legitimidad: Libia no debe ser una entidad criticable desde el momento en que se fija como objetivo la realización de la unidad árabe. En cuanto a la «democracia directa», la reivindicación de un sistema no representativo, ha asumido «el idioma» segmentario, el rechazo del dominio estatal por parte de una sociedad que lleva la impronta de la antigua organización tribal. Sin embargo, puede ser interpretada como un esfuerzo de utilización, con miras al cambio social, de instituciones y valores que, inicialmente, se habían revelado como factores de resistencia al régimen¹⁹.

Esta revolución por arriba, que busca una especie de conciliación entre el Estado y el *a-estatalismo*²⁰, ha encontrado su principio de unidad en el «socialismo», en un igualitarismo que se puede considerar propio del Islam y que abole las disparidades entre regiones. Ha incitado al máximo la capacidad distributiva autorizada por la renta petrolera. Desde este punto de vista, el régimen ha alcanzado su apogeo cuando en 1978 abolió la propiedad privada y el salariado y estatalizó la eco-

¹⁸ R. A. Hinnebusch, «Political Parties in the Arab State», en A. Dawisha e I. W. Zartman, *Beyond Coercion. The Durability of the Arab State*, Croom Helm, Londres, Nueva York, Sidney, 1988.

¹⁹ J. Davis, «Théorie et pratique du gouvernement non représentatif», *Magreb-Machrek*, 93 (1981).

²⁰ J. Davis, *Libyan politics: Tribe and Revolution*, Taurus, Londres, 1988.

nomía, al precio de un recurso masivo a la inmigración. Esta estatización tendía a encerrar la actividad económica en los límites del modelo del Estado rentista por medio de la transformación de la sociedad en un conglomerado de rentistas.

PROCESOS DE ILEGITIMACIÓN Y COMPROMISO «DEMOCRÁTICO»

En 1990, la cuestión de la legitimidad se plantea en el Magreb en términos renovados. Los regímenes se han visto confrontados a tres series de fenómenos que tienden a desarticular su ley de funcionamiento y, por tanto, a socavar los fundamentos del compromiso clientelista: las presiones del sistema internacional de producción y de cambio, que actúan en el sentido de una liberalización económica; la contracción de la capacidad distributiva y, correlativamente, las manifestaciones de violencia de masas y la constitución de espacios que escapan a la tutela estatal.

Los préstamos y programas «de ajuste estructural» esbozan los contornos de una «nueva ortodoxia del desarrollo» que se impone a los estados, comprendidos aquellos que, a semejanza de Argelia, no han recurrido al remedio de urgencia del FMI y del Banco Mundial. Esta «nueva ortodoxia» está fundada en el tríptico exportación-liberalización de la producción e intercambios-privatización de las empresas públicas. De un lado, corresponde a una reducción del margen de regulación de los flujos económicos y financieros por los estados. De otro, postula un descompromiso económico y social de aquellos.

En este contexto, las revueltas que han conocido tanto Túnez como Marruecos y Argelia constituyen síntomas de una contracción de la capacidad distributiva de los regímenes. Significan los límites de los modos de ejercicio del poder caracterizados, por una parte, por una clientelización de la sociedad. En este sentido participan de un proceso de ilegitimación de los regímenes que no están a la altura de las esperanzas que han suscitado y mantenido, y que no pueden satisfacer más las cláusulas del compromiso clientelista. Profundizando más, las manifestaciones de violencia de masas suponen la traducción política de una bifurcación de la sociedad producida por los estados, y puesta en evidencia por las presiones del sistema internacional.

Esta bifurcación consiste en una serie de escisiones inducidas por un desarrollo a dos tiempos:

— Escisión entre generaciones: durante los veinte primeros años de las independencias, la posesión de un capital escolar importante constituía la garantía de un empleo estable y de una posición social elevada; en lo sucesivo, por el hecho de su inadecuación, los sistemas de formación y empleo pueden ser percibidos por la juventud como cerrojos de una sociedad de «herederos» que bloquea las aspiraciones de las nuevas generaciones para el ascenso social; los efectos perversos de la escolarización van encaminados a encerrar a una juventud desencantada en una «adolescencia» prolongada²¹ y a producir un corte entre generaciones, manifestado principalmente por un encausamiento del Estado y de las mutaciones del modo de vida, identificadas con una «occidentalización» alienante.

— Escisión entre capas sociales: fenómenos de marginalización ligados al desfase entre el volumen de creaciones de empleo y el crecimiento de la demanda adicional.

— Escisión entre regiones: el desarrollo desigual entre regiones da pie a una reactualización del localismo y del regionalismo; los particularismos comunitarios han perdido su antiguo sustrato pero, por el hecho de la renovación de las bases de las escisiones locales y regionales, se han convertido en medios de expresión de aspiraciones, de reivindicaciones o de protestas ligadas a las disparidades. Esta combinación de las disparidades con los particularismos reviste una dimensión particularmente explosiva cuando, como ocurre en Kabilia, el particularismo se centra en la cuestión de la lengua.

El impacto de la bifurcación social se revela tanto más fuerte cuanto forma, de alguna manera, el marco en función del cual se constituyen los espacios que escapan a la tutela estatal.

La contradicción entre la reivindicación de las normas y atributos del Estado moderno, por los regímenes, por una parte, y la tradicionalización del modo de ejercicio del poder, por otra, ha favorecido la expresión de aspiraciones al respeto de los principios del Estado de derecho. El neo-patrimonialismo está minado desde dentro por «la

²¹ Según la expresión utilizada en L. B. Ware, «The role of tunisian military in the post-Bourguiba era», *The Middle East Journal*, 39, 1 (invierno, 1985), 40.

necesidad de la referencia del poder político al derecho, a la legalidad moderna, racional y democrática»²². Esta «juridización del espacio neopatrimonial» ha correspondido a la emergencia de una sociedad civil si se asocia a esta noción la de intermediación entre el Estado y la sociedad propiamente dicha. Sin embargo, deben formularse dos reservas. Por una parte, los militantes más comprometidos en la defensa de los derechos del hombre y la promoción de la «sociedad civil», proceden de la vertiente social plenamente integrada al sistema estatal; dicho de otro modo, su función de mediación está afectada por la bifurcación. Por otra parte, —y el fenómeno está ligado al precedente— si se considera el fenómeno asociativo en general y las asociaciones comprometidas en la defensa de los derechos del hombre, es forzoso constatar la debilidad de su margen de autonomía. En Marruecos, están orgánicamente ligadas al propio pluripartidismo satelizado por la monarquía. En Túnez, después del 7 de noviembre de 1987, se ha asistido a una absorción de los intelectuales críticos por el régimen. En lo que respecta a Argelia, por último, conviene subrayar una particularidad: el lazo original entre el movimiento de los derechos del hombre y el particularismo kabilio, expresión de la fabricación de una «minoría nacional» por el nacionalismo erigido en «ideología de Estado».

La incapacidad de los regímenes para conferir un contenido «ético» al Estado ha permitido igualmente el ascenso de la influencia del islamismo político. Este último es portador de una utopía alternativa a la del «cumplimiento futuro» prometido por los Estados; una utopía que se impone más en tanto que se nutre de la bifurcación de la sociedad, a falta de confirmarla plenamente.

Desde el comienzo de las independencias, el contraste entre la fuerza del Islam como referente inmutable de la vida individual y colectiva de un lado y, de otro, el debilitamiento de su influencia efectiva sobre los diferentes campos de la actividad social, no ha cesado de acentuarse al ritmo de la modernización. Este desfase entre las formas de la vida religiosa y la experiencia cotidiana, producto de una «esquizofrenia espiritual», propicia por reacción una «ideologización» de la religión²³: un radicalismo que pretende reconciliar los ideales del Islam con el mundo moderno.

²² A. Saaf, *Images politiques du Maroc*, Editions Okad, Rabat, 1987.

²³ C. Geertz, *Islam observed*, op. cit.

El empuje del islamismo político participa de esta ideologización de la religión en el contexto de los límites instrumentales del neo-patrimonialismo. Los movimientos islamistas, en contra de los regímenes establecidos, de los que denuncian su no conformidad con la ética musulmana, rechazan el repliegue del Estado al dominio de la coerción necesaria sin postular, por lo demás, una restauración pura y simple de la ciudad ideal o del califato. Pretenden revalorizar lo político, categoría «occidental» moderna, imaginándolo desde el punto de vista supuesto del Islam. Su utopía de un Estado según el Islam, lejos de responder a una actitud del pasado, pretende ser una solución a una crisis de las representaciones del futuro.

Las características de los movimientos islamistas están en función de las de los Estados y los regímenes. En Túnez, la fuerte implantación del Movimiento de la Tendencia Islámica (convertido en 1989 partido de la *Nabda*) y su opción firme por la legalidad están en consonancia con el carácter periférico del Estado en la tradición política tunecina, así como con el formalismo institucional y el reformismo secular del régimen desturiano.

En Argelia, la lenta gestación del islamismo se ha efectuado en el marco del «frentismo» del FLN. Su autonomización ha adoptado formas difusas, incluida en un primer tiempo la lucha armada, antes de alumbrar un nuevo «Frente», el Frente Islámico de Salvación (FIS).

El régimen libio ha producido, por su militancia islámica y su política de «descolonización cultural», una ideologización de la religión «anticipándose a la demanda islamista». Sin embargo, al proclamar a partir de 1978, una actitud restrictiva hacia la *sunna*, ha favorecido la emergencia de una oposición religiosa que ha procedido en primer lugar, del oficialismo religioso, los *ulemas*. El islamismo propiamente dicho se reduce a la actividad de grupúsculos, cuyo desarrollo y organización son contenidos no sólo por la represión, sino igualmente por la tonalidad islámica del régimen. Como contrapartida, éste se muestra inclinado a calificar a sus oponentes, de cualquier tipo que sean, de «hermanos musulmanes», testimoniando con este denigramiento la continuidad de las referencias naseristas ²⁴.

²⁴ F. Burgat, *L'islamisme au Maghreb: la voix du Sud*, Karthala, París, 1988.

En Marruecos, por último, los recursos simbólicos y represivos de la monarquía xerifiana no han podido prevenir una floración de asociaciones religiosas politizadas. Por el contrario, han obstaculizado su cristalización en una organización unificada que disponga de una fuerte base de masas. No obstante, conviene no dejarse engañar por el contenido del liderazgo del «Príncipe de los Creyentes». La monarquía xerifiana no ha producido una nueva definición de las relaciones entre los ideales del Islam y el mundo moderno. Lejos de prevenir contra la «esquizofrenia espiritual», lleva en sí misma los estigmas. Esta comunidad de lazos con la sociedad explica la longevidad del liderazgo real²⁵, pero sugiere igualmente que en la hipótesis de un desmoronamiento de la base clientelista del régimen, el potencial simbólico de la monarquía sería igualmente alcanzado por los efectos corrosivos de una utopía que pretende reevaluar los criterios del Estado según el Islam.

Se puede observar asimismo en el movimiento islamista la emergencia de una sociedad civil. Pero en un caso así, la noción de «sociedad civil» explicitaría una ruptura con el sistema estatal y se emparentaría, ya que viene a ser igual, a la terminología utilizada por la «disidencia» en Europa central: «segunda cultura», «segunda sociedad», «vida independiente de la sociedad», «ciudad paralela»...²⁶.

El conjunto de estos límites instrumentales y éticos del neo-patri-monialismo tienen pesadas implicaciones para los regímenes. Exigen nuevas iniciativas por su parte para neutralizar la carga desestabilizadora. Para Marruecos, el arreglo del *dossier* saharauí podría conceder a este respecto un plazo. El régimen libio ha iniciado ya una tímida evolución si se le juzga a partir de las negociaciones entabladas en 1987 con ciertas fracciones de la oposición²⁷. Únicamente Túnez y Argelia se han comprometido en procesos denominados de «democratización», la primera con ocasión de la sucesión-destitución de Burguiba, en noviembre de 1987 y la segunda, tras el traumatismo de los disturbios de octubre de 1988. De todas formas la evocación de la democratización

²⁵ C. Geertz, *Islam observed*, op. cit.

²⁶ Cfr., a este propósito, M. Molnar, *La démocratie se lève à l'Est. Société civile et communisme en Europe de l'Est*, PUF, París, 1990; V. Havel, *Essais politiques*, Calmann-Levy, París, 1989.

²⁷ F. Burgat, «Chronique Libye», *Annuaire de l'Afrique du Nord*, XXVI, 1987.

en el Magreb procede de un debilitamiento de los Estados y de un agotamiento de los recursos de legitimación de los regímenes.

La instauración del pluripartidismo en Argelia y en Túnez ha podido hacer pensar que el compromiso «democrático» adoptaría la forma de una especie de «marroquización» o de «*majzen* a la argelina» o a la tunecina. Dicho de otro modo, los regímenes argelino y tunecino revestirían fachadas democráticas tras las cuales se ejercería un poder absoluto a semejanza del *majzen* en Marruecos: una monopolización del poder —en casos determinados por los aparatos de seguridad— combinada con una satelización de varios partidos políticos²⁸.

La importancia de los movimientos islamistas ha contrarrestado tal evolución. A falta de poder comprometerse en una «marroquización», los regímenes tunecino y argelino han optado, bajo la cobertura de «democratización», por estrategias de bipolarización: satelización de varios partidos políticos por un poder adosado al aparato de seguridad, teniendo por corolario una exclusión o neutralización de los islamistas.

Las elecciones departamentales y comunales argelinas de junio de 1990 han sancionado el fracaso de esta estrategia en Argelia. Han dado prueba no sólo de la incapacidad del régimen para reagrupar en torno al FLN al conjunto de partidos y corrientes que invocan la «democracia», sino también para contener el empuje del FIS. La victoria electoral de este último no puede ponerse en duda, cualquiera que haya sido el grado de libertad efectiva de las operaciones electorales. Lo importante es que el militantismo ha conocido un renacimiento en Argelia y ha sido sobre todo en las filas del FIS.

A partir de aquí el compromiso «democrático» en Argelia amenaza con adoptar la forma de un compromiso entre el aparato político-militar producto del FLN y el movimiento islamista. No dará respuesta decisiva al problema de la legitimidad. En efecto, la eventual «islamización» de la República argelina (una «República islámica») no constituiría más que un momento y no una superación de la «esquizofrenia espiritual». Sin embargo, daría una nueva expresión política a la reactivación del modelo patriarcal de relaciones sociales en un contexto de deterioro de las estructuras de la familia patriarcal. Además, pondría en pie una «mo-

²⁸ En este sentido, M. Harbi, «Makhzen à l'algérienne», *Sou'al*, 9-10 (julio, 1989).

alidad de disciplina» apta para hacer aceptar las amarguras de la austeridad y de los costes sociales del dominio del sistema internacional de mercado.

Para Túnez y Marruecos, el problema que se plantea es saber en qué medida la estrategia de bipolarización del régimen de Ben Ali y del sistema del *majzen* xerifiano podrían resistir de manera duradera el advenimiento de una República militar-islámica en sus fronteras.

VI

LA UNIÓN DEL MAGREB ÁRABE (UMA) Y LAS RELACIONES INTERMAGREBÍES

Michele Brondino*

BOSQUEJO HISTÓRICO

La evolución del marco de la política mediterránea e internacional y los plazos inminentes de la Comunidad Europea dan un nuevo impulso a las aspiraciones históricas de la unidad magrebí: las necesidades del presente parecen, pues, hacer realidad lo que aún hoy no es más que el embrión de una comunidad: la UMA¹. Esta nueva institución, aprobada por primera vez por las altas instancias de los cinco países miembros, polariza todas las esperanzas de los magrebíes en torno al proyecto global de su futuro, reactivando las relaciones intermagrebíes ya existentes y entablando otras nuevas.

Ante todo, es oportuno trazar un bosquejo histórico, aunque conciso, de las tentativas que han precedido la creación de la UMA, a fin de definir el marco de las relaciones intermagrebíes hasta hoy, así como sus potencialidades.

¿Qué ha sido el Magreb en su contexto geohistórico y socio-económico? Ha sido una idea-mito de contornos imprecisos, una tensión ideal: a la vez, *la recuperación* de la herencia histórica y cultural de los pueblos magrebíes unidos por lazos comunes (lengua, religión, etnia co-

* Universidad de Pavía.

¹ Cfr. *L'unité maghrébine. Dimensions et perspectives*, obra colectiva del CRESM, París, 1972; M. Brondino, *Le Grand Maghreb. Mythe et Réalité*, Alif, Túnez, 1990; P. Balta, *Le Grand Maghreb. Des indépendances à l'an 2000*, La Découverte, París, 1990.

mún árabo-bereber) y el *proyecto* de una nueva sociedad magrebí más allá de particularidades nacionales ².

La geografía, la historia, la cultura y la ideología oficial después de la independencia han concurrido a mantener vivo el mito del «Gran Magreb» que ha sido, ante todo, una constante de los movimientos nacionales contra el colonialismo. En un contexto más vasto, el del fenómeno del renacimiento árabe, la *Nahda*, y el de la *Umma Arabiyya*, el problema de la unidad del Magreb comienza a emerger entre grupos de reformadores magrebíes como el de la *Revue du Maghreb* ³.

Entre las dos guerras, el magrebismo se convierte en uno de los polos movilizadores de la lucha por la libertad, pero no está presente más que entre las élites de vanguardia como «La Estrella Norteafricana» y la «Asociación de Estudiantes Musulmanes de África del norte» y no entre las masas. Se impone hasta el punto de crearse en El Cairo en 1947 un Comité de Liberación del Magreb Árabe ⁴, que intentará convertirse en el punto de referencia de todos los movimientos de liberación magrebíes. En plena guerra de Argelia se llega a la Conferencia de Tánger (27-30 de abril de 1958), en la que participan sólo los tres partidos principales de la lucha de liberación, el *Istiqlal*, el *Neo-Destur* y el FLN, para no comprometer oficialmente a los nuevos Estados de Túnez y de Marruecos ⁵. La Conferencia de Tánger esbozó un proyecto de alianza institucionalizado *ante litteram*, ya que existía un realismo político por parte de los tres participantes que «postulaba el carácter operativo del tema del Magreb Unido» ⁶.

En el plano ideológico sobre todo, el problema era bien diferente del lado argelino, en razón justamente de los condicionantes del proceso revolucionario en curso. El mismo FLN, al día siguiente de la Conferencia de Tánger, puntualizaba de manera crítica su visión de la uni-

² Cfr. F. Oualalou, *Le Maghreb, une utopie toujours possible*, Bulletin Economique et Social du Maroc, Rabat, 1972.

³ Cfr. M. Brondino, «Le pouvoir colonial et l'élite des réformistes: le cas de la Revue du Maghreb», *Actes du Congrès d'histoire sur «Elites et pouvoir dans le monde arabe pendant la période moderne et contemporaine»*, Cérès, 4-9 diciembre 1989, Túnez. En prensa.

⁴ Cfr. R. Driss, «Le bureau du Maghreb Árabe au Caire», en *Les relations entre le Maghreb et le Machrek*, Cahier num. 6, Aix-en-Provence, CRESM, 1986.

⁵ Libios y mauritaños participaron como observadores.

⁶ M. Toumi, *Le Maghreb*, PUF, París, 1982, p. 68.

dad magrebí, cargada ya de futuras implicaciones para el período post-independentista:

El Magreb no será el fruto de una construcción por decreto; no será una entidad que se elabore en los textos, no surgirá por encantamiento de los cambios de impresiones, de los coloquios y de las conferencias... La esencia del Magreb reside en la lucha contra el imperialismo. Dar cuerpo al Magreb es ante todo dar a esta lucha toda su consistencia y su eficacia, llevándola hasta la victoria ⁷.

Afirmación que recogerá la *Carta Nacional* argelina en 1976 ⁸, profundizando y explicitando de antemano la noción de imperialismo.

Será en esta línea, que no deja margen alguno de maniobra, en la que aparecerán los signos precursores de los problemas que deben atañer a los estados magrebíes desde el momento de la independencia. Éstos se concentran en las cuestiones políticas y económicas entre las cuales resaltaban la explotación de los recursos minerales y las reivindicaciones territoriales.

En 1962 todos los países magrebíes son ya independientes: el Gran Magreb parece al alcance de la mano. Serán, sin embargo, las luchas intestinas las que se impondrán, degenerando en guerras de fronteras, reflejos evidentes de las problemáticas nacionales que contrastan en el plano político e ideológico. Será la «pasión nacionalista» la que venza sobre la «pasión magrebí»: se llegará, así, a la tensión argelino-tunecina y a la «guerra de las arenas» entre Argelia y Marruecos en 1962-63.

Superada la fase más aguda de la «guerra de las arenas», Túnez, Argelia y Marruecos, a los que se añade por primera vez en 1964 Libia, se comprometen en la construcción de un «Gran Magreb» jugando la baza de la cooperación económica fundada en la solidaridad recíproca de intereses siguiendo el ejemplo de la Comunidad Económica Europea de la que dependen económicamente y de la que quieren emanciparse.

Las clases dirigentes magrebíes comprenden que la independencia política no puede ser real sin apoyarse en una independencia económica, por lo que lanzan y guían el «Gran Magreb de los Estados» a partir de 1964. En Túnez, del 29 de septiembre al 1 de octubre de 1964 y

⁷ «Le Maghreb à l'épreuve», en *El Moudjahid*, 25, 13 de junio de 1958.

⁸ *Charte Nationale*, Argel, Título V, «La política exterior», pp. 107-115.

en Tánger del 26 al 28 de noviembre, la Conferencia de Ministros de Economía redacta la Carta Económica del Gran Magreb en tanto que Comunidad Económica⁹. La Conferencia de los Ministros de Economía se convierte, de hecho, en el organismo supremo de cooperación económica intermagrebí, que constituye una serie de instituciones permanentes y no permanentes, entre las que se haya el Comité Permanente Consultivo del Magreb (CPCM), centro de estudios y de coordinación del conjunto de problemas económicos magrebíes, que adquiere una importancia fundamental. Aunque pivote central, tiene sin embargo un grave límite: el de no ser más que un organismo consultivo y técnico, privado de poder ejecutivo sobre los diferentes países. Su acción, paralela a la evolución de las relaciones, extenderá su radio de influencia en el tiempo, graduando sus aproximaciones, que van del tipo sectorial al global. No obstante, los resultados son limitados y poco incisivos; en realidad, la cooperación multilateral, por razones tanto del dominio económico como del político, no consigue jamás despegar. La Conferencia de Rabat de julio de 1970 marca la quiebra del Magreb de los Estados, es decir, de las tecnocracias.

Este fracaso del Magreb de los Estados era un síntoma revelador de las profundas divergencias ideológicas y políticas entre los países magrebíes: los modelos de desarrollo divergen porque divergen los regímenes en el poder, refractarios a la toma de decisiones políticas a nivel supranacional. Esquemáticamente, a principios de los años setenta, Libia es revolucionaria y maximalista¹⁰, Argelia tiene su socialismo específico¹¹, Marruecos permanece conservador¹² y Túnez está por el liberalismo (superada la experiencia socialista de Ben Salah)¹³.

En lugar de una concertación armoniosa de las diferentes políticas se asiste a una miríada de acuerdos bilaterales y de proyectos de fusión

⁹ Cfr. *Annuaire de l'Afrique du Nord*, «Protocole de Tunis», CNRS, 1964; H. Bagriche, «Les aspects institutionnels des intégrations économiques du Maghreb», *Bulletin Spécial*, CPCM, Túnez, abril 1969.

¹⁰ Cfr. *La Libye nouvelle. Rupture et continuité*, obra colectiva, CNRS, París, 1975.

¹¹ Cfr. M. Brondino, *Algeria paese delle rivoluzioni accelerate*, Stampatori, Turín, 1981.

¹² Cfr. J. Waterbury, *The Commander of the Faithful. The Moroccan Elite*, Londres, 1970.

¹³ W. K. Ruf, «Le socialisme tunisien: conséquence d'une expérience avortée», en *Introduction à l'Afrique du Nord*, CNRS, París, 1975.

nonnatos, cuya complejidad se ve acrecentada por los cambios bruscos y súbitos de sus socios. Además, Libia y Mauritania (nueva aspirante al Gran Magreb), guiñaban por diferentes motivos a interlocutores extra-magrebíes. En lugar de llegar a una integración magrebí progresiva, las relaciones comerciales inter y extra-magrebíes del período, revelan el nacimiento de un verdadero nacionalismo mercantil¹⁴. Carecían de estrategia general de desarrollo del Magreb, dictada por opciones políticas basadas en realidades estructurales del presente y sobre el potencial de recursos agrícolas, minerales e industriales de los miembros de esta comunidad mítica. La unidad del Gran Magreb sigue siendo verbal, como lo demuestran los acuerdos de Yerba entre Túnez y Libia (1974) y de Hassi Messaud entre Argelia y Libia (1975). En realidad, el Magreb marca el paso: la integración económica parece ser una ilusión¹⁵, todavía más en lo que se refiere a la integración política, sobre todo en este período, con la agravación de la cuestión del Sahara occidental y el enigma insoluble del problema palestino que envenenan las relaciones inter-magrebíes. Fue en 1975 cuando estalló el problema del Sahara occidental que opuso Marruecos a Argelia, arrastrando a toda la región a un estado de beligerancia no declarada a favor o en contra de la lucha de liberación del Frente Polisario y bloqueando el discurso unitario.

Será otra vez la Argelia de Bumedian la que proponga una nueva andadura para la construcción de la unidad: *el Magreb de los Pueblos*. Ante la quiebra del Magreb de los Estados y el peso de los condicionantes impuestos por las realidades internacionales a los pueblos en vías de desarrollo, Bumedian se convierte en el portavoz de un nuevo proceso unitario a largo plazo, que englobaría a las masas populares magrebíes en una perspectiva de superar el carácter específico de cada estado, a través de la recuperación y la pujanza de factores socioculturales comunes a toda la región magrebí, consciente de que sólo un Magreb unido, no sólo económicamente, podría resistir a las presiones de otros reagrupamientos internacionales.

¹⁴ Cfr. Y. Gazzo, *L'Afrique du Nord: d'hier à demain*, Economica, París, 1979, capítulo I.

¹⁵ La séptima Conferencia de Ministros de Economía marca la quiebra del CPCM.

LA CREACIÓN DE LA UMA¹⁶

A principios de los años ochenta, sobre el telón de fondo de un Magreb presa de tensiones sociales y económicas, atormentado por las nuevas generaciones que piden una revisión o, al menos, una apertura de los sistemas políticos, el tema del Gran Magreb, acallado tras el fracaso del Magreb de los Estados, y que se había hundido en la guerra del Sahara, reaparece con fuerza. A las grandilocuentes declaraciones de fraternidad de los años sesenta que habían caracterizado los discursos oficiales, sucede un análisis que, además de presentar la unidad magrebí como un imperativo en el contexto internacional, realiza un balance objetivo de la realidad magrebí, y tiende a neutralizar factores de tensión a través de la democratización, la construcción de un Magreb unido en la diversidad, un tipo de desarrollo orientado con prioridad hacia la emancipación económica y la apertura del debate político. Es significativo que en Túnez, en la Declaración del 7 de noviembre por la que Ben Alí sustituye a Burguiba y abre una nueva era, la realización del Gran Magreb se mencione como un proyecto que va a la par con el proceso de democratización. La unidad magrebí se carga, pues, de nuevos valores: ya no se concibe como el resultado de un entendimiento, sino como una vía posible para la solución de los problemas comunes de los estados magrebíes.

En 1983, con ocasión del 25 aniversario de la Conferencia de Tánger de 1958, se lanza una nueva dinámica unitaria que se concretará en la firma de un número importante de acuerdos intermagrebíes. En febrero de 1983, se asiste al inicio de la normalización de las relaciones argelo-marroquíes, congeladas por la crisis del Sahara occidental desde 1975; el encuentro entre Hasan II y Chadli Benyedid, conscientes de los peligros de una desestabilización de la región, parece querer apartar el principal obstáculo para el avance de la unidad magrebí. En marzo, Argelia y Túnez firman solemnemente «un acuerdo de fraternidad y concordia», así como un acuerdo sobre la definición de las fronteras entre ambos países, y la creación de una comisión mixta encargada de dar un nuevo impulso a la cooperación argelo-tunecina. En diciembre, Mauri-

¹⁶ Cfr. *Tratado de Marrakech*, 17 de febrero de 1989, en M. Brondino, *Le Grand Magreb...*, op. cit., p. 196.

tania se adherirá a este acuerdo de fraternidad y fija sus fronteras con Argelia. Tal vez nunca el tema de la edificación del Gran Magreb había estado tan presente en el discurso político y social como durante estos primeros años ochenta. Respondía, en efecto, a exigencias de política interior amenazada de desestabilización en la que la dimensión unitaria podía representar un factor de estabilidad ¹⁷.

Desgraciadamente, hay que observar que, una vez más, este retorno de la presión unitaria ha sido desmentido por nuevas fricciones. El tratado de unión entre Libia y Marruecos, firmado en agosto de 1984, no ha sido interpretado como coronación del nuevo relanzamiento ni por parte de los magrebíes ni por Europa; por el contrario, los socios norteafricanos llegaron a denunciarlo por considerarlo maniobra política negativa para el equilibrio de la región. El Tratado de Uxda, que le aseguraba a Marruecos la no-intervención libia en el Sahara occidental y le daba a Libia carta blanca en el Tchad, bloqueaba por el contrario la distensión argelo-marroquí y, con ella, las esperanzas de resolver el problema del Sahara, a la vez que inmovilizaba al Magreb en un peligroso bipolarismo que oponía el eje Rabat-Trípoli al eje Argel-Túnez-Nuakchott. La alternancia continuamente renovada de las relaciones magrebíes conduce a una profundización del lazo entre tensiones internas y tensiones externas:

Todo ello, a pesar de sus aparentes contradicciones, marca primeramente en efecto el agotamiento de las perspectivas de los Estados actuales ¹⁸.

En esta óptica y en la toma de conciencia por parte de los países magrebíes de que la dimensión unitaria puede convertirse en una baza para abarcar los problemas comunes y resolverlos en el marco regional, se asiste a una superación de la fase de proyecto de principios de los años ochenta, para llegar a decisiones operativas que conducirán a la creación de la UMA en 1989.

Por un lado, el acontecimiento del encuentro de Hasan II y Chadli Benyedid el 24 de mayo de 1987, seguido el 5 de junio de 1988 por

¹⁷ Cfr. M. Brondino, *Le Grand Maghreb...*, op.cit., capítulo VIII, p. 137.

¹⁸ M. Jibril, «L'Union et les réalités maghrébines», en *Lamalik*, septiembre-octubre 1984, pp. 10-12.

la reapertura de las fronteras argelo-marroquíes, provocan un choque psicológico sobre los pueblos de la región: significaba que Rabat y Argel habían logrado un mínimo de convergencia sobre la cuestión del Sahara occidental, que estaba agotando las dos economías y era el origen de continuas tensiones entre los cinco socios. Había nacido la convicción de que el entendimiento argelo-marroquí era una condición *sine qua non* para dar un fundamento sólido a la construcción unitaria. Por otra parte, el cambio del 7 de noviembre en Túnez había desbloqueado la situación de estancamiento en este país relanzándolo al diálogo magrebí al este de la región, bloqueado asimismo por la ruptura de relaciones diplomáticas desde 1985. El deshielo de las relaciones libio-tunecinas tuvo oficialmente lugar el 28 de diciembre de 1987, con la reanudación de relaciones diplomáticas, seguida por toda una serie de acuerdos bilaterales preparados por comisiones mixtas.

En el marco del retorno general de la política comunitaria por parte de los dirigentes magrebíes, a través de contactos tanto bilaterales como multilaterales, el Túnez de Ben Alí, bajo el signo de un prudente pero activo pragmatismo, despliega una intensa actividad diplomática que, sostenida por los otros gobiernos, conducirá a la primera cumbre de la historia magrebí. El 10 de junio de 1988, al día siguiente de la clausura de la Cumbre extraordinaria de la Liga Árabe en Argel, los cinco jefes de estado magrebíes se reunían en Zeralda (Argelia), donde decidieron, como lo afirma el comunicado final, «la creación de una comisión encargada de poner en pie los medios de concretizar el Gran Magreb Árabe», y fijaron la fecha de su primera reunión para el 13 de julio de 1988.

En la víspera de la segunda cumbre magrebí, el inicio del arreglo del problema del Sahara occidental hacía progresos gracias a la visita, el 6 de febrero de 1989, del presidente argelino a Fez, visita que sellaría la reconciliación argelo-marroquí con la esperanza de un desenlace del conflicto, aunque muchos obstáculos se levantaban todavía entre ambas partes.

Tras múltiples sesiones de trabajo para desbrozar el terreno y allanar las cuestiones más espinosas, la Gran Comisión Magrebí se reúne en Túnez el 24 de enero para organizar la segunda cumbre de los cinco jefes de estado, que tuvo lugar en Marrakech del 15 al 17 de febrero de 1989. El Tratado de creación de la Unión del Magreb Árabe fue oficialmente firmado el 17 de febrero por los cinco jefes de estado, y de-

bía ser ratificado por cada gobierno en el plazo de seis meses. La Unión del Magreb Árabe está dotada de órganos políticos, ejecutivos y judiciales. Su estructura es esencialmente la que sigue: el Consejo de la Presidencia, compuesto por los cinco jefes de estado, cuyas decisiones son tomadas por unanimidad; el Alto Consejo de Primeros Ministros; el Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores; las Comisiones Ministeriales especializadas; el Comité Ministerial constituido por los Ministros de Asuntos Magrebíes; el Secretariado General; el Consejo Consultivo y el Tribunal de Justicia.

El estatuto especifica además que:

- a) toda agresión contra uno de los estados miembros se considerará contra los otros estados de la UMA;
- b) todo ataque a la seguridad o a la integridad territorial de uno de los estados miembros o a su régimen será combatido;
- c) los estados miembros no pueden adherirse a ninguna alianza militar o política dirigida contra la independencia política o la integridad territorial de los demás socios;
- d) la Unión permanece abierta a otras partes árabes o africanas, a condición de que el acuerdo sobre su adhesión se obtenga por unanimidad.

En este marco renovado, la UMA recoge la herencia de experiencias comunitarias previas en lo que tenían de negativo y de positivo, sentando las bases de una complementariedad real para hacer del Magreb un conjunto económico viable en sus relaciones interiores y exteriores.

LAS RELACIONES INTERMAGREBÍES: DATOS ACTUALES Y PERSPECTIVAS

La UMA es, pues, la estructura en la cual los magrebíes deben edificar su Comunidad a todos los niveles: del político al cultural, del económico al social. De una manera realista, el presidente tunecino subrayó que

la UMA constituye una etapa decisiva en la vía del acercamiento y de la cooperación entre nuestros pueblos y un hito determinante que nos orienta por primera vez hacia una construcción magrebí¹⁹.

¹⁹ Discurso de Ben Alí en *La Presse*, 18 de febrero de 1989.

Pero la multiplicidad y la similitud de los problemas entre los cinco estados se enfrentan con la urgente necesidad de hallar denominadores comunes para una armonización de los mecanismos esenciales de la Unión. A este propósito, un experto del mundo magrebí hace esta sintomática observación:

Al contrario que la Europa de los doce, dividida por nueve lenguas, pero que se ha forjado un lenguaje común, los países de la UMA, unidos por la lengua árabe, no hablan todavía el mismo lenguaje ²⁰.

En todos los dominios, esta necesidad emerge debido a que los países magrebíes, atormentados por los mismos problemas, han tomado conciencia de que las soluciones deben darse a nivel comunitario y no ya a nivel estrictamente nacional. Pero una aproximación supranacional profunda y no de fachada, es difícil de llevar a cabo en la realidad cotidiana. En el debate denso para la creación de la UMA, la visión económica prevaleció sobre otras aproximaciones, capitalizando las experiencias previas.

Así, habida cuenta del hecho de que todos los datos deben concurrir para forjar una estructura comunitaria armoniosa a la altura de los compromisos de otros conjuntos internacionales, abordaremos en primer lugar las relaciones económicas.

Al día siguiente de la creación de la UMA, Hasan II precisó que

deberemos ponernos de acuerdo sobre los principios de base y hacer el inventario de nuestras riquezas y de nuestras compatibilidades... [porque] sólo sistemas económicos y sociales compatibles pueden garantizar el buen funcionamiento de instituciones comunitarias ²¹.

El Consejo Presidencial creó cuatro Comisiones Ministeriales especializadas encargadas respectivamente de:

- 1) La seguridad alimentaria considerada como la más urgente dado su grave déficit.
- 2) Las infraestructuras.

²⁰ P. Balta, *Le Monde*, «Dossier Documents», 171 (noviembre 1989).

²¹ *Le Monde*, 19-20 de febrero de 1989.

3) La economía y las finanzas.

4) Los recursos humanos.

Hay que tener en cuenta los pros y contras que condicionan el proyecto de un desarrollo integrado de la UMA. He aquí algunas cifras esenciales:

	Superficie millones km ²	Población en 1988 (millones)	PNB miles millones \$ 1988	Deuda Ext. miles mill. \$ 1987	% comercio exterior CEE	Tasa analfab- etismo
Argelia	2.382	23,8	58.250	21,05	71	46
Libia	1.760	4,2	23.000	3,5	79,7	25
Marruecos	710*	23,9	17.830	20,7	61,3	64
Mauritania	1.031	1,89	0.820	2,03	51,4	69
Túnez	164	7,8	9.610	6	73,6	41

* Incluido el Sahara occidental (*Annuaire statistique 1988 du Maroc*).

Fuentes: Banco Mundial, *Atlas 1989*; *Le Monde Diplomatique*, septiembre 1988.

Además de estas cifras, hay que retener otros dos datos esenciales: los intercambios comerciales entre los cinco socios no alcanzan el 5 % mientras que los mantenidos con la CEE son del orden del 65 al 70 %. Esta asombrosa asimetría caracteriza por sí misma la evolución de las relaciones que existen hasta hoy en el interior del área magrebí. Se hace, pues, necesario un reajuste coordinado en todos los ámbitos para el éxito de un conjunto viable.

En el dominio agrícola, sería vano esperar una rápida complementariedad entre los cinco socios en razón de la similitud de los territorios, producciones y políticas agrícolas deficientes: aunque Marruecos y Túnez se benefician de un clima más favorable, Argelia, Libia y Mauritania son desérticos o semi-desérticos en casi un 90 %. Por otra parte, los mismos productos o son insuficientes o se destinan a la exportación. Los otros factores que han agravado el bloqueo de la producción agrícola magrebí están ligados a la primacía dada a la industrialización, a las malas opciones de política agrícola y a una total ausencia de coordinación regional (por ejemplo, la autogestión de las tierras, la insuficiencia de las inversiones, la falta de investigación agronómica e hidráulica, las transformaciones del modo de consumo, el éxodo rural, etc.). Así, la insuficiencia alimentaria impone que se importen los productos

de base (cereales sobre todo, carne y productos lácteos) cuyo porcentaje se eleva por término medio al 65 % de las necesidades de la región.

Cara a esta situación dramática, ya en los años ochenta se emprendió una reorientación de las políticas económicas en los cinco países en los que el sector primario ha absorbido una parte creciente del presupuesto nacional: de los grandiosos proyectos de Libia a la importante producción magrebí, pasando por la privatización de las tierras de la autogestión en Argelia. Pero si el Magreb quiere lograr la autosuficiencia alimentaria en los primeros decenios del siglo XXI, es a nivel regional donde los problemas de la agricultura magrebí deben afrontarse con un esfuerzo común de inversión y de investigaciones en todos los dominios, como lo ha señalado la Comisión económica. En cuanto a los recursos energéticos, a la industria y a los servicios, la UMA se presenta con un capital de datos reales y potenciales muy positivo, que puede alcanzar cierta complementariedad; pero esto requiere un esfuerzo racional de coordinación supranacional para permitir un despegue económico viable, dadas las enormes diferencias que existen entre los PNB de los cinco países (ver cuadro anterior).

Las posibilidades de integración en estos dominios son importantes: la riqueza en materias primas (sobre todo hidrocarburos), las estructuras industriales potencialmente complementarias y las competencias y servicios disponibles, aunque necesitan, claro está, una racionalización y mejora. En efecto, se ve un esbozo de reestructuración regional a todos los niveles bajo el signo de la liberalización, económica sobre todo, de Marruecos a Libia. Incluso la Argelia de los años ochenta ha tomado esta vía con la privatización de tierras, la liberalización parcial de los precios, la autonomía de las empresas públicas, la apertura al capital extranjero, las fusiones bancarias y la supresión de una planificación centralizada. Este nuevo *trend* de la economía del Gran Magreb está sostenido por grandes posibilidades de complementariedad, aunque no existan todavía estructuras de coordinación regional. En efecto, habrá que superar una aproximación de la cooperación bilateral o trilateral hasta hoy dominante, para llegar a la de la cooperación multilateral como ya lo había previsto el CPCM en los años setenta. He aquí algunos ejemplos significativos:

En el sector energético, la riqueza en hidrocarburos de Argelia y Libia puede hacer que se beneficien todos los miembros de la Comunidad, además de las cantidades que proceden de sus exportaciones ha-

cia Europa. El gas argelino ayuda ya al desarrollo de Túnez y pronto ayudará al de Libia y Marruecos (sin excluir a Mauritania) con la construcción de nuevos gasoductos que unirán todo el Magreb y la Europa del Sur. Al mismo tiempo, el petróleo libio y argelino completarán las necesidades de Marruecos, Túnez y Mauritania, y los fosfatos de Marruecos y Túnez servirán para el desarrollo agrícola de los otros miembros.

En el sector de la siderurgia y de los minerales férricos, los países magrebíes tienen un potencial enorme de recursos naturales y de competencias que podrían alcanzar un gran desarrollo tanto en el nivel de la producción como en el de la explotación. Una racionalización y armonización de la producción regional se imponen a partir de los dos grandes complejos de El Hayar (Argelia) y de Misurata (Libia), así como en las otras industrias mecánicas, eléctricas y electrónicas. También será preciso racionalizar y mejorar la producción de las pequeñas y medianas industrias allí donde estén expandidas, como en Túnez y Marruecos, y estimular, por el contrario, su creación y desarrollo allí donde, como en Argelia, falten, a fin de proveer las necesidades del mercado interior.

En lo que concierne a la implantación de infraestructuras y servicios, los proyectos se multiplican: de las comunicaciones a los regímenes fiscales y bancarios, de los servicios postales a los servicios sociales. Nos limitaremos a citar las iniciativas más recientes de mejora de las redes de carreteras, ferroviarias, portuarias y aéreas, que han conocido empeños recientes como la creación de sociedades magrebíes del tipo de «Air Maghreb», encargadas de realizar redes de servicios intermagrebíes en el próximo decenio. En resumen, los responsables magrebíes, dando prioridad a la integración económica, parecen haber comprendido que sólo poniendo sus recursos en común y su *know how* en una cooperación que debe convertirse de manera progresiva en multilateral y multiforme, tendrán posibilidades de éxito en tanto que entidad viable en el contexto internacional.

También el Gran Magreb político está en marcha hacia cambios radicales que persiguen una democratización posible, incluso en Libia y en Mauritania. A primera vista, el panorama político magrebí se presenta aún más heterogéneo, marcado por las recaídas de un exceso de nacionalismo derivado de la fuerte aspiración a la construcción del Estado-Nación después de la independencia. La República Argelina Democrática y Popular ha superado el régimen de partido único con una impresionante floración de nuevos partidos; en la monarquía marroquí

domina el pluripartidismo del sistema parlamentario; la República Tunecina intenta sobrepasar la preponderancia del Reagrupamiento Constitucional Democrático, estimulando los partidos de oposición; la *Yamahiriya*, «el Estado de las masas» de Gadafi y la Mauritania de Uld Taya, con su predominio militar, parecen abrirse tímidamente a una nueva fase de participación de las fuerzas sociales. El clima socio-político del Magreb central está, sin duda, en trance de cambiar: los regímenes establecidos, más o menos autoritarios, han aceptado la pluralidad de fuerzas políticas para contrarrestar su carencia de credibilidad de cara a las crisis internas de los modelos de desarrollo que afectan a la vida cotidiana, sobre todo a la de las jóvenes generaciones. Basta recordar la simbólica emblemática del viraje argelino que, en el espacio de un año, ha superado a los otros vecinos reconociendo al partido del Frente Islámico de Salvación (FIS), expresión directa de las fuerzas integristas que los demás países rechazan o combaten por todos los medios. La pujanza integrista que expresa el descontento social, cultural y moral de las masas populares cuyo nivel de vida ha retrocedido sin ninguna esperanza de mejorar su suerte en un futuro próximo, representa la amenaza desestabilizadora para toda la región. Su discurso igualitario y contestatario al nivel socio-económico y su propuesta de retorno a los propios valores, a la identidad cultural del Islam con la aplicación de la *chari'a*, trastornan a los regímenes establecidos, incluso a los más autoritarios que, como el de Gadafi, reaccionan contra ellos con violencia.

Pero el ascenso del integrismo no podrá ser contenido con medidas individuales o episódicas: será en el ámbito magrebí donde haya que aportar soluciones globales a los problemas que atenazan a las sociedades locales entre la tradición y la modernidad, incluso en lo que concierne a los datos comunes de la civilización, tales como la lengua, la cultura, la religión y la identidad árabo-bereber. Los desequilibrios propios de cada país, confrontados a escala magrebí, reflejan la gravedad de la situación, las relativas dificultades para llegar a soluciones integradas y la extrema importancia de la UMA, en tanto que medio de superación del subdesarrollo para toda la región, sin olvidar el problema crucial del Sahara occidental que sigue siendo el «talón de Aquiles»²² de la edificación magrebí.

²² Según la expresión de P. Balta, *Le Grand Maghreb*, op. cit.

Basta pensar en los problemas ligados a los datos del crecimiento demográfico de la región: con una tasa media de natalidad de 3,5 %, la población magrebí se ha doblado, con creces, desde la independencia. Este desarrollo demográfico incontrolado (salvo en Túnez) implica una distribución irregular de la población —cuyos dos tercios se concentran en la costa—, el éxodo rural, la formación de grandes aglomeraciones urbanas privadas de infraestructuras sociales, una escolarización de masas con objetivos inciertos y un mercado de trabajo con salidas insuficientes para una población de jóvenes de los cuales un 65 % tiene menos de veinte años. A ello se añade un paro que alcanza el 40 % de la población activa y que los recientes límites impuestos a la emigración hacen más dramático aún.

De este sucinto análisis de las relaciones intermagrebíes emerge que

las presiones internas (sociales y culturales), los problemas de desarrollo, el cierre de los mercados hacia el Norte industrializado, obligan a los estados a invertir, ante todo, en el espacio natural del Magreb y en ligar su destino... Es en términos magrebíes como se plantean hoy los problemas en suspenso entre los Estados, al convertirse esta dimensión en el marco ineluctable para encontrar (o no) soluciones a estos problemas ²³.

²³ M. Jibril, *op. cit.*

VII

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LOS ASPECTOS MILITARES Y ESTRATÉGICOS DE LA COOPERACIÓN HISPANO-MAGREBÍ

*Alberto Piris Laespada**

INTRODUCCIÓN

Ni los antecedentes históricos clásicos ni la más reciente actividad política española permiten evocar, con la naturalidad de lo que se considera habitual, la imagen de lo que pudiera ser una «cooperación hispano-magrebí», que estuviese sustentada sobre alguna experiencia duradera y fructífera de cooperación real entre España y los países del Magreb. Antes bien, lo contrario a la cooperación, es decir, el enfrentamiento, ha sido casi siempre la tónica predominante en los contactos producidos a lo largo del tiempo entre estas dos entidades sociales, políticas y geográficas que son España y los países que configuran el Magreb.

Pero si lo que se trata de considerar son precisamente los «aspectos militares y estratégicos» de una posible cooperación, la novedad del planteamiento hace todavía más inédita la cuestión, porque el frecuente enfrentamiento entre España y el Magreb se ha desarrollado a menudo en un plano de abierta oposición estratégica, a través de medios militares y recurriendo a la guerra, con todo lo que ésta lleva siempre consigo: muerte, destrucción y dominación de unos pueblos por otros, así como el recelo y la desconfianza recíprocos. Esto ha generado hondas raíces en el colectivo imaginario de estos pueblos; el repetido enfrentamiento militar ha contribuido al crecimiento y sostenimiento, por parte española, de una atávica idea de «moro igual a enemigo tradicional», que en la subsiguiente época colonial derivaría hacia un despectivo con-

* General de Artillería DEM (Madrid).

cepto de «moro igual a pueblo poco fiable». Conceptos de similar contenido distanciador existen entre los pueblos del Magreb en relación con las antiguas potencias coloniales.

Han sido, precisamente además, los aspectos estratégicos y militares del enfrentamiento entre España y el Magreb (representado éste por Marruecos y más específicamente por El Rif), la causa reiterada de graves crisis que en un pasado no muy lejano han sacudido a la política interior española. La acción militar de España en Marruecos ha sido causa, en el último siglo y medio, de contradictorios resultados con importantes repercusiones negativas: Semana Trágica de Barcelona, Juntas Militares, Annual, expediente Picasso, dictadura de Primo de Rivera, desarrollo de un ejército con mentalidad «africanista», maniobras del Llano Amarillo, Melilla «la Adelantada» (adelantada en la sublevación militar de julio de 1936), columnas móviles del ejército de África avanzando sobre Madrid en el verano de 1936, supervivencia de los modos «africanistas» en el ejército vencedor, etc.

Todavía hoy, el latente conflicto de Ceuta y Melilla es más propenso a despertar en el subconsciente colectivo de los españoles los recuerdos irracionales de un pasado de hostilidad y guerras, a veces brutales, que los razonamientos ecuanímenes adaptados a un presente que, afortunadamente, es ya muy distinto y a un futuro que por fuerza habrá de serlo mucho más.

Tratar, pues, de los «aspectos militares y estratégicos de la cooperación entre España y el Magreb» obliga, en primer lugar, a un profundo esfuerzo para superar las concepciones tradicionales ancladas en el pasado, y situarse en la realidad propia de este último decenio del siglo xx y, sobre todo, a tratar de imaginar las circunstancias políticas, sociales, económicas y militares en el Mediterráneo occidental cuando está a punto de comenzar el tercer milenio de nuestra era. Hecho ese esfuerzo, lo que se necesita a continuación es establecer un objetivo y comparar las circunstancias que confluyen en la realidad actual con las que habrían de lograrse, para aproximarse, siquiera en una medida limitada, al objetivo propuesto.

EL OBJETIVO

No parece necesario insistir en que unas relaciones de franca cooperación entre España y el Magreb serían premisa básica para mejorar

la seguridad del Mediterráneo occidental, seguridad que afecta sobre todo, y de modo muy directo, a los países ribereños de esta cuenca. Tampoco parecería necesario insistir en que es del interés de todos estos países el conseguir un mayor nivel de estabilidad en sus relaciones mutuas y un tratamiento pacificador —más diplomático y político que militar y estratégico— de los inevitables conflictos existentes o que en el futuro puedan aparecer. En suma, será necesario establecer como base común para la deseada cooperación una aceptación por ambas partes de que la seguridad de cada país implicado es mayor cuando todos los demás países se sienten también más seguros, y que a nada conduce la búsqueda aislada de la seguridad, cuando ello implica inseguridad en las demás partes.

LOS FACTORES DEL PROBLEMA

Los factores estratégicos

Sobre la zona en cuestión se despliegan muy ajenos y poderosos intereses. El estrecho de Gibraltar es puerta clave del Mediterráneo, geográficamente compartida por España y Marruecos, y puente de enlace entre España y el Magreb. Pero el Mediterráneo es también, de un modo cada vez más evidente, «autovía de paso» para las fuerzas de despliegue rápido de los Estados Unidos en Oriente Medio y en el golfo pérsico. De esta cualidad depende la mayor parte de las limitaciones y condicionamientos que estratégicamente se imponen desde otros centros de poder a esta zona del globo.

De un modo más precario y casi vergonzante, también el Mediterráneo, y en especial el Mediterráneo occidental, es «puerta de servicio» para la entrada en sus antiguos cotos coloniales del África septentrional de los viejos países europeos que, como ha mostrado Francia repetidamente, aún se resisten a olvidar lo que fueron sus territorios africanos. Residuo de esta época colonial es también el principal enfrentamiento militar en el Magreb, todavía no zanjado, que afecta de modo directo a Marruecos y a la RASD, pero que indirectamente implica a muchos otros países y organizaciones internacionales y en el que España carga con una ineludible responsabilidad histórica y política que no puede soslayar sin dañar gravemente su prestigio.

La presencia de Libia en esta «encrucijada de caminos» y la reiterada utilización del régimen político libio por los Estados Unidos como «bestia negra» sobre la que descargar de cuando en cuando los golpes militares con los que se pretende castigar la dudosa influencia ejercida por Gadaffi sobre el territorio universal, se combina con la existencia de bases norteamericanas en las dos penínsulas que cierran el Mediterráneo occidental, enclavadas precisamente sobre las zonas de tránsito en los sentidos antes mencionados. Esta doble circunstancia es un factor de peligrosidad añadido que incide sobre todos los países del Mediterráneo.

Y si a lo largo de este mar se ha desarrollado durante algunos decenios, en sentido longitudinal, el enfrentamiento Este-Oeste que ahora parece amainar pero que ha militarizado hasta extremos antes desconocidos el *Mare Nostrum*, en sentido transversal cobra creciente importancia el que será el casi inevitable enfrentamiento del tercer milenio: el conflicto Norte-Sur, el de los ricos y los pobres, los satisfechos y los hambrientos, los países explotadores y los explotados, los que pueden permitirse vivir en democracia porque han sobrepasado el mero límite de la supervivencia, y los que a duras penas pueden alimentar a su población de un día para otro. A esta grave cuestión se dedicará más adelante atención especial.

La reivindicación marroquí de las ciudades españolas de Ceuta y Melilla constituye un serio obstáculo —quizá, en la actualidad, el mayor— para el establecimiento de una estrategia de seguridad compartida en esta zona. España puede temer que en cualquier momento se produzcan acciones de fuerza o de simple coacción que la obliguen a tomar medidas defensivas. En la situación actual, es uno de los intereses patentemente declarados del Gobierno español el mantener el *status quo* de ambas ciudades, no cuestionándose de ningún modo su «españolidad».

Para atender a este interés nacional concreto se ha establecido una estrategia múltiple que contempla, entre otras acciones, la disuasión militar mediante represalia armada en ambos territorios, la mejora de las condiciones de vida de su población y las medidas de cooperación política y económica con Marruecos que no se opongan a la estrategia elegida. Es evidente que la situación actual no podrá sostenerse indefinidamente, pues deja en manos de Marruecos la iniciativa de agravar el dormido conflicto cuando lo estime ventajoso para sus propios intereses. Es, por tanto, un interés básico español

al anticiparse a cualquier cambio de la situación que obligue a reconsiderar su postura ante este conflicto y buscar, por medios de arreglo político y diplomático, y sirviéndose de la necesaria cooperación que Marruecos requiere obtener de la CEE, una solución duradera. La vacilante trayectoria que la política exterior española ha seguido en los últimos años hace temer que el conflicto pueda algún día llegar a un peligroso callejón sin salida, puesto que las medidas que hayan de sustituir a la actual disuasión militar están aún por ensayar.

Los factores militares

Consecuencia de los factores anteriores, sobre el espacio que estamos considerando se teje una enmarañada red de intereses que afectan al aspecto militar, pero que, en su consideración, no pueden deslindarse nítidamente de otros aspectos no militares.

El comercio de armas en sentido Norte-Sur, en el que España busca abrir y consolidar un sustancial mercado y que mantiene el gasto militar de los países magrebíes (sobre todo en Libia, Túnez y Marruecos) en unos niveles que suponen gran carga para los países no exportadores de petróleo, es un grave factor de inseguridad. (En 1986, Marruecos dedicó cinco veces más a defensa que a salud pública, Libia cuatro veces más, Túnez dos veces más y Argelia algo menos ¹. España ha contribuido en lo posible a mantener esta inseguridad que se genera en los países en vías de desarrollo cuando se dedican más recursos a armamento que a otras necesidades básicas. Bastaría recordar que en 1987 la exportación global española a Marruecos ascendió a unos 52.700 millones de pesetas (este país ocupó ese año el 11.º puesto en la lista de nuestros clientes), de los que 27.000 millones correspondieron a exportaciones de material de guerra ².

¹ La información básica es de R. Leger Sivard, *World Military and Social Expenditures* 1989, 13.ª edición, World Priorities, Washington, 1989 (p. 49).

² Los datos del comercio español con Marruecos son de *El País*, *Anuario*, Madrid, 1990 (p. 360). Los datos sobre ventas de armamento español a Marruecos son de «Marruecos, ¿principal cliente de la industria española de Defensa?», en *Tecnología Militar*, núm. 1, 1990 (pp. 58 y ss.).

Por otra parte, se advierte en esta zona una gran concentración de fuerzas navales y aéreas de países ajenos al Mediterráneo, lo que implica una constante amenaza y que, por su parte, no aumenta la seguridad de ninguno de los países ribereños, pues su despliegue responde principalmente a los intereses ajenos o globales de las grandes potencias.

Es precisamente Marruecos el país que, con más fuertes vínculos de relación con España (geoestratégicos, políticos y sociales, por no mencionar los históricos antes citados, ya que los económicos se mantienen en un bajo nivel pese a la vecindad geográfica), presenta los mayores índices de militarización junto con los más acusados indicadores de subdesarrollo. Este país tiene la más reducida renta *per capita* de la zona, la menor esperanza de vida y los más negativos índices, en todo el conjunto de países del Magreb, respecto a los porcentajes de niños sin escolarizar y población carente de agua potable y de atención médica y hospitalaria, por citar sólo algunos de los más destacados³. Si a esto se añade la existencia de un régimen político autoritario con alto nivel de represión interna, corrupción y exageradas desigualdades socioeconómicas, es evidente que desde el punto de vista militar puede considerarse que la desestabilización política de este país podría tener consecuencias imprevisibles, frente a las que en España sólo se ha diseñado una política vacilante de cooperación respaldada por una disuasión puramente militar.

LA «COOPERACIÓN» ACTUAL

La preocupación que una desestabilización política de Marruecos suscita en la mayor parte de los gobiernos occidentales es la causa de una paradójica relación de «cooperación» y «amistad» a la que España no es ajena.

³ R. Leger Sivard, *op. cit.* (pp. 54 y 55). Si la renta *per capita* no es un indicador sociométrico decisivo, a falta de un corrector de distribución de la renta, el porcentaje de niños escolarizados es el siguiente: Argelia 62, Libia 81, Marruecos 41, Túnez 63. (En España y Francia este índice es de 70). Para estos cuatro países, relacionados en el mismo orden alfabético, el porcentaje de población que dispone de agua potable es: 88, 96, 27, 65, (En España 95 y en Francia 99). El número de habitantes por cama hospitalaria, en el mismo orden, es: 360, 190, 880 y 470. (España 200, Francia 90).

El hecho de que Marruecos, el «oficial» enemigo militar español en virtud de la amenaza que supone para Ceuta y Melilla, se haya convertido en el principal cliente de la industria bélica española no es sino un signo más de esta contradictoria situación. Todo proceso de cooperación que pueda llevarse a cabo a través de tales vinculaciones de tipo militar, y que se proyecta irremisiblemente sobre el pendiente contencioso de Ceuta y Melilla, está llamado a fracasar. Es, pues, el arreglo de esta cuestión premisa obligatoria para poder empezar a construir un sistema duradero de auténticas relaciones de cooperación con los países del Magreb.

Las medidas de cooperación establecidas hasta el presente, vacilantes y tímidas, están inevitablemente condenadas al fracaso por la desconfianza recíproca que el contencioso de Ceuta y Melilla ha hecho crecer entre los dos países. Así como en el contencioso que España mantiene frente al Reino Unido respecto a Gibraltar se ha producido una desmilitarización total, de modo que hoy en día sería impensable un recurso a la fuerza para su resolución, el conflicto de las plazas africanas españolas sigue plenamente militarizado. Si bien Marruecos, además de medidas militares o paramilitares (al estilo de la Marcha Verde) podría utilizar otras formas de presión en los campos político y económico, la estrategia defensiva española, como ya se ha mencionado antes, se ha basado, tradicional y esencialmente, en la disuasión militar. El conflicto, por parte española, sigue pues militarizado.

HACIA LA COOPERACIÓN DESEABLE

Una cooperación fructífera entre España y los países del Magreb habría de basarse, en principio, en unas crecientes relaciones bilaterales que permitiesen una interpenetración comercial, civil y social, y en el establecimiento de una relación equilibrada entre la CEE y la Unión del Magreb árabe donde las relaciones de explotación no predominen sobre las de progreso mutuo.

Desde el punto de vista estratégico, la plena cooperación sólo puede concebirse como resultado de una nueva definición del concepto de seguridad, muy alejado de la disuasión militar agresiva usual hasta el presente. La seguridad de cualquier país de esta zona —y también en muchas otras partes del mundo— aumenta cuando aumenta la de todos

los demás, y la mejor estrategia de seguridad que cada país puede concebir es aquella que, si es adoptada también por los demás, produce como resultado que la seguridad del conjunto no sólo no disminuye, sino que aumenta. Sólo un concepto estratégico de seguridad interdependiente y compartida puede, a la larga, tener éxito y mantener la estabilidad de la zona.

A este respecto cabe añadir que, además de redefinir la seguridad como algo que necesita ser compartido para ser real, es preciso además esforzarse por no rebasar los límites de la mínima capacidad disuasoria razonable, dentro de una disuasión no amenazadora y no ofensiva. España está en condiciones de iniciar unilateralmente en esta zona la transformación de su estrategia hacia un sistema de defensa puramente defensivo, no amenazador y no provocativo.

Es preciso, no obstante, considerar que algunas recientes decisiones estratégicas españolas, tales como la creación del grupo naval de combate basado en el portaaviones *Príncipe de Asturias*, y los esfuerzos para organizar una fuerza de intervención rápida, poseen un gran potencial desestabilizador y no van en el camino de mejorar el entendimiento en esta zona. Ambos tipos de fuerzas militares representan el modelo actual de «proyección de poder» fuera de las propias fronteras, en la tónica de las acciones «fuera de área» de la Alianza Atlántica o de las intervenciones norteamericanas como «gendarme universal».

La influencia de las recientes transformaciones políticas

Es necesario hacer aquí un obligado paréntesis de alusión a las transformaciones que en los últimos tiempos se han producido en el cuadro estratégico general de Occidente. Concluida la guerra fría, se empieza a considerar probable el establecimiento de un sistema de seguridad colectiva que abarque a Europa, más o menos ampliada hacia el Este, e incluya a los dos estados de Norteamérica. Esta comunidad occidental de defensa se debate, a la hora en que se redacta este documento, entre muy contrapuestas ideas. Simplificando, ya que de esta cuestión no se trata especialmente ahora, puede decirse que ante la desaparición del tradicional enemigo que ha polarizado durante cuatro decenios las relaciones internacionales, y utilizados temporalmente algunos derivados que canalicen la residual agresividad militarista de oc-

cidente (el narcotráfico, los conceptos de seguridad nacional, etc.) surge el conflicto Norte-Sur, al que antes ya se ha hecho alusión, como el inevitable polarizador de las tendencias agresivas del «primer» mundo, ya soldado o en vías de fusión con el «segundo». Frente a este conflicto, que se considera inevitable sobre todo por el crecimiento demográfico y el acelerado empobrecimiento de una parte de la humanidad, se delinearán ya dos posturas: o bien el Sur es considerado como «enemigo potencial» del progreso del mundo desarrollado, o bien el Sur es tenido como «socio» para una empresa de desarrollo conjunto de la humanidad.

Si triunfase la primera idea, es de temer que los gastos universales de defensa (ese billón de dólares que el mundo consume anualmente para producir armas de muerte y destrucción) se mantengan al mismo nivel, sigan modernizándose los armamentos y gestándose en varios países (en España hay ya círculos de la tecnocracia de la defensa que muestren su inquietud al respecto) las diversas fuerzas «de intervención» o «de despliegue rápido» para actuar militarmente contra el Tercer Mundo. Surgirá una política de «baluartes» para defender a los países ricos de los pobres (España «baluarte meridional» de una Europa próspera y cerrada al Sur), crecerá la deuda de los países en desarrollo, y el comercio de armas seguirá prosperando.

Si, por el contrario, acabara por imponerse el concepto de cooperación Norte-Sur, la adopción de una idea de seguridad compartida llevaría a una reducción de los costes de defensa (un porcentaje del 1 % del PNB parecería más que suficiente para una época de transición hacia la regulación supranacional de los conflictos), se establecería un sistema universal de seguridad colectiva, y los enormes recursos que el mundo aplica al desarrollo armamentista podrían dirigirse hacia el desarrollo de los pueblos del Sur. Es evidente que cualquier consideración que pueda hacerse sobre las relaciones de cooperación hispano-magrebí viene determinada por cuál de las dos soluciones sea la adoptada finalmente por los países desarrollados, a fin de afrontar el conflicto Norte-Sur: o el enfrentamiento militar disuasorio o la cooperación económica y política. Para el tiempo en que estas líneas vean la luz, la evolución de la situación permitirá probablemente al lector efectuar una predicción al respecto, puesto que una de las dos tendencias empezará a dominar claramente sobre la otra, dado que son básicamente incompatibles. El dominio de la primera de ellas desbarataría naturalmente

cualquier propuesta de cooperación hispano-magrebí en el sentido en que esta cooperación se entiende aquí.

Recuperando el hilo de esta exposición, considérese el caso hipotético de que una amenaza militar contra Melilla, por poner un ejemplo concreto y limitado, fuese el motivo desencadenante de una represalia aérea o anfibia española contra Marruecos. Todo lo que se conseguiría, en el caso más favorable, sería retrasar la necesaria solución definitiva de este contencioso durante algunos años más, enconando gravemente el problema y dificultando la adopción de soluciones ulteriores. En un caso menos favorable, la falta de respaldo interior o de apoyo diplomático exterior a las medidas militares agresivas adoptadas por España, podrían desencadenar peligrosos procesos políticos internos que sólo un país con gran estabilidad interior puede asumir sin riesgo. No parece ser éste el caso actual de España.

Por otra parte, la ambigua política de sostener calladamente el régimen del rey Hassan (aun a sabiendas de su falta de legitimidad democrática y del atraso evidente del pueblo marroquí, con el fin de evitar la inestabilidad política del reino y el posible crecimiento en esta zona del temido integrismo islámico) puede conducir a resultados aún peores. Los mismos argumentos que el discurso oficial ha aplicado con frecuencia a los derribados dictadores caribeños y a la acción norteamericana que durante decenios los sostuvo, pueden utilizarse para juzgar la postura política española —y occidental— en el sostenimiento del régimen autocrático marroquí. Los resultados alcanzados a largo plazo pudieran también ser no muy diferentes.

Sin embargo, el abandono por España de la dudosa y peligrosa política de azuzar el enfrentamiento entre los países del Magreb, apoyando alternativamente a unos u otros en sus conflictos mutuos, tanto tiempo utilizada con el dudoso fin de intentar mantener una cierta inestabilidad permanente en la zona y aprovecharse de ella, es un factor positivo que conviene tener en cuenta. Se ha aprendido, aunque sea tarde, la lección de que la estabilidad es «contagiosa», porque la seguridad, en último término, es «compartida».

El principal producto político español que goza de cierto prestigio en el exterior, como se ha comprobado ya en algunos países latinoamericanos y, más recientemente, en la Europa del Este, es el constituido por el llamado «modelo español de transición» desde la dictadura a la democracia. Aun con todas las reservas que puedan ser de aplicación,

es evidente que este proceso presenta algunas fórmulas inéditas y que el tradicional nivel de violencia, al que la historia de España nos tenía acostumbrados en coyunturas similares, fue notablemente reducido en las inevitables crisis de la transición política. Sin embargo, no ha sabido todavía exportarse a los países del Magreb que pudieran servirse de él en su intento de homologación con la Comunidad Económica Europea y de superación de los regímenes políticos autocráticos que subsisten en la zona.

RESUMEN FINAL

1. Los aspectos militares y estratégicos de la cooperación entre España y el Magreb tienen unos precedentes históricos que, en su mayoría, son negativos y han conducido a lo largo del tiempo más al enfrentamiento que a la cooperación.

2. El espacio estratégico del Mediterráneo occidental, de primordial importancia para esa cooperación, está sometido a intereses extranjeros, principalmente norteamericanos, que dominan sobre los propios intereses locales, tanto por los medios puestos en juego como por la subordinación política de los países implicados, cuyo grado de protagonismo político es reducido.

3. El conflicto entre España y Marruecos con motivo de la reivindicación marroquí de Ceuta y Melilla, todavía revestido de un alto nivel de militarización, es un obstáculo grave a cualquier esfuerzo de cooperación, y habrá de ser resuelto satisfactoriamente antes de poder esperar alcanzar un nivel de cooperación fructífera.

4. Las posibilidades de cooperación hispano-magrebí están casi totalmente condicionadas por el modo como se aborde, en el mundo occidental posterior a la guerra fría, la cuestión de las relaciones Norte-Sur. Si prospera la idea de considerar a los países del Sur como el enemigo potencial al que hay que estar dispuestos a afrontar militarmente, las bases para cualquier tipo de cooperación (aparte del sostenimiento militar de regímenes opresores a la usanza habitual), serán muy exiguas.

5. Cualquier esfuerzo de cooperación entre España y el Magreb habrá de implicar una redefinición del concepto de seguridad, abando-

nando las estrategias de disuasión ofensiva o por represalia, y adoptando estrategias de seguridad compartida.

6. Asumida la necesidad de una seguridad compartida, ésta deberá alcanzarse preferentemente por medios de disuasión militar mínima, con sistemas de defensa no ofensiva, que no impliquen provocación ni capacidad de agresión, pero que garanticen una superioridad defensiva de cada país respecto a los demás.

7. Los aspectos positivos del peculiar «modelo español» de transición democrática podrían ser un importante aspecto de la deseada cooperación con países que, en gran parte, no alcanzan todavía los mínimos democráticos.

POSTDATA

Desde que en mayo de 1990 se terminó de escribir el texto precedente, ha tenido lugar la crisis originada por la invasión iraquí de Kuwait, el rápido despliegue de fuerzas aliadas en esta zona, la guerra del Golfo y la todavía crítica posguerra.

Un análisis de primera hora de las consecuencias de este conflicto parecería apoyar la hipótesis de «el sur como enemigo potencial», dentro de lo expuesto más arriba (*vide* «La influencia de las recientes transformaciones políticas») sobre cómo podría influir la evolución política internacional al fin de la guerra fría en las posibilidades de cooperación hispano-magrebí. Sin embargo, la consideración más ponderada de lo que ocurrió en Oriente Próximo entre agosto de 1990 y marzo de 1991 permite poner en duda tan apresurada deducción.

La ya llamada Guerra del Golfo no ha sido realmente una Guerra Norte/Sur, sino un ensayo del «nuevo orden» mundial que podrá regir el concierto internacional al fin de la guerra fría, y en el que Estados Unidos ha deseado mostrar que es la única superpotencia militar capaz de intervenir con eficacia y contundencia en cualquier parte del globo. El mundo árabe ha estado dividido durante el conflicto —lo que, por otra parte, no es de extrañar— y los errores políticos, estratégicos y militares de Sadam Husein han propiciado su rápida derrota en el campo de batalla. La guerra apenas solucionó ninguno de los problemas que generaron esta crisis —sólo fue capaz de restituir un devastado Kuwait a la familia que lo posee y gobierna— y creó, por el contrario, nuevos

motivos de conflicto. Un efecto secundario de todavía imprevisibles consecuencias ha sido el poner de relieve ante la opinión mundial el persistente conflicto en el que está sumido el pueblo palestino.

Más significativo que el resultado real de la Guerra del Golfo es el criterio que empieza a dominar en ciertos sectores europeos, de la Alianza Atlántica y de Estados Unidos, sobre la necesidad de «reforzar el flanco Sur de la OTAN». El éxito militar de las fuerzas expedicionarias aliadas en el teatro de operaciones de Mesopotamia, va a dar nuevo impulso a quienes propugnan la solución bélica de los conflictos con el Tercer Mundo, pensando que las peligrosas consecuencias del hambre, la miseria, la deuda externa, la corrupción y la tiranía política en muchos países subdesarrollados sólo pueden conjurarse con la amenaza de las fuerzas de intervención rápida, para evitar que los intereses occidentales resulten amenazados.

Sin embargo, los esfuerzos que se realizan para conseguir una paz duradera y justa en Oriente Próximo han de pasar por las vías del diálogo y la cooperación, del arreglo negociado de los antiguos contenidos que enfrentan entre sí algunos países y del control de los armamentos en zona tan crítica. Todo ello deja aún abierta una puerta a la esperanza de que la militarización no haya de ser el factor determinante en las relaciones internacionales entre el Norte y el Sur.

LA POBLACION MAGREB ANTE EL SIGLO XXI UNA MIRADA DE FUTURO

Abdelhamid Bouaziz

EL FACTOR HUMANO EN EL MAGREB

Tras haber examinado la representación de la que componen las unidades administrativas como el Magreb, por ello, el autor una mirada de futuro a la población magrebi a fines del siglo *XX* y de cara al siglo que viene, es no sería persona de estruendo de que Magreb se trata y a que Magreb sea reflexivo.

Por así decirlo, el concepto de Magreb del conjunto de estos países desde Libia a Mauritania, región que corresponde a lo que los europeos llaman el África del noroeste. Entre los autores magrebíes que han tratado el concepto uno, el de mi procedimiento a la Asociación Magrebi de Estudios de Población (AMEP), que alude, en primer lugar, a los países, los cinco países que son la Tándem árabe: Libia, Túnez, Argelia, Mauritania y Mauritania. En otros países que desde el año de 1969 han iniciado un proceso de independencia: Mauritania, la Unión del Magreb Árabe, que puede ser el primer paso hacia el futuro de que se trata el siglo *XX*.

Para la realización de este estudio, el autor ha realizado una serie de trabajos y que los procedimientos utilizados de la parte de la Organización de Asuntos Económicos y Sociales internacional, la Secretaría de las Naciones Unidas, Asistencia, en la creación de los planes de desarrollo, regionales y nacionales, establecidos por las Naciones Unidas de desarrollo, así como en desarrollo personal y

EL FACTOR HUMANO EN EL MAGREB

VIII

LA POBLACION MAGREBÍ ANTE EL SIGLO XXI: UNA MIRADA DE FUTURO

*Abdelhamid Bouraoui**

Túnez, Argelia, Marruecos, la antigua África del norte o África septentrional han asumido en una acepción oficial de los organismos internacionales la representación de lo que comúnmente ha venido a entenderse como el Magreb. Por ello, al echar una «mirada de futuro» a la población magrebí a fines del siglo xx y de cara al siglo que viene, es necesario precisar de entrada de qué Magreb se trata y a qué Magreb nos referimos.

Por mi parte me ocuparé deliberadamente del conjunto de cinco países, desde Libia a Mauritania, región que corresponde a lo que los cartógrafos llaman el África del noroeste. Entre los muchos motivos que me fuerzan a ello, escojo uno, el de mi pertenencia a la Asociación Magrebí de Estudios de Población (AMEP), que cubre, conforme a sus estatutos, los cinco países que son la Yamahiriya árabe: Libia, Túnez, Argelia, Marruecos y Mauritania, los cinco países que desde febrero de 1989 han iniciado un proceso de acercamiento institucional, la Unión del Magreb Árabe, que puede ver sus primeros frutos antes de que comience el siglo xxi.

Para la realización de este estudio comparativo, he utilizado esencialmente los trabajos sobre las proyecciones mundiales de la población del Departamento de Asuntos Económicos y Sociales internacionales de la Secretaría de las Naciones Unidas. Asimismo, me he servido de las previsiones tunecinas, argelinas y marroquíes establecidas por los Institutos Nacionales de Estadística. Sin entrar en detalles, precisaré que

* CERES (Túnez).

el método utilizado por Naciones Unidas es el que se llama de componentes y que toma en cuenta la fecundidad, la mortalidad y, en menor medida, la movilidad. A este propósito he de señalar que en lo que se refiere a los países del Magreb, la variable migración no es tomada en consideración más que en el caso de Libia, país en el que se observa un saldo migratorio positivo hasta el fin del siglo. Lo veremos más adelante.

Las proyecciones se han establecido por grupos quinquenales de edad a intervalos de cinco años en el período de 75 que transcurre de 1950 a 2025. Entre 1950 y 1980 las estimaciones son de carácter retrospectivo. Las proyecciones propiamente dichas comprenden tres variantes, fuerte, media y débil. En la mayor parte de los casos he utilizado la variante media más probable.

Sobre tres puntos es necesario, a mi juicio, la reflexión y me van a servir como esquema a seguir en este trabajo:

El primero lo constituyen los diversos procesos de transición demográfica en los diferentes países del Magreb.

El segundo, el potencial de crecimiento.

El tercero, la evolución de las estructuras.

LA TRANSICIÓN DEMOGRÁFICA

Me ocuparé en primer lugar de la *natalidad*. A comienzos de los años cincuenta, las tasas de natalidad se encontraban poco diferenciadas en el Magreb. Variaban del 51 ‰ en Argelia, Marruecos o Mauritania al 46 ‰ en Túnez, encontrándose Libia a mitad de camino con un 48 ‰. En todo el conjunto de los países del Magreb se podía observar lo que se conoce con el nombre de *fecundidad natural*.

En poco tiempo, Túnez se desmarca por una baja sensible de la natalidad. En treinta años su tasa de natalidad va a descender fuertemente hasta llegar a 34 ‰ en 1980, mientras Argelia, Marruecos y Libia quedan en un 45 ‰ y Mauritania en un 50 ‰. En 1985, este último formará parte de los veinte países de mayor natalidad, todos ellos en África y Oriente Medio.

Puede, pues, concluirse que en ese período de tiempo han aparecido ya comportamientos demográficos bien diferenciados. Se observa

así una separación extrema de las tasas de natalidad a la que habrá de seguir un acercamiento progresivo de aquí al año 2025.

Cuando hablamos de la *mortalidad*, observaremos que, contrariamente a la fecundidad, se produce una rápida caída en todos los países del Magreb. De 1950 a 1980 la tasa disminuye casi a la mitad, e incluso más, con la excepción de Mauritania, donde sigue siendo importante, del orden del 22,5 ‰ en 1980, es decir, el nivel de Túnez en 1950. De este modo, también Mauritania forma parte del grupo de los veinte países con mayor mortalidad del globo.

Según las estimaciones, la mortalidad debería bajar aún más en los otros países del Magreb, para alcanzar en el año 2025 tasas inferiores al 6 ‰ para el conjunto de los países de la región. También las tasas de mortalidad infantil han descendido considerablemente entre 1950 y 1980 y continuará dicho ritmo hasta alcanzar en el 2025 el nivel europeo de 1970-75. No obstante, persistirá el distanciamiento entre algunos países, sobre todo en el caso de Mauritania.

Algunas precisiones deben hacerse:

- 1) la baja de la mortalidad ha precedido a la de la natalidad;
- 2) con excepción de Túnez, este descenso de la mortalidad no se ha acompañado de una reducción rápida de los nacimientos;
- 3) sólo Túnez, afirmando de este modo su personalidad, parece comprometerse desde el presente en la segunda fase de la transición demográfica.

Una segunda aproximación, con un significado parecido pero que anticipa de manera más clara el sentido de las evoluciones futuras, permitirá visualizar mejor el proceso de transición y apreciar con mayor claridad los diferentes ritmos de recorrido. Se tratará de seguir simultáneamente, período por período, la esperanza de vida al nacimiento y el índice sintético de fecundidad.

De aquí al 2025, los países del Magreb con excepción, una vez más, de Mauritania, estarán a punto de terminar el ciclo de transición demográfica con una esperanza de vida superior a los 71 años y un índice sintético de fecundidad inferior a tres. Ello corresponderá a la situación de Europa en los años 1965-70 en lo que se refiere a la fecundidad y de 1975-80 en lo que atañe a la esperanza de vida al nacer. También en este punto Túnez parece distinguirse por una rapidez en el proceso de transición. En el período 1985-90 se encontraría ya en la antepenúltima fase, con una esperanza de vida superior a los 60 años

y un índice de fecundidad inferior a 4,5. En el quinquenio 2000-2005, aunque la esperanza de vida al nacer sería superior en el Magreb a los 65 años (con un ligero avance de Túnez y la rémora de Mauritania), todavía quedarán diferencias importantes en los índices de fecundidad. Habrá que esperar al año 2025 para observar una relativa uniformidad del comportamiento demográfico en los países de la región. En esta fecha, sólo Mauritania tendrá un índice de fecundidad superior a tres.

Conviene recordar que la singularidad tunecina se explica evidentemente en gran parte por su actitud general favorable al control de la natalidad. Por otra parte, es necesario señalar la singularidad demográfica del conjunto magrebí, tanto con respecto a los países subsaharianos como al resto de los países árabes.

EL CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN

La población magrebí de 23 millones de habitantes en 1950 se habrá convertido, medio siglo después, en el año 2000, en 83 millones, y un cuarto de siglo más tarde aún, en el año 2025, en 147 millones de habitantes. De este modo, en 75 años el efectivo total se habrá multiplicado por 6,4, pero el desfase de la transición se acompaña de crecimiento diferencial.

También persisten variaciones importantes entre los cinco países magrebíes. Mientras que Túnez, como consecuencia de la precocidad de su proceso ve multiplicar por 3,8 su población entre 1980 y el 2025, Argelia o Marruecos lo verán multiplicar por 6, Mauritania por 7 y Libia por más de 10.

Todo ello entraña modificaciones sensibles de reparto en el mapa de la población magrebí. Así, la población tunecina, que representaba el 15,3 % de los efectivos totales de 1950, caerá al 11,6 % en el año 2000 y al 9,2 % en 2025. Por contraste, Libia pasará del 4,5 % en 1950 al 7,25 % en el 2000 y al 7,5 % en el 2025. A ese ritmo está llamada a igualar a Túnez.

Argelia y Marruecos, por su parte, que se andan pisando los talones, seguirán siendo los países dominantes, con un ligero avance de Marruecos, que habrá alcanzado en el año 2025 el puesto 24 de los 25 países más poblados del mundo.

De este modo, las tasas de crecimiento, tras haber culminado durante un corto período, variable según los países, deberán caer por regla

general a menos del 2 % en el 2025, a excepción de Mauritania. En contrapartida de esta disminución de las tasas de crecimiento, la población continuará aumentando fuertemente en razón del potencial de crecimiento, como consecuencia del efecto del impulso adquirido.

Durante los años cincuenta, la población magrebí progresaba anualmente en algo más de medio millón. En el quinquenio 1980-85, este aumento se elevaba a más de un millón setecientos mil por año, casi a lo que suponía la población de entonces de Mauritania. En las previsiones, este aumento continuará para alcanzar los dos millones trescientos mil en los cinco primeros años del siglo próximo, para empezar a bajar lentamente. Pero este descenso tardío no afectará a Túnez hasta 1990-95, a Argelia hasta el 2010-15 y a Marruecos hasta el 2020-25. Por el contrario, Libia y Mauritania continuarán con su crecimiento más allá del primer cuarto del siglo XXI.

¿Se pueden calificar las previsiones de Naciones Unidas de pesimistas? Se podría estar tentado de pensarlo si se consultan las perspectivas elaboradas por los servicios estadísticos argelinos y marroquíes, cuyos cálculos dan estimaciones ligeramente más débiles para los mismos períodos. Por el contrario, en el caso de Túnez, el Instituto Nacional de Estadística, después de haber calculado en 1970 previsiones que resultaron en exceso optimistas, ha elaborado a partir del censo de 1984, nuevas proyecciones (1986-2021), cuyas tres variantes son, con mucho, superiores a las previsiones de las Naciones Unidas.

LA EVOLUCIÓN DE LAS ESTRUCTURAS

La relación de masculinidad, próxima a 100, deberá quedar en los países del Magreb a este nivel, con las excepciones de Libia y Mauritania, que presentan casos extremos.

Para la Yamahiriya Árabe Libia, la relación de masculinidad, claramente superior a 100 desde 1950, continúa aumentando, para culminar en 112 en la actualidad, en que empieza a decrecer, para recuperar hacia el 2025 el nivel del conjunto de los países magrebíes. Ello es debido esencialmente al predominio de inmigración masculina.

Por contraste, la relación de masculinidad de Mauritania está bien por debajo de 100 desde 1950, y quedará así en los cincuenta años si-

guientes, presentando algunas similitudes con los países africanos al sur del Sahara.

Los cálculos que conciernen a las evoluciones de las estructuras por edad permiten las constataciones siguientes:

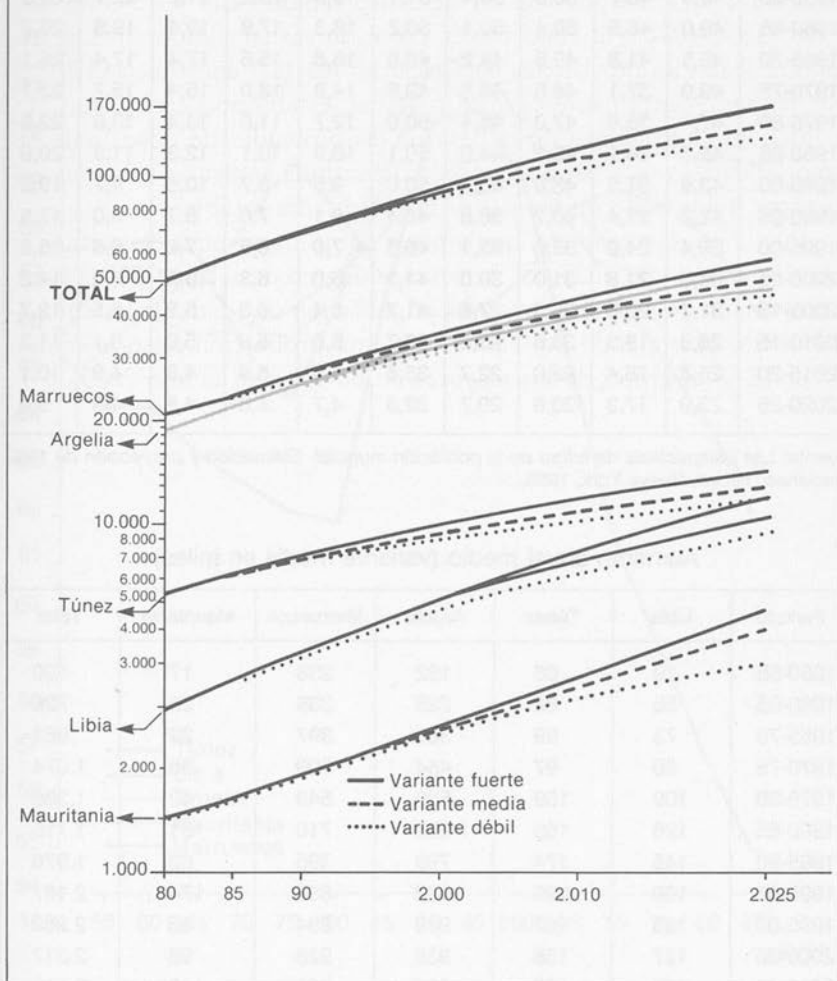
En Argelia, la edad media baja de 3,8 años entre 1950 y 1975, para aumentar a partir de entonces. Lo mismo ocurre en el caso de Marruecos. Para Túnez, después de un descenso rápido (4,1) y de corta duración (1950-1970), la edad media crece de manera importante y aumentará según las previsiones para alcanzar los 31,7 años hacia el 2025, sobrepasando ligeramente el nivel mundial, establecido en 31 años.

El rejuvenecimiento de la base de las pirámides de edad (baja de la mortalidad, avance de la fecundidad) continúa actuando sobre las estructuras, sobre todo en los casos de Mauritania y Libia.

Puede pues, concluirse, que a pesar de un ligero envejecimiento en el horizonte del año 2025, los países del Magreb destacarán por la fuerte proporción de jóvenes. Sin duda, la población de edad aumentará notablemente, sobre todo en Túnez, con una proporción hasta alcanzar casi el 12 % el grupo de los mayores de 60 años en el año 2025.

EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN DEL MAGREB

(Estimaciones de Naciones Unidas)



Movimiento natural de la población según la variante media

Período	Tasa bruta de natalidad ‰					Tasa bruta de mortalidad ‰				
	Libia	Túnez	Argelia	Marr.	Maurit.	Libia	Túnez	Argelia	Marr.	Maurit.
1950-55	48,0	46,4	51,0	50,4	51,1	22,5	22,6	23,9	25,7	31,1
1955-60	48,5	46,7	50,8	50,4	51,1	19,9	20,3	21,2	22,7	29,5
1960-65	49,0	46,5	50,4	50,1	50,2	18,3	17,9	19,4	19,6	26,7
1965-70	49,5	41,8	49,8	48,2	49,6	16,8	15,5	17,4	17,4	25,1
1970-75	49,0	37,1	48,8	46,8	49,8	14,8	13,0	15,4	15,7	23,7
1975-80	47,4	35,6	47,0	45,4	50,0	12,7	11,0	13,4	13,6	22,5
1980-85	45,6	34,1	45,1	44,0	50,1	10,9	10,1	12,3	11,5	20,9
1985-90	43,9	31,5	43,8	40,7	50,0	9,5	8,7	10,5	9,7	19,2
1990-95	42,2	27,4	40,7	36,8	48,4	8,1	7,6	8,7	8,0	17,5
1995-00	39,4	24,0	35,8	33,1	46,5	7,0	6,8	7,2	6,8	15,8
2000-05	36,0	21,8	31,0	30,0	44,3	6,0	6,3	6,9	6,0	14,2
2005-10	31,7	20,3	26,3	27,6	41,7	5,4	6,0	5,3	5,5	12,7
2010-15	28,3	19,3	23,6	25,2	38,7	5,0	5,9	5,0	5,1	11,3
2015-20	25,8	18,4	22,0	22,7	35,6	4,8	5,9	4,8	4,9	10,1
2020-25	23,9	17,3	20,6	20,7	32,3	4,7	6,0	4,8	4,9	9,0

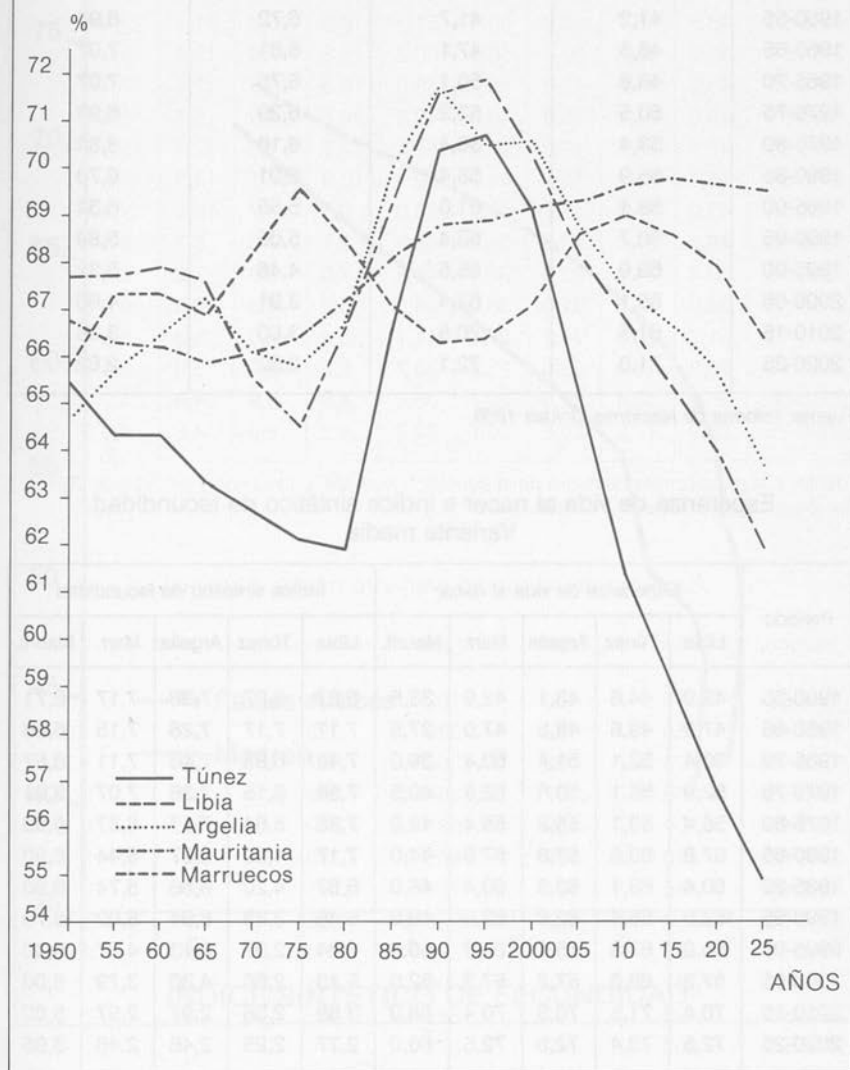
Fuente: *Las perspectivas de futuro de la población mundial. Estimación y proyección de 1982*, Naciones Unidas, Nueva York, 1986.

Aumento anual medio (variante media en miles)

Período	Libia	Túnez	Argelia	Marruecos	Mauritania	Total
1950-55	19	66	192	236	17	530
1960-65	55	82	225	339	25	726
1965-70	73	99	365	397	29	963
1970-75	89	97	454	399	35	1.074
1975-80	109	159	530	549	42	1.386
1980-85	126	163	665	710	51	1.715
1985-90	145	174	799	795	63	1.976
1990-95	166	169	902	856	174	2.167
1995-00	183	161	939	894	86	2.263
2000-05	197	158	936	928	98	2.317
2010-15	199	157	866	969	119	2.310
2020-25	203	149	873	910	129	2.264

Fuente: Naciones Unidas, Nueva York, 1986.

GRUPO DE EDAD 20-39 AÑOS EN RELACIÓN CON 20-59 AÑOS



Esperanza de vida al nacer e índice sintético de fecundidad en el Magreb
y en los países árabes

Período	Esperanza de vida al nacer		Índice sintético de fecundidad	
	Magreb	Países árabes	Magreb	Países árabes
1950-55	41,2	41,7	6,72	6,94
1960-65	46,5	47,1	6,81	7,07
1965-70	48,6	50,1	6,76	7,07
1970-75	50,5	53,2	6,29	6,93
1975-80	53,4	56,4	6,16	6,83
1980-85	55,9	58,4	6,01	6,70
1985-90	58,4	61,0	5,55	6,34
1990-95	60,7	63,4	5,05	5,89
1995-00	63,0	65,5	4,46	5,32
2000-05	65,1	67,4	3,91	4,66
2010-15	61,5	70,5	3,00	3,36
2020-25	71,0	72,1	2,52	2,62

Fuente: Informe de Naciones Unidas 1986.

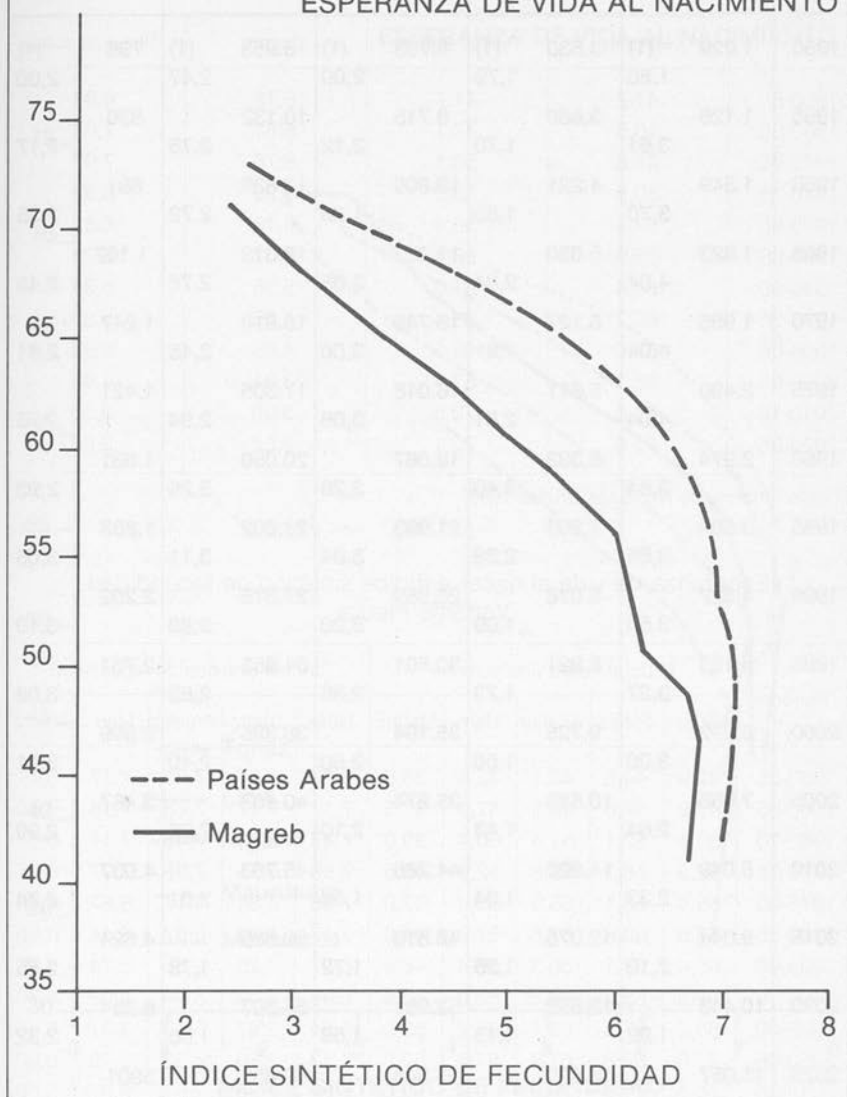
Esperanza de vida al nacer e índice sintético de fecundidad.
Variante media

Período	Esperanza de vida al nacer					Índice sintético de fecundidad				
	Libia	Túnez	Argelia	Marr.	Maurit.	Libia	Túnez	Argelia	Marr.	Maurit.
1950-55	42,9	44,6	43,1	42,9	33,5	6,87	6,87	7,28	7,17	6,71
1960-65	47,9	49,6	48,3	47,9	37,5	7,17	7,17	7,28	7,15	6,86
1965-70	50,4	52,1	51,4	50,4	39,0	7,48	6,83	7,48	7,11	6,87
1970-75	52,9	55,1	53,5	52,9	40,5	7,58	6,15	7,38	7,07	6,91
1975-80	55,4	58,1	55,3	55,4	42,0	7,38	5,64	7,17	6,87	6,90
1980-85	57,9	60,6	57,8	57,9	44,0	7,17	4,92	6,97	6,44	6,90
1985-90	60,4	63,1	60,3	60,4	46,0	6,87	4,20	6,56	5,74	6,90
1990-95	62,9	65,4	62,8	62,9	46,0	6,46	3,48	5,94	5,02	6,70
1995-00	65,2	67,3	65,1	65,2	50,0	5,84	2,97	5,13	4,37	6,40
2000-05	67,3	68,8	67,2	67,3	52,0	5,13	2,66	4,30	3,79	6,00
2010-15	70,4	71,5	70,3	70,4	56,0	3,59	2,36	2,97	2,97	5,00
2020-25	72,5	73,4	72,5	72,5	60,0	2,77	2,25	2,46	2,46	3,95

Fuente: Informe de Naciones Unidas 1986.

TRANSICIONES DEMOGRÁFICAS MAGREB-PAÍSES ÁRABES

ESPERANZA DE VIDA AL NACIMIENTO



Población magrebí en miles y tasa anual de cambio*
(en porcentaje)

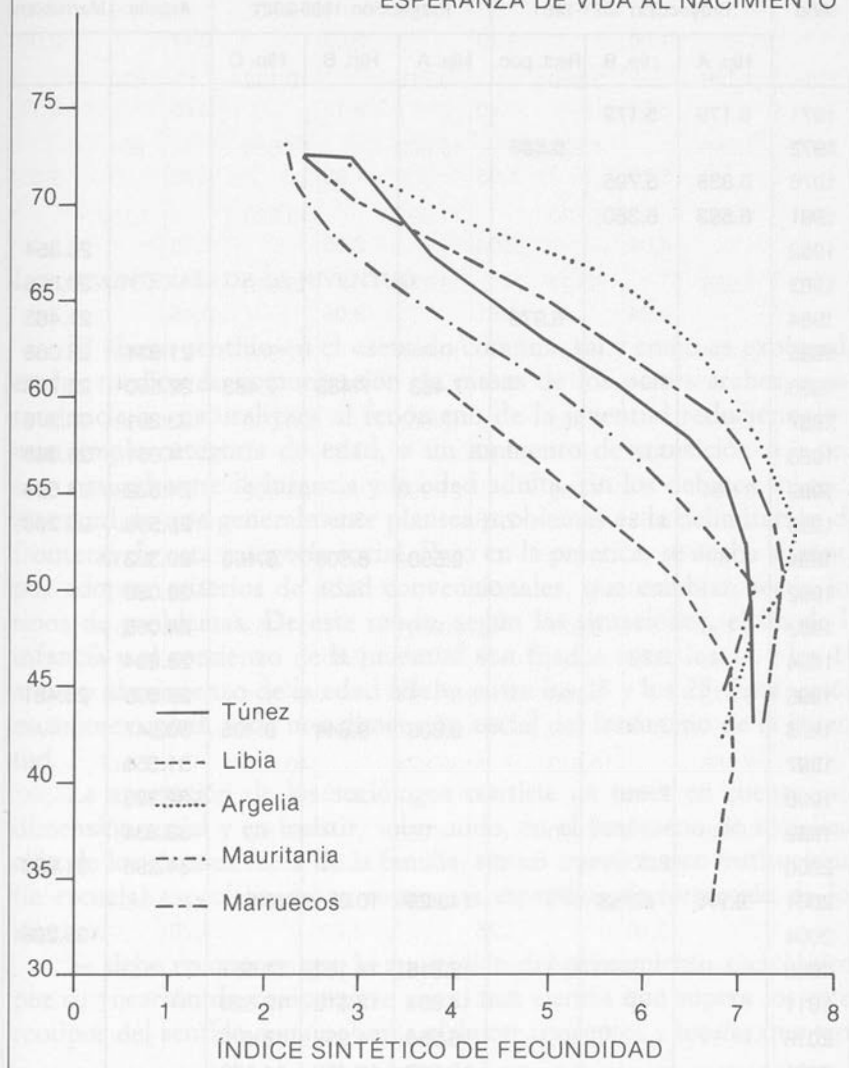
Años	Libia		Túnez		Argelia		Marruecos		Mauritania	
1950	1.029	(1) 1,80	3.530	(1) 1,79	8.753	(1) 2,09	8.953	(1) 2,47	796	(1) 2,00
1955	1.126	3,61	3.860	1,70	9.715	2,12	10.132	2,75	830	2,17
1960	1.349	3,70	4.221	1,85	10.800	1,98	11.626	2,72	891	2,35
1965	1.623	4,04	5.630	2,04	11.923	2,05	13.323	2,78	1.102	2,45
1970	1.986	4,04	5.127	1,81	13.746	3,06	15.810	2,45	1.247	2,61
1975	2.430	4,04	5.611	2,61	16.018	3,06	17.305	2,94	1.421	2,75
1980	2.974	3,84	6.393	2,40	18.667	3,28	20.050	3,26	1.631	2,93
1985	3.604	3,65	7.209	2,28	21.993	3,34	23.602	3,11	1.888	3,08
1990	4.327	3,50	8.078	1,99	25.989	3,20	27.575	2,88	2.202	3,10
1995	5.155	3,27	8.921	1,73	30.501	2,86	31.853	2,63	2.751	3,08
2000	6.072	3,00	9.725	1,56	35.194	2,50	36.325	2,40	2.999	3,01
2005	7.055	2,64	10.513	1,43	35.874	2,10	40.903	2,22	3.487	2,90
2010	8.049	2,33	11.920	1,34	44.285	1,86	45.763	2,01	4.037	2,74
2015	9.044	2,10	12.075	1,25	48.613	1,72	50.605	1,78	4.624	2,55
2020	10.443	1,92	12.852	1,13	52.981	1,58	55.307	1,58	5.254	2,32
2025	11.057		13.599		57.344		59.859		5901	

* Tasa exponencial en porcentaje.

Fuente: *Las perspectivas de futuro de la población mundial. Estimación y proyección de 1982.* Naciones Unidas, Nueva York, 1986.

TRANSICIONES DEMOGRÁFICAS MAGREBÍES

ESPERANZA DE VIDA AL NACIMIENTO



Proyección de la población según los organismos nacionales
(Argelia, Marruecos, Túnez) (en miles)

Año	Túnez							
	Proyección 1971-1981			Proyección 1986-2021			Argelia	Marruecos
	Hip. A	Hip. B	Rect. pob.	Hip. A	Hip. B	Hip. C		
1971	5.179	5.179						
1972			5.588					
1976	5.838	5.795						
1981	6.593	6.360						
1982								20.354
1983								20.896
1984			6.975					21.465
1985							21.834	22.068
1986				7.483	7.483	7.483	22.550	22.703
1987							23.291	23.376
1988							4.051	23.058
1989							24.822	24.568
1990							25.598	25.208
1991				8.550	8.503	8.458	20.393	
1992							28.068	
1993							28.068	
1994							28.894	
1995							29.695	28.481
1996				9.805	9.644	9.495	30.547	
1997							31.558	
1998							32.385	
1999							33.334	
2000							34.296	31.830
2001	9.772	8.753		11.229	10.871	10.541		
2004								35.206
2006				12.818	12.162	11.561		
2011				14.604	13.518	12.529		
2016				16.656	14.952	13.420		
2021				19.027	16.450	14.183		

Fuente: Argelia: *Office Nationale des Statistiques (ONS)*; Marruecos: *Direction de la Statistique (DS)*; Túnez: *Institut Nationale de la Statistique (INS)*.

IX

JUVENTUD MAGREBÍ E IDENTIDAD ANTE EL FIN DEL SIGLO

*Abdelkader Zghal**

LAS «FRONTERAS» DE LA JUVENTUD

El «buen sentido» o el «sentido común», tal y como es expresado en los medios de comunicación de masas de los países árabes, tiene tendencia a «naturalizar» el fenómeno de la juventud reduciéndolo a una simple categoría de edad, a un momento de transición o a una fase natural entre la infancia y la edad adulta. En los debates sobre la juventud, lo que generalmente plantea problemas es la delimitación de fronteras de esta categoría social. Pero en la práctica, se acaba siempre por adoptar criterios de edad convencionales, que cambian según los tipos de problemas. De este modo, según las situaciones, el fin de la infancia y el comienzo de la juventud son fijados entre los 14 y los 18 años, y el comienzo de la edad adulta entre los 18 y los 25. Esta visión escamotea, pues, toda una dimensión social del fenómeno de la juventud.

La aportación de los sociólogos consiste en tener en cuenta esta dimensión social y en insistir, sobre todo, en el fenómeno de socialización de los jóvenes fuera de la familia, sin un nuevo marco institucional (la escuela) especializado en esta tarea específica de formación de los jóvenes.

Se debe reconocer que la aportación del pensamiento sociológico, por su vocación de comportarse como una ciencia que supera los estereotipos del sentido común, busca elaborar conceptos y teorías que ten-

* CERES (Túnez).

gan, en principio, un contenido universal. Pero por su arraigo en una tradición histórica y cultural particular, la de la civilización occidental, está continuamente expuesta a convertir lo particular de la experiencia histórica occidental, en general y universal. Esta ambigüedad fundamental del pensamiento sociológico contemporáneo aparece a propósito de cualquier noción clásica de la sociología como clase social, nación, estado y, también, juventud.

Para situarse en una perspectiva teórica no eurocéntrica, no occidentalista, el verdadero problema no sería saber si determinada sociedad hace o no «entre jóvenes y adultos las distinciones que establecen las sociedades occidentales contemporáneas», sino más bien averiguar si existen sociedades no industrializadas que den a los jóvenes un estatuto social distinto al de los adultos, y cuáles son los mecanismos que se encuentran en el origen de esta identidad y de esta cultura específica de los jóvenes. Sólo así podríamos comprender, de una manera más general, el papel de la institución escolar y de otras instituciones contemporáneas en la formación, tanto de la juventud occidental contemporánea como en la de los jóvenes de las sociedades del Tercer Mundo, particularmente los de los países árabes y magrebíes.

Para clarificar esta noción de juventud en una perspectiva comparativa me permito evocar, simplemente, dos situaciones socio-históricas precapitalistas generadoras de una cultura específica de los jóvenes. Por un lado, las sociedades africanas estructuradas, en lo esencial, según las clases de edad¹. Por otro, las ciudades árabes medievales que conocieron organizaciones y movimientos estructurados de los jóvenes que jugaron un papel cultural y político muy importante. Me detendré en este último caso.

UNA «CULTURA» DE LA JUVENTUD NO EUROCÉNTRICA

En las ciudades medievales árabes, los jóvenes «inventaron» una institución, cuya práctica e ideología estaban en conflicto con la ideología oficial. Se trata de la *futuwa*, institución aparecida en el siglo VIII

¹ S. N. Eisenstadt, «African Age-groups: a comparative study», en *Essays on comparative institutions*, John Wiley, Nueva York-Londres, 1965.

y cuyas trazas persisten en cierto modo hasta nuestra época². Sin entrar aquí en el análisis de las diversas formas e incidencias de esta institución en el curso de la civilización árabo-musulmana, señalaremos sólo aquello que nos permita establecer una definición no euro-centrista de la noción general de juventud. Digamos, en primer lugar, que el término *futuwa* procede de *fata*, que quiere decir joven (en singular). El término *fata*, en la era preislámica, se utilizaba en el sentido de *su'luk*, que quiere decir «el caballero errante del desierto». Este tipo de personaje, formando parte de la sociedad tribal, se comportaba de manera individual, completamente desgajado de su grupo familiar y tribal. El agrupamiento de los jóvenes en una institución autónoma, no podría pues existir en el mundo árabe más que en un marco social más o menos destribilizado. En efecto, la *futuwa* no ha existido más que en las ciudades y no ha arraigado más que en los barrios periféricos, populares, de inmigración, y que hubieran perdido las normas de organización tribal, como en el caso de ciudades cosmopolitas del tipo de Damasco, Bagdad o El Cairo.

La *futuwa* fue, pues, una institución típicamente urbana, que tomó formas múltiples según el tipo de urbanización y de coyuntura histórica. Pero esquematizando, se pueden distinguir dos tipos de *futuwa*: uno popular, generalmente contestatario del orden social; otro aristocrático, no comprometido políticamente, que se contentaba con crear un modo de vida diferente al adoptado por la mayoría de la población.

Estos dos tipos tenían en común su integración en una organización autónoma, jerárquicamente estructurada, con ritos y, a veces, un modo particular de vestir (pantalón amarillo) que los distinguía del resto de la población. La característica esencial de los *fityan* (plural de *fata*) es que eran generalmente jóvenes solteros que vivían la mayor parte de su tiempo en comunidad, fuera de su medio familiar. Los jóvenes de origen aristocrático se contentaban, generalmente, con practicar un modo de vida distinto del adoptado por los adultos. Su contestación era de orden casi exclusivamente cultural. Los *fityan* de origen popular, que eran sin duda los más numerosos y los más representativos de la *futuwa*, tuvieron por ideología la defensa de los pobres, de las viudas y huér-

² Samsam El-Messiri, «The changing role of the *futuwa* in the social structure of Cairo», en E. Gellner y J. Waterbury, *Patrons and clients*, Duckmorth, Londres, 1977.

fanos, y no dudaron en atacar a los poderosos y a los ricos. Para desacreditarlos en la opinión pública, los representantes del orden les apodaron con el término de *ayyarrun*, que quiere decir «errantes, fuera de la ley». Los *fityan* adoptaron con orgullo este término, designándose como *fityan ayyarrun*. Por otra parte, el tipo social de reclutamiento de sus seguidores explicaba fácilmente el término que se les atribuyó. La gran mayoría estaba compuesta por «jóvenes, a menudo sin oficio estable ni concreto»³, los eunucos, excluyéndose sólo aquellos individuos o profesiones que implicaban deslealtad o pecado contra el Islam, tales como los mercaderes de vinos o los agentes del fisco⁴. Estos *fityan* contestatarios no llegaron a elaborar una ideología social coherente, pero se hacían más virulentos en sus críticas a los ricos y poderosos cuanto más marginal era su posición en el sistema. Incluso eran objeto, con frecuencia, de manipulación por parte de adultos poderosos y ambiciosos. Hay que señalar, por otra parte, que en el momento en que el pensamiento místico musulmán trasciende la forma de ascetismo individual para organizarse en comunidades y en cofradías, la *futuwa* se adapta a ello.

Pueden establecerse tres deducciones a partir de estos datos, y puede ser útil recordarlas con el fin de aproximarnos a una definición no eurocéntrica de la noción de juventud. La primera es que, contrariamente a la tesis clásica de los sociólogos, la industrialización y su corolario, el sistema de enseñanza obligatorio, no son condiciones previas a la existencia de una juventud con su propia subcultura e incluso una ideología contestataria. La segunda es que la juventud, en tanto que fenómeno social, puede existir en una sociedad preindustrial aunque en tanto que fenómeno limitado a un espacio particular, tal el de las ciudades árabes medievales, sin que las estructuras sociales en el resto de esta sociedad permitieran la difusión de este fenómeno al conjunto de la sociedad. La tercera es que, la cultura de los jóvenes, incluso si es una ideología contestataria como en el caso de los *fityan ayyarrun*, es, a pesar de todo, una dimensión constitutiva de campo ideológico de la sociedad global. Esta ideología de los jóvenes debe ser comprendida no solamente en su relación con el sistema de valores dominante, sino tam-

³ C. Cahen, «Futuwa», *Encyclopédie de l'Islam*. En la *futuwa* se admitían los esclavos, los tejedores (oficio desacreditado socialmente).

⁴ C. Cahen, «Mouvements populaires et autonomisme urbain dans la vie musulmane du Moyen Age», *Arabica*, V, 3 1958, pp. 133-165.

bién en su relación con otras formas de ideología producidas por la sociedad global.

LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA JUVENTUD

La idea central que puede extraerse es que la juventud, en tanto que fenómeno social, con su cultura propia, es el producto de la prolongación institucionalizada de la infancia. Las modalidades institucionales de este proceso de retraso para la entrada en la vida adulta, varían según el modelo de estructuración global de cada sociedad. El punto común entre las diferentes modalidades, consiste en el principio de agrupamiento de la categoría de edad, que prolonga la infancia en un marco institucional separado de la familia, (escuela, grupo de edad definido por la tradición, asociación voluntaria de jóvenes, servicio militar...). El estatuto de adulto sólo se consigue tras el paso por una de estas instituciones de socialización extra-familiar. Pero una articulación defectuosa con las instituciones económicas va a ser la causante de los «problemas» de la juventud árabe en general y magrebí en particular.

Esto es aplicable, sobre todo, a los jóvenes de sexo masculino. El caso de las mujeres es, en principio, diferente. Como en casi todas las civilizaciones, las mujeres acceden al estatuto de adultas por el matrimonio y no por el trabajo (siempre en los límites del estatuto particular de la condición femenina). Esta diferencia entre sexos está lejos de eliminarse en las sociedades industrializadas más democráticas y favorables a los movimientos de liberación de la mujer. En el caso de la civilización árabe-musulmana, la diferencia entre hombres y mujeres es más clara. La tradición árabe, sobre todo la beduina, se opone, en principio, a cualquier forma de socialización extra-familiar de las jóvenes, estableciendo la reclusión domiciliaria y el matrimonio precoz como fórmulas para evitar la formación de una juventud femenina, para evitar un *tiempo muerto* entre la infancia y la edad adulta.

Sin embargo, la urbanización va a imponer dicho *tiempo muerto*, no sólo a chicos sino a un buen número de chicas, a través de instituciones burocratizadas, (escuela y ejército) o semi-burocratizadas (movimientos de juventud) o incluso informales (cafés, bandas juveniles). Estas nuevas instituciones de socialización extra-familiar de los jóvenes son las

mismas en las ciudades árabes contemporáneas que en cualesquiera otras de contextos culturales bien distintos. De este modo, Casablanca, México, El Cairo o Estambul tienen mucho más en común con la ciudad de Túnez de los años ochenta que esta misma con su estadio anterior a la colonización. El principio de base de la política urbana será la segregación de los barrios, según los niveles de vida de cada categoría de población, lo que era extraño a la tradición urbana árabe. Y no importa la ideología oficial de cada estado árabe, pues la realidad urbana de todos ellos obedece al principio de la segregación de la población, según criterios de clase. De este modo, para comprender el funcionamiento de las instituciones de socialización extra-familiares y las dificultades de articulación entre estas instituciones y las instituciones económicas urbanas, es imprescindible tener en cuenta esta compartimentación de la población urbana, en clases bien diferenciadas, y potencialmente en conflicto, pues dicha compartimentación, va a tener una traducción inevitable en el sistema escolar, que reproducirá la segregación a través de una selección feroz en los distintos niveles de enseñanza. Los hijos de familias inmigrantes de origen rural saben bien las escasas esperanzas de alcanzar los niveles de la enseñanza superior. Una gran parte es arrojada a la calle desde edad temprana.

Junto a la escuela, el ejército es la otra institución burocrática y estatal que se impone a todos los jóvenes (de sexo masculino), durante un período de al menos un año. A lo largo del servicio militar obligatorio se aprende más disciplina, respeto de la jerarquía, que en un verdadero oficio. Otras instituciones paraescolares como el *scoutismo*, las casas de cultura, asociaciones deportivas, etc., reproducen el modelo escolar y no dejan demasiada autonomía a los jóvenes. No quedan, pues, para la juventud magrebí, y árabe en general, otro marco de aprendizaje de su autonomía y de invención de su propia cultura que las bandas juveniles, los cafés y, claro está, los círculos políticos obligados a la clandestinidad. Dados los límites y la marginalidad de este espacio de aprendizaje de la autonomía, no es de extrañar que todas estas formas de agrupamiento informal acaben, la mayor parte de las veces, en comportamientos anómicos. Las bandas producen delincuentes, los cafés desempleados y alcohólicos y los círculos políticos clandestinos la práctica de la violencia «salvaje», es decir, el activismo político sin esperanza y sin verdadera estrategia de alianza con las fuerzas vivas del país. La frecuencia de estos comportamientos anómicos en el curso de los dos úl-

timos decenios está en el origen del discurso que liga automáticamente la noción de juventud a las de violencia y delincuencia.

LA JUVENTUD COMO «PROBLEMA»

Desde fines de los años sesenta, la juventud, y más particularmente la urbana, plantea un «problema» a los responsables político-administrativos del orden social de varios estados magrebíes. La delincuencia juvenil se encuentra en constante progresión, y no se ve fácil imponerle límites. Los encuentros deportivos, sobre todo los partidos de fútbol, son con frecuencia, ocasiones de enfrentamientos violentos entre los jóvenes hinchas de cada equipo. Pero lo más inquietante para la estabilidad política de algunos de estos estados es la participación masiva, a menudo violenta, de jóvenes adolescentes (14-16 años) de los barrios periféricos, en todas las manifestaciones de protesta política. Es preciso añadir a este fenómeno la reciente práctica de la violencia en los debates políticos entre estudiantes.

Se podría decir que lo que acaba de mencionarse no tiene nada específico del mundo magrebí y que la gran mayoría de los países del Tercer Mundo conocen estos fenómenos con más o menos gravedad. Ello nos llevaría a centrar nuestra reflexión en el tipo de comportamiento de los jóvenes, propiamente revelador de la especificidad de la nueva cultura política de la juventud árabe. Y así, de todos los movimientos de protesta capaces de movilizar a un amplio sector de jóvenes, nos parece que es el movimiento islámico o «integrista» el que va a tener más impacto en este fin de siglo, y constituye el verdadero «problema» de la juventud urbanizada, en el sentido político del término.

El análisis de este «problema» debe ilustrarnos lógicamente sobre la dinámica de las generaciones en el mundo magrebí y árabe en general, y sobre la posición de los jóvenes —urbanos sobre todo—, en relación a las instituciones y al sistema de valores dominante, en donde este «problema» se plantea con más fuerza. No todos los países árabes lo afrontan con la misma gravedad. Son los jóvenes de los países más urbanizados y occidentalizados los que parecen estar más predispuestos a movilizarse políticamente en nombre de un *retorno* a las leyes del Islam. Incluso en todas las universidades árabes en donde se encuentra implantada esta corriente desde hace algunos años, son precisamente

las facultades de Ciencias y los Institutos de tecnología, más que las facultades de Teología o Literatura, los centros más activos en el militanteismo político en nombre del Islam. Se debe añadir que el mundo rural en su conjunto escapa, hasta el momento, a esta forma de militanteismo político-religioso. Este mundo rural tiene sus propias organizaciones de cofrades, y sus personajes carismáticos que se las dan a veces de *mahdí* a manera de profetas locales. La juventud urbana, y sobre todo, la universitaria es, según parece, el campo más favorable a la propagación de la ideología política que rechaza radicalmente la legitimidad de los sistemas políticos árabes, que no imponen la aplicación estricta de las leyes coránicas en todas las instituciones: familia, escuela, banca, estructuras político-administrativas...

JUVENTUD Y «RETORNO AL ISLAM»

¿Cómo podemos explicar el hecho de que los jóvenes de los países árabes mejor formados en la racionalidad científica de disciplinas como las matemáticas, las ciencias físicas y la medicina, sean actualmente los más activos militantes para un Retorno al espíritu y a los valores de la época del profeta? A decir verdad, esta ideología de retorno a las fuentes no tiene nada de original. Lo que es realmente nuevo y merece un esfuerzo de comprensión es que, por primera vez en la historia contemporánea del mundo árabe, los adeptos de una ideología que proclama el retorno al pasado no son notables amenazados en su estatuto por la rapidez de los cambios sociopolíticos, sino jóvenes, generalmente formados en disciplinas científicas.

No se puede decir que este fenómeno haya producido un verdadero debate científico. Pero de discusiones informales pueden deducirse dos tesis: la primera explica casi todo por la manipulación; la segunda propone la *noción de vacío ideológico*. Los defensores de la primera tesis se dividen a su vez en dos tendencias: los representantes del orden político de algunos países magrebíes, defienden la idea de una manipulación de los jóvenes por potencias políticas extranjeras, que exportan su ideología político-religiosa. Los movimientos de oposición de la izquierda laica insisten, por el contrario, en la actitud aparentemente incoherente del poder entre la tolerancia inhabitual o incluso, la alianza objetiva y la represión ciega de este movimiento islámico. Si se cree a

los representantes de los movimientos de la izquierda laica, el poder ha manipulado a la corriente islámica mientras era débil, pues su difusión constituía una amenaza más seria para la izquierda que para el poder.

Esta tesis me parece demasiado superficial y deja de lado el verdadero problema. No se manipula más que a quien se deja manipular. La verdadera cuestión es por qué, en la coyuntura histórica actual, una parte de la juventud urbana de ciertos países árabes está predispuesta favorablemente a escuchar un discurso que pide el retorno a la ley coránica en todos los sectores de la vida social. La tesis de manipulación, por el extranjero o por el estado, no explica las razones de esta adhesión de los jóvenes. No basta con *ofrecer* un discurso ideológico para que encuentre una *demand*a por parte de una categoría social tan estratégica como la juventud escolar. Quedan, pues, por interpretar las razones de este encuentro entre la *oferta* de una ideología tan antigua y la reciente *demand*a por parte de un sector cada vez más amplio de estudiantes de bachillerato y universidad.

La segunda tesis tiene la ventaja de situar esta ideología en el campo ideológico de la sociedad árabe, insistiendo sobre las relaciones entre su emergencia en la escena política y el debilitamiento de otras ideologías tras el fracaso de la experiencia nasserista y otras similares. Según los defensores de esta tesis, la prohibición de las actividades de los partidos comunistas y el hundimiento de las experiencias y regímenes que se proclamaban socialistas han producido una especie de *vacío ideológico* que ha sido ocupado de inmediato por la ideología del movimiento islámico. Los jóvenes escolarizados, al no poder vivir sin ideología y sin proyecto de sociedad han adoptado, de alguna manera, la única ideología disponible, puesto que las reuniones no oficiales sólo estaban permitidas en las mezquitas. De ahí, pues, el nuevo interés de los jóvenes por el Islam y su utilización para oponerse al orden social. El punto débil de esta tesis es que no explica por qué, después del fracaso de las experiencias socializantes de tipo nasserista, los jóvenes no han sido atraídos de una manera más masiva por la ideología marxista que, oficialmente prohibida, se encontraba relativamente bien implantada en algunos sectores de la universidad, especialmente en los departamentos de Ciencias Sociales y Derecho. La ideología marxista estaba disponible siendo incluso muy influyente a pesar de que el número de sus militantes fuese reducido. La cuestión que queda pendiente es la de responder por qué en un momento dado los estudiantes árabes han sen-

tido la necesidad de militar por el Islam y no por el Proletariado Internacional.

Nuestra búsqueda para responder a esta cuestión no descarta ni la posibilidad de diferentes formas de manipulación ni la idea «de un *relativo* vacío ideológico» en el mundo árabe tras la derrota de Egipto en junio de 1967. Al señalar el término «relativo» quiero insistir en el hecho de que, a partir de esa fecha, el pensamiento marxista ha conocido una difusión mucho mayor que en el pasado. No se debe olvidar que, lo que se ha llamado el izquierdismo, sólo ha comenzado su implantación en el mundo árabe a partir de este momento. Pero en paralelo a este fenómeno que no ha dejado de ser muy limitado, las viejas mezquitas de los barrios han conocido una audiencia inhabitual de los estudiantes y bachilleres. Este mismo movimiento de retorno a las prácticas religiosas es el que ha favorecido que las chicas estudiantes y bachilleres salgan a la calle llevando un velo que no es exactamente el de sus madres, sino un gesto que señala su voluntad de respetar escrupulosamente la ley islámica. Es interesante tener en cuenta que, en varios casos, este retorno al velo se ha efectuado incluso contra la voluntad de algunos padres temerosos de no poder casar a su hija «integrista» con un cuadro superior o un profesional liberal.

Lo más desconcertante en el caso de estas jóvenes es que el retorno a la ley islámica implica, en principio, una clara división de papeles. La mujer debe ocuparse, ante todo, de su hogar y de la educación de sus hijos, mientras que el hombre debe mantener a su familia con su trabajo fuera del hogar. Estas chicas estudiantes que han decidido volver a ponerse el velo al mismo tiempo que se preparan para una vida activa fuera del hogar, militan por la separación de los papeles sexuales, lo que constituye una contradicción evidente. Sin embargo, ¿qué ideología no conoce contradicciones entre algunos de sus principios sagrados y las prácticas destinadas a concretizarlos?

No debemos pues, detenernos demasiado en estas contradicciones, sino más bien intentar comprender lo esencial de este fenómeno de Retorno al Islam entre los jóvenes de ambos sexos, que han alcanzado un nivel de escolarización superior a la media. Para nosotros, lo esencial es que, contrariamente a la generación precedente, para la que el Islam era ante todo la religión de sus padres, que se practica y rechaza según se esté más o menos atado a las tradiciones en general o se pretenda liberarse de ellas para vivir su propia vida, la nueva generación practica

la religión como un desafío a los padres, un desafío vivido de manera más o menos consciente. En todo caso, incluso si los padres están satisfechos y hasta orgullosos de la nueva conducta de sus hijos, existe una diferencia radical entre la conducta religiosa de los padres y la de la nueva generación. Para los jóvenes, el retorno al Islam es una elección o, en todo caso, algo vivido como opción de un modo de vida que se adopta tras un proceso de búsqueda con dudas, incertidumbres y hasta crisis psicológicas. Esta última forma de práctica del Islam ha existido siempre, y no solamente entre los adolescentes y los jóvenes. Pero lo nuevo es que se manifiesta actualmente, ante todo, como un comportamiento colectivo de una cierta categoría de jóvenes. La cuestión religiosa viene, pues, ligada a dos nociones que hay que tener en cuenta para el análisis: la noción de generación y la noción de movilización social.

JUVENTUD Y MOVILIZACIÓN SOCIAL

Utilizo la primera noción en un sentido bastante diferente del de los demógrafos. Para éstos, la noción de generación indica una clase de edad definida por una duración. El tiempo que separa las generaciones en el sentido demográfico del término es un tiempo abstracto, un simple número de años, más o menos tres decenios, para situar padres e hijos en generaciones diferentes. Pero no es éste necesariamente el caso de las generaciones en el sentido político del término, donde el tiempo no es un dato abstracto, sino algo cargado de acontecimientos políticos. Este tiempo histórico, al crear cambios radicales en la percepción de lo real, estructura las generaciones según su experiencia histórica común. De esta manera, la duración de las generaciones políticas es bastante variable y depende de la naturaleza de los acontecimientos políticos que crean hábitos y maneras de sentir comunes al conjunto de una generación.

Tomo de Karl W. Deutsch la noción de movilización social, que sugiere —como para el caso de los soldados movilizados por el ejército— una desvinculación o desarraigo del marco de vida tradicional o habitual por un modo de vida impersonal carente del calor y la seguridad psicológica del marco tradicional. Y tomo simplemente de dicha noción la idea de *ruptura* en relación a un modo de vida que da seguridad en

tanto que es conocido, y de *desplazamiento* hacia un medio caracterizado por la frecuencia de contactos impersonales. La urbanización, al desplazar las familias y cambiar su marco de vida tradicional por un modo impersonal, aun cuando no se abandone la casa ni el barrio, es el ejemplo típico que ilustra la idea de la movilización social.

La escolarización, por otra parte, es otra situación que la ilustra, sobre todo en los países del Tercer Mundo, en los que la distancia cultural entre la familia y la escuela es muy grande. Cuando estos dos fenómenos se combinan, los jóvenes son sometidos a un proceso de movilización social intenso. Si, por otra parte, la sociedad en su conjunto se encuentra en una fase de cambios muy rápidos, el fenómeno de movilización social toma una dimensión colectiva que toca a todos los sectores de la vida social. Es lo que ha ocurrido en los países árabes, como en otros del Tercer Mundo, tras las independencias.

Como esta independencia política no ha hecho más que reforzar la dependencia cultural, los procesos de urbanización y de escolarización son vividos como experiencia de aculturación respecto de la civilización occidental. Ello nos lleva a afirmar, que la juventud urbana árabe contemporánea vive, en nuestra época, una situación objetiva de movilización social, vivida por un amplio sector de esta juventud como experiencia de desarraigo en relación a la civilización árabo-musulmana y de aculturación forzada en relación a la civilización occidental.

Se debe reconocer, sin embargo, que la nueva generación árabe no es la primera en vivir esta experiencia de movilización social. La novedad, después de la independencia, estriba en la amplitud de los fenómenos de urbanización y escolarización, que en otro tiempo apenas afectaban a un círculo reducido de la clase dirigente. Podemos distinguir una primera generación de jóvenes ciudadanos escolarizados a la occidental hasta fines de la primera guerra mundial. Fueron los «jóvenes turcos» del imperio otomano, «jóvenes tunecinos» o «jóvenes argelinos» en los confines del extremo magrebí de lo que fue el imperio. La nueva coyuntura política de Europa, a partir de los años veinte, y los cambios estructurales de los países árabes en el período de entreguerras, dieron vida a una nueva generación de jóvenes radicalmente distinta —aun cuando pueda verse cierta continuidad—, ya que su origen social fue más modesto, la situación de movilización social más intensa y su exposición a la cultura occidental más importante. Estos rasgos y la nueva coyuntura europea los predispusieron a convertirse en vanguardia

de la nueva masa urbana dominada por una población muy joven, en gran parte de origen rural. Los miembros de esta segunda generación, socialmente movilizados, pero sin estar económica ni políticamente integrados en el sistema colonial, constituyeron a partir de los años treinta el verdadero *problema* del sistema colonial. Después de la independencia, va a ser precisamente esta generación, que acabó por la violencia con el régimen colonial, la que se convierte en el agente más activo de la aculturación más extrema del mundo árabe al occidente.

La independencia va a introducir en todos los países árabes una nueva dinámica social en una coyuntura mundial que se caracteriza por el encausamiento por los occidentales, sobre todo por sus jóvenes, de todo lo que provocaba la admiración de los miembros de las dos primeras generaciones. En el mundo árabe, la nueva dinámica social se ha caracterizado por una amplitud extraordinaria del fenómeno urbano y por una extensión considerable del sistema de enseñanza a lo occidental. La movilización social alcanza a los sectores de población, no afectados durante el período colonial. Y estamos, con mucha probabilidad, asistiendo a la emergencia de una tercera generación, cuyas condiciones concretas de existencia la predisponen a un modo de ver y de sentir diferente al de las dos precedentes.

Los primeros signos que señalan la existencia de esta nueva generación permiten intuir una relación con Occidente fundamentalmente conflictiva, una crisis de identidad cultural bastante grave y una predisposición a la violencia, en la medida en que se siente cotidianamente objeto de una violencia institucionalizada e ilegítima. Los miembros de esta tercera generación de jóvenes urbanos, socialmente movilizados sin estar integrados ni económica ni políticamente, constituyen un vivero de protesta permanente contra el orden político y social de varios países, tanto del Magreb como del Machreq. La nueva generación de jóvenes urbanos, al no poder ni querer identificarse con los miembros de la segunda generación que está en la actualidad en el poder, se encuentra a la búsqueda de un modelo que debe ser, en primer lugar, diferente al que el mundo árabe ha producido desde su sumisión a Occidente. Como, por otra parte, el modelo estaliniano no puede —ahora menos que nunca— convertirse en referencia, no queda para muchos jóvenes más que el Islam, tal y como fue vivido por los primeros musulmanes, como una utopía movilizadora que dé sentido a su vida.

X

ESPACIO FEMENINO Y ORDEN SOCIO-POLÍTICO MAGREBÍ

Gema Martín Muñoz*

Hasta el siglo XIX la unánime interpretación de la sociedad árabe sobre el papel que el Islam adjudicaba a la mujer condujo a su exclusión de cualquier ámbito que no fuese el estrictamente doméstico y familiar. Mientras el espacio *natural* de la mujer era el privado, en el que desempeñaba la función de esposa y madre, el espacio público pertenecía al hombre, jefe político, guerrero y cabeza de familia.

El primer encuentro del mundo árabo-islámico con la Europa moderna, a raíz de la efímera ocupación napoleónica de Egipto en 1798, provocó una toma de conciencia entre la élite cultural árabe del declive que padecía la civilización árabo-islámica desde la conquista turca otomana, e impulsó la búsqueda de nuevos modelos para sus sociedades. Los componentes de las misiones escolares egipcias y sirio-libanesas que fueron enviadas a Europa desde Egipto introducirán sin complejos la filosofía de las Luces en el pensamiento árabe y, junto al racionalismo, el derecho natural y el gobierno representativo, observarán una sociedad en la que la mujer ocupaba un espacio importante.

Tanto los denominados *modernistas* (Rifa'a al-Tahtawi, 'Ali Mubarak) —aspirantes a la modernidad desde posiciones laicas y modelos europeos—, como los fundadores de la *salafiyya* (al-Afgani, Muhammad 'Abduh) —partidarios de no salir del legado islámico, sino de recuperar su verdadera esencia primera—, defendieron en sus escritos el acceso de la mujer a la enseñanza y al trabajo, y consideraron que el progreso social y nacional no podría llevarse a cabo con la postergación de la mu-

* Universidad Autónoma de Madrid.

jer. El debate sobre su emancipación se había abierto en el Oriente musulmán¹.

En el Magreb, pese a la distancia geográfica, las profundas transformaciones que se estaban llevando a cabo en el Machreq árabe se extendieron tanto por los viajes de algunos de aquellos ilustres pensadores, como por los estudios que escolares magrebíes realizaron en universidades de Europa, El Cairo, Beirut o Damasco. Diversas obras se hacían eco de los primeros conflictos de opinión sobre la promoción de la mujer y el futuro de la familia. Tesis y refutaciones manifestaban en todos los rincones del mundo musulmán las contradictorias ideas que este debate engendraba.

EL DESPERTAR DE LA CONCIENCIA NACIONAL Y LA LUCHA POR LA INDEPENDENCIA

Partisanas y guardianas de los valores tradicionales

La extensión de una nueva concepción sobre el papel de la mujer en la sociedad va a ir ligada al nacimiento de la identidad nacional y a la reacción contra la presencia extranjera, lo que generará consecuencias contradictorias debidas a la ambivalencia que engendró luchar contra el colonialismo europeo, a la vez que gran parte de la élite nacionalista aspiraba a seguir el modelo cultural y político procedente de esa misma Europa.

La activa participación política de las mujeres, primero silenciosa y después abiertamente, en la lucha por las independencias les permitió acceder a la luz pública e impulsar el desarrollo de los primeros grupos feministas nacidos de la mano de los respectivos movimientos nacionalistas que condujeron la resistencia anticolonial². El Frente de Libera-

¹ Siendo sólo los hombres los beneficiarios de la educación y los componentes de las misiones escolares, las primeras manifestaciones a favor de la emancipación de la mujer provinieron de hombres que, como el egipcio Q. Amin, pionero del feminismo árabe, abrieron el camino a finales del siglo XIX a las primeras feministas, que comenzaron a expresarse a través de publicaciones que ellas mismas fundaron. Ver C. Ruiz de Almodóvar, *El Movimiento feminista egipcio*, Granada, 1989.

² Aunque en este trabajo nos limitaremos a los tres principales países magrebíes, Marruecos, Argelia y Túnez, este proceso fue un fenómeno generalizado en todo el mun-

ción Nacional (FLN) en Argelia, el *Neo-Destur* en Túnez o el *Istiqlāl* en Marruecos, defensores de ideologías progresistas y modernizadoras, se vieron abocados a asumir y a apoyar la emancipación femenina en los nuevos proyectos políticos y sociales que propugnaban para sus respectivos futuros estados, y que las mujeres estaban contribuyendo a levantar³.

Paralelamente, la alteración de la identidad que promovió el colonialismo engendró un profundo miedo a perder la personalidad original, y entre buena parte de los colonizados la modernidad —identificada con el yugo europeo— fue percibida como un elemento alógeno y aculturizante, volviéndose hacia el Islam y la arabización como obligados puntos de referencia cultural.

En este contradictorio contexto post-colonial la mujer se convirtió en el mejor símbolo contra la alienación, reserva espiritual del patrimonio islámico y guardiana de los valores tradicionales musulmanes a través de la célula social básica que constituía la familia. Así, se perpetuaba hasta hoy día la confusión entre Islam y tradicionalismo que, entendidos en oposición a occidentalización/aculturación, frenaron la emancipación que la mujer había logrado iniciar con su participación en la lucha por la independencia y cerraron el camino al «esfuerzo de interpretación» (*iṣṭihād*), vía jurídica por la que el Islam puede adaptar sus principios legales a la evolución de los tiempos⁴.

do árabe, salvo en la zona de los países de la península arábiga, donde la diferente vía de independencia y constitución nacional no permitió a la mujer salir a las calles para participar en la construcción del Estado-Nación.

³ A diferencia del *Neo-Destur* y el *FLN*, que evolucionaron ideológicamente por la vía del reformismo *modernista* bajo inspiración socialista, el nacionalismo marroquí creó su nuevo modelo de sociedad bajo la inspiración de un Islam *salafí* interpretado por su líder 'Allal al-Fasi. Al igual que Abduh, 'Allal al-Fasi consideraba que el Islam, en una lectura correcta del Corán, había introducido importantes cambios para mejorar la situación de la mujer, y de ahí el valor de su mensaje con respecto a la sociedad preislámica y a los códigos griego, romano, cristiano o judío, «concediéndole todos sus derechos sin ninguna cortapisa (...) y reconociendo su capacidad para alcanzar, al igual que el hombre, los más altos niveles de grandeza espiritual y desempeñar un gran papel en la vida pública», *La Autocrítica (Al-Naqd al-dātī)*, El Cairo, 1952, pág. 301).

⁴ Ha sido esa confusión entre Islam y tradiciones arcaicas por la que se ha malinterpretado el verdadero espíritu progresista del Corán con respecto a la mujer (en el siglo VII ni el judaísmo ni el cristianismo habían establecido normas tan favorables a ella

De esta manera, la ambivalencia se expresará una vez más a través de los principios igualitarios que contienen las Constituciones de los nuevos Estados y el estatuto de inferior con respecto al hombre que establecen para la hija o esposa los respectivos Códigos de la Familia, inspirados en la ley islámica.

El trasplante del esquema familiar a las diversas vertientes del espacio público explica la marginación de la mujer en ellos a pesar del nuevo orden que anunciaba su acceso a la escolarización, al trabajo y a los derechos políticos.

LA CREACIÓN DE LOS ESTADOS NACIONALES

Islam y emancipación femenina en el discurso político magrebí

Todos los estados magrebíes, al constituirse tras las respectivas independencias, asumieron en sus Constituciones ciertos derechos universales comúnmente reconocidos por todos los estados modernos, entre ellos la total igualdad entre sexos. La misma voluntad política de integración en esa modernidad relativamente universal les llevará a adherirse, en diferente grado, a los textos internacionales que expresan los deberes del Estado con respecto a la mujer y la familia y a adoptar una *gesticulación* oficial a favor de la emancipación de la mujer.

Sin embargo, y a pesar de los distintos niveles de retórica adoptados en ese sentido por los discursos marroquí, tunecino y argelino, en todos ellos se manifiesta el deseo de no transgredir los límites de la tradición, interpretada como uno de los pilares en los que descansa la legitimidad islámica del poder.

En el caso de Marruecos, la condición de *Amīr al-Mu'minīn*⁵ de su soberano, que le confiere la misión de preservar y fomentar los valores islámicos, es el origen de la moderación que ha caracterizado siem-

como lo hacía el Corán). La sociedad árabe, en lugar de interpretar la esencia coránica a favor de la mujer, la traduce textualmente.

⁵ El rey de Marruecos es *Amīr al-Mu'minīn* (jefe de los creyentes) por su condición de descendiente por línea directa del Profeta, de donde extrae una legitimidad islámica intocable. La Constitución estipula que el rey es *Amīr al-Mu'minīn* y vela por el respeto del Islam (art. 13).

pre las manifestaciones oficiales sobre la emancipación de la mujer, a causa de esa urdimbre que traba religión con tradicionalismo y éste con autenticidad.

En el primer Discurso del Trono del 3 de marzo de 1962 Hasan II expresaba claramente que prevalecerían los valores tradicionales islámicos en cualquier movimiento emancipador o de reforma:

Todas las reformas que emprendamos se inspirarán en nuestra tolerante religión (...) El esplendor generalizado que buscamos no podría efectuarse sin el respeto de nuestras sanas tradiciones, de nuestros valores espirituales y de los principios de nuestra religión. Es, pues, indispensable que el carácter islámico de nuestra personalidad se afirme en todas las manifestaciones de esta renovación.

Cuando la situación política del país necesite la adhesión de toda la población, se oirá a los monarcas marroquíes expresarse decididamente por la total igualdad entre los sexos: Muhammad V durante la lucha anticolonial y su hijo durante la organización de la Marcha Verde.

En 1952, momento del recrudecimiento de las relaciones entre el sultán y Francia, Muhammad V afirmaba en su discurso del 18 de noviembre:

Estamos muy preocupados por la mujer marroquí que es prisionera de tradiciones extranjeras arropadas por la ley musulmana, cuando, por el contrario, ésta proclama la igualdad del hombre y la mujer.

Hasan II, veintitrés años más tarde, anunciaba al pueblo marroquí la Marcha Verde en los siguientes términos:

Querido pueblo, debes ser consciente de lo que representan 350.000 ciudadanos, entre ellos el diez por ciento de mujeres. Pues hombres y mujeres son iguales ante la ley y en patriotismo. Es más, es posible encontrar en la historia de los árabes y de Marruecos mujeres animadas por un patriotismo más fervoroso que el de algunos hombres (16 de octubre de 1975).

Túnez aparentemente representa la puesta en práctica del modelo de sociedad más progresista con respecto a la mujer, no sólo en el Magreb, sino en el mundo árabo-islámico en general, gracias a lo avanzado

de su Código familiar donde, como veremos, se instituyen derechos para la mujer que no existen en ningún otro Código.

Sin embargo, a la vez que persuadido de la necesidad de transformar la sociedad, Burguiba siempre consideró que la preservación de la «personalidad tunecina» (*al-chajsiyya*) —con el Islam como elemento básico— era parte fundamental de la entidad nacional, propuesta como fuente de legitimidad política. La necesidad de mantener la religión y sus consecuencias culturales era una de las formas de proteger esa *personalidad* tunecina:

El velo pone en evidencia la necesidad de cambio de la sociedad. La evolución debe hacerse, pero sin rupturas ni fracturas, de manera que perviva en el continuo devenir de nuestra personalidad una unidad susceptible de ser aprehendida en cada momento por nuestra conciencia («Le Voile», en *L'Etendard Tunisien*, 11 de enero de 1929).

Todo el discurso oficial tunecino —que es la palabra de Habib Burguiba hasta finales de 1987— refleja la búsqueda de un equilibrio entre el fomento de una nueva concepción del papel de las mujeres y la prevención de que éstas «no se equivoquen sobre el sentido exacto de su emancipación» (discurso del 13 de agosto de 1965). Como ha señalado Soukaïna Bouraoui⁶, a través de un sincretismo entre modernidad y tradiciones del país, Burguiba buscaba no romper con el Islam:

La mujer tunecina ha accedido a una nueva vida y se ha desprendido del velo porque éste nada tiene que ver con la religión (...) se beneficia de la escolarización porque así podrá mejor asumir la doble tarea que de ella se espera (discurso del 13 de agosto de 1965).

Y cuando el equilibrio es difícil, la elección es clara para el *Combatiente Supremo*: «conviene hacerlas comprender que su papel en la vida pública a veces puede revestir un carácter secundario» (discurso del 13 de agosto de 1976).

En Argelia, la gran retórica del poder sobre la emancipación de la mujer ha sido la cortina de humo con la que se ha tratado de esconder

⁶ «Ordre masculin et fait féminin», en M. Camau (ed.), *Tunisie au présent*, p. 352.

el foso existente entre el discurso oficial del FLN y la realidad social del país; entre la puesta en práctica de un proyecto de sociedad que se quería moderno y socialista y el sometimiento de la mujer a unos preceptos religiosos inspirados por una retardada lectura de la tradición islámica.

La profunda aculturación a que fue sometida Argelia durante los ciento treinta años de colonización francesa convirtió la pertenencia a la religión musulmana en el componente básico del *ser* argelino. La identidad islámica fue la afirmación argelina de su existencia, frente a la negativa de los colonos a reconocerla. Por ello, desde el nacimiento en 1926 de los primeros movimientos de oposición estructurada, la promoción de la *arabo-islamicidad*, entendida como retorno a las tradiciones musulmanas en contra de la inferiorización cultural padecida, será uno de los presupuestos básicos del nacionalismo argelino. De la misma forma, la *modernización*, interpretada a través del *afrancesamiento*, tomó el color de la negación de sí mismo.

De ahí la irreconciliable dualidad social y política que padece Argelia desde que nace como Estado-nación con un proyecto que quiere combinar un ideal socialista igualitario con la conservación de unos valores árabo-islámicos fosilizados desde 1830.

Tanto el programa de *Trípoli* del FLN (1962), como la *Carta Nacional* (1976) y la *Constitución de 1976*, a la vez que manifestaban de forma revolucionaria que

la participación de la mujer argelina en la lucha de liberación ha creado las condiciones favorables para romper con el yugo secular que pesaba sobre ella [(*Trípoli*) y que] su promoción era una exigencia dictada por la dialéctica del progreso, de la democracia y de la edificación armoniosa del país [(*Carta*) por lo que] todos sus derechos políticos, económicos, sociales y culturales están garantizados por la Constitución,

el discurso oficial revelaba también que no se aceptaría que la mujer participase en la edificación nacional sin respetar los valores islámicos:

nuestra sociedad es islámica y socialista y la emancipación de la mujer debe realizarse en el respeto de la moral (discurso de Bumedián el 8 de marzo de 1966).

Una de las misiones de la *Unión Nacional de Mujeres argelinas* es proteger los principios de nuestra moral rechazando todo mimetismo y exhibicionismo a fin de dar su verdadero sentido a la participación de la mujer argelina en la vida de la nación (discurso de Bumedián del 20 de julio de 1965).

La regulación del estatuto personal y familiar de la mujer

Al margen de los textos constitucionales basados en el derecho positivo, el marco de la familia y el conjunto de las relaciones jurídicas entre sus miembros van a ser regulados por códigos nacionales que reemplazarán el sistema anterior doctrinal y no legislativo. Estas leyes, elaboradas tras la independencia con el fin de determinar un conjunto legal unificado que fijase el nuevo modelo familiar y corrigiese las interpretaciones subjetivas o las costumbres locales, se inspirarán, al menos en lo esencial, en la *charī'a*⁷. Diferentes según la manera en que se han adaptado a las evoluciones de sus sociedades, o según la forma en que han combinado autenticidad y modernidad, todos los Códigos consagran el modelo patriarcal y jerarquizado de la familia, en el que la mujer es situada bajo la autoridad del padre o el marido.

El Código marroquí de Estatuto personal (*Mudawwanat al-ahwāl al-chajšiyya*), promulgado en varias etapas (el 22 de noviembre de 1957 y el 3 de marzo de 1958), se ha mantenido invariable desde entonces, a pesar de las considerables evoluciones sociales. Si bien se inscribe en el proyecto de familia sugerido por los reformistas marroquíes, como 'Allal al-Fasi, buscando corregir el clima patriarcal ambiente, la *mudawwana*, reafirma el derecho del marido a la virginidad de su mujer, a la poligamia y a la repudiación.

Aunque quedó fijada una edad matrimonial mínima (quince años) con el fin de evitar los habituales matrimonios precoces y suprimió la obligación matrimonial (*šēbr*) a la que el padre sometía a la hija, su consentimiento para ser casada puede ser soslayado si «se teme una mala conducta por su parte».

⁷ Ley islámica cuyas fuentes de legislación son el Corán y la *sunna* (conducta de Mahoma recogida en los *hadīzes* o «acontecimientos» narrados por los compañeros del Profeta).

Asimismo, la *mudawwana* ha reproducido la imagen tradicional de la relación entre los esposos. Él retiene la preeminencia marital en la pareja, de manera que, a cambio de aportar una dote y mantener a la esposa, ella debe encargarse del hogar y someterse a la vigilancia del marido en lo relativo a su vida privada (visitas, correspondencia...). Sin embargo, el matrimonio no obliga a la comunidad de bienes, y la mujer puede disponer y administrar libremente sus propiedades. Queda por saber si esta libertad teórica se practica en el seno de una pareja de preeminencia masculina.

Por otro lado, aunque el derecho unilateral del marido a repudiar a su esposa sin mediar justificación ha querido ser mitigado en el código concediendo a la mujer el derecho a solicitar el divorcio, para que ésta pueda reclamarlo debe mediar juez y atenerse a unas causas muy específicas (no cumplimiento de la manutención por parte del marido, su ausencia del hogar, vicio redhibitorio o perjuicio). Lamentablemente, el repudio no está en desuso y según un estudio publicado por el Ministerio de Justicia en 1979 (*Al-Mulhaq al-Qadā'i*, n.º 2), un matrimonio de cada tres termina en una repudiación.

Esta visión jurídica de esencia religiosa y moral es eludida por algunos sectores de la sociedad según cuánto y cómo se hayan visto afectados por las profundas transformaciones que han traído consigo la industrialización, la urbanización y la escolarización en las últimas décadas. Mientras en las grandes ciudades la erosión de las estructuras tradicionales comienza a hacerse sentir, en el campo la organización social sigue siendo sensiblemente la misma.

En Túnez, pocos meses después de la independencia, se promulgaba el 13 de agosto de 1956 un Código de Estatuto personal (*Maǧallat al-Aḥwāl al-chaṣṣiyya*) que expresaba la voluntad de los poderes públicos de promover un nuevo modelo familiar conyugal que se constituía con el consentimiento explícito y personal de los dos esposos. Asimismo, fueron suprimidas la poligamia y la repudiación, se instauró la igualdad de la pareja en el derecho al divorcio y se estableció una cierta corresponsabilidad de ambos con respecto a los hijos y en la contribución de los gastos domésticos (reconocimiento implícito del derecho de la mujer al trabajo). El aborto y la contracepción fueron igualmente legalizados.

Esta larga lista de logros no significa que el Código tunecino sea netamente igualitario; éste es muy claro sobre las prerrogativas del ma-

rido, «único cabeza de familia, al que la mujer le debe respeto y obediencia».

Lo avanzado de esta ley, en relación con las de los países vecinos, determina una conducta que sin duda favorece el cambio de mentalidad, pero no es necesariamente reflejo de que ésta se haya producido, ni el motor para lograrlo.

De hecho, la discontinuidad entre el modelo tradicional y el establecido por la ley no ha sido asumida por gran parte de la sociedad tunecina, si descontamos las capas sociales acomodadas de las ciudades, verdaderas beneficiarias del feminismo de Estado.

En Argelia el Código de la Familia no vio la luz hasta el 9 de junio de 1984, veintidós años después de la independencia y tras numerosos proyectos abortados que revelaron el profundo desacuerdo entre tradicionalistas y reformistas, y la distancia existente entre los textos políticos y las prácticas reales. Así, la decidida e inmediata modernización que se llevó a cabo en las estructuras económicas y políticas del país, subsistió con los arquetipos patriarcales de la sociedad tradicional.

Aunque la movilización de las propias mujeres argelinas impidió en 1981 que un oscurantista Código de la Familia fuese promulgado, el espíritu del finalmente aprobado en 1984 seguía los pasos de su antecesor: patriarcalismo, desigualdad jurídica y proteccionismo sobre la mujer.

Fruto finalmente del compromiso entre los sectores tradicionales y los partidarios de reflejar la evolución de las costumbres, el Código de la Familia se atiene en lo esencial a las textuales disposiciones coránicas y al derecho musulmán clásico, dejando a la interpretación del juez todo aquello que en la ley apunta a romper el «estatus» tradicional, situación que corre el riesgo de ver al magistrado colocarse del lado de la costumbre.

La filosofía del texto, según manifestaba el ministro de Justicia que lo promulgó, se basaba en el principio de que

la vida en sociedad obedece a una cierta moral, una moral socialista que respeta los valores árabo-islámicos del pueblo argelino (*Al-Moudjahid*, 19 de junio del 84).

De hecho, el Código de la Familia se dirige a los creyentes antes que a los ciudadanos.

Como ha indicado Hélène Vandevolve, el Código está dirigido a la familia patriarcal mucho más que a la nuclear, ignorando que este último modelo se desarrolla ampliamente en las ciudades⁸. Asimismo, alberga importantes contradicciones que, por ejemplo, llevan al legislador a tratar de contener el enorme crecimiento demográfico argelino (elevando la edad legal del matrimonio a veintiún años para el hombre y dieciocho para la mujer, y eludiendo la procreación entre los objetivos del matrimonio), a la vez que establece un modelo familiar que reduce la existencia de la mujer a tener hijos y educarlos.

Difícilmente combinan también igualitarismo y democracia con las relaciones familiares que establece el código: primacía del marido sobre la mujer y de la familia de él sobre la de ella. A la esposa sólo se le reconoce el derecho a visitar a sus familiares más próximos, así como, a cambio de la obligación del marido a mantenerla, ella debe «obedecerle, cuidarle en tanto que jefe de familia y respetar a sus padres y parientes».

Este reparto de papeles y la ausencia de toda referencia al derecho de la mujer a trabajar hacen que dependan sus posibilidades laborales y profesionales del permiso de su marido. Por lo demás, nada en la ley evoca relaciones de complementaridad o reciprocidad que establezcan la igualdad entre ellos; incluso, en una lectura de «primer grado» de los preceptos coránicos «el heredero masculino recibe una parte de herencia doble al de la heredera».

De la misma forma, y de acuerdo con los criterios tradicionales, el tutor matrimonial decide si el matrimonio que la novia consiente le es «provechoso» o no (en caso de discrepancia decidirá el juez); el padre extiende su tutela sobre la hija aun siendo ella claramente adulta, al estar obligado a mantenerla hasta la consumación del matrimonio; la poligamia es permitida con el solo obstáculo de que «la precedente y futura esposas sean previamente informadas»; la mujer puede recurrir al divorcio, pero mientras el esposo puede solicitarlo por su simple «voluntad» (el juez decidirá si ella tiene derecho a daños y perjuicios), ella sólo podrá hacerlo por siete razones bien explícitas: abandono del hogar, enfermedades determinadas, ausencia de un año, condena, cesar la manutención, negativa del esposo a compartir el lecho conyugal durante

⁸ «Le Code algérien de la Famille», *Magreb-Machrek*, 107-1985, p. 52.

cuatro meses y falta moral gravemente reprensible. El juez tendrá que decidir si el adulterio, los malos tratos, etc., entran en esta ambigua formulación.

LOS CAMINOS DEL CAMBIO: LA ESCUELA Y EL TRABAJO

La escuela: La búsqueda del saber es un deber para todo musulmán y musulmana (*Sunna*).

El derecho a la educación es reconocido para ambos sexos en todas las Constituciones magrebíes, si bien en Argelia es obligatoria hasta los catorce años, en Túnez nada establece su obligatoriedad, y en Marruecos el *dahir* del 13 de noviembre de 1963, relativo a la enseñanza obligatoria, no se ha aplicado nunca. De los tres países, Túnez ha sido el que ha puesto en práctica un sistema mixto de enseñanza que ha alcanzado a 169 de los 210 establecimientos escolares de educación nacional.

Pero a pesar de las diferencias, el marco de la escolarización en los tres países magrebíes se caracteriza por una serie de factores comunes que en términos generales son sus elementos más característicos:

1. *La diferencia entre la tasa de escolarización masculina y femenina*

En Marruecos, de una tasa de escolarización nacional media del 51 % a comienzos de los ochenta, las niñas constituían en la primaria el 36 % y los niños el 63 %. En Argelia, donde los poderes públicos han realizado grandes esfuerzos a favor de la escolarización, la tasa nacional del 71 % se repartía entre un 60 % para el sexo femenino y un 84 % para el masculino. En Túnez, la escolarización en 1975 se distribuía entre un 45 % de niñas y un 70 % de niños, pasando en 1984 a un 68 % y un 82 % respectivamente⁹.

Asimismo, Marruecos es el país magrebí que registra el menor índice de crecimiento anual en la escolarización femenina (34 % en 1971,

⁹ Las cifras provienen de los censos y estadísticas oficiales correspondientes a los años indicados en el texto.

36,8 % en 1981), mientras Túnez cuenta con la media más alta (45 % en 1975, 68 % en 1984). En Argelia entre 1978 y 1987 se pasó de un 60 % a un 71 %.

2. *La desigualdad de la escolarización entre el ámbito urbano y el rural*

Alejado de los cambios que han afectado al mundo urbano, el mundo rural sigue padeciendo las consecuencias de la pauperización y de infraestructuras incompletas (dispersión del hábitat, falta de medios de transportes, calidad de la enseñanza) que reducen la tasa general de escolarización con respecto a las áreas urbanas. En cuanto a la disparidad entre los índices de escolarización masculina y femenina, éstos se acenúan aún más en el campo, donde la reticencia a llevar a la escuela a las niñas, el freno a que continúen los estudios y el sacrificio escolar de la niña a favor del niño en el medio familiar están profundamente arraigados.

Si en Marruecos en 1971 el 90 % de las niñas escolarizadas pertenecían a los medios urbanos, en Argelia la tasa de escolarización en Argel y Orán se elevaba en 1978 al 80 % mientras en las *wilayas* del sur no sobrepasa el 30 % en la primaria y el 12 % en la secundaria, lo que en el caso de la escolarización femenina de primaria se traducía a un 24 % en las ciudades y un 16 % en el medio rural. Sólo un 3,3 % de niñas en el ámbito rural seguía sus estudios a los dieciocho años. En cuanto a Túnez, la tasa de escolarización femenina entre los seis y catorce años llega a variar más del doble según se trate de provincias rurales, como por ejemplo Kasserin (40,1 %) o urbanas como Monastir (85 %).

3. *La disminución de la escolarización femenina según aumenta la edad y el nivel de los estudios*

De hecho, en muchos casos la escolarización de las niñas se reduce al proceso de alfabetización en la primaria, disminuyendo notablemente su presencia según se avanza hacia la secundaria y los estudios superiores. El índice de mujeres que reciben una formación completa y lle-

van a cabo estudios universitarios es muy inferior al de sus compañeros masculinos.

En Marruecos, las cifras de 1980-81 muestran que si el 36 % de los escolarizados en la primaria eran niñas, en los estudios superiores éstas sólo representaban el 25 %; en Túnez el descenso en la escolarización de niñas pasaba, en 1984, del 73,4 % entre los seis y nueve años al 64 % entre los diez y catorce y en los estudios superiores ellas no representaban más que el 35 % del total de estudiantes. En Argelia, en 1977, se pasaba del 41 % de niñas en la primaria al 32 % en la secundaria y al 23 % en los estudios superiores. Diez años más tarde, la secuencia es de 43 %, 41 % y 37 %. Esto significa que las niñas siguen siendo retiradas de la escuela antes que los niños.

Esta situación debe ser analizada también desde la lógica de la oferta laboral brindada a las jóvenes, que —como veremos— se caracteriza en su mayoría por no exigir un nivel de conocimiento elevado, lo que invita a retirar de la escuela a la mayor parte de las niñas al finalizar la primaria.

De la misma manera, la presencia femenina en la formación profesional o en las carreras universitarias pone de relieve una manifiesta repartición por sexos entre las distintas ramas de especialización. Secretariado, sectores paramedicales, estética, costura... son sectores profesionales masivamente femeninos, mientras que las vertientes técnicas e industriales que desembocan más directamente en un empleo, están casi reservadas a los chicos. La minoría que accede a la Universidad resiente las dificultades de empleo que padece el sector de las Ciencias Humanas, donde se concentra el mayor contingente femenino, mientras que la relativa apertura a la mujer de ramas universitarias tradicionalmente masculinas no se refleja en una respuesta positiva en el mercado de trabajo.

El trabajo: Los hombres tienen una parte de lo que han adquirido, las mujeres tienen una parte de lo que han adquirido. *Corán* (IV: 36/32).

Industrialización, pauperización y urbanización han sido, entre otros, factores que han traído consigo profundas mutaciones por las que la mujer ha entrado en los circuitos del trabajo asalariado, no siempre vivido sin traumas desde la sociedad tradicional.

Sin duda, el trabajo remunerado fuera del hogar es un hecho revolucionario que ha puesto en cuestión el reparto tradicional de papeles entre los sexos, y junto a la escolarización es la vía más susceptible de lograr el cambio de mentalidad. Sin embargo, la «entrada de la mujer magrebí en la producción», condicionada por tradiciones arcaicas y una legislación no siempre igualitaria, se ha caracterizado por su marginación en la escala laboral más baja, ya sea en la industria, la agricultura o la función pública, y por su mantenimiento en tareas de ejecución y no de control ni responsabilidad.

Las tasas de población activa en los tres estados magrebíes pone de manifiesto el gran desequilibrio existente entre los porcentajes de actividad masculinos y femeninos (en 1980 las mujeres representaban en Marruecos el 17 % de la población activa total, el 20,1 % en Túnez y el 6,6 % en Argelia)¹⁰.

Asimismo, las cifras correspondientes a Argelia muestran la gran resistencia de la sociedad argelina a promover y a asumir el papel activo de la mujer en el desarrollo económico. Situada en las últimas filas mundiales, Argelia registraba en 1966 una tasa de actividad femenina de un 1,86 %, que en 1985 sólo había aumentado al 3,2 % (4,7 % si se tiene en cuenta las mujeres «parcialmente ocupadas» que aportan una ayuda a la economía doméstica).

Una gran distancia existe también entre la tasa de actividad femenina censada en la ciudad y en el campo. En Túnez, las mujeres campesinas activas representaban en 1984 el 24,7 % del total y en Marruecos esa tasa se repartía entre un 9,3 % en el campo y un 14,7 % en las ciudades. Con respecto a Argelia, la categoría de «amas de casa» conoce una extensión desmesurada en el medio rural, donde en 1977 se registraba sólo el 6 % de la población activa femenina global (8.168 mujeres = 1,2 mujeres cada 100 hombres). Es también en el ámbito rural argelino donde se registra un total estancamiento en la tasa de población activa femenina, lo que revela que en Argelia la extensión del trabajo está prácticamente circunscrito a las grandes ciudades (Argel,

¹⁰ *Población activa* es considerada la compuesta por las personas ocupadas y las que buscan empleo. Las «amas de casa» son consideradas inactivas. La gran cantidad de mujeres magrebíes incluidas en esta categoría oculta, sobre todo en el campo, el subempleo femenino y refleja la resistencia de muchos maridos a declarar a sus esposas activas.

Orán, Constantina, Annaba), que concentran más del 42 % del empleo femenino.

En cuanto al abanico de empleos que se le ofrece a la mujer, éste es bastante reducido y se centra básicamente en tres sectores claves: agricultura, industria y servicios, y básicamente en puestos que no exigen mucha técnica ni requieren un alto nivel de escolarización, en muchos casos ninguno.

En Marruecos, según el censo de 1971, las mujeres que trabajan como criadas constituyen la categoría más importante de las mujeres activas (17 % del total y el 87 % de las empleadas en el sector terciario), aunque es un sector excluido de la legislación laboral, de la seguridad social y de la regulación de accidentes de trabajo. Le siguen las trabajadoras en el sector agrícola, en el que, a pesar de la legislación de 1980 a favor de su inclusión en el régimen de seguridad social, se registran altos índices de explotación, y en el sector industrial, donde el trabajo de la mujer está básicamente concentrado en los escalones técnicos más bajos y en las ramas que enlazan mejor con su tradicional experiencia doméstica: el textil (emplea el 13 % de las mujeres activas) y la alimentación (el 2,49 %). Sin embargo se la excluye de la industria azucarera y de transformación de fibras artificiales, que exigen la formación profesional de sus trabajadores, acceso a la información tecnológica y salarios con garantías sociales (37 obreras frente a 4.767 obreros y 11 cuadros frente a 521 en la industria azucarera en 1979) ¹¹. La mujer queda marginada del sector moderno de producción.

En cuanto a la función pública, sector laboral privilegiado y más igualitario legalmente, ha experimentado una progresiva feminización desde la independencia (16,7 % del personal de las administraciones públicas en 1979) pero se caracteriza por concentrar los empleos femeninos en los puestos subalternos y medios (ninguna directora), así como en las secciones consideradas propias de la «condición femenina»: salud, enseñanza y comercio.

En Túnez, si bien el mercado de trabajo se abre progresivamente a la mujer, el papel de ésta en la producción se circunscribe en lo esencial a la mano de obra de base en el sector industrial (47,9 % de las

¹¹ Según un estudio de F. Mernissi, «Le prolétariat féminin au Maroc», *Annuaire de l'Afrique du Nord (AAN)*, 1980, p. 349.

mujeres ocupadas), sobre todo el textil (67,4 % de las trabajadoras industriales).

Sin embargo, como ha señalado Dorra Mahfoud-Draoui, en este grupo hay que distinguir entre las obreras asalariadas ocupadas en la fábrica o el taller, y las artesanas «independientes» que trabajan a domicilio y que constituyen la categoría predominante en este sector de actividad, satisfaciendo así la concepción dominante que interpreta el salario de la mujer como una «ayuda familiar» y el hogar como su «normal» lugar de trabajo ¹².

A continuación, las trabajadoras agrícolas tunecinas representan más del cuarto de la población ocupada femenina (26,6 %) contratada como fuerza de trabajo complementaria, mal remunerada y con carácter temporal. La exclusión de la mujer de la propiedad de la tierra y de los medios de producción difícilmente la convierten en explotadora de terrenos agrícolas.

Un 10,1 % de las trabajadoras tunecinas están empleadas en el sector de servicios en calidad de criadas (54,5 % del conjunto), porteras, cocineras... y sólo una minoría accede a profesiones que exigen diplomaturas y cualificación: profesiones liberales o técnicas (6,1 %) —agrupadas sobre todo en el campo de la enseñanza— y personal administrativo (6,5 %). En la función pública, sólo el 0,1 % forma parte del nivel administrativo superior, mientras en lo relativo a sus funciones, al igual que en Marruecos, éstas se concentran en los sectores «propios de la mujer».

La tendencia a la proletarización del trabajo femenino, en consonancia con el desarrollo de la industria textil en Túnez y Marruecos, no puede ser analizada si no es en relación con el proceso de escolarización en ambos países. Reduciendo el acceso de las niñas a los niveles más altos de la escolaridad se contribuye a limitar sus posibilidades profesionales —reservadas a una minoría privilegiada— y a orientarlas al trabajo manual. Asimismo, la escasez de reclutamiento laboral femenino en otros sectores y niveles de formación desanima la continuación de unos estudios que no se corresponden con las expectativas

¹² «Formation et Travail des Femmes en Tunisie», *ANN*, 1980, p. 276. En lo fundamental reflejamos aquí las cifras ofrecidas para Túnez en ese estudio, correspondientes al censo de 1975.

laborales posteriores. En ambos casos, el orden económico prevalece sobre la promoción de la mujer.

En Argelia, según el *Office national des statistiques*, en 1985 las mujeres ocupadas representaban el 8 % del total de la población trabajadora argelina, que se restringe casi exclusivamente al medio urbano (83,6 % de las mujeres ocupadas). Si se comparan los datos obtenidos entre 1977 y 1985 se observa una progresión notable en materia de empleo femenino a favor del sector terciario, en detrimento de los sectores productivos. Dentro de dicho sector, son también las profesiones dedicadas a la enseñanza, salud y administración las que concentran el 75,8 % del empleo femenino.

Sin embargo, entre 1977 y 1985 un número muy limitado de mujeres se ha insertado en la industria y en la agricultura (su presencia pasa del 17,4 % en 1977 al 12 % en 1985 en la industria, y del 5,6 % al 3,7 % en la agricultura). Este retraimiento es observable desde finales de los sesenta y es consecuencia de la planificación industrial argelina a favor de la industria energética, metalúrgica, siderúrgica —en la que tradicionalmente los trabajadores son hombres— en contra del progresivo abandono de las industrias en que habitualmente han trabajado las mujeres (alimentación, textil, cuero, zapatos...). Lo cual confirma, una vez más, la resistencia a integrar a las mujeres en las ramas industriales que exigen una especialización y un importante contingente de personal cualificado.

Por el contrario, es el sector público el que atrae el mayor número de empleos femeninos en Argelia (86 % en 1985 frente al 78 % en 1977), entre los que las solteras, viudas y divorciadas constituyen la gran mayoría (73 % de la población femenina ocupada), revelando la gran influencia del ámbito familiar, sobre todo la situación matrimonial, en contra de la actividad laboral femenina.

El alto índice de mujeres argelinas con instrucción entre la población ocupada (80 % de las mujeres que trabajan han frecuentado establecimientos escolares: el 28 % a nivel medio, el 32 % con estudios secundarios y el 6,4 % con estudios superiores) es fruto de la gran escolarización llevada a cabo en este país, pero también responde a la relación entre la oferta de empleo disponible y el interés por continuar los estudios. Al contrario que en Túnez y Marruecos, la proletarianización del trabajo femenino en Argelia está en claro retroceso a favor de las profesiones liberales y, sobre todo, del personal administrativo.

MUJERES Y POLÍTICA EN EL MAGREB

Su participación en el sistema

A pesar del voluntarismo de los textos constitucionales magrebíes, que garantizan la igualdad de derechos políticos, la presencia de la mujer en el espacio político sigue siendo marginal, cuando no simbólico.

En Marruecos, el discurso político de todos los partidos parlamentarios a favor de la mejora de la condición femenina no se ha visto reflejada ni en la presencia de mujeres en sus órganos directivos, ni en la presentación de un número representativo de candidatas en las elecciones, que, salvo los partidos minoritarios de extrema izquierda, nunca han alcanzado el 2 % ¹³. Con respecto a las candidaturas presentadas por el FLN argelino o el Partido Desturiano tunecino, no sobrepasaron la media del 2-3 % en el primer caso, ni el 7 % en el segundo (legislativas de 1979). En estos dos países las respectivas Uniones de Mujeres (UNFA y UNFT), organizaciones de masas bajo la tutela del partido, nunca han tenido dinamismo propio y se han limitado a traducir en femenino la política trazada por el Estado. Potenciándose en ambas su misión social frente a la política, la existencia de estas agencias específicas de mujeres ha servido para frenar la presencia femenina en otras organizaciones nacionales. La Unión Nacional de Mujeres marroquí (creada en 1970) se adapta al perfil de sus antecesoras argelina y tunecina, y desde ninguna de las tres organizaciones se ponen en duda las estructuras socio-económicas establecidas ni se reclama una interpretación progresista del Islam para modificar los Códigos familiares.

Por otro lado, los resultados electorales ponen de manifiesto la enraizada consideración, tanto entre hombres como entre mujeres, de que el hecho político es una cuestión de hombres. La participación de las electoras parece ser débil y mayoritariamente orientada por sus maridos o familiares. En Túnez, una encuesta realizada por la UNFT revela una tasa de participación muy baja entre las mujeres, cuyo voto aumenta en

¹³ Sólo en el caso de la Organización de Acción Democrática y Popular (OADP) el 9,6 % de sus candidatos en 1984 eran mujeres. Véase mi estudio «Mujer y vida política magrebí», ponencia presentada en el Congreso *Explosión demográfica, empleo y trabajadores emigrantes en el Mediterráneo occidental*, Granada, 1990.

las ciudades y con la edad y disminuye junto al nivel de instrucción (81 % de analfabetas en un muestreo de 400 mujeres). Otra encuesta en Marruecos mostraba en 1979 que el 60 % de las encuestadas que reconocían votar lo hacían a indicación de su marido, aunque el 92 % del total confesaba no haber participado nunca en actividades políticas (Attilio Gaudio, *Femmes d'Islam*, París, 1980). En Argelia, la existencia del voto por procuración, que permite a los hombres votar por las mujeres, ha tenido un uso abusivo según ha observado F. Zahra Zay (*Al-Nisā' wa-l-Mu'asasāt al-Tamtīliyya*, Argel, 1983).

En consecuencia, mientras en Marruecos ninguna mujer ha sido miembro del Parlamento, en Argelia su porcentaje no ha superado el 3,4 % alcanzado en 1977. En Túnez, el panorama fue igual de desolador durante la presidencia de Burguiba, lo que no parece haberse corregido con la *nueva era* pluripartidista de Ben 'Ali, según indican los datos de la participación femenina en los comicios legislativos de 1989. De 501 candidaturas totales, 17 (3,3 %) eran femeninas¹⁴ y sólo 6 fueron elegidas.

En cuanto a su representación en los puestos de responsabilidad política, ningún gobierno marroquí ha contado con una mujer en su seno, así como tampoco en otros puestos de responsabilidad y autoridad, y cuando en Argelia y Túnez alguna de ellas ha formado parte del gobierno, ha sido siempre en el ámbito de asuntos sociales¹⁵.

Su oposición al sistema

La resistencia contestataria feminista es un movimiento que arranca de los años ochenta; se origina en medios universitarios y urbanos, y se organiza de manera muy diferente en los tres países magrebíes, sien-

¹⁴ 8 por el Reagrupamiento Constitucional Democrático (RCD), 4 por el Movimiento de los Demócratas Socialistas (MDS), 1 por el Partido de Unión Popular (PUP), 1 por el Reagrupamiento Socialista Progresista (RSP) —único partido tunecino con una mujer en su Comité político—, 2 independientes y 1 por la coalición de izquierda que se presentó en Monastir.

¹⁵ Argelia: 1982, Ministra de Asuntos Sociales, y 1984, Ministras de Enseñanza secundaria, Medio Ambiente y Protección Social. Túnez: 1984, Ministra de Sanidad pública, 1985, Ministra de la Familia y la Mujer, 1988, Secretaria de Estado de Asuntos Sociales.

do en Marruecos el país donde sus reivindicaciones son más moderadas, centrándose en el campo de la acción social y reclamando reformas en el estatuto de la mujer.

En Túnez, esta tendencia contestataria ha ganado en conciencia política activa desde la apertura del régimen en noviembre de 1987, viendo nacer una comisión «mujer» en la Liga de los Derechos del Hombre y crearse el Reagrupamiento de Mujeres Demócratas en 1989, única formación que parece presentar un perfil verdaderamente autónomo, lo que la UNFT no ha sido capaz de fomentar en su seno tras la desaparición del Partido Desturiano. Por el contrario, ha ratificado «su cooperación y complementariedad con el RCD» (*Le Maghreb*, n.º 136, 1989), heredero del viejo monopartido, en un contexto plural en el que cabe preguntarse sobre la eficacia de mantener a la mujer en una vida de *ghetto* en vez de fomentar su presencia en todas las organizaciones políticas, sindicales...

En Argelia, desde que el gobierno presentó a la Asamblea Nacional un proyecto de Código familiar para su aprobación en 1981, se constituyeron en la universidad y en los ámbitos laborales los primeros núcleos de mujeres para impedir su promulgación y que se invocase «el Islam cada vez que se habla de la mujer» (*Al-Moudjahid*, 7 de enero de 1982). En 1981 consiguieron paralizar su promulgación, pero tres años más tarde el Código fue adoptado. Desde entonces, este país magrebí, donde los valores tradicionales están teñidos del más recalcitrante arcaísmo, ha visto constituirse el movimiento feminista más contestatario y activo.

El pluralismo político consagrado por la nueva Constitución argelina de 1989 ha servido para incrementar y diversificar el asociacionismo femenino, pero no para modificar su situación. El artículo constitucional n.º 30 afirma que «las instituciones del Estado están destinadas a garantizar la igualdad», pero no ha podido ser enfrentado al Código de la Familia, ya que éste no pasó por la revisión parlamentaria que estudió la constitucionalidad de las leyes anteriores a 1989.

Las Asociaciones por la Igualdad ante la Ley entre las Mujeres y los Hombres, por la Emancipación de la Mujer y para la Promoción y Defensa de los derechos de la mujer, junto a 22 asociaciones de Wilaya, todas legalizadas en 1989, encabezan un dinámico movimiento democrático que rechaza la interpretación que del Islam ha realizado el legislador argelino para legitimar el estatuto de inferior que padece la mujer en Argelia.

¿Cuál puede ser la capacidad de estos movimientos feministas para penetrar en otras capas sociales de mujeres? y ¿cuáles sus posibilidades de ahondar en el espacio público para que la sociedad ponga en duda el sistema tradicional de relaciones entre los sexos? Son cuestiones que dependen mucho de la evolución de la democracia en estos países y de los procesos de transformación en que están inmersas las actuales sociedades magrebíes. Éstas caminan en diferentes direcciones y velocidades. En el espacio femenino, algunas mujeres han encontrado un trabajo y una forma de vida equilibrada, pero no es la situación de la inmensa mayoría, responsable de mantener viva la llama de la tradición, cuando no de asumir traumáticamente dos sistemas de normas, el de la sociedad industrial y el tradicional. Otras creen encontrar en el proyecto islamista de sociedad la respuesta a sus dificultades.

La mujer en el discurso islamista... y mujeres islamistas

En el Magreb, como en otras zonas del mundo árabe, el islamismo se presenta como una pujante alternativa política a los regímenes establecidos.

La corriente islamista se apropia de la representatividad religiosa y se impone como fortaleza del Islam, arrogándose un derecho sagrado que confunde a sus representantes con enviados divinos. Como ha señalado Dalal Bizri (*Femmes et Pouvoirs*, 1989), la sociedad recreada por la ideología islamista es el resultado de una oposición maniquea entre dos polos opuestos e irreconciliables en los que está representado el bien y el mal, de manera que el discurso islamista está gobernado por el impulso de rigurosas dualidades: Islam/*ṣābiliyya*; *charī'a*/derecho humano; lícito/ilícito; mixticidad/no-mixticidad; Oriente/Occidente; interior/exterior; autoridad /inferioridad. La condición de la mujer se interpreta a partir de una lectura «ahistoricista» del texto divino que convierte en ilícito todo lo que no es específicamente lícito, en prohibido todo espacio mixto, en aculturizante todo feminismo occidental frente a los valores musulmanes del Oriente, y en inferior el estatuto de la mujer por el principio coránico de autoridad (*qawāma*) concedido al hombre, lo que significa su exclusión del espacio exterior.

La reducción a que somete el discurso islamista a la mujer no ha impedido que exista un sector femenino seguidor de esta ideología. Además de aquellas mujeres que visten el *ḥijāb* por presiones familiares o del entorno, existen otras que han encontrado en esta vía una alternativa mejor a su condición. Hay que tener en cuenta que este fenómeno se da principalmente en Túnez, dado que es en este país donde el movimiento islamista es más moderado con respecto a la mujer, al haberse visto obligado a tener en cuenta la importante evolución que ha experimentado la mujer tunecina desde la independencia. Sin duda por este motivo, la *Nahda*, nombre del partido islamista tunecino, no sólo ha abandonado su intención de promover un referéndum contra el Código de la Familia, considerado en un principio en desacuerdo con la moral islámica, sino que además este partido ha incluido dos mujeres en su Comité central. Por el contrario, en Argelia la gran retradicionalización de su sociedad es el campo abonado sobre el que el islamismo argelino siembra de intransigencia sus ideas sobre la preservación del papel tradicional de la mujer y su exclusión de cualquier espacio público.

Según muestran las encuestas¹⁶, las tunecinas islamistas convencidas son jóvenes que en términos generales provienen de las clases urbanas desfavorecidas —familias rurales emigradas a la ciudad en su mayoría— con un cierto nivel de instrucción, pero cuyo asfixiante medio social no les permite beneficiarse de los avances sociales y jurídicos del feminismo de Estado, aprovechados por las clases acomodadas de la ciudad. Una vez adoptado el *ḥijāb*, al que se le da una importante interpretación civilizacional, el movimiento islamista les permite realizar diversas actividades militantes en la vida pública —como un importante proselitismo en el espacio cerrado femenino— que, aun siendo siempre tareas subalternas y delegadas —la elaboración pertenece en exclusividad a los hombres—, les conceden un papel que difícilmente tendrían en su reducido entorno social. El islamismo les provee de una misión civilizacional, a la vez que les ofrece un protagonismo que su medio nunca les habría brindado.

¹⁶ S. Belhassen, «Femmes tunisiennes islamistes», *AAN*, 1979, y S. Ferchiou, «Pouvoir, contre-pouvoir et société en mutation», *Peuples Méditerranéens*, 48-49, 1989.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Los interrogantes en torno a la situación de la mujer en el Magreb alcanzan al ámbito del futuro político de los frágiles procesos de liberalización que se están desarrollando en esos países. Democracia y democratización son hoy dos términos que están en el debate diario magrebí, transmitidos a sus ciudadanos a través de los medios de comunicación, los partidos políticos...

La aparición de los partidos islamistas como actores insoslayables en dichos procesos ha polarizado la controversia sobre la emancipación de la mujer, no sólo por su retardataria ideología, sino también por la tendencia de los poderes establecidos a asumir ciertas reivindicaciones islamistas en el espacio social y cultural a cambio de que las bases políticas del sistema no sean puestas en duda. En esa coyuntura, la situación de la mujer parece ser el blanco más débil.

Si esa tendencia se reafirmase, cabe preguntarse sobre el porvenir de una democracia que relega la emancipación de la mitad de sus ciudadanos. Y si el islamismo llegase a gobernar alguno de estos países gracias al libre ejercicio del voto ciudadano, como parece probable, las incógnitas no sólo se plantean sobre la disponibilidad de los islamistas a reorientar su ideología autocrática hacia el respeto de la pluralidad, sino también su ideario social basado en un modelo jerárquico y patriarcal que excluye al orden femenino. Sin duda, el futuro de la democracia se juega también en el terreno de la mujer.

MAGREB, MIGRACIONES, EUROPA Y ESPAÑA

XI

LAS MIGRACIONES MAGREBÍES Y LA EUROPA COMUNITARIA

*Rémy Leveau**

Hablar de inserción de las migraciones magrebíes en la Europa comunitaria hace suponer que existe una política y una respuesta institucional a este problema. Sin embargo, por el momento la inmigración no forma parte de los dominios de competencia supranacional, y las únicas acciones colectivas en la materia conciernen a grupos de expertos que dependen de los ministros del Interior de los doce países y cuya reflexión ha sido orientada en origen hacia las cuestiones de terrorismo y más tarde de circulación de los súbditos no comunitarios en la Europa de 1992. Los Estados conservan su soberanía, pues, en la materia y no piensan consentir delegaciones más que en términos de seguridad. Además, son ante todo los Estados del norte de Europa, cuyas viejas industrias (siderurgia, minas, obras públicas, automóvil) entraron en crisis a fines de los setenta, los que se ven más directamente afectados por el problema migratorio y los que más lejos han ido en la coordinación para el control de los movimientos de población. Según esta aproximación, la percepción de la inmigración magrebí se ha asociado a los problemas planteados por las inmigraciones, turca en Alemania e indopakistaní en Gran Bretaña. En esta relación compleja, un fenómeno económico y social como la inserción de población de origen mediterráneo y asiático, se asocia a un fenómeno cultural y político constituido por la afirmación de identidad islámica de estos grupos en el momento en que negocian su instalación. Como esta referencia al Islam coincidió con la revolución iraní y dio pie a una inquietud colectiva centrada en

* Fondation Nationale des Sciences Politiques (París).

la cuestión del temor a un Islam radical importado, estos temores desarrollaron por rechazo, sobre todo en Francia, una pujanza electoral de la extrema derecha nutrida por la aparición de estrategias colectivas de carácter comunitario en esta emigración. Aunque se tratase de simple afirmación de un Islam, tranquilo las más veces, no logró impedir que replantease los principios de funcionamiento laico de los estados centralizados, especialmente del Estado francés, constituido en su forma moderna por el rechazo a la esfera de lo privado de todo particularismo religioso, regional o comunitario. El asunto Rushdie y la crisis del velo islámico en la escuela han venido a ilustrar recientemente estas tensiones. Más cercana aún, la apertura de la Europa del Este ha dejado que se desarrolle de manera confusa la idea de que las aportaciones migratorias de este origen vendrían a concurrir con las del Tercer Mundo próximo, permitirían crear una situación de competitividad y evitarían el replanteamiento de los principios que fijan las relaciones entre los estados centralizados y los grupos de emigrantes de cultura no europea. La tentación de crear una barrera comunitaria informatizada frente a las orillas Sur y Este del Mediterráneo, es grande, mientras hacia el Este europeo se dulcifican los controles. Aún se contradice más con una política de libre circulación de capitales y mercancías que el triunfo de la economía de mercado lleva parejo y que se encuentra en las bases de la evolución de la Europa actual. No conseguirá mantener por mucho tiempo a las personas al margen de un movimiento de movilidad generalizado y de constitución de nuevas entidades.

El principal obstáculo a esta política liberal reside en el hecho de que la inmigración se ha convertido en el problema político mayor de los países de Europa del norte: Francia, Alemania y Gran Bretaña. La coincidencia de su instalación como residentes a fines de los años setenta con la afirmación de una identidad islámica significaba para los inmigrantes, ante todo, una preocupación por no desaparecer en la masa de las poblaciones de los países de acogida y por transmitir unos valores y una memoria a sus hijos. Pero esta estrategia, a causa de la revolución iraní de 1979, fue percibida como una amenaza exterior ligada al terrorismo medio-oriental y a la toma de rehenes europeos. De ahí que, a partir de las elecciones municipales de 1983, el problema de la inmigración se convirtiese en una cuestión mayor con el alza de un movimiento populista animado por Jean-Marie Le Pen. El Frente Nacional no se ha limitado a reclutar la franja clásica de electorado de extrema

derecha, que se puede situar en torno al 5 % de los sufragios. En 1986 y más tarde en 1988-89, dobla estos porcentajes y, en los períodos de crisis, da muestras de una inclinación del electorado, empezando por el voto socialista o comunista, a posicionarse en un 25 % y en lo que a que problemas de inmigración se refiere, con planteamientos próximos a este partido.

La instalación de turcos en Alemania y el abandono de hecho del *gastarbeiter* ha permitido la eclosión en condiciones parecidas del Partido Republicano en este país. Gran Bretaña ha sabido durante mucho tiempo superar las tensiones producidas por la integración de una minoría indo-pakistaní gracias a su aceptación del multiculturalismo y a un ingreso en la vida política facilitada por la ciudadanía de la Commonwealth. En el conjunto de la Europa comunitaria, las cifras de estas inmigraciones de cultura islámica no sobrepasan ciertamente los seis millones de personas (2,5 a 3 millones en Francia, 2 millones en Gran Bretaña, un millón en la RFA, algunos centenares de miles en Bélgica y Holanda). En Francia y en Gran Bretaña, la mayoría de estos inmigrantes, o al menos sus hijos, están en curso de adquirir la ciudadanía del país de acogida. En Alemania, donde eso es más difícil, tienen sin embargo reconocido su derecho a permanecer.

Globalmente, este grupo no representa, aunque se le imagine coherente, más que un porcentaje mínimo (2 %) de la población europea. Pero en algunos países dicho porcentaje puede alcanzar el 5 % y localmente, en determinados lugares, hasta el 20 %, debido a concentraciones ligadas al hábitat. Éstas van a favorecer reflejos de identificación que se traducen por estrategias de carácter comunitario y a la vez reacciones de rechazo, tratadas a veces en términos de «umbral de tolerancia». Más a menudo estas reacciones se transforman en políticas de cuotas de alojamiento, de puestos en las guarderías o de accesos a los servicios sociales por parte de municipios comunistas que gestionan las mayores concentraciones de poblaciones inmigradas. Desde su transformación en una cierta forma de «sedentarización aleatoria», éstas se encuentran, en efecto, en competitividad con las capas viejas de la clase obrera que no llegan, debido a la crisis económica del fin de los años setenta, a mejorar sus condiciones y se encuentran en una situación de movilidad social bloqueada. El enfrentamiento se traduce a partir del comienzo de los años ochenta por un deslizamiento hacia el Frente Nacional, e incluso por reacciones de adhesión mucho más amplia a este

movimiento de una parte de la clase media que se manifiesta en posturas expresadas más que en intenciones de voto.

En último término se puede pensar que estas tensiones locales, combinadas con la pérdida de influencia generalizada del Partido Comunista, podrían conducir en las próximas elecciones municipales francesas (1994) a un hundimiento de los bastiones de los ayuntamientos de la periferia de las grandes ciudades (París, Lyon, Marsella, Lille) controlados por este partido y que acogen la parte más importante de las poblaciones inmigradas en curso de integración. Si en esta fecha la desafección del viejo electorado obrero no ha sido compensada por la integración en la vida política, en provecho del Partido Socialista, de las nuevas generaciones procedentes de la inmigración magrebí, dichos ayuntamientos correrían el riesgo de pasar a control del Frente Nacional. Esta evolución dificultaría aún más las políticas de inserción que pasan en gran medida por una gestión razonada de los asuntos locales. Las medidas de descentralización tomadas desde 1982 hacen extremadamente difícil, en efecto, la intervención directa del Estado en estas políticas, especialmente en el caso de los alcaldes, que cuentan con el apoyo de las poblaciones para medidas de exclusión de las escuelas o del acceso al alojamiento de los inmigrados. Estos alcaldes tienen hoy la posibilidad de controlar directa o indirectamente el mercado de la vivienda, incluida la privada, al ejercer su derecho de tanteo sobre las ventas. Numerosas acciones (ilegales) que tienden a prohibir el acceso de los hijos de inmigrados a las guarderías y a las escuelas primarias los ponen en conflicto con las autoridades del Estado. En última instancia, sus decisiones son archivadas por el juez administrativo por iniciativa de las autoridades de tutela, pero al actuar así, los ediles adquieren una cierta popularidad y sin duda desaniman a parte de la inmigración que pretende instalarse. En el mismo sentido utilizan hoy, gracias a una interpretación amplia de sus poderes, el control de los certificados de alojamiento que permiten la concesión por los consulados de los visados de tres meses a los padres y amigos de los inmigrados. Un discurso sobre la inmigración clandestina alimentada por estos turistas que se instalan, pesan sobre el mercado de trabajo y aumentan las demandas de ayuda social, justifica a los ojos de sus electores estas prácticas abusivas a las que han recurrido la mayoría de los municipios, tanto de derecha como de izquierda. Intervenciones de la misma natu-

raleza tienden a desarrollarse para limitar las posibilidades de reagrupamiento familiar.

Progresivamente, el Estado va a caer en la trampa de la gestión en el plano local de una situación que, si se desarrolla, va a hacer imposible una política racional de integración. Puede que incluso deba enfrentarse, aquí o allá, a violencias engendradas por estas situaciones de bloqueo. No es posible que pueda pensar hoy en hacerse cargo del control directo de los dominios delegados a las autoridades locales electas por la ley de descentralización de 1982, sin entrañar una crisis política mayor. Sin embargo, esta evolución hacia la gestión local de los problemas ligados a la inmigración ha conducido, en sistemas políticos descentralizados como el de Gran Bretaña y Alemania, a fuertes concentraciones de población que afirman, aún más que en el sistema francés, una identidad comunitaria fuerte y reconocida que conduce, en extremo, a fenómenos de *ghetto*.

Si se constata en Francia una situación bloqueada en el nivel local, la responsabilidad de las políticas de integración continúa recayendo sobre el Estado. Comienza a darse también por el compromiso en la vida social y política de líderes asociativos surgidos de la inmigración. Siguiendo los procedimientos clásicos del sistema político francés, esta política concierne a los partidos y en primer lugar, al Partido Socialista. Se encarna, sobre todo, en la personalidad del Presidente de la República que conserva a ojos de los inmigrados una imagen positiva de recurso supremo, de cara a la incomprensión y a la hostilidad, tanto del nivel local como de las administraciones. Esta integración a través de lo político, que constituye tal vez una de las características del sistema francés heredada de su historia, se encuentra hoy sin embargo, en un callejón sin salida debido tanto a las reacciones de los poderes locales como a ciertas demandas de carácter comunitario de las poblaciones inmigradas.

Para movilizar su base y para acentuar su acción de presión sobre el poder central, éstas tienden, en efecto, a recurrir a identidades culturales y religiosas en términos que chocan con la tradición de hostilidad a los grupos intermediarios y de relegación de lo religioso a la esfera de lo privado, que forma parte de los principios de base del Estado francés moderno. Resulta difícil en estas condiciones encontrar una salida satisfactoria a la crisis en el plano estrictamente nacional. Un abandono de los principios de laicismo del Estado y el reconocimiento

de la existencia de actores comunitarios legítimos, produciría una crisis mayor. La asunción del poder de gestión ejercido por las autoridades locales conduciría igualmente a conflictos que sobrepasan el mero campo de la inmigración. Puede no obstante, estimarse que un compromiso es posible en el plano francés recurriendo a un nivel de decisión que combine la gestión local, las políticas estatales y ciertas formas de coordinación europea.

En vísperas de 1992, la ausencia de competencia europea en materia de gestión de la inmigración va a constituir un impedimento tanto para los Estados como para la Comunidad. Los Estados se muestran, sin embargo, muy deseosos de conservar sus competencias en todo lo que concierne a los movimientos de personas que puedan acabar afectando a su población. Pueden encontrar interesante, no obstante, la constitución de una competencia comunitaria que exponga en el exterior una política restrictiva con mayor peso, mientras en el interior se lleva a cabo un mínimo de arbitraje entre políticas estatales contradictorias, poderes locales y grupos comunitarios, cuyas propias lógicas conducen al conflicto. Éstos arbitrajes podrán ser facilitados por lo que va a aparecer como la necesidad de determinar una política común de cara a un movimiento islamista en vías de conquista de las instituciones en Argelia. Esta percepción de una amenaza corre el riesgo de desempeñar un papel comparable al de la Revolución iraní a comienzos de los años ochenta. Una reacción demasiado marcada por parte de las autoridades francesas desencadena, apenas expresada, un discurso de oposición de los nuevos dirigentes de este movimiento sobre el tema de la injerencia colonialista. Una declaración de política comunitaria sería, en cambio, más difícil de condenar.

Una política europea de inmigración podría, así mismo, servir tanto para establecer reglas comunes en términos de gestión de visados y de modalidades de residencia, como para fijar los arbitrajes de las prácticas de los poderes locales. Éstos serían inducidos más fácilmente a abandonar sus prácticas discriminatorias, si una política común les impidiese comprometerse en un juego de oposición con las autoridades de los estados nacionales, siempre que el poder europeo supiese dotarse de medios judiciales y políticos que asegurasen la autoridad de sus directrices. La construcción colectiva corre el riesgo de no alcanzar de inmediato la eficacia deseada, pero el bloqueo de los mecanismos estatales, el miedo a presiones exteriores y el incremento de peligros

comunitarios pueden hacer inevitable el establecimiento de nuevos procedimientos.

El análisis de estas tensiones se refiere principalmente al ejemplo francés, en el que se han podido ver pasar las estrategias de visibilidad escogidas por la inmigración a través del reconocimiento del hecho religioso en el espacio público (islamismo segunda religión de Francia) creando por ello una situación de conflicto con la tradición de laicismo constitutiva del sistema político. Se puede apuntar que si el Islam no está ausente en las afirmaciones de identidad de la inmigración en Alemania, una presencia religiosa en el espacio público de dicho país resulta menos atentatoria para las reglas comunes. Pero el conflicto se forma, en este caso, sobre el principio de la doble ciudadanía reclamada por las asociaciones turcas que aparece también como atentatorio a las reglas de constitución de la nación alemana, como el cuestionamiento del laicismo lo es en Francia, mientras que la práctica francesa se muestra mucho más tolerante en términos de doble nacionalidad. ¿Es preciso deducir que el conflicto es, en cada caso, consustancial a un proceso de inserción, y pretende ante todo redefinir los términos de un nuevo contrato de sociedad? Si ese fuese a fin de cuentas el sentido profundo de un proceso de evolución instalado en el inconsciente colectivo, sería tanto más necesario prever la redefinición del contrato a un nivel global y europeo que por medio de una serie de reajustes nacionales que correrían el riesgo de contradecirse.

Para seguir este proceso, parece necesario emprender un trabajo sobre la memoria y las percepciones nacionales que conciernen a los problemas de religión, de cultura y de *ethnicity* en el sentido anglosajón del término. A título de ejemplo, para los anglosajones, la gestión francesa de la integración de las minorías en un Estado-Nación en el que los individuos gocen de los mismos derechos, puede aparecer como potencialmente racista en la medida en que es percibida como un rechazo del derecho a la expresión pública de las culturas minoritarias. Opuestamente, las políticas de valorización de las culturas minoritarias presentes en los sistemas de referencias inglés y americano son a veces calificados por los responsables políticos franceses como de política de «guetización». Ejemplos similares podrían encontrarse fácilmente en la percepción alemana del problema y en su evolución reciente.

Si se inicia una reflexión común, conviene estimularla al máximo para evitar una homogeneización hacia el mínimo común denominador

por razones de seguridad. Sólo una investigación sobre los valores puede servir para fundar un nuevo contrato. Puede servir para guiar a los jueces que deberán asegurar la regulación de estas situaciones en un común espacio de derecho antes de que los legisladores se hagan cargo de ello. También alimentará la estrategia de los políticos y la negociación con las élites de las minorías cuya afirmación de identidad tiende a situarse progresivamente en un espacio europeo. Esta gestión puede procurar ventajas complementarias y contradictorias, sin constituir antes de mucho tiempo un conjunto razonado. Sólo una reflexión sobre la memoria colectiva y las percepciones de los grupos podrá evitar las incoherencias y los juicios apresurados que han podido acompañar a las reacciones, tanto oficiales como populares, en el momento del asunto Rushdie o de la crisis del velo islámico. Gran Bretaña y Francia aparecen en la vanguardia de estas crisis de identidad en la medida en que encarnan modos de gestión opuestos al fenómeno minoritario. A Alemania le favorece el carácter federal y descentralizado de su sistema político, así como el relativo desahogo de su sistema económico, que acuerda compensaciones en este plano a los que son excluidos por principio de la esperanza de un acceso al campo político.

Con una tradición de pluralismo religioso mucho más arraigado en el espacio público que en Francia, el asentamiento del islamismo como tercera religión del país parece entrañar menos rechazo de la inmigración que en Francia o en Gran Bretaña. El sentimiento de desafío creado por su presencia remite más a la idea de nación homogénea que experimenta dificultades para encarnarse en un Estado. Esta homogeneidad de la nación forma, sin duda, parte de los mitos fundadores del Estado trastocados por la historia. La instalación de la inmigración turca y magrebí se ha hecho en las ciudades industriales en las que alcanza porcentajes comparables a los datos franceses. El paso del término *gastarbeiter* al de *auslander* indica bien la resignación a la duración de la estancia y al mismo tiempo, el rechazo a prever la aplicación de un *jus soli* que acabe por dar la ciudadanía a los descendientes de inmigrados nacidos en la RFA. Este país rechaza también toda apertura a la doble nacionalidad, que aparece en muchos casos como medida que pueda facilitar la inserción. Se debe, sin embargo, observar que a pesar de estas condiciones de precariedad jurídica, la RFA no puede recurrir tanto a la expulsión de extranjeros como Francia. Pero la reunificación alemana y las reacciones de hostilidad que los alemanes del Este manifiestan ha-

cia la inmigración turca, van sin duda a aumentar una presión favorable a la partida que se traduce más en un desplazamiento hacia el Oeste que por un retorno a Anatolia. La ciudadanía francesa, más fácil de obtener, puede constituir un subterfugio instrumental que permita a los turcos de Alemania desplazarse libremente por el espacio europeo.

A medio plazo no van a ser tanto los problemas de regulación del estatuto de la inmigración instalada los que vayan a procurar dificultades, sino más bien la firma, el 19 de junio de 1990, del acuerdo de Schengen por los cinco países de la Europa del norte (Alemania, Bélgica, Francia, Luxemburgo y Países Bajos). Este acuerdo prevé la generalización de los procedimientos de visado practicados por cada uno de los países. Un sistema de concesión armonizada por medio de una red informática se asociará a un control de las fronteras exteriores que responsabilizará al transportador, encargado de verificar en la partida si el viajero posee todos los documentos exigidos. En contrapartida, estas medidas estrictas deberán permitir la libre circulación de los extranjeros en el conjunto del espacio comunitario extendido a la RDA. Esta creación de un «espacio Schengen», que cuenta con posibilidades de extenderse rápidamente a Italia y España*, va a crear un nuevo tipo de relación con respecto a los extranjeros no comunitarios.

Los trámites consulares de los países firmantes van a ser, sin duda, armonizados y convertidos de una manera bastante amplia en disuasivos para aquellos de los que se sospeche, en entrevistas que llegarán a ser sistemáticas, que quieren instalarse. Los controles administrativos serán reforzados por las compañías aéreas y marítimas encargadas de la repatriación y sometidas a fuertes multas en casos de rechazo. La gestión electrónica interconectada de los ficheros de residencia deberá permitir también detectar a los que prolonguen ilegalmente su estancia (práctica muy corriente hoy y poco sancionada desde el momento en que se declara haber perdido el pasaporte). La sanción de los vencimientos de los plazos de estancias tienen mucha posibilidad de provocar, además de la expulsión, la inclusión en la lista de extranjeros indeseables a quienes no podrá ser concedido un nuevo permiso, creando una especie de pena accesoria de prohibición de estancia comparable

* Italia ingresó en noviembre de 1990, y España, junto con Portugal, en junio de 1991. (Nota del coordinador).

a la que existe en el sistema americano para los que han cometido tales infracciones.

Algunas de estas medidas se evocan como simples eventualidades, pero se puede temer el exceso de celo defensivo de los servicios de policía y de los gobernantes bajo presión de sus opiniones públicas. En último término, esta evolución deberá conducir a la creación de un servicio centralizado, encargado del control de las diferentes autoridades nacionales responsables de la ejecución de las políticas comunitarias. Se evolucionará entonces hacia una autoridad europea comparable al servicio federal americano de inmigración, cuya existencia supone un ejecutivo fuerte y un control judicial adaptado. Detrás de estos procedimientos técnicos, se dibuja el tema político mayor de las relaciones entre el conjunto europeo y su entorno sur mediterráneo. Será ilusorio pensar que la barrera impermeable que inspira los procedimientos del acuerdo de Schengen pueda mantenerse mucho tiempo, especialmente por el hecho de las minorías instaladas, que desearán guardar contacto con los países de origen a través de las redes familiares. Su inserción en Europa puede realizarse mejor a partir de un interés gestionado con flexibilidad que con una ruptura con estos países.

Será, por otra parte, contradictorio, en el momento en que Europa desarrolla una filosofía de libre circulación de capitales, de mercancías y de personas, que se establezca una barrera permanente con el Sur. Pero por otra parte, la libertad de circulación engendraría tensiones que la sociedad europea no estaría en medida de gestionar sin estallidos. En consecuencia, se justificaría más pensar el porvenir en términos de filtro y regulación de los flujos que se compensarían a la vez por ayudas económicas que eviten el aumento de tensiones en las sociedades sur-mediterráneas.

El Estado providencia y las imágenes de las televisiones europeas proyectadas hoy directamente a millones de telespectadores del Magreb o de Turquía crean a la vez, una fascinación y una frustración que se traducen en un deseo de otros lugares, en una voluntad de partida que afecta sobre todo a los jóvenes. Pero las imágenes transportan también la percepción de una sociedad inaccesible que los rechaza y justifica un repliegue de identidad que favorece los movimientos islamistas. A corto plazo, esta evolución se traduce también por un nuevo éxodo de clases medias de formación moderna que no encuentran hoy su puesto en las

sociedades magrebíes. Sería ilusorio creer que se va a detener estos flujos culturales, económicos y sociales por una política de visados, de controles informatizados y de represión. Tal política puede ciertamente ralentizar y retrasar una presión de los países del sur del Mediterráneo que tiene tendencia a evolucionar hacia un éxodo de la clase media. El tiempo que se gane no será significativo más que si se acompaña de una verdadera política de transferencias económicas hacia estos países paralela a una política de inserción de las minorías, respetuosa de su doble cultura y de sus intereses. Si se contenta con ganar tiempo para calmar los miedos de las clases medias europeas, el riesgo de crear situaciones de tensiones y de violencia aquí y allá es grande.

Otra estrategia consistiría en ver en las minorías instaladas en Europa el encuadramiento de nuevos flujos migratorios que se verán reempezar sin duda en el próximo siglo, jugando el papel ambiguo y necesario que los «chicanos» de California tienen desde hace tiempo con los nuevos instalados que llegan de México.

XII

UMA-CEE: LOS EMIGRADOS MAGREBÍES ENTRE DOS ORILLAS

*Abdelkrim Belguendouz**

Si los intercambios comerciales, económicos y financieros entre los países del Magreb y la CEE están relativamente bien estudiados y son tenidos en cuenta en la práctica, no se puede decir lo mismo de los aspectos humanos y sociales, que continúan siendo marginados y hasta ocultados. De hecho, el problema clave del estatuto futuro de los trabajadores magrebíes y de sus familias sigue planteado con acuidad y constituye, desde nuestro punto de vista, la dimensión esencial del problema de fondo de las relaciones futuras entre la Unión del Magreb Árabe y la CEE, que se han limitado hasta el momento a los aspectos comerciales y financieros.

A fines de 1990, tres tipos de cuestiones preocupan tanto a los países de inmigración como a los de origen.

La primera cuestión que debe ser planteada afecta a las condiciones de acogida, trabajo y vida en general de los magrebíes que se instalan regularmente en los países de residencia en Europa. Esta comunidad, evaluada en cerca de tres millones de personas, debería poder seguir beneficiándose de los derechos que le han sido reconocidos hasta ahora sin padecer ninguna limitación o restricción. Es una cuestión de derecho, de dignidad, de justicia, de solidaridad y de civilización.

Quienes han participado en el desarrollo de las economías europeas y continúan aportando su contribución a la prosperidad de las sociedades de los países de inmigración, querrían que su dignidad sea respetada y su seguridad garantizada, y considerarían injusto que la llegada

* Universidad Mohamed V (Rabat).

del Gran Mercado Único Europeo se acompañe de nuevas limitaciones o de la puesta en entredicho del estatuto que se les debe aplicar y que exige, bien al contrario, ser mejorado.

La segunda cuestión concierne al puesto y al porvenir de lo que es comúnmente llamado inmigración «ilegal», «clandestina», «irregular», «salvaje», por no decir de salvajes según la terminología de la extrema derecha europea. Pero ¿no es, de hecho, la administración en los países de acogida la que es clandestina al cerrar los ojos al empleo irregular de esta mano de obra por las empresas, que disponen así de un seguro que les permite realizar su producción al menor costo? ¿No fue un ministro francés de Trabajo y de Asuntos Sociales quien reconocía de manera cínica en 1966 que

la inmigración clandestina no es inútil en sí misma porque ateniéndose a la aplicación estricta de la reglamentación y de los acuerdos internacionales nos faltaría (a Francia) tal vez mano de obra?

¿Acaso no declaraba algunos años antes, en 1963, Georges Pompidou, por entonces Primer Ministro francés, ante la Asamblea Nacional francesa que

la inmigración crea una cierta distensión en el mercado de trabajo y permite resistir a la presión social?

¿No asume la inmigración llamada ilegal esta misma función socio-política y socio-económica por ejemplo en España, convertido en la actualidad en país de inmigración? ¿No es más rentable para los empresarios españoles hacer trabajar de manera subterránea a los trabajadores inmigrados, entre ellos unos 60.000 marroquíes, antes que aplicarles un estatuto legal que es necesariamente más costoso? ¿No hay, pues, por parte de los poderes públicos implicados en España, cierta hipocresía en guardar silencio, en remitir *ad calendas graecas* la regularización, en invocar el argumento de «clandestinidad» mientras esta práctica conviene tanto a las empresas?

En el dominio de la inmigración no se puede, por consiguiente, proceder por omisiones, ocultaciones o denegaciones de hecho, sino que hay necesidad de debatir públicamente la cuestión, de negociar y de dia-

logar concretamente con los Estados de origen, así como con los representantes auténticos de los trabajadores que se encuentran motivados, en primer lugar, por su propia situación. Se trata de levantar el velo de la incertidumbre, de lo confuso y oscuro que permiten mantener toda una serie de ambigüedades en torno a la noción de «clandestinos» y producen un discurso truncado y reductor que oculta la dimensión de la responsabilidad de los poderes públicos y privados en los países de inmigración, así como por otra parte la de los Estados de origen proveedores de mano de obra y de *boat people*, en razón del fracaso de su política económica y social.

La tercera cuestión que afecta a los poderes públicos de ambos lados del Mediterráneo concierne al devenir de la comunidad magrebí en Europa después de 1993. ¿Qué ocurrirá, en particular, con la libre circulación, con el derecho al trabajo sin discriminación de sexo o de nacionalidad, con la igualdad de derechos sociales y sindicales, con el derecho al reagrupamiento familiar sin restricción, con la protección de la identidad cultural y nacional? ¿No se corre el riesgo de que los trabajadores originarios del Magreb, así como sus familias, se encuentren desclasados en relación con los inmigrados comunitarios?

De este modo, más allá de los aspectos económicos que son fundamentales en sí mismos, la inmigración magrebí en Europa encierra de hecho otras facetas: social, cultural, política, de civilización, diplomática, de seguridad y estratégica, que remiten a cuestiones y a desafíos mayores que señalan tanto a los Estados y sociedades europeas como a los Estados y sociedades de la otra orilla del Mediterráneo.

Del lado magrebí y tras un largo período de práctica de la política del avestruz, comienza a preocupar colectivamente y a plantearse el problema, como se hizo el 12 de noviembre de 1990 en Bruselas, aun cuando el almuerzo de trabajo que reagrupaba a los cinco ministros de Asuntos Exteriores de la UMA y sus homólogos de los doce de la CEE fue un encuentro informal sin orden del día preciso y sin que concluyera con una declaración común.

Por el contrario, sólo puede sorprender la negativa de la CEE a practicar el diálogo concreto que permitiría la *institucionalización de un grupo de trabajo UMA-CEE sobre la cuestión de las migraciones*. Este grupo podría concretizar —si existe voluntad política europea— un *pacto* o una *carta social* entre los dos conjuntos que garantizaran los derechos de los trabajadores magrebíes y de sus familias en Europa.

Tras la Conferencia de París sobre «Cooperación y Seguridad en Europa» y cuando se habla de un «Helsinki mediterráneo», puede parecer un menosprecio a los Derechos del Hombre más elementales continuar invocando, como hacen los europeos, la ausencia de competencia comunitaria en materia de inmigración procedente de terceros países para no reconocer a los magrebíes sus derechos, o bien no invocar o no justificar esta competencia comunitaria más que por razones de seguridad o con un objetivo asimilacionista, como proponen determinados autores.

También por parte de los estados magrebíes debe ser tomado cierto número de decisiones, así como asumir una gestión común en el marco de la UMA a fin de afrontar estos desafíos. Querríamos identificar a continuación algunos ámbitos de acción.

TRATO DE LOS EMIGRADOS COMO PLENOS CIUDADANOS MAGREBÍES

En lo referente al medio asociativo, conviene ciertamente coordinar las actividades de las estructuras de encuadramiento de los emigrados existentes, democratizándolas y volviéndolas dignas de crédito, al mismo tiempo que debe institucionalizarse la apertura hacia las asociaciones realmente independientes de magrebíes en Europa si se quiere una participación activa de toda la población magrebí afectada. Es preciso, pues, tratar a todas las asociaciones con igualdad, aumentar y compartir equitativamente las subvenciones entre las diferentes estructuras magrebíes en el extranjero. Las «Amicales» no son y no pueden ser los únicos portavoces de cara a las autoridades de los países de acogida o de los países de origen. Carentes de representatividad y de credibilidad dan, por el contrario, pretexto a las instituciones europeas para no asociar a los emigrados magrebíes en la toma de decisiones que les conciernen, así como para no tener en cuenta sus expectativas. Si los representantes de los emigrados deben formular un programa, deben ser autónomos, establecerlo en su propio lenguaje, según su propia manera de pensar y de actuar, lo que no suele coincidir con las de ciertos cónsules, diplomáticos u otros agentes en las representaciones magrebíes en el extranjero.

Mientras la autonomía real en relación con las autoridades consulares no sea reconocida, toda renovación de antiguas estructuras que

mezclen nuevo y viejo no irá lejos, como ha demostrado la experiencia. Refiriéndonos a la actitud de ciertos responsables, no se puede a escala interna de los países del Magreb, preconizar o incluso aplicar el pluralismo y al mismo tiempo, comportarse hacia la comunidad emigrada con mentalidad de partido único. Los conceptos de coparticipación, de responsabilización, etc..., son conceptos de futuro. El concepto de tutela debería evocar más bien al pasado.

Se trata, pues, de implicar de la manera más amplia posible a los mismos interesados en la definición de orientaciones, en el establecimiento de las opciones en materia de política migratoria, fundándolas en la atención real a las preocupaciones de las comunidades magrebíes en el extranjero, lo que exige una voluntad efectiva de escucha a fin de tomar la medida real de las aspiraciones de los magrebíes en el extranjero con vistas a responderlas de manera concreta. Ello supone igualmente que los diputados de la emigración en el Parlamento marroquí sean elegidos de manera honesta, que el derecho de representación a los inmigrantes argelinos en la Asamblea Popular Argelina sea reconocido y que el Alto Consejo de los Tunecinos en el extranjero no tenga sólo un poder consultivo, sino decisorio.

DEFENDER COLECTIVAMENTE LOS INTERESES DE LA COMUNIDAD MAGREBÍ EMIGRADA

La fórmula que parece más adecuada es defender colectivamente los intereses de la comunidad magrebí en los países de inmigración en lugar de negociar separadamente o de intervenir de manera aislada. Así ha ocurrido, por ejemplo, con la iniciativa de protesta colectiva de los países de la UMA ante el gobierno francés en contra de los atentados racistas que han costado la vida a magrebíes en Francia en 1990¹.

Sería deseable igualmente que, de cara a la instauración de visados por los países europeos para los súbditos magrebíes —el anillo se cierra con España en mayo de 1991—, los países de la UMA superen su micro-nacionalismo para hacer un frente común, adoptando todos la recíproca de cara a los países europeos, como ha hecho Argelia. El cebo

¹ El rebrote de la extrema derecha se extiende desgraciadamente por toda Europa a pesar de una amplia corriente contraria a la xenofobia.

de las rentas turísticas, incluso pese a las dificultades financieras que conocen los países del Magreb en general, no debería ser, en efecto, una excusa para la división.

En espera de discutir globalmente con la CEE el estatuto de la Comunidad Magrebí en Europa, las negociaciones al nivel de cada país europeo implicado, necesitan igualmente un análisis detallado de las legislaciones en vigor y un estudio comparado de los textos y convenios que rigen las relaciones entre el país de inmigración y los países magrebíes, así como los demás países de emigración, a fin de exigir la observación de los artículos protectores en los convenios existentes, de identificar lo más ventajoso y adoptar una posición común en consecuencia. Esta podría desembocar, por ejemplo, en la conclusión de nuevos acuerdos o en la ratificación de convenios multilaterales existentes para reforzar la posición jurídica de los magrebíes en Europa.

Otra manera de ampliar esta protección es el apoyo de las organizaciones de inmigrantes o a los magrebíes de manera individual en contra de la violación de los derechos acordados por la Convención Europea de Derechos del Hombre, el Pacto Internacional de las Naciones Unidas relativo a los derechos civiles y políticos o la Convención de las Naciones Unidas para la eliminación de todas las formas de discriminación racial. Incluso si ciertos países como Marruecos no han aceptado hasta el momento —lo que es lamentable— la denuncia individual de las dos últimas convenciones, nada impide a los magrebíes servirse de la denuncia individual contra las violaciones de estas convenciones por los estados que han aceptado esta denuncia individual, tales como Francia, Países Bajos, Italia, Dinamarca...

Para hacer esto, es necesario en particular establecer una cooperación con las asociaciones humanitarias de los países de inmigración, con los movimientos democráticos, con las Asociaciones de Derechos del Hombre...

PROTEGER LA IDENTIDAD CULTURAL ÁRABO-MUSULMANA DE LA SEGUNDA GENERACIÓN

La protección de la identidad árabo-musulmana de la inmigración magrebí en Europa, sobre todo al nivel de los jóvenes de la segunda y tercera generación, es una urgencia. A este propósito no se debería dis-

cutir el derecho (que es al mismo tiempo un deber) de los Estados de origen a interesarse de cerca por tres tipos de cuestiones fundamentales que atañen a los magrebíes en Europa y que estos últimos transforman hoy en tres aspiraciones:

- las relaciones con la sociedad de acogida (y la sociedad de origen) y las dos componentes esenciales de la identidad cultural magrebí;
- el estatuto de la lengua árabe;
- el lugar del Islam.

«Déjesenos gestionar solos a nuestras comunidades de origen magrebí», lanzaba en un coloquio universitario en Granada (5-10 de febrero de 1990) Jacques Huntzinger, encargado del proyecto Mediterráneo Occidental por el Quai d'Orsay en París. De hecho, eso quiere decir que la cuestión de los emigrantes en Europa no tiene nada que ver con los países de origen llamados desde ahora por muchos autores «países de origen de los padres», «país de procedencia de los padres», queriendo marcar así una distanciación nítida y una ruptura entre los magrebíes en Europa y sus países de origen.

Sin embargo, las preocupaciones de los estados de origen no suponen ni una tutela ni una manipulación política o ideológica, ni una ingerencia en los asuntos interiores de los países de inmigración. No se puede seguir por ello al sociólogo Mohamed Hamadi Bekouchi, que estima que la fidelidad de los musulmanes en Francia al país de origen constituye una corriente exógena que viene a veces a perturbar un cierto equilibrio o la adaptación de las personas concernidas a través de compromisos provisionales, sobre todo a nivel local:

Esta búsqueda de compromiso, de arreglos, es tanto más necesaria cuanto que conviene evitar automáticamente a esta comunidad el recurso al país amplio. Ilustraciones recientes muestran que las construcciones de mezquitas, la formación y nombramiento de imames, se negocian con los estados extranjeros. ¿No se arriesga, pues, si persisten este tipo de prácticas, que se evolucione poco a poco hacia un «protectorado cultural» de estas nuevas minorías francesas? ¿No se corre el riesgo de admitir en este dominio, como en el de la enseñanza lingüística, formas de soberanía residual?².

² Cfr. Bekouchi, «Islam: deuxième religion en France», en *Le Matin du Sahara et du Maghreb*, 1 de abril de 1990, p. 10.

De ahí a preconizar la denuncia de acuerdos culturales concluidos con los estados de origen como Marruecos, hay sólo un paso que no dudan algunos en dar, tal como el presidente del Consejo consultivo de Bruselas, que reprocha al ministro belga de Educación Nacional haber

negociado con los países de origen la enseñanza de la religión, sin tener del todo en cuenta lo que podía representar este nuevo lazo de dependencia de cara a los países de origen y el mantenimiento de una opción teocrática muy contraria al estatuto constitucional de la religión en general en el Estado belga³.

Según nuestro punto de vista, estos acuerdos deberían ser, por el contrario, reforzados entre los países magrebíes concernidos y cada país de inmigración, incluido España, en el que deberían establecerse centros culturales magrebíes.

POR UN ESTATUTO DE LA LENGUA ÁRABE EN EUROPA

La presente situación exige la adopción de un programa común de enseñanza de la lengua árabe para la emigración magrebí en Europa, sobre todo dada la ausencia de métodos adecuados de enseñanza de esta lengua, la inadaptación de programas, la ausencia de control pedagógico, la inexistencia de material didáctico y la falta de cualificación de los profesores, cuyo número es, por otra parte, poco elevado.

Una estrategia magrebí de consolidación y de difusión de la lengua árabe en el seno de la inmigración magrebí en Europa y, en particular, para los jóvenes, deberá articularse especialmente en torno a los siguientes puntos:

— Obtención inmediata en las instituciones escolares de Francia; que la enseñanza del árabe se integre en los horarios y programas de todas los centros, dejando de ser facultativo. Para Bélgica, negociación con los responsables del reforzamiento del horario impartido en árabe dentro del marco de la generalización de la enseñanza integrada; un acuerdo específico deberá suscribirse con España.

³ Ver «Vivre ensemble: Immigrés, qui dit non a qui?», en *La Pensée et les Hommes*, Bruselas, 1987.

— Preparación de profesores cualificados que podrían formarse a escala magrebí.

— Revisión de los programas en vigor.

— Dotación al profesorado de métodos audio-visuales acelerados y motivadores para el alumno, así como de otros instrumentos didácticos necesarios.

— Elaboración a nivel magrebí de manuales adaptados.

— Fomento de la constitución de asociaciones magrebíes de padres de alumnos.

— Reforzamiento del cuerpo de profesores.

En todos estos aspectos es posible una cooperación magrebí. A título de ejemplo, la puesta en común de las estructuras existentes y los medios necesarios para hacerlas utilizables para el conjunto, así como rentabilizarlas: clases comunes, mismos profesores, material pedagógico y didáctico. Esta coordinación no es contradictoria con la que debería hacerse a escala bilateral (Marruecos-Argelia, Marruecos-Túnez, Argelia-Mauritania...) y cuya reflexión ha comenzado a fines de 1989 en Argel en el marco de la Gran Comisión mixta argelo-marroquí que ha proseguido en Rabat en noviembre de 1990.

Pero la cuestión de la lengua no es simplemente una cuestión técnica, de método de aprendizaje, de horario de cursos, sino una cuestión eminentemente política, de relaciones de estado a estado, por lo que es urgente que los países magrebíes la planteen a los países europeos de inmigración de una manera colectiva y coordinada. La cuestión de la enseñanza del árabe es un problema de estatuto. El árabe corresponde en Europa al estatuto de la comunidad magrebí y árabe en general, es decir, a una minoría marginada. Es preciso, pues, que cese el estatuto del árabe en tercer lugar y del árabe paralelo. He ahí por qué el árabe debería ser tratado como todas las lenguas, con un programa y la comunidad magrebí en Europa tiene derecho al reconocimiento, a la vez, de la lengua y su cultura, lo que remite incluso a la necesidad de concluir acuerdos nuevos sobre la protección de la identidad cultural.

Hay que acordar igualmente una atención particular al problema de la reinserción pedagógica⁴, previendo estructuras adecuadas a es-

⁴ Para aquellos cuyos padres retornan a los países del Magreb de manera voluntaria.

cala magrebí y coordinando su establecimiento. Eso engloba la homologación de su educación primaria en Europa, la inclusión en el programa de trabajo de los establecimientos escolares de diversas componentes didácticas y pedagógicas de esta reinserción en particular: la acogida de alumnos, el trabajo con los padres, la introducción de los niños en su medio, la preparación a escala magrebí, en tanto que sea posible, del cuerpo de profesores, la planificación y la realización de la asistencia didáctica teniendo en cuenta formas pedagógicas.

Pero evidentemente, eso supone que al nivel de cada país de origen se han de emprender los esfuerzos necesarios y reunir los medios humanos y materiales, incluso si puede pensarse que la enseñanza de la lengua árabe en Europa debería ser asegurada por los países de inmigración y no por los magrebíes.

PROTEGER LA IDENTIDAD NACIONAL DE LOS EMIGRADOS

Si hay un peligro real que acecha en particular a los jóvenes magrebíes en Europa es, sin duda, la pérdida de su identidad nacional, además de su identidad cultural árabo-musulmana. Se trata, pues, para los estados magrebíes, de asegurar la protección de la identidad nacional de los jóvenes magrebíes de la «segunda generación» que los estados europeos quieren asimilar, sobre todo por razones demográficas, dado el envejecimiento de su población como consecuencia del declive demográfico. Esta cuestión de la protección de la identidad nacional es de la mayor importancia, y constituye para los magrebíes un asunto político y social.

He ahí por qué sería muy deseable que los países magrebíes profundizaran la reflexión para adoptar en tanto que fuese posible, una actitud común en el sentido de la salvaguarda de la identidad de los jóvenes magrebíes. Ciertamente, se trata de dejar la libre elección a los interesados y a sus padres (sobre todo para los muy jóvenes), pero ¿no debería ser respetada la pertenencia nacional de los emigrados magrebíes por los estados europeos? Si la solución de la integración-asimilación tal y como es preconizada es una solución generosa, «abierta» y «humanista», ¿esta actitud no menosprecia la existencia de estados de origen y sociedades de origen?

Aquí también es preciso que todos los estados magrebíes tomen seriamente sus responsabilidades a nivel interno y en sus relaciones con los países de inmigración, reuniendo las condiciones para que la elección de los jóvenes y de sus padres pueda ejercerse realmente.

HACERSE CARGO DE LOS RETORNOS

En cuanto al retorno al país de origen, tanto para los padres como para los jóvenes, no debe ser forzado sino voluntario, y todo repatriamiento debe ir acompañado de una ayuda adecuada y de una concertación con los estados y los sindicatos de los países concernidos.

En este dominio, importa ante todo que la decisión de optar por una u otra de estas soluciones (quedarse en el país de acogida o volver al país de origen) resulte una opción individual que proceda de una libre elección. Esta exigencia conduce a proscribir toda medida forzosa que fuese ejercida bien sobre el trabajador o sobre sus hijos o su familia, y que cuestionase los derechos adquiridos o en vías de adquisición en el país de empleo.

Se ha señalado a este respecto que la libre elección no existe en realidad más que si los países de empleo llevan efectivamente una política adecuada en favor de los trabajadores emigrantes y de sus familias, creando así las condiciones de seguridad, de residencia y de empleo que hagan posible toda decisión en cuanto a su porvenir y en particular en cuanto al porvenir de sus hijos.

Es preciso igualmente que se entable en los países de origen, en particular en los del Magreb, una reflexión para el establecimiento de dispositivos de reinserción (para los que lo deseen voluntariamente) en el dominio económico, social y educativo, pero ello supone que las autoridades de los países de origen no consideren la reinserción como tema tabú.

Una vez más hay que insistir en que el retorno debe ser voluntario y no forzado, pero para que la libre elección pueda ejercerse, ¿no deberían los estados de origen reunir las condiciones de un mínimo de seguridad y de estabilidad para los emigrados, ofreciéndoles garantías concretas para el retorno (alojamiento, empleo, salarios decentes, cobertura social, escolarización para los niños, etc.) y no incitar a sus súbditos a quedar del otro lado del Mediterráneo desanimándoles para el retorno?

He ahí por qué estimamos que una de las recomendaciones recordadas por el comité ministerial de Empleo y de Asuntos Sociales el 12 de mayo de 1990 en Túnez, y que plantea en cierta manera los principios y las bases de la cuestión del retorno, no aborde más que un aspecto, el de las obligaciones de los estados europeos e igualmente las de los países magrebíes.

No basta, en efecto, con

oponerse a todas las medidas que tiendan a un retorno no organizado hacia los países de origen procurando que el retorno esté basado sobre los principios siguientes: voluntariado; acuerdo previo de los países de origen; tener en cuenta los intereses y posibilidades de los países de origen en el dominio de la reinserción y participación de los países europeos en el dominio de la reinserción de los emigrados en el dominio económico.

Es preciso, además, que se declare al mismo tiempo por los estados magrebíes su voluntad política de hacerse cargo de los retornos y emprender, concretamente, todo lo necesario en el dominio económico, social y educativo para que pueda ejercerse realmente la libre elección de los emigrados y de sus familias, lo que supone por supuesto la adopción de una nueva política económica y social en todos los países del Magreb.

Se escucha cada vez más por aquí y allá en el Magreb a quienes dicen que los jóvenes y sus padres deben quedarse allí donde están en Europa. ¿Por qué habrían de volver? Este género de discurso refleja, por un lado, la incapacidad de nuestros países para hacerse cargo de sus súbditos, pero traduce además una forma de dimisión colectiva, de renuncia a la reflexión, a la acción práctica y al encuentro a escala interior de una solución a nuestros problemas.

Tras haber exportado trabajadores en los años sesenta y setenta para contar con más divisas y menos parados, ¿se va a contribuir en los años noventa a hacer de sus hijos marroquíes al menos, argelinos, tunecinos, mauritanos al menos?

XIII

LA FORTALEZA EUROPEA Y LAS CONSECUENCIAS DE LA RELACIÓN MIGRATORIA ENTRE ESPAÑA Y EL MAGREB

*Paolo de Mas**

El año 1492 es una fecha crítica en la historia de los pueblos que, de una manera u otra, han estado directamente ligados e íntimamente mezclados con España. Un año en el que la coexistencia entre las tres comunidades de cristianos, musulmanes y judíos, de más de siete siglos, se vió profundamente modificada. Este estallido de la sociedad ibérica y la expulsión masiva a que dio origen, tuvo considerables consecuencias. Entre otras, una partida en masa hacia el Magreb por parte de los musulmanes y una emigración concomitante de judíos sefardíes hacia el Magreb (sobre todo Marruecos) y los países noroccidentales de Europa. En este marco, las relaciones entre España y el Magreb, y más en general entre España y Europa occidental, cambiaron profundamente.

El año 1992 y los cambios que tendrán lugar a partir de esta fecha en Europa evocarán igualmente repercusiones sobre los movimientos migratorios en Europa en general y las relaciones entre España y el Magreb en particular. A primera vista, la Europa de 1992 ofrece la perspectiva de la formación de un Mercado Único Interior y de un territorio sin control en las fronteras interiores. Pero sobre el telón de fondo de una situación internacional atormentada, la dimensión migratoria aparece como fuente de inquietudes y profundas preocupaciones no

* Institut voor Sociale Geografie, Universidad de Amsterdam. Este trabajo se basa en una conferencia pública titulada «La política de migraciones europea y las consecuencias para los emigrantes marroquíes», de C. Groenendijk, con ocasión de la apertura del Tercer Encuentro Universitario Maroco-Neerlandés, 12-16 de marzo de 1990, Rabat-Marrakech. El autor quiere agradecer a V. Mamadou por su contribución a la redacción del texto, originariamente en francés.

sólo en la relación entre las dos orillas mediterráneas, sino también en los confines occidentales de Europa. Poco después de que el muro de Berlín se derrumbase, existe el riesgo de que se construya un muro semejante en torno a la Europa de los años venideros. Se constata que la CEE, incluida su componente latina, ha esbozado una política de cerrojos en las fronteras y de instauración de visados para los súbditos de un gran número de terceros estados. Bajo presión de la Comunidad y por su propia voluntad, España, Italia y, en menor grado, Grecia, estarán obligadas a jugar el papel de «gendarmes de Europa».

Este trabajo pretende describir las medidas en preparación para un control eficaz de los flujos migratorios tanto en el interior de los países europeos como en las fronteras exteriores de la Comunidad. Ello forma el telón de fondo para las relaciones migratorias entre España y el Magreb que constituyen el tema específico de esta contribución.

BREVE REPASO DE LA POLÍTICA MIGRATORIA EUROPEA

Las tentativas de los gobiernos europeos de posguerra para dirigir las migraciones se pueden dividir en cuatro períodos:

— Un primer período de 1945 a 1955: Esta etapa se caracteriza por la lucha contra el caos económico y humano resultante de la segunda guerra mundial, por un período de reconstrucción y por un nacionalismo de posguerra muy pronunciado. Por consiguiente, el control de las fronteras interiores era muy estricto y se exigía para cada paso fronterizo un visado.

— El segundo período, de 1955 a 1973, está marcado, por una parte, por el relanzamiento de la economía y, por otra, por la Guerra Fría. La circulación y la migración de trabajadores fueron liberalizadas en los tres países del Benelux (Bélgica, Países Bajos y Luxemburgo), en los países de la OESO y en los países del Mercado Común. Éste conoció desde 1968 la libre circulación de trabajadores procedentes de los países miembros. A partir de los años sesenta, la demanda de mano de obra en los países industrializados llevó a la abrogación de los visados y durante este período numerosos trabajadores procedentes de la cuenca mediterránea partieron para la Europa occidental. Primero, la mano de obra provenía de la orilla norte del Mediterráneo (Italia, España-Portugal, Yugoslavia) y más tarde de la orilla sur y de Turquía. Para Fran-

cia, el flujo migratorio procedente del Magreb fue continuamente el más importante.

— El tercer período (1973-1985) comienza con la primera crisis petrolera y marca el fin del reclutamiento de mano de obra originaria del exterior de Europa. Al mismo tiempo, el reagrupamiento familiar toma el relevo. La política de emigración cambia de carácter. Por una parte, se constata una liberalización progresiva de la migración en el interior de la Europa del oeste, entre otras razones por la extensión progresiva del número de países miembros de la Comunidad de seis a doce. Por otra parte, especialmente a partir de la crisis económica de comienzo de los ochenta, se inicia una política cada vez más restrictiva para los nuevos inmigrantes procedentes de fuera del Mercado Común. Progresivamente, estas restricciones conciernen en primer lugar a los nuevos trabajadores inmigrantes, después a los inmigrados en el marco del reagrupamiento familiar, y finalmente a los que piden asilo procedentes del Tercer Mundo.

— El cuarto período se inicia en 1985, cuando se toma la decisión de abolir el control de las fronteras internas de la Comunidad y de llevar a cabo la realización del mercado interno europeo en 1992. Se prosigue la política del tercer período: se crea más libertad de circulación en el interior del Mercado Común restringiendo cada vez más la inmigración de terceros países.

LA CONSTRUCCIÓN DE LA FORTALEZA EUROPA

En la actualidad, diversas instancias deliberan y concluyen acuerdos en el plano de la abolición del control de las personas en las fronteras interiores. El tema central de estas deliberaciones es la toma de medidas en contra de la inmigración externa considerada como no deseable, que podrá producirse tras esta abolición. Dichas deliberaciones se desarrollan en tres foros:

a) En primer lugar «el grupo de Schengen» (Francia, Alemania Federal, Bélgica, Luxemburgo y Países Bajos). Estos cinco países concluyeron el 14 de junio de 1985 un acuerdo en la ciudad luxemburguesa de Schengen. El objetivo final, inicialmente formulado, pretendía la abrogación total del control en las fronteras internas del territorio de los países de Schengen a partir del año 1990. Sin embargo, la firma del

Acuerdo Complementario, previsto para el 15 de diciembre de 1989, fue aplazado a causa del desmoronamiento del muro de Berlín y en razón de las conmociones en la RDA. Concretamente: por la abolición inesperada del control en la frontera entre las dos Alemanias. El 19 de junio de 1990 se firmó el Acuerdo Complementario, en el cual se estipulaba que el territorio de la antigua RDA forma parte integrante del «territorio Schengen».

En este marco, otros acuerdos se encuentran en elaboración por los cinco países de Schengen. Especialmente en los dominios de la cooperación policial y de los organismos judiciales para el combate contra la criminalidad, el tráfico de droga, el terrorismo y la inmigración ilegal. Pero hará falta aún tiempo para que el último aduanero desaparezca de manera efectiva en las fronteras interiores de los países de Schengen.

b) Los doce países miembros del Mercado Común deliberan a su vez sobre la abolición del control de fronteras internas en el grupo de consulta TREVI (Terrorismo, Radicalismo, Extremismo y Violencia) que reúne a algunos ministros europeos responsables de las migraciones en el «Grupo *ad hoc* de Inmigración». Dos veces por año, los ministros de Justicia e Interior se encuentran para discutir las mismas cuestiones que los cinco de Schengen. Por parte de los países magrebíes, el ministro marroquí de Interior e Información ha tomado parte por primera vez en las deliberaciones de TREVI en Munich en junio de 1988.

c) Con posterioridad, la Comisión de la Comunidad Europea ha remitido en 1985 y 1988 un proyecto (*White Paper*) al Consejo de Europa para una nueva legislación relativa a la emigración en el interior del Mercado Común. Hasta el presente, las proposiciones de la Comisión no conciernen más que a la libertad de migración y demás derechos de los ciudadanos del Mercado Común. En lo que respecta a la posición jurídica de los inmigrantes de los países no miembros del Mercado Común, sólo se está de acuerdo en la obligación de los países miembros a intercambiar información y consultarse en lo relativo al tema de los intercambios de legislaciones de extranjeros y sus políticas de emigración respectivas. En este momento existen diferentes puntos de vista entre la Comisión y ciertos países miembros en lo que se refiere a la competencia de la Comisión en materia de la legislación que afecta a los ciudadanos de terceros países. Para no poner en peligro la fecha mágica del primero de enero de 1993, en la que deberá nacer el

Mercado Único Común, la Comisión ha dejado la iniciativa en este dominio a los países miembros.

A pesar de las diferencias que conciernen a las tareas, métodos y competencias, estos tres foros muestran algunas características comunes.

Es interesante señalar que casi todas las deliberaciones multilaterales y las preparaciones se hacen a puerta cerrada. A causa del secreto, es difícil discernir qué medidas se preparan y a qué punto se ha llegado. Hasta ahora, los ciudadanos europeos no han tenido posibilidades de influir en este proceso de consulta. Que sepamos, en los países miembros del Mercado Común dichas negociaciones no han sido objeto de un debate parlamentario propiamente dicho, con excepción de los Países Bajos. Deduciendo las funciones de los funcionarios que participan en las deliberaciones, se puede constatar que hasta el presente los representantes de la policía, de la justicia y de los servicios de seguridad de los países miembros tienen acceso directo a las deliberaciones. Los funcionarios responsables de las políticas de carácter social y económico relativas a los inmigrados que viven en los países miembros no participan en estos encuentros a puerta cerrada. Por consiguiente, el acento se pone en estos encuentros sobre el control y encuadramiento de los flujos migratorios y en la elaboración de los instrumentos de control considerados necesarios. Nos limitaremos al análisis de cuatro, siendo los dos primeros y más importantes los que componen los elementos centrales e interdependientes en el acuerdo de Schengen.

Una política de visados armónica

Se trata de un eufemismo para la introducción de un sistema de visados para toda una serie de países. Los cinco de Schengen han configurado tres listas de países. La primera, la negativa, contiene un gran número de países. Según el comunicado emitido sobre este tema por parte del Primer Ministro danés, se trata de países «cuyos súbditos causarán problemas a los países miembros y para los cuales hay un acuerdo sobre la obligación del visado». Tras una reunión del Grupo de Inmigración en el mes de mayo de 1989 en Madrid, la lista negativa alcanzaba a 59 países. La elaborada por los cinco países de Schengen contaba en ese momento 115 países. Casi todos los países africanos y asiáticos figuraban en ella, con la excepción de aquellos en plena vía de

desarrollo económico como Japón, Corea del Sur y Taiwan. En mayo de 1989 todos los países del bloque del Este, con excepción de Yugoslavia, figuraban en la lista.

De otro lado existía una lista «positiva» pero breve de los países «con los que existen relaciones cordiales y cuyos súbditos no provocan problemas a los países miembros, de lo que se desprende la dispensa de visado», según explica el comunicado antes citado. Esta lista jamás ha sido publicada, pero es muy probable que todos los países miembros del Consejo de Europa (con excepción de Turquía) figuren en ella, así como Japón, Canadá y Australia.

La tercera lista es la de los países cuya suerte no está aún clara. A nivel de los Doce, esta lista contiene sesenta países. Es muy probable que la mayor parte de ellos figuren finalmente en la lista «negativa» de los cinco de Schengen. Irónicamente, los Estados Unidos figuraban en esta última lista de carácter ambiguo. La razón era que los Estados Unidos exigían visado para los ciudadanos de los países de Schengen. La decisión en junio de 1989 de abolir esta obligación para los alemanes, franceses y holandeses contribuirá ciertamente a la «promoción» de los Estados Unidos a la lista considerada «positiva».

Esta política prevista de visados corre el riesgo de dividir el mundo en dos. A groso modo, de una parte están los países ricos y en su mayor parte blancos y cristianos, cuyos súbditos son libres de viajar por Europa sin visado. De otra están los países pobres, caracterizados por una población no cristiana y de color. Tendrán necesidad de un visado y cada vez más dificultades para entrar en Europa. Por supuesto se trata de una dicotomía de connotación racista, dado que en los pasillos de los foros antedichos se habla comunmente de «países blancos» y «de color». En cualquier caso esta dicotomía planteará problemas en el sentido de que no se puede considerar precisamente a los Estados Unidos o el Japón como países «no de color» y cristianos. Un problema especial se plantea por los lazos especiales o privilegiados que muchos países europeos mantienen con países de fuera de Europa, a menudo antiguas colonias o protectorados. Como en el caso de España con los países de América Latina.

Examinándolo a fondo, el criterio decisivo o discriminatorio parece ser el nivel de desarrollo económico de un país, que corresponde más o menos con la mayor parte de los países del Tercer Mundo. Sería interesante seguir qué decisión se tomará en lo que concierne a los países

de la Europa del Este, originalmente incluidos en la lista negativa y que, pueden ser considerados en la actualidad, desde el punto de vista económico, como virtualmente en vías de desarrollo. En esta óptica, los casos de África del Sur y de los países latino-americanos se presentan como interesantes.

Esta política común de visados corre también el riesgo de hacerse rígida e intransigente, volviendo la liberalización muy complicada. Ninguno de los países europeos concernidos podrá abolir la obligación de visado sin consentimiento de sus socios comunitarios. De hecho, cada país miembro tendrá el derecho de veto en contra de la abolición de los visados. Por el contrario, cada país podrá en la práctica introducir una nueva obligación de visado para países terceros. En este sentido, Francia ha actuado con rapidez después del fracaso de la firma del Acuerdo Suplementario en diciembre de 1989, exigiendo visado a todos los países del mundo, con excepción del Mercado Común y Suiza.

La más estricta vigilancia en las fronteras exteriores

En este dominio, que es considerado condición *sine qua non* para la liberación interior, se encuentra en preparación una panoplia de medidas:

- Aumento de la policía de fronteras, en parte mediante el desplazamiento de los efectivos de las fronteras interiores hacia las exteriores.

- Un control más estricto de las personas que proceden del exterior del Mercado Común.

- Rechazo obligatorio de los extranjeros que no cumplen todas las condiciones para la entrada (pasaporte con el visado, medios financieros suficientes, no estar señalado por el Sistema de Información de Schengen, no constituir riesgo para el orden público o para las relaciones internacionales de los países concernidos).

- Unificación y estandarización de todos los controles nacionales en lo que respecta al rechazo de un país individual.

Sistema de Información de Schengen (SIS)

El Grupo de Schengen prepara la introducción de un sistema automatizado con terminales en todos los puestos fronterizos en el que

figurarán, entre otros, todos los extranjeros y súbditos nacionales, tanto los indeseables en uno de los países miembros como los perseguidos por la policía, así como los que piden asilo. Se prevé introducir en el SIS los datos de casi ochocientas mil personas. De hecho, gran parte de los registros judiciales nacionales de los países afectados formará parte del banco de datos de este nuevo sistema. Además, se instalarán terminales para la policía nacional en el interior del país.

El objetivo final es ofrecer a los que piden asilo una única oportunidad en Europa

Se han elaborado reglas para indicar los países denominados «responsables» del procedimiento de petición de asilo, por lo general aquellos en los que se ha hecho la primera demanda oficial. Los demás podrán, en su caso, rechazar a un demandante de asilo, teniendo el derecho de rechazar a estas personas hacia el país «responsable». Contrariamente, el derecho material relativo al asilo no será armonizado, ni se prescribirán garantías para el procedimiento de asilo. La reglamentación que concierne a la indicación del país responsable reforzará la tendencia a rechazar visados a los demandantes de asilo potenciales y, de una manera informal, a aquellos en la frontera, ya que un simple sello en el pasaporte o una aceptación de petición de asilo podrá convertir a un país en «responsable». Con toda evidencia, esta tendencia se manifestará sobre todo en los países que constituyan la frontera exterior de la Comunidad Europea, en su caso, la orilla norte del Mediterráneo ¹.

REPERCUSIONES MIGRATORIAS

La abolición, en principio, del control interior podría acarrear ventajas tanto para los ciudadanos del Mercado Común como para los ocho millones de inmigrados legales que provienen de los países del

¹ R. Fernhout, «Schengen and the Internal Market: An Area without Internal Frontiers. —Also without Refugees?», *Internationale Spectator*, vol. 44, núm. 11 (noviembre 1990), pp. 683-689.

exterior, entre ellos especialmente los magrebíes. Todo ello podría reforzar su posición jurídica en el mercado de trabajo. Citamos a título de ilustración:

- la dispensa de la obligación de visado para los países del Mercado Común para toda persona con un título de residencia legal;

- la libre circulación por Europa para la misma categoría de personas;

- los inmigrados de terceros países recibirán en los países europeos en los que se establezcan los mismos derechos y el mismo tratamiento que los ciudadanos del Mercado Común;

- el derecho de búsqueda de trabajo en los demás países miembros se concederá a los inmigrantes permanentes con un documento de residencia.

Si en principio podría pensarse que el panorama puede mejorarse, la realidad de los hechos contradice esta visión optimista y la práctica se orienta hacia una tendencia a la abolición de las fronteras interiores y el reforzamiento simultáneo de los controles en las fronteras exteriores. A nivel europeo, esta política comunitaria en gestación no es más que una estrategia de defensa, de encerramiento, de ensimismamiento y de exclusión. En el interior no existe tendencia a tomar medidas favorables a los inmigrantes que provienen de terceros países. La práctica nos muestra que a nivel europeo se toman con más rapidez medidas de consecuencias negativas para los inmigrantes que las que se refieren a su admisión. Parece que la autorización de medidas defensivas se hace por procedimientos rápidos y que estas medidas se aplican desde el momento en que se alcanza un consenso. A título de ejemplo, la decisión de aumentar el número de países sometidos a la obligación del visado y el intercambio de información sobre los inmigrantes indeseables son medidas que, sin discusión pública previa, se aplican ya, antes de que tengan una base legal en tratados o convenciones.

A pesar de las declaraciones tranquilizadoras acerca de que el Gran Mercado de 1992 será una «Europa socio» y no una «Europa fortaleza», Europa expresa una actitud de repliegue y de rechazo. Lo que va a ocurrir sin demora es que Europa se cerrará cada vez más a sus regiones vecinas: los países del Magreb y del Oriente Medio. En lo que atañe a la apertura hacia la Europa del Este, aún hay demasiada incertidumbre. En 1989, 1,3 millones de emigrantes procedentes de la Eu-

ropa del Este se han instalado en otros lugares². Entre ellos, 720.000 alemanes-étnicos (*Deutschstammigen*) procedentes de la Unión Soviética, Polonia, Rumanía y la Alemania Democrática, que se han instalado en Alemania Federal. La primera mitad de 1990 muestra un flujo de 220.000 alemanes-étnicos, exceptuando la migración de los alemanes del Este hacia el Oeste, considerada ahora migración interna. En general, no se prevé una partida masiva de la Europa del Este hacia la Occidental. La migración polaca, checa y húngara mantiene su carácter temporal (estacional) y circular o se dirige a los Estados Unidos, Canadá y Australia. La migración de los judíos de la Unión Soviética se orienta sobre todo a Israel y Estados Unidos. En la actualidad, los países de la Europa Central y Yugoslavia favorecen acuerdos de mano de obra bilaterales. Ateniéndose a la actualidad inmediata, si la situación en la Europa del Este, Unión Soviética y los Balkanes se deteriora, tanto en razón de la agudización de los problemas económicos o como consecuencia de la reproducción de confrontaciones de carácter étnico, Europa proseguirá una política más restrictiva con los países afectados. Algunos países europeos ya han decidido no tomar en consideración demandas de asilo político que provengan de los países del Este.

La situación de una demografía estancada en los países de la Europa occidental crea a largo término una penuria de mano de obra, sobre todo cualificada y preparada en sectores específicos. Gracias al desarrollo económico sostenido, sólo Alemania tendrá necesidad de más de dos millones de obreros especializados y cualificados. La mayor parte de ellos vendrá probablemente de los países del Este. Se trata de un mercado de trabajo regular y legal. Países como Alemania, Países Bajos, Inglaterra y Dinamarca cuentan con un mercado de trabajo muy reglamentado que impide una economía subterránea demasiado extendida.

A guisa de conclusión, es preciso reconocer que, en el momento actual, Europa se halla inmersa en sus propias preocupaciones internas y por lo que ocurre en el Este y en el Oriente Medio. Cada estado miembro no se preocupa por el momento más que de mejorar su propia situación en una guerra de posiciones muy viva, de cara a una severa competitividad.

² Según el Sistema de Observación Permanente de las Migraciones Internacionales (SOPEMI), el informe anual de la OESO, diciembre de 1990.

LOS EFECTOS DE LA POLÍTICA MIGRATORIA EUROPEA
SOBRE LAS RELACIONES MIGRATORIAS ENTRE ESPAÑA Y EL MAGREB

A nivel bilateral, en los acuerdos firmados por la CEE con Túnez (25 de abril de 1976), Argelia (26 de abril de 1976) y Marruecos (27 de abril de 1976), se incluyó anejo un intercambio de cartas relativas a la cooperación en el dominio de la mano de obra inmigrada. Se preveía en este marco el establecimiento de grupos de trabajo específicos para discutir de los problemas de los emigrantes y poner en práctica un cierto número de proposiciones acerca de las condiciones de vida y trabajo, del estatuto personal y especialmente de las cuestiones socio-culturales, que podían ser interpretadas de una manera amplia. Recientemente, los tres países magrebíes (Marruecos, Argelia y Túnez) han tomado una posición común acerca de la CEE en el marco de la Unión del Magreb Árabe³. La voluntad política expresada por el Consejo de la Presidencia de la Unión del Magreb Árabe en Túnez y por la Presidencia del Consejo Europeo en Estrasburgo, no se ha abierto aún camino para un diálogo estructurado entre la UMA y la CEE.

Las relaciones entre España y los países magrebíes en materia de migraciones han sufrido los vaivenes de la política comunitaria. En el marco de este artículo nos limitamos a las relaciones migratorias con Marruecos en particular, dado que la migración marroquí representa el elemento más importante en la migración magrebí hacia España.

España se encuentra actualmente en una posición ambigua. Por razones geohistóricas, la dimensión mediterránea en general y magrebí (marroquí) en particular, ha estado siempre presente de manera incontestable en la política exterior española⁴.

En numerosas ocasiones, España se presenta como portavoz de la dimensión mediterránea de la política comunitaria. Se orienta prioritariamente hacia la parte occidental del Mediterráneo, mientras que Francia e Italia se orientan hacia el Mediterráneo central y oriental. A pri-

³ A. Belguendouz, «L'UMA et les nouveaux enjeux de l'émigration maghrébine dans la perspective de l'Europe de 1993», ponencia al Coloquio «Explosión demográfica, empleo y migraciones en el Mediterráneo occidental», Granada, 9 de febrero de 1990.

⁴ M. A. Moratinos: «El Mediterráneo, un mar olvidado», *El País*, 2 de diciembre de 1989.

mera vista, desde el punto de vista mediterráneo, la CEE, al completar su unificación con la entrada de Grecia, España y Portugal, parecía haberse hecho más mediterránea. Es decir, que asumía su mediterraneidad con una evolución muy clara. Algunos signos de esta toma de conciencia son, para no citar más que tres, la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea (CSCE) de Viena en 1986, que subrayaba la importancia de la cooperación mediterránea; la reunión sobre el Mediterráneo, en la que participaron los países de la orilla sur y, últimamente en noviembre de 1990, el encuentro Magreb-CEE en Túnez sobre la política de inmigración.

En el plano migratorio, la reciente evolución política de la que hemos hablado y los cambios en la percepción que han traído consigo corren el riesgo de alterar esta dimensión magrebí, sobre todo en la visión de ciertos autores o responsables, en tanto amenacen la estabilidad interna y la prosperidad de la Comunidad, tanto los efectos subversivos del subdesarrollo como el peso demográfico de la Europa del Este y, sobre todo, del Magreb. Según este punto de vista, esto pesará a largo plazo sobre la identidad y los equilibrios internos y externos y, a fin de cuentas, sobre la seguridad de los países receptores. Tendrá sentido interrogarse sobre la pertinencia del «nuevo orden mediterráneo», «la dimensión mediterránea» o «un Mediterráneo sin fronteras» preconizados por algunos.

El grupo de Schengen sirve de laboratorio jurídico y político, de «tubo de ensayo» para los países del Mercado Común y se encuentra en la base de la Europa de 1992. Será muy probable que las reglas para el Mercado Único Libre se parezcan mucho a las detalladas que han fijado los cinco países miembros. De hecho, la elección para los otros países miembros no será otra que la de conformarse a ellas o rechazar la cooperación.

En efecto, el problema de seguridad que plantea la abolición de las fronteras internas y los flujos migratorios previstos, lleva al grupo de Schengen, junto con otros países de la Comunidad (esencialmente Gran Bretaña), a considerar que España e Italia son los eslabones débiles de la cadena. Su política de inmigración, considerada «liberal», así como sus fronteras «porosas», no bastarían para garantizar la política de migración deseada. El grupo de Schengen, sobre todo Francia que corteja en este punto a España y a Italia, ejercen presiones sobre otros países europeos del sur del Mediterráneo para que esta cuestión sea ob-

jeto de un acuerdo específico entre los doce mucho antes de la supresión de las fronteras internas.

Por lo tanto, países como España e Italia que hasta los años setenta han sido países de emigración, disponen actualmente de una economía subterránea considerable que emplea clandestina e ilegalmente a una mano de obra constituida en su mayor parte de inmigrantes clandestinos.

En lo que se refiere a España, los problemas se plantean en el dominio de la regularización de los marroquíes «ilegales» y en la introducción de visados para los países magrebíes. España ha conocido tres operaciones de regularización de marroquíes desde comienzos de los años ochenta: en junio de 1980, en mayo de 1983 y en julio de 1985. En total, 11.000 marroquíes han sido regularizados sobre una población marroquí «clandestina» estimada en la época en unos 60.000, o sea, apenas el quinto del total. Tras este débil resultado, la administración española ha declarado cerrado el proceso de regularización. En el acuerdo concluido el 21 de diciembre de 1990 entre España y Marruecos, el gobierno español se ha comprometido a reexaminar la situación de los marroquíes «clandestinos» a partir del 1 de marzo de 1991 y, si procede, a regularizar su situación.

Más importante desde el punto de vista migratorio y político es la introducción de visado por España para los súbditos magrebíes. En el marco de la política más restrictiva, el grupo de Schengen ejerce presión sobre Italia y España para que introduzcan los visados para los países del Magreb. El gobierno italiano ha hecho saber a principios del año 1989 en el Parlamento que deberá convertirse en una obligación para los países magrebíes en previsión de la afiliación al grupo de Schengen. En el verano de 1990 fue, al fin, introducido el visado como obligatorio.

Después de la reunión del grupo de TREVI en Sevilla en el mes de marzo de 1989, el gobierno español ha anunciado que introducirá el visado para los países del Magreb a partir del mes de marzo de 1990⁵. La razón oficial aducida era la de contribuir a la armonización de la política de visados y con vistas a una futura afiliación al acuerdo de Schengen. Daba así España pruebas de que sería un socio fiel en

⁵ *El País*, 10 de marzo de 1989.

lo referente al control de los flujos migratorios, a pesar de su extensa costa permeable y en tanto que país de tránsito para casi un millón de marroquíes cada año. Esta toma de posición por parte de España ha provocado reacciones vivas por parte de las autoridades marroquíes. La visita oficial del soberano marroquí a España a fines de septiembre del año 1989, no ha podido cambiar la nueva actitud de los responsables españoles. Cuando la reciente visita del Presidente González a Marruecos, se firmó un acuerdo el 21 de diciembre de 1990 por el que Marruecos consentía introducir la obligatoriedad del visado para los marroquíes a partir del primero de marzo de 1992⁶. Esta complacencia y adhesión tácita por parte de Marruecos se explica en parte por el crédito de 125 mil millones de pesetas que España acordó simultáneamente a Marruecos.

CONCLUSIÓN

Cinco siglos exactamente después del año visagra de 1492, la idea de una «fortaleza Europa» no es, de hecho, una idea fija. La construcción de la «fortaleza Europa» se muestra más próspera que la construcción laboriosa de la «casa de Europa» social. Existe un riesgo real de que se construya un muro alrededor de Europa en los años por venir. No un muro de piedra, pero sí un muro técnico de ordenador, de burocracia y de policía móvil de frontera. En la práctica, podrá procurar cierta protección contra los flujos migratorios, pero no hay duda de que su efecto no será parcial y de corta duración. Esta política restrictiva corre el riesgo de contribuir al mismo tiempo al aislacionismo, al bloqueo comercial y de las influencias culturales exteriores, así como a un sentimiento de autosatisfacción y superioridad. Es una evolución lamentable en un período en que Europa debe ser bien consciente de que el Magreb se impone como un interlocutor paritario e indispensable entre la CEE y el mundo árabe.

⁶ El clima de tensión vivido durante los días de la guerra del Golfo entre los países del Magreb y los países occidentales aconsejó al gobierno español retrasar la implantación del visado a mediados de mayo de 1990 tras una visita a los países de la región norteafricana efectuada por los responsables del área en el Ministerio de Asuntos Exteriores, Jorge Dezcallar y Miguel Ángel Moratinos. (N. del T.).

XIV

LA INMIGRACIÓN MAGREBÍ EN ESPAÑA

*Colectivo Ioé**

La relación entre España y el Magreb no puede comprenderse globalmente si pensamos en dos entidades autónomas y ajenas entre sí, unidas por lazos eventuales y puramente externos. Por el contrario, existe una constante interpenetración mutua en diferentes niveles de la vida social. La inmigración es una de las formas concretas que adoptan dichos vínculos, una muestra de cómo se establecen las relaciones entre las dos partes. En las páginas que siguen queremos acercarnos a este aspecto de la cuestión, a la situación en que se encuentra esta parte del Magreb en España.

BREVE HISTORIA DE LA INMIGRACIÓN MAGREBÍ

La inmigración magrebí, en concreto la procedente de Marruecos, es de las más antiguas en España, sólo superada por la portuguesa. La imagen de una «reciente invasión» que difunden algunos sectores de la opinión pública viene a ignorar esta larga historia, signada por períodos claramente diferenciables¹:

— Período 1912-1956: coincide con el Protectorado español sobre Marruecos, y se caracteriza por la penetración constante hacia Ceuta y

* Walter Actis, Carlos Pereda y Miguel A. de Prada (Madrid).

¹ Ver T. Losada, «La inmigración árabo-musulmana en Cataluña en los últimos veinte años», en *Boletín Informativo del Secretariado de la Conferencia Episcopal para relaciones interconfesionales*, n.º 27, octubre-diciembre 1988, pp. 18-23.

Melilla ², además de los reclutados por el ejército franquista con motivo de la Guerra Civil y que luego permanecieron en el país.

— Período 1960-75: etapa del desarrollo español, caracterizado por una fuerte emigración hacia Europa; paralelamente se registra un ingreso masivo de trabajadores marroquíes, en principio concebido como provisional. Los trabajadores se empleaban en obras de construcción (carreteras, hoteles, etc.) y alternaban su estancia entre España y Marruecos; no obstante, un núcleo importante se radicó permanentemente en el país y sus hijos nacieron y se socializaron en el contexto español.

— Período 1975-86: el cierre de fronteras de los países de la CEE convirtió a buena parte de la inmigración «de paso» en estable. La inmigración magrebí hacia la Península y los archipiélagos se incrementa simultáneamente al inicio de la crisis económica y al auge de la economía sumergida en el país, de ahí que se incremente el desempleo y el trabajo precario entre los inmigrantes.

— Período 1986-91: la adopción de una nueva y restrictiva legislación de extranjeros, unida a un limitado y fallido intento de regularización ³, ha estabilizado una importante «bolsa de irregularidad» entre los magrebíes, que se incrementa lenta pero constantemente. Las dificultades reseñadas se verán incrementadas con la exigencia de visado para cualquier entrada al país.

La segunda colonia magrebí en importancia numérica es la argelina, si bien su presencia es muy inferior a la de los inmigrantes marroquíes. Desde el gobierno dictatorial de Primo de Rivera, a comienzos

² Según el Instituto Nacional de Estadística, algo más del 40 % de los inmigrantes musulmanes residentes en Ceuta y Melilla llegaron antes de 1955. Ver INE, *Estudio estadístico de las comunidades musulmanas de Ceuta y Melilla*. 1986, Madrid, 1987.

³ La solicitaron regularmente menos de 8.000 marroquíes; las respuestas favorables alcanzaron a 6.728, pero al cabo de un año el 50 % había vuelto a la irregularidad. Ver OCDE (informe preparado por A. Izquierdo), *«Immigration en Espagne et premiers résultats du program de régularisation»*, París, febrero 1990.

de este siglo, existen relaciones comerciales entre España y Argelia, que sólo se han visto mermadas durante la Guerra Civil. Aprovechando la línea marítima Orán-Alicante-Barcelona algunos argelinos fueron ingresando en la Península, radicándose en el área de Alicante. Estos grupos se dedicaban a la venta ambulante y, por lo general, no se afincaban definitivamente en España.

Un segundo flujo de magrebíes de origen argelino se produjo en 1962 cuando, a raíz de la guerra de independencia, numerosos *pieds noirs* abandonaron Francia. Algunos de ellos se radicaron en la provincia de Alicante.

En la última década se ha registrado un tercer movimiento migratorio, compuesto casi únicamente por varones jóvenes, que se distribuyen por la zona de Levante, trabajando como temporeros en las campañas de recolección agrícola.

Este breve recorrido histórico nos muestra que la presencia magrebí en España tiene una cierta tradición, que no se trata de un fenómeno reciente. Conociendo esta circunstancia, veamos cuál es la realidad de los inmigrantes magrebíes residentes entre nosotros.

LA SITUACIÓN SEGÚN LOS DATOS OFICIALES

España, de larga tradición emigrante, se ha convertido recientemente en país de inmigración. La novedad de este cambio de tendencia en los flujos migratorios explica buena parte de las dificultades existentes para conocer las características de los colectivos de inmigrantes. Las estadísticas oficiales indican que la mayoría de los extranjeros con autorización de residencia provienen del «mundo rico», es decir, de países de la Europa occidental y de los Estados Unidos de América. Este sector de la inmigración está compuesto por dos grandes grupos: el de jubilados y pensionistas norteamericanos, y el de personal directivo y técnico de empresas extranjeras radicadas en España. Se trata de una inmigración «asentada», que disfruta de una situación relativamente privilegiada respecto al conjunto de la sociedad española.

Por contraste, las personas procedentes de países del Magreb forman parte de un flujo mayor de inmigrantes «económicos» provenientes del «mundo pobre». El número de residentes legales procedentes de Marruecos, Argelia y Túnez se ha incrementado continuamente des-

Tabla 1. Evolución del número de extranjeros residentes

Año	Marr.	Argelia	Túnez	Magreb	Tasa anual	Total extranjero	Tasa anual	Peso Magreb
1966	813	14	9	836	—	109.244	—	0,76
1967	982	25	10	1.017	21,6	121.924	11,6	0,83
1968	1.156	33	14	1.203	18,2	129.823	6,5	0,92
1969	1.445	50	22	1.517	26,1	139.034	7,1	1,09
1970	1.695	55	26	1.776	17,0	147.727	6,3	1,20
1971	1.841	54	26	1.921	8,2	153.883	4,2	1,24
1972	1.954	58	24	2.036	6,0	158.475	3,0	1,28
1973	2.191	62	25	2.278	11,8	163.927	3,4	1,38
1974	2.330	78	24	2.432	6,8	166.113	1,3	1,46
1975	2.264	94	30	2.388	-1,8	165.289	-0,5	1,44
1976	2.157	93	35	2.285	-4,3	158.973	-3,8	1,43
1977	2.134	101	40	2.275	-0,4	161.451	1,6	1,40
1978	2.066	106	39	2.211	-2,8	158.349	-1,9	1,39
1979	2.557	133	47	2.737	23,7	173.043	9,8	1,58
1980	2.898	180	101	3.179	16,1	181.544	4,9	1,75
1981	3.596	226	65	3.887	22,2	198.042	9,1	1,96
1982	3.765	278	57	4.100	5,5	200.911	1,4	2,04
1983	4.139	281	63	4.483	9,3	210.350	4,7	2,13
1984	5.172	337	107	5.616	25,2	226.470	7,7	2,47
1985	5.817	363	88	6.268	11,6	241.971	6,8	2,59
1986	8.738	441	132	9.311	48,5	293.208	21,2	3,17
1987	11.152	523	155	11.830	27,0	334.935	14,2	3,53
1988	11.896	559	255	12.710	7,4	358.227	7,0	3,54
1989	14.024	675	291	14.990	17,9	398.147	11,1	3,76

Fuente: IEE, *Memoria 1988*, y Comisaría General de Documentación, *Memoria 1989*.

de el año 1979, y con especial fuerza desde 1984. En la Tabla 1 se observa que la tasa de crecimiento anual de la colonia magrebí supera, excepto entre 1975-78, al experimentado por el conjunto de la inmigración extranjera. Aun así, según el Ministerio del Interior, en 1989 esta colonia significaba menos del 4 % del total de extranjeros en España. Los datos muestran, además, que la inmigración magrebí en nuestro país es fundamentalmente de origen marroquí (el 93,5 % en 1989).

A los residentes hay que sumar los nacionalizados, ya que, si bien jurídicamente son ciudadanos españoles, conservan su condición social de inmigrantes. En la Tabla 2 se observa que el número de nacionalizados desde 1960 (algo más de 11.000) es comparable al de residentes en 1989 (algo más de 14.000), y que nuevamente los inmigrantes de Marruecos son la gran mayoría. Además, la concesión de la nacionalidad se ha incrementado notoriamente a partir de 1976, pero sobre todo desde 1986. Este proceso obedece, sobre todo, al proceso de regularización de las comunidades musulmanas de Ceuta y Melilla, iniciado en la segunda mitad de la década pasada.

Tabla 2. Nacionalidad concedida a inmigrantes magrebíes

Período	Marruecos	Argelia	Túnez	Magreb
1960-65	77	1	—	78
1966-75	252	14	—	266
1976-85	1.232	50	20	1.302
1986-88	9.631	29	11	9.671
TOTAL	11.192	94	31	11.317

Fuente: IEE, *Ibidem*.

Según las cifras hasta aquí recogidas, la inmigración magrebí estaría compuesta por poco más de 25.000 personas, entre residentes legales y nacionalizados españoles. Pero, más allá de la cuantificación global, las cifras ofrecidas por el Ministerio del Interior no permiten conocer la composición interna de estos colectivos ya que no se publican otros datos de gran significación, tales como el sexo, la edad o el lugar de residencia de cada una de las colonias de inmigrantes. Sólo conocemos la composición por edades de los casi 7.000 marroquíes que presentaron solicitudes de «regularización» tras la promulgación, en 1986, de la actual legislación sobre extranjeros. En la Tabla 3 se observa que se trataba fundamentalmente de población en edad laboral: el 87 % tenía entre veintiuno y cincuenta años.

Este último dato nos aboca a otra constatación: una gran parte de los *residentes* magrebíes son *trabajadores*, personas que emigran en busca de mejorar su situación económica. Las estadísticas oficiales recogen

Tabla 3. Edades de los marroquíes que solicitaron regularización

Edad	Número	%
0-13 años	14	0,2
14-20 años	74	1,1
21-30 años	1.741	25,9
31-40 años	2.884	42,9
41-50 años	1.235	18,3
51-60 años	600	9,0
más 60 años	180	2,6
TOTAL	6.728	(100)

Fuente: OCDE (Informe preparado por A. Izquierdo), *Immigration en Espagne et premiers résultats du program de régularisation*, París, febrero 1990.

una información pormenorizada respecto a la concesión de permisos de trabajo a extranjeros⁴; sin embargo, los datos publicados anualmente no representan al *total de extranjeros* autorizados a trabajar en el país, sino *los permisos* expedidos en dicho año. Si todos estos fuesen de duración anual (o menor) podría afirmarse que en 1989 había 46.880 extranjeros autorizados a trabajar en España; pero teniendo en cuenta la existencia de permisos de validez plurianual, la cifra real debe estimarse en algo más de 70.000 trabajadores extranjeros. En la Tabla 4 vemos las cifras de permisos de trabajo globales y de ciudadanos magrebíes, desglosando los que tienen vigencia por cinco años. Teniendo en cuenta estos últimos, tenemos que el total de magrebíes con permiso de trabajo era, en 1989, al menos de 7.697 personas. A partir de estos datos podemos obtener un «índice de actividad económica regularizada», es decir, el porcentaje de trabajadores respecto al de residentes. Este obtiene un valor de 19,1 % para el conjunto de los extranjeros, y se eleva hasta el 51,4 % en el caso de los magrebíes. Mientras éstos no llegan

⁴ Por contraste con el incremento constante de residentes, el número de permisos de trabajo muestra una evolución irregular, con tendencia decreciente a partir de 1984 (el alza de 1986 se debe a un proceso de regularización de unos 7.500 expedientes antiguos). Ver Ministerio de Trabajo y Seguridad Social (MT y SS), Subdirección General de Estadística, *Estadística de Permisos de Trabajo a Extranjeros 1986*, Madrid, 1987, p. 5.

al 4 % del total de residentes, tienen el 10 % de los permisos de trabajo vigentes en 1989. Este contraste pone en evidencia *el carácter económico de la inmigración magrebí* en España.

Tabla 4. Permisos de trabajo concedidos

Año	Marruecos	Argelia	Túnez	Magreb	%	5 años	Total extranjeros	5 años
1984	3.083	—	—	—	—	—	60.465	—
1985	2.636	—	—	—	—	—	50.691	—
1986	4.339	78	39	4.456	8,3	—	53.822	—
1987	4.819	99	31	4.949	9,5	620	52.258	17.008
1988	4.967	217	44	5.228	11,5	687	45.539	12.026
1989	5.947	389	54	6.390	13,6	583	46.880	9.642

Fuente: elaboración propia en base a MT y SS, *Estadística de Permisos de Trabajo* (varios años).

En la Tabla 5 recogemos algunas características de los permisos de trabajo otorgados en 1989, comparando la situación de los magrebíes respecto al conjunto de los extranjeros autorizados para trabajar. Vemos, por ejemplo, que se trata de una inmigración predominantemente masculina: el 74 % son hombres entre veinticinco y cincuenta y cuatro años de edad; las mujeres de la misma edad son sólo el 9 % de este colectivo (frente al 26 % del total de inmigrantes). También es un grupo de trabajadores con algo más de edad que el conjunto: sólo un 8 % de menores de veinticuatro años (frente al 18 % del conjunto) y un 4,2 % de mayores de cincuenta y cuatro años, mientras el conjunto de extranjeros sólo llega al 2,9 %.

La distribución espacial de estos trabajadores está fuertemente concentrada: el 76 % radica en cinco comunidades autónomas (Cataluña, Madrid, Andalucía, Canarias y Comunidad Valenciana). En comparación con el conjunto de trabajadores extranjeros regulares, se observa la importante presencia de magrebíes en Cataluña (24 % y 36 % respectivamente). Llama la atención, por el contrario, la insignificancia cuantitativa de los permisos laborales concedidos en Ceuta y Melilla a ciudadanos de origen magrebí. El propio Ministerio de Trabajo reconoce que

Tabla 5. Permisos de trabajo concedidos en 1989
(características demográficas)

	Marr.	Argelia	Túnez	Magreb	%	Total	%
Solicitudes: Denegadas	1.006	47	12	1.065	16,7	7.029	15,0
Concedidas	5.947	389	54	6.390	(100)	46.880	(100)
Sexo: Hombre	5.270	175	51	5.496	86,0	25.791	55,0
Mujer	677	214	3	894	14,0	15.330	32,7
Edad y sexo:							
< 20 Hombres	84	1	—	85	1,3	544	1,2
< 20 Mujeres	17	—	—	17	0,3	495	1,1
20-24 Hombres	355	18	3	376	5,9	3.308	7,1
20-24 Mujeres	61	—	—	61	0,9	4.498	9,6
25-54 Hombres	4.583	92	47	4.722	73,9	24.417	52,1
25-54 Mujeres	580	9	3	592	9,3	12.260	26,2
> 55 Hombres	248	—	1	249	3,9	1.073	2,3
> 55 Mujeres	19	1	—	20	0,3	285	0,6
Comunidad Autónoma:							
Andalucía	717	32	5	754	11,8	4.232	9,1
Aragón	75	17	2	94	1,5	637	1,4
Asturias	5	5	1	11	0,2	444	0,9
Baleares	180	19	3	202	3,2	3.848	8,2
Canarias	351	49	1	401	6,3	5.160	11,0
Cantabria	7	1	2	10	0,2	313	0,7
Castilla-La Mancha	33	4	—	37	0,6	309	0,7
Castilla y León	70	8	3	81	1,3	921	2,0
Cataluña	2.219	87	21	2.327	36,4	11.392	24,3
Com. Valenciana	300	36	4	340	5,3	3.033	6,5
Extremadura	83	1	—	84	1,3	208	0,4
Galicia	119	10	2	131	2,1	1.518	3,2
Madrid	1.480	32	8	1.520	23,8	9.983	21,3
Murcia	62	5	—	67	1,0	388	0,8
Navarra	19	4	1	24	0,4	414	0,9
País Vasco	122	10	1	133	2,1	1.049	2,2
La Rioja	13	—	—	13	0,2	91	0,2
Ceuta-Melilla	82	—	—	82	1,3	115	0,2
Interprovincial	10	—	—	—	—	2.825	6,0

Fuente: MT y SS, *Permisos de Trabajo a Extranjeros* (datos provisionales).

las cifras que se ofrecen no incluyen los permisos de trabajo de «fronterizos» resueltos por las Direcciones Provinciales de Ceuta y Melilla, por no haber remitido dichas Unidades la correspondiente documentación estadística⁵.

Aparte de lo anómalo de esta laguna estadística sobre los «fronterizos», repetida año tras año, quedan sin explicar las condiciones de trabajo de los residentes de origen magrebí que no gozan de la nacionalidad española; de atenernos a los datos, habría que concluir que la mayoría de ellos se sitúa en la economía sumergida (aún cuando estén empadronados en ambas ciudades o dispongan de la llamada «tarjeta estadística», documento no contemplado en la legislación española y que remite a la peculiar situación de las dos plazas norteafricanas).

Los datos de la Tabla 6 muestran que los magrebíes con permiso de trabajo se sitúan mayoritariamente en el sector servicios (pero menos que el conjunto de los inmigrantes), y que tienen una mayor dedicación

Tabla 6. Tipo de trabajo realizado

	Marr.	Argelia	Túnez	Magreb	%	Total extranj.	%
Sector económico:							
Agrario	877	11	2	890	13,9	2.204	4,7
Industria	354	23	7	384	6,0	5.294	11,3
Construcción	1.124	2	3	1.129	17,7	2.644	5,6
Servicios	3.553	84	41	3.678	57,6	36.548	78,0
No clasificados	39	1	1	41	0,6	190	0,4
Cualificación profesional:							
Técnico	146	17	7	170	2,7	11.148	23,8
Director	8	6	—	14	0,2	2.273	4,8
Administrativo	65	6	6	77	1,2	3.807	8,1
Vendedor	1.862	21	10	1.893	29,6	7.330	15,6
Servicios	926	30	18	974	15,2	14.109	30,1
Agricultura	1.135	7	1	1.143	17,9	2.385	5,1
Conductor	1.767	33	12	1.812	28,4	5.653	12,1
No clasificados	38	1	—	39	0,6	175	0,4

Fuente: MT y SS, *Permisos de Trabajo a Extranjeros* (datos provisionales).

⁵ MT y SS, *Estadística de permisos de trabajo a extranjeros. 1987 y 1988*, Dirección General de Informática y Estadística, Madrid, 1990, p. 167.

relativa a la construcción y a la agricultura; en cambio, sólo un 6 % trabaja en la industria. Y, dentro de estos sectores económicos, *ocupan los puestos menos cualificados*: apenas el 4 % está en puestos directivos, técnicos o administrativos (nivel al que accede casi el 37 % del conjunto de extranjeros), la gran mayoría está en las actividades peor remuneradas y marginales en los servicios (vendedor, en muchos casos ambulante, servicios personales diversos: conductor, jardinero, etc.) o trabaja como peón eventual en la construcción o la agricultura.

LA INMIGRACIÓN IRREGULAR

Obviamente, la realidad social y laboral de los inmigrantes no se circunscribe a la de los extranjeros regularizados; en todo proceso migratorio masivo existe una componente de clandestinidad o irregularidad. En particular, los países del sur de la Comunidad Europea (Portugal, España, Italia y Grecia) se han convertido recientemente en países de inmigración con un componente diferencial respecto a los de la Europa del norte: mientras éstos recibieron la inmigración en la época de crecimiento industrial de posguerra, aquéllos registran la afluencia de trabajadores extranjeros en un contexto de fragmentación del mercado laboral y de expansión de un importante sector de economía «sumergida» o informal. Un reciente informe realizado para la Comisión Europea ⁶ señalaba estas proporciones entre inmigración regular e irregular en los cuatro países citados:

Tabla 7. Inmigración regular e irregular en el sur de la CEE

País	Regulares	Irregulares	% Irregularidad
Italia	572.103	850.000	59,8
España	484.334	294.000	37,8
Grecia	183.577	70.000	27,6
Portugal	94.553	60.000	38,8

Fuente: ISOPLAN, *op. cit.*, p. 14.

⁶ Isoplan, *L'Immigration D'étrangers de Pays Tiers dans les Etats Meridionaux de la C.E.*, Saarbrücken, 1989.

Es claro que la delimitación precisa del colectivo de irregulares resulta imposible; sólo cabe acercarse a ella basándose en estimaciones tentativas. En 1986 realizamos una investigación con base empírica ⁷ de la que, complementada con los datos oficiales referidos a 1989, se extraen las cifras de la Tabla 8:

Tabla 8. Estadística General de Extranjeros Residentes en España (regulares e irregulares)

	(a) Legales 1989 (Policía)	(b) Legales 1989 (Ioé)	(c) Ilegales 1986 (estimados)	Total (b + c)	%	Tasa de irregu- laridad
Primer Mundo:	282.994	356.569	43.000	399.569	47,9	10,8
Portugal	32.936	42.569	38.000	80.569	9,7	47,2
Otros países	250.058	314.000	5.000	319.000	38,2	1,6
Tercer Mundo:	113.764	165.633	251.000	416.663	49,9	60,2
Asia	26.521	33.845	67.000	100.845	12,1	66,4
África	23.784	50.473	98.000	148.473	17,8	66,0
América Latina	63.459	81.315	86.000	167.315	20,0	51,4
No consta	1.390	18.575	—	18.575	2,2	—
TOTAL	398.148	540.777	294.000	834.777	100,0	35,2

Fuente: Para los regulares, (a) *Memoria de la Dirección General de Policía, a 31-XII-1989*, y (b) Rectificación de estos datos por Colectivo Ioé ⁸. Para los irregulares, estimación de Colectivo Ioé para 1986.

Estos datos indican que los mayores índices de irregularidad se registran entre los inmigrantes del Tercer Mundo (60,2 %) y de Portugal

⁷ Ver Colectivo Ioé, «Los inmigrantes en España», en *Documentación Social*, n.º 66, Cáritas Española, Madrid, 1987, y «Les 'sans papiers' en Espagne», en *L'évenement Européen (L'Europe et ses immigrés)*, octubre, 1990-91, pp. 135-154.

⁸ Las estadísticas policiales son poco transparentes y explícitas; según informaciones verbales de técnicos de la Comisaría General de Documentación y Extranjeros, en sus datos no se incluyen los mejores de edad dependientes de un extranjero adulto; sin embargo, éstos debieran considerarse como residentes legales. Por ello, hemos estimado el volumen de dicha población utilizando las «tasas de menores» (población menor de dieciocho años/población total) de cada una de las colonias de extranjeros establecidas por el Padrón de Habitantes de 1986.

(47,2 %). Pero ¿cuál es la magnitud de la inmigración magrebí no regularizada? La respuesta depende de cómo se analice la situación particular de Ceuta y Melilla, donde una serie de conceptos confusos (marroquí/musulmán, residente/no residente, extranjero/español/musulmán-o marroquí sin nacionalidad española) puede incrementar o reducir sensiblemente las cifras utilizadas. En nuestro trabajo de 1986 cifrábamos el *conjunto* de la inmigración magrebí en 110.600 personas (95.000 de ellas de origen marroquí, 52.000 de residentes en Ceuta y Melilla). Suponiendo que desde entonces no haya aumentado la cifra global, y actualizando los datos a 1989⁹, los inmigrantes magrebíes regularizados son casi 52.600 y «los irregulares unos 58.000», con lo que el índice de irregularidad se sitúa en torno al 52 %. Obviamente, la entrada de inmigrantes irregulares posterior al año 1986 vendría a incrementar esta cifra. Sin embargo, si nos limitamos a las aquí expuestas, habría que destacar que, excluyendo a Ceuta y Melilla del cómputo, el total de la colonia queda reducido a 55.000 inmigrantes.

Más recientemente, el Instituto Español de Emigración financió un estudio que constató la presencia de «al menos ¹⁰ 64.000 magrebíes en situación irregular» (58.800 de ellos marroquíes). Por su parte, las estimaciones del Ministerio del Interior situarían a este colectivo «entre las 34.500 y las 62.700 personas»¹¹.

Aun tomando con precaución la validez última de las diversas cuantificaciones, parece claro que «la mayor parte de la inmigración magrebí

⁹ Considerando el número de residentes, incrementado en un 30 % —que corresponde a los menores de edad, no incluidos en las estadísticas policiales—, e incluyendo a los ciudadanos de Ceuta y Melilla sin nacionalidad española pero con documentos provisionales que, de hecho, evitan su expulsión del país (tarjeta de residencia o partida de nacimiento).

¹⁰ Estas cifras recogen sólo casos constatados de inmigración irregular (atendidos/conocidos por diversas instituciones). Como la investigación no ha podido llegar a todos los grupos y zonas que tienen «censados» a grupos de irregulares, y dado que es imposible que todos éstos sean conocidos por dichas entidades, es obvio que las cifras deben entenderse como valores *mínimos*. Ver PASS, *Mapa de trabajadores extranjeros no regularizados en España*, IEE, Madrid, 1990, fotocopiado.

¹¹ En una reciente comunicación gubernamental al Congreso de los Diputados, se afirma que habría un total de irregulares situado entre 90.000 y 130.000, el 60 % de ellos (de 54.000 a 98.000) procedentes de África. Aplicando a estas cifras el porcentaje de magrebíes respecto al total de africanos (64 % entre los residentes legales), se obtienen las cifras mencionadas arriba.

se encuentra en situación irregular»; por tanto, los datos oficiales nos ofrecen un conocimiento parcial —y quizá deformado— de su situación. ¿A qué otras fuentes podemos recurrir? Lamentablemente no existe un estudio riguroso y exhaustivo sobre la realidad social del conjunto de la inmigración magrebí en España; actualmente se encuentran en curso de realización varias investigaciones, de ámbito regional, pero no disponemos aún de sus resultados. Hemos de recurrir, entonces, a la información proporcionada por la encuesta aplicada por nosotros en 1986 a inmigrantes marroquíes¹².

Ésta indicaba que el 53 % de los marroquíes viven en familia (pareja e hijos), que un 15 % la tiene en el país de origen (lo que plantea el problema de la reunificación familiar) y un 25 % son solteros, en su mayoría hombres. Esta colonia presentaba el mayor índice de hacinamiento entre el conjunto de inmigrantes del Tercer Mundo y Portugal: casi la mitad contaba menos de una habitación por persona, y en el 17 % de los casos convivían más de tres personas por habitación.

El nivel escolar era muy bajo: un 50 % sin estudios, y un 29 % instrucción primaria; el 21 % superaba el nivel secundario (generalmente la segunda generación de inmigrantes, escolarizados en España). Según los encuestados, más del 40 % de los hijos escolarizados sufre alguna forma de fracaso o retraso escolar. En el ámbito laboral, encontramos que sus retribuciones estaban entre las más bajas recibidas por los inmigrantes (sólo los centroafricanos ganaban menos), y que el 50 % carecía de cualquier tipo de seguro social. La convivencia cotidiana se realiza básicamente entre paisanos, y el trato con españoles queda reducido a las relaciones laborales o comerciales; aunque buena parte de los inmigrantes aspira a retornar a su país de origen, sólo un 12 % veía (en 1986) viable dicho proyecto.

EL CRECIENTE FOSO ENTRE NORTE Y SUR

Teniendo en cuenta la precaria y poco promisoría realidad de estos inmigrantes en nuestro país, las crecientes dificultades para ingresar en

¹² La encuesta se aplicó a una submuestra de 140 marroquíes, en todo el territorio nacional, incluyendo Ceuta y Melilla.

el país, así como el hostigamiento a que se ven frecuentemente sometidos ¹³, ¿por qué continúa el flujo inmigratorio? A la hora de ofrecer respuestas a este interrogante, algunos insisten en la «presión demográfica» de un Magreb joven y con altas tasas de natalidad sobre una Europa envejecida y con bajo crecimiento vegetativo. En nuestra opinión, este argumento es válido para explicar un posible *incremento* de la tendencia a emigrar, ya que hasta hoy las densidades de población han sido similares (o mayores en Europa) en las dos orillas del Mediterráneo. La clave hay que buscarla en la creciente desigualdad económica entre los dos polos: España y el Magreb se sitúan en los polos opuestos, aunque geográficamente cercanos, del orden económico internacional actual: el Norte próspero, que con un 25 % de la población mundial acapara el 75 % de las riquezas, y el Sur empobrecido.

Entre el Norte y el Sur la circulación de capitales se realiza con relativa libertad; sin embargo, no ocurre lo mismo con la movilidad del factor trabajo, debido a la restricción de la inmigración. De este modo, la política europea de reforzar sus fronteras exteriores con África, Asia y América latina tiene, como efecto directo, afirmar los propios privilegios y diferencias en relación al Tercer Mundo y como efecto indirecto, reforzar el intercambio desigual en el comercio internacional, como demuestra la evolución de los flujos de capital norte/sur a lo largo de los años ochenta:

Flujos de capital Norte-Sur
(miles de millones dólares USA)

Sur	1980	1981	1982	1983	1984	1985	1986	1987	Total
Entradas	128	138	116	97	88	84	82	85	818
Salidas	84	102	132	131	132	152	144	147	1.024
Saldo	44	36	-16	-34	-44	-68	-62	-62	-206

Fuente: OCDE, «Financing and External Debt of Developing Countries», en *Survey*, París, julio 1989.

¹³ El más significativo, aunque no el único, es la actuación de las fuerzas policiales que, basándose sin duda en la diferencia étnica rechazan en frontera, detienen en España y expulsan hacia su país a los marroquíes con más frecuencia que a inmigrantes de otra procedencia. Ver Comisaría General de Documentación, *Memoria 1989*, op. cit.

La transferencia neta de capitales generados en el Sur y absorbidos por el Norte entre 1982 y 1987 equivale a cuatro planes Marshall (286 mil millones de dólares). Por eso, si bien es cierto que vienen inmigrantes a Europa —y seguirán viniendo, regular o irregularmente, mientras se mantengan las diferencias Norte/Sur— son muchos más los dólares sin retorno que llegan desde aquellos países. En este contexto, las relaciones España-Magreb en el ámbito de la inmigración pueden convertir el Mediterráneo en un foso lleno de cocodrilos en defensa de la «Europa fortaleza», mientras las remesas en divisas circulan —del Sur al Norte— a través de las líneas siempre abiertas del sistema bancario internacional.

MARROQUÍES EN ESPAÑA: APROXIMACIÓN A UNA TIPOLOGÍA PARA EL CASO DEL MARESME CATALÁN

*Ángeles Ramírez Fernández**

El presente trabajo se circunscribe a un área muy concreta de España. No pretende ser una tipología exhaustiva que dé cuenta de la diversidad existente en el colectivo de trabajadores marroquíes en España. Sin embargo, el título recoge dos ambiciones metodológicas. La primera es que, siendo un presupuesto teórico la representatividad de la zona en cuestión, el estudio sirva de modelo para la investigación de grupos inmigrantes en áreas rurales o rururbanas (como es el caso). Y en función de esto, y aquí está la segunda pretensión, es que la clasificación o la aproximación a la tipología que se propone constituya realmente un instrumento aplicable a otras zonas de acogida de trabajadores extranjeros, similares al Maresme (Almería, Huelva, Valencia, etc). Así, se tratará de ofrecer, a partir de los materiales de trabajo de campo, una caracterización del grupo de marroquíes que viven, sueñan y trabajan en una ciudad del Maresme catalán, Mataró.

Mataró constituye hoy día un núcleo de 100.000 habitantes. Es el centro industrial del Maresme, y la industria principal es la del tejido de punto. Posee asimismo industria metalúrgica, química y una concentración del sector servicios en su rama central. Este panorama incluye cierta importancia del sector agrícola. En Mataró, el 19 % del término está ocupado por cultivos de regadío, y esta actividad emplea al 3,4 % de la población mataroní. En la última década, se aprecia un crecimiento de pequeñas empresas y la formación de enclaves de producción muy reducidos que entran a formar parte de la economía sumergida.

* Universidad Autónoma de Madrid.

Bajo estos datos, Mataró se presenta como un mercado de trabajo que ofrece ocupaciones muy diversas, y donde el sector informal parece ser la mayor fuente de empleo. Y en Mataró hay *muchos* inmigrantes. Trabajadores centroafricanos y trabajadores magrebíes. Ambos forman colectivos diferenciados; se tiende comúnmente a considerar «la población inmigrante» en España como un todo homogéneo. En todo caso, parece que las diferencias serían la nacionalidad, el color de la piel, la religión, la solidaridad entre ellos, etc. Pienso que cada colectivo, basándonos precisamente en estas diferencias, adopta diferentes formas en la relación con la sociedad nacional, con sus distintos componentes (grupos solidarios, ayuntamientos, Estado, etc.), y a la vez estas relaciones moldean toda una dinámica entre los grupos de trabajadores extranjeros; la dinámica varía según el lugar de acogida y la coyuntura socioeconómica del momento. Las diferencias entre el colectivo marroquí y otros se tratarán en otro lugar.

En el campo, dos cosas me llamaron la atención desde el principio. Son dos rasgos que aparecen como independientes, pero que no son separables en el análisis. Por una parte, la ausencia total de asociaciones de inmigrantes marroquíes; por otra, la gran diversidad de situaciones sociales, familiares, económicas, jurídicas, que concurrían dentro del colectivo marroquí. El primer rasgo carecería de importancia si no hubiera otras asociaciones de otros grupos de inmigrantes. En todo caso, las diferencias aparecían cada vez mayores. En un principio, parecía que el factor fundamental fuera la procedencia (de ámbitos rurales o urbanos) o la cualificación. Sin embargo, fue el dato de la fecha de entrada a España lo que se reveló más importante en la caracterización.

Son los marroquíes los primeros trabajadores extranjeros que llegan a Mataró allá por los últimos años de la década de los 60. Han tenido problemas en la frontera por Port Bou para llegar a Francia y se quedan en el Maresme. Durante el primer lustro de los años 70 van entrando paulatinamente, en pequeño número. A partir de 1975, con la transición política, las entradas se disparan, coincidiendo con la crisis económica en España e «informalización» de un sector de la economía. Desde 1982 a 1987 la afluencia es masiva. La Ley de Extranjería (1985) no parece frenar estas entradas. Mientras que en 1987 se marchan muchos trabajadores centroafricanos de Mataró, no ocurre así con los marroquíes. La inmigración marroquí alcanza sus cotas más altas en

1988, 1989 y 1990. Esta trayectoria de la afluencia de los inmigrantes tiene mucho que ver con la tipología que se presenta a continuación y que está elaborada, como ya se ha explicitado, basándose en la fecha de entrada a España ¹.

Existen en Mataró tres grupos bien diferenciados:

I. El correspondiente a una *primera emigración*, hasta mediados de los años 70. Viven en grupos familiares, con su familia de orientación. Los hombres vinieron solos, y a partir de 1980-82, van llegando sus esposas. Los hijos, que por regla general se quedan en Marruecos con los abuelos o tíos, se reúnen con los padres a partir de 1988. Cuentan con 15 o 20 años, aunque también hay niños nacidos aquí. El padre esperó la legalización para traer poco a poco a la familia. Los hombres trabajan en el campo, en grandes explotaciones (de 10 a 15 has de regadío) de Mataró y alrededores. Los hijos en ocasiones acompañan al padre a trabajar a la explotación, y suelen ser ilegales. Se da el caso de que las mujeres de este primer grupo (tanto las madres como las hijas) trabajan en empleos remunerados: haciendo limpiezas por horas, en las cocinas de bares y restaurantes y, últimamente, cosiendo en casa con máquinas para alguna empresa que les paga por pieza hecha. Todas estas faenas se realizan sin ninguna cobertura por parte de la Seguridad Social. Son empleos sumergidos, dándose además la circunstancia de que muchas de estas mujeres no tienen permiso de trabajo. Las expectativas de los padres son quedarse en España hasta la jubilación, volviendo después a su país. Los hijos no piensan volver.

II. El segundo grupo estaría constituido por los trabajadores que llegan a España en el *intervalo* 83-87. Se trata de hombres solos cuyas edades oscilan entre 32 y 45 años. Viven en grupos no familiares, compuestos desde 3 a 10 hombres. Cuando vinieron, dejaron a la familia —mujer e hijos— en Marruecos. Los sectores económicos que les acogen son el agrícola y el industrial. Trabajan en explotaciones de tipo medio (5 a 10 has) y, dentro de la categoría de ilegales, mantienen cierta constancia con el empleador. En la industria y la construcción ocupan

¹ Esto se explica porque las fechas que se han tomado significan coyunturas económicas, sociales y jurídicas, ya sea para el Estado en general, o la zona en particular.

puestos de peones, pero mejor remunerados que los empleados en agricultura. No aspiran a reagrupamiento familiar por la inseguridad que le provoca su situación. En estas circunstancias sólo piensan en volver lo antes posible. Las remesas que envían a sus familias constituyen los 2/3 del sueldo.

III. En el tercer grupo están englobados los *jóvenes que han entrado a partir de 1988*. La media de edad es la más baja (18 a 25 años). Vinieron cuando ya contaban en el área con parientes o amigos. No han conseguido los permisos de residencia, y su situación laboral es la más inestable. Una semana pasan a formar parte de las cuadrillas eventuales para la recogida de la patata en pequeñas explotaciones, y la siguiente ayudan a un albañil o a un pintor. Tienden a salir del sector agrario, aunque éste siempre es recurrente y el que mantiene el resto de los sectores: vuelven a la agricultura siempre que se quedan sin faena en otras actividades, y en la agricultura empezaron cuando llegaron a España. Muchos de ellos corresponden a los hijos de los que he catalogado como primer grupo. Quieren quedarse en España.

El segundo grupo es el más importante en cuanto a ayuda a los recién llegados. Las familias tienden a aislarse algo más con respecto a la gente que llega. Los marroquíes del tercer grupo no están en condiciones de servir de gran ayuda, por la situación que se acaba de describir.

A la vista de esta caracterización se anuncian varias tendencias entre el colectivo de trabajadores marroquíes en Mataró:

1. *Estratificación interna*, que viene marcada en un principio por el carácter legal o ilegal de su situación jurídica. Esto determina la situación laboral y la rama de actividad económica en la que se colocan. Si la polarización sigue siendo excesiva, será cada vez más difícil aunar los intereses en asociaciones que reivindiquen los derechos específicos de este colectivo.

2. *Masculinización de la emigración*. Las mujeres marroquíes no emigran solas, y las dificultades para el reagrupamiento familiar incide en que —cada vez más— sea un flujo migratorio netamente masculino. Esto crea problemas de inadaptación en los hombres, separados de su familia, y puede ser fuente de conflictos.

Sin embargo, ambas tendencias admiten matizaciones en lo que se refiere al caso de Mataró. Si bien la estratificación viene en buena parte marcada por la situación jurídica, en muchos casos los salarios más altos —dentro de la relatividad que supone cuando se trata del salario de un trabajador extranjero— se cobran desempeñando actividades no regularizadas, que realizan los ilegales. Esto puede suponer una reestructuración de los grupos de marroquíes. Si los ilegales gozan de una situación socioeconómica aceptable, es posible la aparición de grupos reivindicativos, que no es probable que se dé si es el primer grupo —los legales— los únicos que tienen acceso a la estabilidad económica². En cuanto a la masculinización de la inmigración, hay que mencionar una cierta «tranquilidad» de los marroquíes en Mataró, que no es el caso de los inmigrantes en grandes ciudades. Esto hace que muchos trabajadores, aun siendo ilegales, empiecen a traer a sus familias para vivir con ellos, y así vienen las mujeres con niños pequeños, y otros nacen aquí.

Nace una nueva categoría, la de las familias ilegales. La segunda generación tiene un futuro incierto: pueden asistir a la escuela pública si están censados en el municipio, pero jamás podrán obtener los certificados de estudios, ni optar en el futuro por una situación laboral análoga a sus compañeros de juegos que son españoles. Son los niños indocumentados, y su situación es aún más confusa que la de sus padres, pues ellos no tienen país.

Otros criterios pueden adoptarse para la elaboración de una tipología más exhaustiva. La fecha de entrada, que es el que se ha tomado, es válido para un primer estadio del análisis. Pero hay que ir más allá. La consideración de las condiciones de partida —que se ha tenido en cuenta al tratar las situaciones familiares— ha de extenderse al ámbito social, económico y cultural de las comunidades de origen.

¿De dónde vienen los marroquíes que ahora residen en Mataró? A esta pregunta suele contestarse con que la gran mayoría son rifeños, que vienen de áreas rurales. Esto es así por la tradición migratoria que tiene esta región y porque, dentro del reducido conocimiento que se tiene de Marruecos, el Rif es una zona fácilmente localizable. No ocurre

² No hay que olvidar —y queda en pie como línea de intervención— otras razones culturales y políticas como hipótesis explicativas que den cuenta de la falta de asociaciones de marroquíes.

así en el caso de la inmigración en Mataró. Hay tres áreas principales, representadas por este orden:

- La zona de Tánger-Tetuán.
- El área del Oued Loukkos, alrededor de Larache y Ksar el Kebir.
- El área de Alhucemas y de Nador.

La emigración de Tánger es la más antigua y asentada. Abundan las familias entre la gente de Tánger y se empiezan a sumar como inmigrantes también los ciudadanos. La emigración de la zona del Loukkos también es muy antigua y en su composición abundan las familias. Tanto una región como otra siguen enviando hombres solos. Las gentes de estas dos regiones tienden al reagrupamiento familiar, que hace tiempo que se da y que continúa dándose. La emigración rifeña es algo más nueva (el máximo es diez años) y sólo de hombres. Apenas hay mujeres rifeñas y no hay inmigración reciente del Rif en Mataró. Son sobre todo, aquellas otras regiones las que siguen mandando trabajadores. Hay ciertas características del lugar de origen que pueden ayudar a explicar la situación y a la vez, sugerir líneas de investigación para el problema de la inmigración en España.

El Rif es una zona de pequeña propiedad, donde hay gran variedad de trabajos fuera del sector agrícola. El tipo de emigración que se ha dado es, por una parte, al extranjero, y por otra, emigración estacional de hombres solos para trabajar en explotaciones más al interior. Las mujeres se quedaban en el *duar*. Parece que lo único que se ha hecho es trasladar al extranjero un modelo de emigración tradicional.

El caso de la zona de Tánger y el Lukkos es algo diferente. En estas áreas hay una gran concentración de la propiedad que tiene dos consecuencias fundamentales: por una parte, en Tánger, la profusión de arrendamientos, y, en el Loukkos, una gran cantidad de campesinado sin tierra que se emplea, por muy bajos salarios, en las grandes explotaciones. Ésta es la zona de la que salen más emigrantes. El caso de Loukkos es especialmente curioso: es zona irrigada por el Estado, lo cual debería abrir las perspectivas de retener población, pero no es así. Salen los hijos de los asalariados, los que definitivamente no tienen nada que hacer allí. Parece que después de las innovaciones y mejoras por las que ha pasado el campo marroquí desde los cincuenta, lo único que ha pasado es que se ha consolidado el estatuto de asalariado de la

mayor parte de la población. Por eso hay una tendencia más fuerte en el Lukkos que en el Rif a la emigración de familias enteras, o en todo caso, a aspirar al reagrupamiento familiar —en el Rif se ve como algo más estacional y transitorio—. En el Rif queda la explotación que mantiene a una parte de la familia, mientras que otros miembros varones están fuera. El Lukkos, sin embargo, no es tradicionalmente zona de emigración.

En otras áreas rurales españolas se está empezando a recibir marroquíes de otras áreas menos al norte. Las gentes del Sais, de los alrededores de Mekínez y Fez, empiezan a venir a España. Además, también en ellos se produce una «urbanización» de la emigración, entrando las ciudades —los grandes *bidonvilles*— a ser el lugar de origen de los inmigrantes.

El conocimiento de la realidad social, económica, política, del lugar de origen dará la pauta para el tratamiento teórico y metodológico del problema. En el primer caso, para ubicar los flujos migratorios marroquíes dentro de un plano más amplio Norte-Sur. En el segundo, para aislar las unidades de análisis fundamentales (grupo familiar, comunidad, región, individuo) en la investigación. Y en el plano práctico, para evitar que la emigración de marroquíes al extranjero se convierta en el más sofisticado sistema de subdesarrollo regional en el país de origen y de conflictos en el país de acogida. Esta es la línea de investigación que se propone para el futuro inmediato en el análisis de los inmigrantes marroquíes en España.

CULTURA MAGREBÍ Y RELACIONES CULTURALES CON ESPAÑA

XVI

EL MOVIMIENTO LITERARIO MAGREBÍ: LA LITERATURA CONTEMPORÁNEA EN MARRUECOS, TÚNEZ Y ARGELIA

Ana Ramos Calvo*

INTRODUCCIÓN

Contempladas en su conjunto, las manifestaciones literarias contemporáneas del Magreb¹ presentan una serie de características comunes, junto a peculiaridades inherentes a la idiosincrasia de cada uno de los países que componen la región.

Sin duda, el renacimiento cultural de esta parte del mundo árabe, tardío con respecto al gran renacimiento (*Nahḍa*), experimentado por su zona oriental a principios del siglo XIX, está íntimamente relacionado con éste. Por una parte, muchos jóvenes intelectuales magrebíes se formaron en los grandes centros culturales de Oriente y, por otra, el nacimiento y auge de la prensa árabe durante aquel mismo siglo, al proporcionar una cierta uniformidad lingüística, permitió el acceso a la literatura árabo-oriental, y a la consecuente imitación y asimilación de la misma por parte del Magreb.

Diferentes culturas se muestran en competencia en todo el Magreb, vehiculizadas por un también múltiple frente lingüístico². Por una parte, el árabe clásico, que expresa la tradición cultural de mayor fuerza en la zona y el árabe vulgar de cada región con su riquísima li-

* Universidad Autónoma de Madrid.

¹ En esta presentación de la literatura magrebí contemporánea, solamente se han tenido en cuenta las manifestaciones literarias de tres países integrados en el área: Marruecos, Argelia y Túnez.

² Sobre esta cuestión véase A. Boukous, «La situation linguistique au Maroc», *Europe*, junio-julio, 1979, pp. 5-21.

teratura oral, coexisten con los dialectos de la lengua bereber, depositaria de una importante cultura ³. Por otra, la influencia colonial, especialmente en lo que respecta a Francia, produce, en competencia con la tradición árabe, un fenómeno de biculturización, importantísimo en Argelia, de cierta entidad en Marruecos y más atenuado en Túnez.

Muchos de los males de la región son achacados por ciertos analistas a esta biculturación. Lo que realmente se produce es una alienación cultural, que obsesiona a muchos escritores por los problemas que acarrea, entre los que destaca el de la pérdida de identidad. Precisamente será la búsqueda de esta identidad la que hará despertar sentimientos nacionalistas y un afán de creación de movimientos y grupos políticos, que, invocando la tradición, fomentarán el aprendizaje de la lengua árabe, el estudio profundo de la religión y de la propia historia y de todo aquello relacionado con la cultura local, cercenada en el caso de Argelia y postergada en los otros dos países ante la avalancha de la influencia cultural francesa. De esta compleja situación surge una literatura comprometida, no siempre de gran calidad, que se expresará, según los casos, bien en árabe, bien en la lengua del colonizador.

Sobre la literatura norteafricana escrita en lengua francesa ⁴, nacida alrededor de los años 1945-1950, se mantiene en los países magrebíes un continuo debate, que oculta, a veces, por su virulencia, el verdadero valor de ésta ⁵. Muchos críticos desprecian a priori a los autores

³ El área de extensión de los pueblos comúnmente denominados bereberes abarca las zonas montañosas comprendidas de este a oeste desde Egipto al océano Atlántico y de norte a sur desde el mar Mediterráneo hasta el norte de Mali y del Níger. Diseminados por todo este área, constituyen minorías en cada uno de los países de la zona. Su lenguaje camito-semítico, autóctono y limitado a las comunidades bereberes, tiene mayor parentesco con el árabe dialectal que con las lenguas europeas, y se presenta bajo la forma de múltiples dialectos, que poseen ciertas reglas, aunque no están especificadas. Vincula fundamentalmente una literatura oral que presenta en la forma, esquemas fundamentalmente narrativos y poéticos; y en el fondo, temas socio-económicos determinados. Aunque posee un sistema de escritura aún en uso, son excepcionales los textos escritos.

⁴ Por la literatura magrebí de expresión francesa, se entiende aquí la escrita por autores árabes magrebíes. No se contempla en estas líneas el movimiento literario de los franceses nacidos en el Magreb.

⁵ Sobre literatura magrebí de expresión francesa nos remitimos entre otros a A. Khatibi, *Le Roman maghrébin*, Maspero, París, 1968. J. Déjeux, *Dictionnaire des Auteurs Maghrébins de Langue Française*, Kharbale, 1984; J. Déjeux, *Littérature maghrébine de*

árabes de expresión francesa —también desdeñados, a veces, por los críticos franceses—, por considerar que se someten culturalmente a la potencia colonizadora. Otros, por el contrario los valoran excesivamente, comprometiendo el dinamismo propiamente magrebí. La realidad es que un gran número de escritores, nacidos en su mayoría en el seno de sociedades árabo-bereberes y aun judías, adoptan provisionalmente la lengua francesa, conscientes del riesgo que ello supone, en actitud contestataria, en un primer momento, y con clara intención nacionalista y de combate en una segunda etapa. Por desgracia, también es verdad, que, aunque sea transitoriamente, muchos magrebíes han perdido el uso correcto de su propia lengua.

Antes de 1945 son pocos los autores de cierta calidad que se expresan en francés; escasamente algunos poetas y ciertos novelistas, que escriben obras de carácter moralizador y folclórico. En la década de los años cincuenta sin embargo, surge, especialmente en Argelia, una importante generación de escritores que expresan en francés y con técnicas europeas los mismos sentimientos de resistencia que sus compatriotas que utilizan la lengua árabe. El compromiso político de estos escritores se va haciendo cada vez mayor y algunos poetas especialmente combativos como los argelinos Jean Sénac y Henri Kréa, se consideran herederos a la vez de los grandes poetas árabes y de los franceses. Cuando llega la independencia, muchos hombres de letras magrebíes describirán en francés su desilusión. Habrá también escritores bilingües árabo-franceses, como los argelinos Kateb Yacine, Assia Djebar o Rachid Boudjedra, cuya producción es alternante o, como es el caso del último de ellos, que traducen su propia obra de uno al otro idioma; no faltan casos bilingües bereber-francés, como los argelinos Taos Amrouche y Mouloud Mammer, y también se puede hablar de bilingüismo árabe-español, del que el marroquí Muḥammad al-'Arabī al-Jaṭṭābī (nacido en 1927) es ejemplo.

Sin embargo, el problema del bilingüismo literario en la zona de influencia española tiene escasa importancia, comparado con el núcleo

de lengua/cultura-francesa⁶. En la actualidad, si bien se siguen produciendo obras de indudable calidad escritas en francés por autores árabes del norte de África, el auge en cantidad y calidad de la literatura en lengua árabe parece imparable en toda la zona.

ETAPAS Y GÉNEROS DE LA LITERATURA MAGREBÍ CONTEMPORÁNEA

De una manera general, se distinguen tres etapas claramente diferenciadas en las manifestaciones literarias del Magreb contemporáneo. La primera de ellas, que se inicia a principios de siglo y se extiende hasta finales de la Primera Guerra Mundial, está compuesta por una generación de autores que crece bajo el Protectorado. Sigue una segunda etapa que se desarrolla entre las dos grandes guerras, coincidiendo con el nacimiento de los movimientos nacionalistas, y por último puede ser establecida una tercera, que comienza en el momento en que cada uno de los países de la zona alcanza su independencia.

Desde principios de siglo y hasta después de la Primera Guerra Mundial, aproximadamente, los géneros cultivados en las letras magrebíes son los ya consagrados y, según es norma en la literatura clásica árabe, el papel más relevante corresponde a la poesía. La prosa se manifiesta bajo las formas tradicionales de *juṭbas*, *maqâmas* y *risâlas* en las que predomina la prosa rimada, las imágenes estéticas y el espíritu del *fiqh*.

Durante el período que se extiende entre las dos grandes guerras, la literatura, motivada por el desarrollo político, social y cultural, se va liberando de las ataduras del clasicismo y utiliza un lenguaje asequible a un público cada vez más amplio al que el autor quiere hacer llegar lo que realmente piensa. A esta renovación contribuyen el desarrollo periodístico, la traducción de textos europeos y la apertura del occidente árabe hacia el renacimiento que ha tenido lugar en la zona oriental. El escritor magrebí contrae un compromiso con el pueblo, especialmente el escritor nacionalista, que trata de defender al individuo, en lo que se refiere a su cultura y a su libertad. Para ello precisa de nuevas formas literarias, ya impuestas en otras regiones.

⁶ Véase P. Martínez Montávez, *Introducción a la literatura árabe moderna*, Cantabria, Madrid, 1985, p. 176.

La poesía presentará pocas novedades durante esta etapa y, si bien se introduce en la región el verso libre (*šī'r al ḥurr*), la gran novedad va a estar constituida por el auge del relato corto (*al qiṣṣa al-qāṣira*), género de amplia tradición, aunque revestido de nuevas características en el fondo y en la forma, de influencia europea. El periodismo literario juega un importantísimo papel en el impulso de esta nueva forma narrativa, que se erige como el género de denuncia por excelencia. La novela (*riwāya*), más meditativa y atenta a la construcción estética, evolucionará más lentamente para adquirir su mayor esplendor en el período siguiente.

Después de la independencia ⁷, y tras un corto período, durante el cual se ensalzan los hitos gloriosos que condujeron a la libertad, aparece una etapa en la que la desilusión por no hallar realizados en la independencia los ideales de justicia social y libertad política que se habían soñado, aflora en la mayor parte de la producción literaria, en prosa o en verso, de toda la región. Por otra parte, una febril actividad se apodera de los escritores de la zona, que cultivan todos los géneros posibles en un común afán de renovación. La narrativa, en sus dos modalidades de relato corto y novela, sigue acaparando una gran parte de la atención de los escritores, adquiriendo la literatura magrebí de expresión francesa, de una manera muy especial la argelina, su mayor esplendor. Paralelamente, se va desarrollando en el norte de África, con desigual incidencia en cada uno de los tres países magrebíes un género de escasa tradición en la literatura árabe: el teatro ⁸.

Primera etapa: la gestación de una literatura contemporánea ⁹

a) La poesía en el Magreb

Desde los primeros años del siglo xx, el poeta magrebí trata de hacer reaccionar al pueblo en un intento de que broten en él sentimientos

⁷ Marruecos accede a la independencia en 1956; pocos meses después y en el mismo año la adquiere Túnez. Argelia habrá de esperar hasta 1962 para obtenerla.

⁸ La tradición de este género en la literatura árabe es prácticamente nula si se exceptúan ciertas formas representativas manifestadas en época medieval y que siguen produciéndose inamovibles dentro de la más absoluta continuidad.

⁹ Como obra de consulta general para ésta y las siguientes etapas, véase P. Martínez Montávez, *op. cit.*

nacionalistas —nacionalismo local y también panarábigo—, junto a un espíritu de contestación y lucha. Para ello, sus poemas, más bien cánticos patrióticos, traerán a la memoria colectiva las gestas gloriosas contra los sucesivos enemigos del pasado, de las que están jalonadas las propias historias nacionales. La estética poética necesitará, pues, el apoyo de los historiadores. Son poemas que siguen fielmente la tradición neoclásica en cuanto a la forma, esforzándose el autor en demostrar su dominio de la lengua y de los modelos consagrados, de tal modo que, aun los poetas que se caracterizan por un marcado carácter nacionalista, son conservadores en este aspecto. La lucha contra el ocupante y las circunstancias en que se desarrolló esta lucha es el objetivo del poeta, tema que seguirá vigente en la poesía magrebí hasta los primeros años que siguieron a la obtención de la independencia. Se trata en resumen, de una poesía político-patriótica, cuyo mensaje principal es la obsesión por librarse del yugo extranjero.

En Túnez, ya desde principios de siglo, se va desarrollando una poesía política con el grupo *al-Šabāb al-Tūnisī*. Poetas de esta tendencia son Muḥsin b. Ḥamīda, Muḥammad al-‘Arabī al-Kabbadī y sobre todo Muḥammad al-Šādilī Jaznadār (1881-1956), quien, a pesar del gran renombre adquirido en su época, quedará eclipsado por la fuerza de la poesía de una de las grandes figuras de las letras y el pensamiento tunecinos, Abū-l-Qāsim al-Šābbī (1908-1934), cuya presencia también se impondrá en el período comprendido entre las dos guerras mundiales. Al-Šābbī ataca a la poesía clásica por su anquilosamiento y reivindica una nueva literatura acorde con los tiempos en la que pueda caber una libertad de imaginación y de expresión, a pesar de lo cual permanece fiel a la estructura básica de la *qaṣīda* o de la *muwašṣaḥa* andalusí. Su poesía, que presenta los rasgos del movimiento romántico, desarrollado principalmente por los poetas siro-libaneses que emigraron a las Américas¹⁰, y de los románticos franceses que conoce a través de las traducciones, muestra el sufrimiento del pueblo encadenado por el ocupante extranjero, describiendo la opresión, la pérdida de la libertad y de la dignidad. De este autor puede decirse que re-

¹⁰ Este tipo de poesía es asimismo cultivado por el grupo del «*Diwān*», alcanzando su mayor esplendor en algunos poetas del grupo «*Apollo*», con quien al-Šābbī se hallaba íntimamente relacionado. Ver M. Khouri, «*Al Šābbī as a Romantic*», *Arabic Literature in North Africa*, Cambridge, 1982.

presenta la generación que busca frenéticamente liberarse de una situación que llega a ser sofocante y opresiva, no solamente por la presencia colonial, sino también por las ataduras que impone la tradición. A la misma generación pertenece su compatriota 'Abd al-Razzāq Kārā-bāka (1901-1945)¹¹, popular desde su juventud por sus poemas y canciones, de marcado carácter nacionalista, que él mismo interpretaba. Formalmente, es tradicional en los poemas que escribe en árabe clásico, pero asimismo es digno de destacarse su virtuosismo como poeta en lengua dialectal.

En Marruecos el principal representante de esta poesía político-patriótica es sin duda el poeta, orador, ensayista y político 'Allāl al-Fāsi (1910-1974). Toda su producción en prosa o en verso está consagrada a la lucha activa contra el colonialismo, siendo su poesía absolutamente clásica en la forma. Perseguido por las autoridades francesas por sus ideas nacionalistas, se ve obligado a exiliarse, primero en el protectorado español y posteriormente en Francia y Suiza, donde entra en contacto con grupos nacionalistas magrebíes y con reformistas orientales como el sirio Šakīb Arslāū. Su prestigio político le lleva a liderar el partido *al-Istiqlāl* y a promover la fundación de numerosas publicaciones periódicas en árabe o en francés.

Argelia, igual que el resto de las naciones magrebíes, recibe por esta época la influencia de la *Nabḍa* oriental, y la lengua árabe lucha por renacer. La estética poética brinda un apoyo muy útil a la labor de los historiadores, que tratan de hacer revivir el orgullo nacional. Pioneros de la poesía argelina contemporánea pueden ser considerados Muḥammad al-'Īd Jalīfa (nacido en 1904) y Aḥmad Riḍā Ḥūḥū (1911-1956), formado éste en Arabia Saudí y mártir de la revolución, ambos claramente influidos por las ideas de los movimientos reformistas iniciados por el egipcio Muḥammad Abdūh y continuados por Aḥmad Ibn Badīs (1889-1940), a quien siguen más directamente. Es una época de llamada a la acción, y aunque se recopilan poemas populares¹² de temas tradicionales, los poetas argelinos convocan al pueblo desde las páginas de periódicos árabes como *al-Iqdām* o *Šihāb*, y sus poemas, a

¹¹ Sus antepasados se instalaron en Túnez, procedentes de España, a causa de la expulsión final de los moriscos decretada durante el gobierno de Felipe III.

¹² Una de estas colecciones, obra de Q. Muḥammad, es *Al-kanz al-maknūn fi-l-si'r al-malḥūn* (Tesoro oculto de la poesía popular), Argel, 1928.

veces, son publicados conjuntamente¹³. Los focos de inspiración de esta poesía son principalmente el viejo fondo magrebí idealizado, la lucha por la independencia exaltada en cantos patrióticos y las sátiras dirigidas contra los franceses o contra los propios argelinos, colaboracionistas o indiferentes.

b) La prosa de los predicadores

Desde comienzos de la *Nahḍa* la prosa norteafricana inicia una renovación, obligada por el incremento de cambios en la sociedad, en la política y en el pensamiento cultural. Esta renovación es consecuencia del desarrollo periodístico y de la traducción de obras europeas. Coexistiendo con la poesía persisten durante esta etapa formas literarias muy antiguas entre los árabes, de las que destacaremos la *juṭba*, el género cultivado por los predicadores¹⁴. Acreditada ya en época anteislámica, con la llegada del Islam la *juṭba* evoluciona y cambia su contenido, estacionándose durante las épocas omeya y abbasí. Durante el período otomano en los países que caían bajo su dominio y más adelante durante la época colonial, la *juṭba* destaca por su ardor patriótico, si bien, el elemento religioso predomina en ella, de tal modo, que aun en los casos en que resulta evidente su intención política, el predicador se apoya y ayuda de citas coránicas y de hadices... En tono elocuente y redactadas en prosa rimada, como demostración del dominio lingüístico de su autor, las *juṭbas* del norte de África tienen como principal objetivo la lucha contra el ocupante y las circunstancias en que se lleva a cabo dicha lucha. Si bien este género debe relacionarse con el campo del pensamiento —la *juṭba* viene a ser el equivalente del ensayo político durante la época colonial—, hay que destacar su papel en el período de formación de la literatura magrebí contemporánea, tanto por su ex-

¹³ Sirva como ejemplo la obra de al-Hādī al-Sanūsī al-Zahirī *Su'arā' al-ḡazā' ir fi-l-'aṣar al-hādīr* (Poetas argelinos de la época actual), Túnez, 1926.

¹⁴ Acreditada ya en época anteislámica, con la llegada del Islam la *juṭba* evoluciona y cambia su contenido, estacionándose durante las épocas omeya y abbasí. Durante el período otomano en los países que caían bajo su dominio y más adelante durante la época colonial, la *juṭba* destaca por su ardor patriótico, si bien el elemento religioso predomina en ella, de tal modo, que aún en los casos en que resulta evidente su intención política, el predicador se apoya y ayuda de citas coránicas y de hadices.

posición de los acontecimientos sociales y políticos durante esta etapa histórica, como por su contribución al desarrollo de la lengua, sin desdeñar su valor como propagador de ideologías de signo político. El argelino Ibn Badīs, en la línea ideológica del egipcio Muḥammad Abdūh, es uno de los mejores exponentes de este género, durante este período¹⁵.

c) La narrativa popular¹⁶

La narrativa popular adquiere durante esta etapa que antecede a la Primera Guerra Mundial, un especial interés por su contribución al desarrollo de la narrativa contemporánea en la zona del Magreb, cuyo mayor impulso se sitúa en general, durante el período siguiente. Los narradores magrebíes vuelven sus ojos hacia la literatura popular, especialmente a la hora de relacionar hechos del pasado con los avatares de la lucha por la independencia. Son relatos de autor siempre anónimo, como es habitual en este tipo de literatura, donde reviven variados temas, relacionados principalmente con la historia y con la religión, cuyos protagonistas presentan siempre características extremas de bondad y de maldad. Se trata de fábulas tradicionales o relacionadas con algún suceso real, pero siempre extraordinario. Son relatos como la *Sīra de 'Antara*, *Sayf b. dī Yazīn* o la *Sīra al-Hilāliyyīn*. Otros están relacionados con la vida de 'Alī b. Abī Ṭālib, el yerno y primo del Profeta, de su hijo Ḥusayn, de los Compañeros de Mahoma, y algunos más refieren historias de animales al modo del *Kalīla y Dimna*, como la historia de *al-Ṣayyād wa-l-samakāt al-ṣagīra* (*Historia del pescador y el pescadito*), toda ella expresada en dialecto argelino. La divulgación de estos relatos por el norte de África la llevaron a cabo desde la época de la conquista árabe los narradores profesionales, los propios conquistadores, o bien co-

¹⁵ Para el desarrollo de la prosa contemporánea en Argelia, véase 'Abd Allāh Rakībī, *Tatawūur al-naṭr al-ḡazā'irī al-ḡadīt*, Argel, 1983.

¹⁶ La literatura oral magrebí puede figurar en la primera línea de las literaturas orales de todo el mundo, por su calidad y por su riqueza. Merece, por lo tanto, un estudio detallado que no tiene cabida en estas páginas. Para una visión general remito a la obra básica de H. Basset, *Essai sur la littérature des berbères*, Argel, 1920. Véase, asimismo, M. Mammeri, «Evolution de la poésie kabyle», *Revue Africaine*, XCIV (1950), pp. 125-149; C. Lacoste-Dujardin, *Le conte kabyle*, París, 1970; S. Fanjul, *Canciones populares árabes*, Madrid, 1975.

merciantes, peregrinos, viajeros o refugiados por diferentes motivos, especialmente los pertenecientes a las *qabilas* de los Banū Hilāl y los Banū Salīm.

La presencia de una potencia extranjera en la zona hace renacer el gusto por estos relatos que ofrecen una línea de identidad cultural, lingüística y religiosa, que se había ido debilitando en la zona, especialmente en lo que se refiere a Argelia, constituyendo un motivo de orgullo y de dignidad para todo aquel que se siente desposeído en su propia tierra. En consecuencia, esta literatura experimenta sucesivos renacimientos en cada uno de los países magrebíes, coincidiendo con la gestación de los sucesivos brotes de resistencia, debilitándose cuando decae la contestación. La lengua utilizada viene a ser una mezcla de árabe clásico y hablas populares, inclinándose más hacia éstas, lo que constituye una valiosa ayuda para la conservación del lenguaje, si bien en su faceta dialectal, cuestión de vital importancia en lo que se refiere, por ejemplo, a Argelia. La prosa prolija en descripciones en la que están relatadas estas historias se entremezcla con el verso, y su técnica está fuertemente emparentada con la de las *Mil y Una Noches*.

A este fondo de origen mediterráneo, habrá de añadirse la literatura oral campesina de expresión árabe o bereber y la exclusivamente arabófona del medio ciudadano, toda ella aún en plena vigencia hasta finales del siglo pasado. Muchos de estos textos, especialmente los que recogen la tradición cuentística del norte de África, han sido recogidos, aún vivos, por los dialectólogos, que los utilizan como texto de apoyo para sus investigaciones. Su contenido religioso, impregnado de moral popular, ha hecho de esta literatura el soporte de la propaganda *šīʿī* en todo el Magreb.

Segunda etapa: una literatura nacionalista

a) La poesía

Después de la Primera Guerra Mundial y hasta los años posteriores a la Segunda, la poesía sigue representando un papel principal en todo el Magreb árabe. Sucediendo a la anteriormente descrita poesía político patriótica, se desarrolla otra que, sin dejar de tener marcado carácter nacionalista, se caracteriza por su inspiración social, siempre dentro de los moldes estéticos de la poesía clásica.

En Túnez¹⁷ se abren durante este período nuevos horizontes sociales y políticos, y cobra un ímpetu especial la causa feminista con sus implicaciones sociales. La precaria existencia de la literatura se ve estimulada por la aparición de esporádicos periódicos y revistas especializadas¹⁸. Además de algunos poetas, ya citados como figuras destacadas en el período anterior, sobresalen Maḥmūd Būrguiba (1910-1956), y al-Ṭāhir al-Ḥaddād (1899-1935), ambos formados en la *Zaytūna*; el primero es conocido especialmente por su lírica amorosa, mientras que el segundo se vale de sus ensayos y poemas para hacer una llamada a las clases obreras, incitándolas a tomar parte activa en la formación de un nuevo espíritu nacional. Obsesionado por la marginación femenina, lucha por la liberación de la mujer no solamente en nombre de un nuevo orden social, sino desde el mismo espíritu de los textos coránicos, cuya particular lectura provoca escándalo en los medios religiosos. Figuras importantes de este período en Túnez son, asimismo, Mustafā Jrayyef (1909-1967), quien a su nacionalismo (característico de la época) adjunta ciertas pinceladas de popularismo, con marcada intención de crítica social.

Al igual que en los restantes países del Magreb, en Túnez empieza a florecer por los años veinte una literatura de expresión francesa, que alcanzará su mayor apogeo en la década de los cincuenta y que, tras pasar por una etapa de gloria, comenzará a decaer después de la independencia. El número de sus representantes es escaso y muy pocos de ellos adquieren notoriedad antes de 1945. Entre ellos, un pequeño grupo de poetas, destacando Abdelmajid Tlatli, que cuenta con varias colecciones de poemas publicadas, la primera de ellas *Sous les cendres de Carthage* (St.-Étienne, 1952).

En Marruecos asimismo, sobresalen algunos poetas de expresión francesa durante este período, entre ellos Muḥammad 'Azīz Laḥbābī

¹⁷ Véase F. Peral, «Figuras de la última poesía tunecina», *Almenara*, 2, 1972, pp. 167-184.

¹⁸ Entre las publicaciones periódicas que se fundan en el período de entre guerras destacan *al-Badr* y *al-Fayr*. Especialmente importante por su atención a la crítica literaria es *al-'Ālam al-Adabī*, prácticamente dedicada por completo a la literatura, cuyas páginas, así como las del periódico *al-Zamān*, son escenario de continuas polémicas entre renovadores y conservadores. Las páginas literarias de algunos periódicos como *al-Šabāb* presentan poemas y relatos cortos. Véase M. Jaafar, *La Presse Littéraire en Tunisie (de 1904 à 1955)*, Túnez, 1979.

(al-Ḥabbābī) (nacido en 1923), formado en París, fundador de la revista *Afāq* y portavoz de la Unión de Escritores del Magreb Árabe, de la que fue promotor. Con acusada influencia existencialista, su prestigio es reconocido tanto en su faceta de poeta, como en las de ensayista y narrador, no sólo en francés, sino también en árabe. De sus colecciones de poemas citaremos *Chants d'espérance* (Le Puy, 1952), *Misères et lumières* (París, 1958; Casablanca, 1962; traducción árabe, Beirut, 1962), *Ma voix à la recherche de sa voie* (1969), etc.

La poesía marroquí en lengua árabe está representada en esta etapa por 'Abd al-Ma'īd b. Yellūn (1915-1981), en quien se evidencian influencias tanto de corrientes poéticas orientales como occidentales (vive largas temporadas en Inglaterra y en Egipto), y en cuya obra poética —que permanece en parte inédita— subyace como tema primordial el de las relaciones de marroquíes y franceses durante el Protectorado. Poeta destacado es, asimismo, 'Abd al-Karīm al-Tābit (1915-1961), quien muestra en su obra un espíritu combativo que le sitúa entre los poetas de una generación anterior. También a caballo entre las dos generaciones, Muḥammad al-Ḥabīb al-Furkānī es un poeta comprometido políticamente, cuya primera colección de poemas, de corte clásico, *Nuṣūm fī yadī* (*Estrellas en mi mano*), no vería la luz hasta 1965. En una época de claro predominio del realismo social, el tetuaní Muḥammad al-Šabbāg (nacido en 1929) recuerda a los poetas de tendencia romántica orientales, especialmente a los relacionados con la escuela del *Mahjār*¹⁹.

Las ideas europeas acerca del derecho de los pueblos a desenvolverse por sí mismos, hacen mella en Argelia después de la Primera Guerra Mundial, desarrollándose un nacionalismo que en los años veinte pasaría a la acción. Ideas marxistas, entremezcladas con un islamismo y un nacionalismo acentuados, son impulsadas por 'Abd al-Ḥamīd ibn Badīs y propagadas por medio de la prensa²⁰. Si a la poesía de la épo-

¹⁹ Recientemente ha aparecido traducida al español una antología de los poemas de este autor seleccionados e introducidos por J. López Gorgé, bajo el título *Del fuego y de la luna y otros poemas*, Madrid, Rialp, 1990. Para otras traducciones de la obra de este autor en particular y de traducciones al español de autores árabes en general, véase N. Paradela, *Bibliografía de la literatura árabe contemporánea (Traducciones y estudios)*, Madrid, Universidad Autónoma, 1984.

²⁰ Entre las publicaciones periódicas surgidas en este período figura *al-Muntaqid*, fundada en 1926 en Constantina; desaparece y vuelve a reaparecer bajo el nombre de

ca anterior se la puede calificar de consolidadora de la tradición, la que nace del nacionalismo militante al que se adscriben los poetas argelinos de este período está proyectada hacia un futuro esperanzador²¹. Quedan atrás los poemas de consuelo y lamentaciones para dar paso a otros que trazan un programa de acción en busca de la liberación, recalcando el sentido de la humillación y exaltando a un tiempo los sentimientos religioso y panarábigo. El poeta argelino en lengua árabe más conocido, no sólo en el Magreb sino también en Oriente durante este período, es Mufdi Zakariyā' (1913-1977), quien dedica su obra, casi exclusivamente a ensalzar la revolución argelina.

Ya antes de la Primera Guerra Mundial algunos intelectuales progresistas de cultura francesa empiezan a dejarse oír. La poesía argelina en lengua francesa adquiere categoría con un poeta revolucionario, Jean Amrouche (1906-1962), de familia bereber convertida al cristianismo, quien además de por su abundante producción poética es digno de destacar por un ensayo, *L'Éternel Jugurtha*, aparecido en la revista *Arche* en 1946, de amplia repercusión en su momento y que siguió influyendo en posteriores generaciones. Es asimismo encomiable su traducción al francés, precedida de una interesante introducción, de una serie de cánticos bereberes de la *Kabylia* argelina²². También poeta en lengua francesa, aunque más conocido como novelista es Mohammed Dib (nacido en 1920), que empieza a publicar en la década de los cincuenta. Militante del Partido Comunista, ha ejercido las más diversas profesiones, desde fabricante de tapices a maestro, pasando por una época de contable, además de ejercer como periodista. Su literatura está enraizada en su país e inspirada en los problemas de mayor actualidad en Argelia, aunque haya fijado su residencia en Francia. Los poemas de este autor son insolentes, enigmáticos a fuerza de concisión, y se caracterizan por la fuerte carga poética de sus imágenes simples y elementales; han sido publicados en varias colecciones, entre ellas *Ombre gardienne*, París, 1961 (reed. 1984), *Omneros*, París, 1975 y *Feu beau feu*, París, 1979. A esta misma generación pertenece Malek Haddad (nacido en 1927),

Šihāb, hasta su clausura definitiva en 1939. También son dignas de mención *Mizāb*, a la que sucede *al-Magrib* y a ésta *al-Nūr*. Por su parte *al-Bašā'ir*, fundada en 1935, ha continuado hasta nuestros días, con una interrupción de 1939 a 1947.

²¹ Véase J. Déjeux, *La poésie algérienne*, París, 1982.

²² J. Amrouche, *Chants berbères de Kabylie*, Túnez, 1939.

poeta y novelista, comprometido con la resistencia argelina, que optaría después de la independencia por el silencio para acabar con la contradicción que pesa sobre los escritores árabes que escriben en francés; de sus colecciones de poemas citaremos *Le malheur en danger*, París, 1956.

Una interesante y discutida figura, dentro de la poesía, es de igual modo Kateb Yacine (1929-1988)²³, quien también cultivó el arte dramático y la novela. El poeta, según sus palabras, se encuentra en la primera fila de la revolución²⁴. Su poesía, a veces oscura e incluso hermética, está enraizada en la historia y la tierra argelinas, desde su primer libro de poemas, *Soliloques*, publicado con poco éxito en 1946, cuando el autor solamente contaba con diecisiete años de edad.

La producción en lengua francesa del poeta argelino (de origen español por su abuelo materno) Jean Sénac (nacido en 1926) no solamente es abundante, sino de gran calidad y ha sido traducida a muchas lenguas. Sus poemas traslucen un sufrimiento místico, dando a conocer con alusiones oscuras, que a veces rozan el surrealismo, una intensa y dolorosa vida interior, abrumada por temas que le obsesionan, como es la idea de Dios, que aparece constantemente mezclado con sus propias experiencias. A pesar de expresarse en francés, reconoce que la verdadera literatura del norte de África es la que utiliza el árabe o el bereber como medio de comunicación. Citaremos finalmente, entre los más conocidos representantes de la poesía argelina de expresión francesa durante este período, a Henri Kréa (nacido en 1933), que ha publicado varias colecciones de poemas, entre ellas *Liberté première*, París, 1957 y *La révolution et la poésie sont une seule et même chose*, París, 1960 (con prólogo de J. Amrouche).

b) Prosa y nacionalismo en el Magreb

La *jutba*, de contenido patriótico, se sigue utilizando durante la época de entre guerras en todo el norte africano, impregnada de un

²³ El nombre del autor es Yacine y el apellido Kateb; sin embargo, según su propio comentario, firma siempre sus obras como Kateb Yacine, en recuerdo de la forma en que se llamaba a los alumnos en la escuela primaria (cfr. J. Dejeux, *Littérature maghrébinne de Langue Française*, Quebec, 1980, p. 209, nota).

²⁴ *Ibid.*, p. 220.

tono dramático, en su propósito de influir en el pueblo para la obtención de su libertad. En Argelia algunos predicadores del Partido del Pueblo, fundado en 1937, utilizan incluso el francés para llegar a la conciencia de un número mayor de oyentes. Cuando la revolución de los años cincuenta sacude al país, estos predicadores se proponen influir en las mentes de los soldados del ejército de liberación. Con la llegada de la independencia, cambian las circunstancias y con ellas el contenido de las *juṭbas*, que se van debilitando en cuanto a su ardor.

Pero la mayor novedad que presenta la prosa magrebí en este período es la promoción del relato corto y la novela, cuyo protagonismo va a hacer perder a la poesía su papel tradicional de estrella indiscutible de las letras árabes. A pesar de su larga tradición cuentística, el relato corto en su forma actual (*al-qīṣṣat al-qaṣīra*) aparece en el norte de África con una gran carga de influencia europea, si bien con notable retraso en lo que respecta al resto del mundo árabe. Se impone rápidamente por su idoneidad para reflejar de manera instantánea —gracias a su fácil difusión por la prensa y revistas especializadas— las nuevas condiciones político-sociales surgidas en la zona. La novela, como ya veremos, tardará más en desarrollarse.

La narrativa en Túnez ²⁵

Túnez, cuya continuidad literaria es más firme que la del resto de los países del Magreb, adopta con relativa prontitud el relato corto al que se dedican febrilmente escritores, que ya se habían impuesto por su maestría en el verso, como al-Šabbī y Muḥammad Jrayyef, si bien éstos presentan influencias románticas, cuando la tendencia dominante ya en Oriente es el realismo.

En los años treinta se inicia la modernización en el país. Las grandes familias en las que se apoyaba el colonialismo comienzan a declinar y aparecen nuevas clases sociales: los obreros y la pequeña burguesía. La influencia de las colonias europeas establecidas en Túnez se deja sen-

²⁵ Para la formación y evolución de la nueva literatura tunecina durante este período véase T. Baqqar y S. Garmadi, *Ecrivains de Tunisie*, París, 1981. Para la narrativa en especial véase F. Ghazi, *Le roman et la nouvelle en Tunisie*, Túnez, 1970. Sobre este mismo tema N. Paradela presentó su memoria de licenciatura con el título «Formación y primer desarrollo del cuento tunecino contemporáneo», Universidad Autónoma de Madrid, 1981.

tir en las costumbres y la mujer se asoma tímidamente a la escena pública. La tradición aparece como una traba para el progreso, y la literatura deja de reflejar las lamentaciones por las glorias perdidas. En 1934 se crea el Neo-Destur, que toma la dirección política e ideológica de la sociedad y trata de llevar la lucha contra la colonización. Los intelectuales, formados en los centros tradicionales árabes o en las universidades francesas, ya no proceden exclusivamente de la burguesía, sino de clases más modestas, y critican abiertamente el sistema colonial y el orden social establecido. La literatura se hace eco de estos cambios y muestra su influencia tanto de Occidente, como del racionalismo egipcio, haciendo girar sus temas invariablemente alrededor de las costumbres tradicionales: la esclavitud —en especial la que afecta a los niños—, la autoridad despótica del padre, el enclaustramiento de la mujer, etc.

Verdadero maestro del relato corto realista es 'Alī al-Du'āyī (1909-1949), colaborador asiduo de revistas satíricas como *al-Surūr* y *al-Ša-bāb*, cuyo humor amargo y sutil enmascara tragedias cotidianas de gentes sencillas, siendo sus relatos estampas vivas y críticas muy sutiles contra el orden establecido. Su primera narración, *Yawla bayna ḥanāt al-baḥr al-mutawassiṭ* (*Viaje a través de los bares del Mediterráneo*) (Túnez, 1973) ²⁶, produjo verdadero impacto por su manera desenvuelta de tratar temas frívolos y por su lenguaje directo de gran fuerza expresiva. A pesar de su prematura muerte, al-Du'āyī cuenta con una abundante producción de relatos cortos y más de un centenar de piezas radiofónicas.

Otra gran figura de las letras tunecinas, Maḥmūd al-Mas'adī (nacido en 1911) ²⁷, representante típico del biculturalismo magrebí, escribe su primera obra, *al-Sudd* (*La presa*) ²⁸. Se trata del trabajo más importante de este escritor, terriblemente complejo y de difícil clasificación entre narrativa y teatro —como pieza dramática ha sido representado—, que proporciona una magnífica información sobre toda esta

²⁶ Fue publicada por capítulos en la revista *al-Ālam al-Adabī* entre los años 1935 y 36; la revista *al-Mabāḥiṭ* la vuelve a publicar entre julio y septiembre de 1944.

²⁷ Sobre este período en Túnez véase R. C. Ostle, «Maḥmūd al-Mas'adī and Tunisia's lost Generation», *Journal of Arabic Literature*, VII (1977), pp. 153-166.

²⁸ La obra fue escrita entre 1939 y 1940, siendo publicada en 1955. Una segunda edición aparece en Túnez en 1974.

generación de escritores tunecinos de entre guerras. Autor asimismo de una serie de relatos cortos, *Mawlid al-nasyān* (*El nacimiento del olvido*) (1974) y de una novela, *Ḥaddatā Abū Hurayra* (*Dijo Abū Hurayra*) (1973), al-Mas'adī extrae sus personajes de la historia o del mundo de las fábulas y leyendas. La angustia existencial domina a sus protagonistas, que se rebelan contra Dios y contra la sociedad, viven intensamente y luchan. Sofisticados conceptos intelectuales, imaginación desbordante y complejos simbolismos están expresados en un lenguaje sencillo —en el que no se encuentra ninguna concesión al habla coloquial— que recuerda, despojado de retórica, a los grandes prosistas medievales e incluso utiliza técnicas tradicionales, aun mostrando su dominio de la narrativa moderna.

La corriente narrativa de expresión francesa cuenta con muy pocos representantes en Túnez, donde las manifestaciones literarias en lengua árabe se encuentran por los años cincuenta bastante desarrolladas. Entre los autores tunecinos de expresión francesa pertenecientes a la generación de los arriba mencionados, destaca Hachemi Baccouche (nacido en 1917), ensayista, dramaturgo y autor de las novelas *Ma foi demeure* (París, 1958) y *La Dame de Carthage* (París, 1961). Asimismo ocupa un lugar destacado dentro de esta corriente, Albert Memmi (nacido en 1920), judío tunecino, cuya lengua materna es el árabe, quien escribe en francés, entre otras, una novela de carácter autobiográfico, *La statue de sel*, París, 1953. Con un estilo metódico y un lenguaje rigurosos, la obra de Memmi refleja la obsesión del autor por la temática del hombre dominado.

La narrativa en Marruecos en los años anteriores a la independencia

En Marruecos, los años treinta contemplan el nacimiento del movimiento nacionalista. Los jóvenes intelectuales, formados en Europa o en escuelas del protectorado francés, y que pertenecen aún de manera predominante a la burguesía, se disponen a una larga lucha para conseguir la independencia. Como en el resto de los países de la zona, la prosa de este período en Marruecos acusa tanto la influencia de la literatura europea, como la del movimiento cultural árabe-oriental. Se trata de una literatura receptora de ideas y técnicas renovadoras, que tantea el socialismo. Sin embargo, las posibilidades de publicación son

escasas, por lo que la importancia de la prosa va unida al auge de la prensa literaria, que se hará más evidente a partir de los años cuarenta.

Sin duda, el bilingüismo perjudica el desarrollo de la narrativa de expresión árabe en Marruecos, ya que los autores que escriben en francés son conscientes de que el ámbito de sus lectores va a ser mucho más amplio. Son escritores en su mayoría autodidactas, que no forman grupo dentro de una determinada corriente. Tratan de demostrar a los europeos que existe un mundo diferente al de ellos y paradójicamente buscan su identidad, perdida en el transcurso del Protectorado, utilizando contra el opresor la lengua de éste, que son capaces de manejar en toda su pureza y también de distorsionarla, creando un nuevo lenguaje plagado de neologismos. El fuerte contraste que produce la exposición de situaciones y pensamientos extraños a la lengua en que son expresados, impregnan a esta literatura de un atractivo indudable. Durante un primer período, que se extiende hasta mediados de los años sesenta, la narrativa marroquí en lengua francesa se caracteriza por su pintoresquismo y su contenido etnográfico. A esta etapa pertenece Ahmad Sefrioui (nacido en 1915), hijo de padres de origen bereber aunque muy arabizados, más conocido como autor de relatos cortos que como novelista. En su obra, dirigida a un público francés y exenta del menor atisbo de crítica social, aparecen Marruecos y la vida marroquí idealizados e irreales, intercalando multitud de términos dialectales, que traduce en notas. Dos obras le dieron a conocer al público: una colección de relatos, *Le chapelet d'ambre*, París, 1949 y una novela, *La boîte à merveilles* (París, 1954). Una segunda novela, *La maison de servitude* (Argel, 1973), aún sin apartarse de la línea de corte etnográfico de la obra anterior, marca una cierta ruptura ²⁹.

Entre los mejores novelistas marroquíes en lengua francesa de este período se encuentra el controvertido Driss Chraïbi (nacido en 1926), en cuya obra, dominada por el tema del padre tirano, contra el que se rebela, se halla una doble crítica: contra la familia y contra la religión. Su primera novela, *Le Passé Simple*, París, 1954, aunque no es autobiográfica, muestra su profunda crisis de fe, y está escrita en un lenguaje crudo. Chraïbi trata de terminar con el regionalismo y de universalizar

²⁹ Sobre esta obra en concreto véase J. C. Vatin, «Structure romanesque et système social», *Annuaire de l'Afrique du Nord* (1981), pp. 273-294.

los temas, buscando la verdad desnuda. Su influencia ha sido grande en todo el Magreb durante varias generaciones. Una abundante producción novelística sigue a esta primera publicación; de ella citaremos *Les Boucs* (1955), *L'Ane* (1956), *Un Ami viendra vous voir* (1967), etc.

Paralelamente a esta narrativa en lengua francesa se va desarrollando otra, escrita por un nutrido grupo de escritores que escogen como medio de expresión el árabe³⁰, conscientes de que su público será más limitado, pero convencidos de que su obra tendrá mayor posibilidad de penetrar en los medios populares. Por su gran influencia en la vida cultural y política de este período destaca 'Abd al-Ma'ïd b. 'Yellūn, citado más arriba como poeta y autor de una colección de relatos autobiográficos que, bajo el título *Fī-l-Ṭufūla* (*Sobre la infancia*) publica en dos tomos, el primero en 1959 y el segundo en 1968.

A caballo entre dos épocas, la de la generación que lucha por la independencia y la que surge una vez obtenida ésta, se encuentra 'Abd al-Karīm Gallāb (nacido en 1919), político, intelectual, novelista y crítico. Formado en El Cairo, trabaja como periodista ligado al *Istiqlāl* en Marruecos. Su producción literaria, abundante y variada, trata de temas políticos, sociales y culturales, siempre bajo el denominador común de la identidad nacional conjugada con la modernidad. No solamente se muestra preocupado por problemas locales, sino que parte de su obra está totalmente consagrada a transmitir sus ideas sobre el pan-arabismo y el pan-islamismo. En su relato *Dafannā al-mādī* (*Enterramos el pasado*), publicado en 1966 y que presenta los rasgos de la nueva narrativa marroquí, se pone de manifiesto el espíritu de la pre-independencia. Su lucha activa contra el colonialismo francés le llevó a prisión en dos ocasiones, la segunda de ellas descrita en su relato *Sab'at abwāb* (*Las siete puertas*) (1972). En la misma línea destaca Mujtar al-Sūsī (1900-1963), quien presencié el nacimiento y la muerte del protectorado francés y que, si bien representa la transición entre la cultura del pasado y la del presente marroquíes, también se manifiesta como un espíritu abierto, dando, al final de su vida, sus primeros pasos en el campo de la novela.

³⁰ Para una visión general de la literatura marroquí contemporánea, escrita en lengua árabe, véase la Introducción a la antología publicada por M. Benjelloun, A. Khatibi y M. Kably, *Ecrivains Marocains*, París, 1974.

La narrativa y la revolución argelina

Durante el período que se extiende entre las dos grandes guerras mundiales, el dominio de la lengua francesa en todo el territorio argelino es ya prácticamente absoluto. Sin embargo, la literatura argelina de expresión francesa aparece con notable retraso con respecto a la desarrollada en Túnez y Marruecos³¹. Puede decirse que hasta los años cincuenta no sobresalió ningún escritor argelino en este campo. La explicación es sencilla: en los primeros tiempos de la ocupación, el aprendizaje de la lengua y la cultura francesas estaba reservado para los franceses y cuando la lengua era ya familiar a los argelinos, éstos encontraron serias trabas por parte de la Administración para acceder a la enseñanza superior. Los afortunados que alcanzaron dicho privilegio, escogieron profesiones de libre ejercicio, pero muy pocos cursaron estudios de tipo humanístico. Los primeros relatos cortos de expresión francesa nacieron con la revolución, llenando el hueco existente por la grave carencia de producción literaria en lengua árabe. En los años cincuenta surge una generación especial que escribe novelas diferentes en cuanto a la forma, pero cuyo contenido las clasifica en su conjunto como pertenecientes a una literatura argelina de resistencia. Las grandes dificultades de publicación tratan de ser paliadas con la aparición de nuevas revistas³².

Dos escritoras argelinas de expresión francesa se dan a conocer antes de los años cincuenta, precediendo en varios años a sus colegas masculinos en la rebelión contra sus colonizadores³³: Marguerite Taos-Amrouche y Djamila Debèche. La primera, hermana del poeta Jean Amrouche, publica una novela de estilo intimista *Jacinthe Noire*, París, 1945³⁴, a la que seguiría en 1960 *Rue des tambourins*, esta última en

³¹ Véase J. Dejeux, «Bibliographie méthodique et critique de la littérature algérienne en langue française (1945-1970)», *ROMM* (1971), pp. 111-135.

³² Entre estas revistas figuran: *L'Arche*, fundada por J. Amrouche en 1944, *Forge*, fundada en 1946, *Soleil* en 1950, *Simoun*, que se publica a partir de 1952, y en 1953 aparece un único número de *Terrasses*, dirigida por J. Sénac.

³³ Véase E. Accad, «Women's voices from the Maghreb: 1945 to the present», en *Arabic Literature in North Africa*, Cambridge, 1982, p. 18.

³⁴ Esta novela, reeditada en París en 1972, aparece bajo la firma de Marie-Louise Amrouche. Posteriormente la autora adoptará el nombre de Marguerite Taos —Amrouche o simplemente Taos— Amrouche, para presentar sus obras.

gran parte autobiográfica. La profunda crisis de identidad que afecta a la autora, nacida en un medio bereber, se trasluce en sus protagonistas, cuya alienación cultural es la característica predominante. En la misma línea que su hermano Jean, investiga en las tradiciones de su propia cultura, destacando en este aspecto una recopilación de cuentos, poemas y proverbios de la Kabylia, que son recogidos bajo el título *Le Grain magique* (París, 1966).

Djamila Debèche, por su parte, publica en 1947 *Leila, jeune fille algérienne* y unos años más tarde *Aziza* (1955), donde la alienación producida por una doble cultura, que se encuentra esbozada en su primera novela, es mucho más evidente en su personaje principal, una muchacha argelina, residente en Francia, donde ha cursado sus estudios, que descubre el drama de la biculturización al casarse con un joven abogado, también argelino, y regresar ambos a su país.

Entre los pioneros de la narrativa argelina en lengua francesa e investigador como los Amrouche de la tradición de su tierra de origen, la Gran Kabylia, se encuentra Mouloud Feraoun (1913-1962), quien murió asesinado por un comando de la OAS. Su temática, que gira en torno a la condición humana de la minoría bereber y el problema de los emigrantes argelinos en Francia, se encuentra ya presente en su primera novela *Le Fils du pauvre* (1950), en parte autobiográfica y una de las más leídas dentro de esta corriente literaria. Muy conocidas son asimismo sus otras dos novelas, *La Terre et le Sang* (1953) y *Les Chemins qui montent* (1957), así como una colección de escenas y retratos de ambiente bereber, *Jours de Kabylie* (1954).

Como la gran mayoría de los escritores que se integran en esta corriente literaria norte-africana, Mouloud Mammeri (nacido en 1917) nace en un ambiente bereber. Su producción literaria muestra desde su primera novela publicada, *La Colline oubliée* (1952), una continuidad de ideas, que la hacen parecer una sola obra que abarca un gran período de tiempo. En *Le Sommeil du Juste* (1955) reaparece el protagonista de su novela anterior, cuyo proceso vital culmina en *L'Opium et le bâton* (1965).

Mohammed Dib, ya citado como poeta, es junto a los anteriores uno de los primeros y mejores representantes de la narrativa argelina de expresión francesa, y uno de los más galardonados. De su amplia producción literaria, que comprende más de veinte títulos entre poemas, novelas y relatos, destaca el grupo formado por sus primeras novelas,

La grande maison (1952), *L'Incendie* (1954) y *Le Métier à tisser* (1957), que forman una trilogía y muestran ya su voluntad de compromiso en el proceso de liberación nacional.

Varias colecciones de cuentos recogen los relatos de este autor desde la primera, *Au Café* (París, 1955), seguida entre otras de *Le talisman*, París, 1966.

A partir de 1956, fecha en la que tiene lugar el inicio de la guerra de liberación argelina, el compromiso político de la literatura de expresión francesa se va haciendo cada vez mayor. Kateb Yacine publica *Nedjma* (1956), novela de muy difícil lectura, que gira en torno al personaje femenino que obsesiona al autor y en quien, desde un plano político, está representada la patria. La obra de Kateb Yacine es, según su expresión, «una autobiografía en plural», pues trasluce su experiencia y la de sus amigos. Su obra teatral aparece recogida en *Le cercle des représailles*, París, 1959. En el último período de su vida Yacine dejó de escribir en francés para dedicar su atención al teatro en lengua vulgar.

La problemática de la condición femenina en la sociedad árabe se encuentra en el centro de la obra de Assia Djebar (nacida en 1936), cuya primera novela *La Soif* (1957), historia de una rebelión abierta contra la tradición y publicada en plena guerra de liberación, provocó gran escándalo por su desenvoltura, tanto en el lenguaje como en el tema, siendo su impacto semejante al producido por la primera novela de la escritora francesa Françoise Sagan. Además de numerosos artículos de prensa sobre la situación de la mujer en la sociedad árabe-musulmana, Assia Djebar publicó durante este período *Les Impatients*, su segunda novela, publicada en 1958, cuya acción se sitúa pocos años antes de la revolución, y *Les Enfants du Nouveau Monde* (1962), en la que describe a varias mujeres que de un modo u otro están envueltas en la causa revolucionaria.

La narrativa contemporánea en lengua árabe³⁵ no aparece en Argelia hasta bien entrados los años treinta, impulsada por el periódico *al-Baṣā'ir*, fundado en 1937, que juega un importante papel en su difusión; sin embargo, no encontrará el ambiente propicio para su desarrollo hasta después de la Segunda Guerra Mundial, evidentemente rezagada con respecto a la del resto de los países árabes.

³⁵ Véase S. Jarfi, «al-Madjal ilā-l-adab al-yazā'irī al-ḥadīṭ», *al-Taqaḍa*, 21, 1974.

En el país existen serias dificultades para publicar y tampoco se ejerce una crítica literaria, por ello, o no se escribe o ni siquiera se hacen esfuerzos para experimentar nuevas formas, todo ello bajo la sombra del imperialismo francés unido a la grave analfabetización del país. Después de la Primera Guerra Mundial, al despertarse los sentimientos nacionalistas, surgen varios movimientos políticos, que, invocando la tradición, invitan al aprendizaje de la lengua, de la propia historia y de cuanto tuviera algún arraigo en la cultura árabe, prácticamente cercenada desde la ocupación francesa. En este movimiento político se hallaban integrados varios literatos, científicos y artistas, y en su seno surge con poca fuerza una narrativa en lengua árabe, dentro de la cual el relato corto se erige como género ideal para conectar a Argelia a un mismo tiempo con Oriente y con Occidente.

En los años cuarenta, algunos narradores, cuya obra es difundida por publicaciones periódicas de efímera existencia, actúan como críticos de la sociedad. Temas como las causas de la ocupación francesa, la educación y libertad de la mujer, la integración en la nueva sociedad, el «afrancesamiento», los matrimonios mixtos y el fomento del aprendizaje de la lengua árabe, son analizados en todas sus facetas. El estilo y el lenguaje evolucionan hacia formas más sencillas, y los diálogos van adquiriendo un papel predominante.

La mayoría de los primeros narradores argelinos en lengua árabe se inclinan por el relato corto ³⁶, género capaz de expresar la realidad como en una instantánea. Habrá que esperar a los primeros años de la independencia para que autores que adquirieron prestigio en este campo, cultiven también con éxito la novela. Durante la guerra de liberación este género da un gran paso adelante: sus héroes son hombres normales, contestatarios, cuyos sentimientos y fatigas son analizados, así como los de la mujer, que se incorpora a la revolución. Una nueva realidad social representada principalmente en el éxodo del campo a la ciudad, aparecerá en algunos relatos, otros estarán consagrados a la exaltación bélica, sustituyendo a las *juṭbas*. El narrador argelino está ante todo comprometido con el destino de su país, por ello el contenido político se halla siempre presente en su obra, no siempre referido a problemas locales, sino del mundo árabe en general y al problema palestino en particular.

³⁶ Véase A. J. Rakibi, *al-Qiṣṣat al-ḡazā'iriyya al-qāṣīra*, Argel, 1983.

El romanticismo en el relato corto argelino no se manifiesta de manera independiente, sino que coexiste con la corriente realista, cultivando muchos escritores ambas tendencias a la vez. Habrá un romanticismo idealista y otro que hablará del amor material, pero al lado de este tipo de relatos aparecerán otros, cuyos temas se relacionen con el hombre y las clases trabajadoras del campo o de las fábricas. El arte por el arte desaparece ante el compromiso del escritor con la lucha del pueblo contra el colonizador.

En los albores de la moderna narrativa argelina se sitúa Muḥammad b. al-ʿĀbid al-ʿYilālī, quien en 1935 publica en *al-Šihāb* el relato titulado *al-Saʿāda al-butrāʾ* (*La felicidad truncada*). Sin embargo, será el poeta ya citado Aḥmad Riḍā Ḥūḥū el verdadero pionero del relato corto de expresión árabe en Argelia, no solamente como autor, sino también como crítico. Sus relatos contienen una mayor carga ideológica que social, y muchos de ellos pueden ser inscritos en una corriente romántica idealista, siendo publicados una colección de ellos bajo el título *Namādiḡ bašariyya* (*Arquetipos humanos*) (Túnez, 1955).

En la línea del más casto romanticismo, de amplia tradición en la literatura árabe, se encuentra el relato largo de ʿAbd al-Ḥamīd al-Šafiʿī *al-Ṭālib al-Mankūb* (*El estudiante desgraciado*) (Túnez, 1951), que puede ser considerado como uno de los precursores de la novela en Argelia. En pleno apogeo de la narrativa argelina destaca ʿAbd al-Ḥamīd b. Ḥaddūga (nacido en 1929), reconocido también como poeta renovador, y más adelante como novelista. Dentro de la corriente romántica idealista escribe una serie de cuentos, recogidos en la colección *Zilāl ḡazāʾiriyya* (*Sombra argelina*) Beirut (s.f.).

Un segundo tipo de romanticismo, que describe un amor más corporal es cultivado por al-Ṭāhir Waṭṭār (nacido en 1936) en *Dujān min qalbī* (*Humorada de mi corazón*), Túnez (s.f.). Este autor, que vivió en Túnez durante la revolución y que no regresó a su patria hasta después de la independencia, se revelará en los años setenta como novelista y dramaturgo.

La revista *al-Baṣāʾir* publica en los años cincuenta la mayor parte de los relatos cortos de Zuhūr al-Wanīsī (nacida en 1936), militante como muchas otras mujeres en el FLN durante la guerra de liberación, que reflejan al pueblo argelino inmerso en el proceso revolucionario. Sin embargo, el conjunto de la obra de esta narradora, que después de

la independencia alcanzará mayor fama como novelista, muestra una particular sensibilidad hacia la problemática individual y social de la mujer árabe.

*Tercera etapa: la literatura magrebí
después de la independencia*

Obtenida la independencia, los diferentes países del Magreb experimentan una serie de transformaciones que se reflejan en sus respectivas literaturas. Se trata de hacer ver la realidad de todas las maneras posibles y afloran sentimientos de desilusión ante el fracaso de los grandes ideales de los movimientos independentistas. El deseo de cambios en la vida real se trasluce en la renovación del lenguaje y de las formas literarias. Las nuevas generaciones de escritores no pertenecen ya a la burguesía, sino que proceden en general de familias modestas del campo o de la ciudad. Los más comprometidos ideológicamente reflejan en su obra un sentimentalismo y una angustia existencial que les lleva a delirios alucinantes por su incapacidad de enfrentarse a la problemática real o por su necesidad de eludir la censura estatal.

Movimiento literario en Túnez³⁷

Al acceder Túnez en 1956 a la independencia, se acometen profundas reformas con la intención de hacer del país un estado moderno. Junto con la dominación colonial, las viejas formas de instituciones semi-feudales desaparecen, y algunos cambios se empiezan a sentir: se proclama la República, se seculariza la justicia, la mujer lucha por su emancipación, se crea una universidad fuera de la *Zaytūna*, etc.

La nueva generación de autores no presenta una uniformidad dentro de corrientes literarias, solamente tienen en común una febril actividad y un deseo incontenible de renovación. La poesía se cultiva con éxito a pesar del gran empuje de la narrativa y en los últimos tiempos, la mayor dinámica corresponde al teatro. Puede decirse que existe facilidad de edición, e importantes periódicos y revistas especializadas

³⁷ Véase *Literatura Tunecina Contemporánea*, Madrid, I.H.A.C., 1978.

—sin desdeñar el importante papel de los medios audiovisuales³⁸— se aplican a la labor de la publicación de textos³⁹.

a) La poesía

La poesía, más lastrada por el peso de la tradición, no se hace eco de la renovación que ha tenido lugar en Oriente con poetas como Nāzik al-Malāi'ika, Bayatī o Adonis, ni de la influencia de poetas occidentales, hasta bien entrados los años sesenta. Aún en la actualidad la poesía clásica cuenta en Túnez con muchos adeptos, si bien la renovación se halla presente en los temas y en el lenguaje⁴⁰.

Entre los poetas que comienzan a publicar después de la independencia en Túnez, figuran, dentro de la línea clásica, Nūr al-Dīn Sammūd (nacido en 1932), cuya poesía, aunque política, se complace en juegos verbales y Ŷa'afar Māyid (nacido en 1940), quien, fuertemente influido por el sirio Nizār Qabbānī, hace fluctuar su poesía entre el erotismo y la crítica social.

Un grupo de poetas jóvenes, librándose de la estrechez de los moldes clásicos, se expresa en un lenguaje más desenvuelto, produciendo una poesía militante. Entre ellos destaca Ahmad al-Qadīdī (nacido en 1946), para quien el valor de la solidaridad es inestimable y que además de poesía, escribe para la escena y ejerce como crítico literario. De esta misma generación, Faḍila al-Šabbī (nacido en 1946), consagra su obra por completo al tema político; también se caracteriza por su compromiso, así como por su fantasía, la obra poética de al-Maydānī b. al-Šālīh (nacido en 1929).

Entre los más claros representantes de la vanguardia poética tunequina se encuentra Ḥabīb Zannād (nacido en 1946), quien en una pequeña colección de poemas, *al-Majzūm bi-lām* (*Sobre el modo negativo*) (Túnez, 1973), expresa con palabras sencillas angustia vital y rebeldía ante la realidad de su país. A esta misma generación pertenece Šalāh Garmadī (1933-1982), cofundador de la revista progresista *al-Taḏdīd*,

³⁸ Sin embargo, tampoco conviene olvidar que estos medios están vetados para algunos escritores y que el teatro sufre una fortísima censura.

³⁹ Entre estas revistas se encuentra *al-Fikr*, que tomó el relevo del periódico *al-Taḏdīd*, desaparecido por motivos políticos. Otras revistas son *al-Taqāfa*, ya desaparecida, *Qīṣas*, *al-Ḥayāt al-taqāfiyya* y *Alif*, entre otras.

⁴⁰ Véase T. Baqqar y S. Garmadi, *op. cit. supra*, nota 25.

y crítico político en una obra que rezuma humor negro y fantasía. Citaremos finalmente entre los poetas renovadores, al polémico al-Ṭāhir al-Ḥammāmī (nacido en 1947), quien trata de reflejar las difíciles condiciones actuales en una poesía que subvierte el orden establecido en todos los sentidos. Este mismo autor, con el fin de hallar un nexo que le una directamente al pueblo, hace uso del lenguaje dialectal.

Algunos poetas tunecinos de expresión francesa, publican su obra durante este período; entre ellos Ahmed Hamouda, autor de *La Terre maternelle* (1968) y *Joues d'aurore* (1970), Mustafá al-Farīsī (*Fersi*) (nacido en 1931), poeta en lengua francesa y comediógrafo, en cuya obra se encuentran unidas una gran sensibilidad social y la meditación filosófica de corte existencialista, y Moncef Ghachem (nacido en 1946), poeta contestatario, quien además de componer versos en francés, como los contenidos en sus colecciones *Cent mille oiseaux* (París, 1975) y *Car vivre est un pays* (París, 1978), utiliza el árabe coloquial como vehículo de expresión preferente.

b) Apogeo de la narrativa tunecina ⁴¹

Dentro de una corriente realista de denuncia social, la narrativa vive en Túnez su época de mayor esplendor, con figuras como Muḥammad Sāliḥ al-Ŷābirī, quien con estilo algo rebuscado, describe en sus novelas y cuentos la miseria del campo y plantea la cuestión de cuál debe ser el papel del intelectual ante la injusticia. En la misma línea de compromiso político se encuentra la obra de Muḥammad al-'Arūsī al-Maṭwī (nacido en 1920).

El más puro clasicismo caracteriza a Nāŷiya Ṭāmir (nacida el año 1926), autora de una obra narrativa abundante, de la que destacamos *al-Taŷā'id* (*Las arrugas*) (Túnez, 1978), colección de quince relatos, dedicados casi sin excepción a exponer los problemas que afectan a la familia.

De un medio campesino surge Muḥammad Raššād al-Ḥamzāwī (nacido en 1934), cuya obra narrativa constituye un gran aporte a la literatura de crítica social. Aunque dentro de una tendencia folclorista, al-Ḥamzāwī pone al desnudo la dura realidad del campo en su primera novela *Bū Dūda māt* (*Bū Dūda ha muerto*) (1962), donde expresa su in-

⁴¹ Véase F. Ghazi, *Le roman et la nouvelle en Tunisie*, Túnez, 1970.

satisfacción y desilusión después de la independencia, pasando al género fantástico en *Ḥayāt (Vida)* ⁴², novela que marca un escalón intermedio entre el realismo y la nueva narrativa, cultivada por la generación posterior. En esta misma posición intermedia se encuentra *al-Ṣayyāt (El limpiabotas)* ⁴³, del ya citado como poeta Ṣalāḥ Garmadī, autor de doble expresión árabo-francesa, a quien se deben magníficas traducciones de obras árabes al francés.

Doble cultura árabo-francesa posee, asimismo Baṣīr Jrayyef (1917-1983), quien, sin embargo, utiliza únicamente el árabe para su obra literaria. Comerciante de profesión, publica en 1937 en el semanario literario *al-Dustūr* (dirigido por su hermano, el prestigioso poeta Muṣṭafā Jrayyef) su primer relato, *Lilet el-‘uṭiyya (Noche de compromiso)*, donde describe la noche anterior a la de bodas, cuando la joven novia se despide de su vida de soltera. Por su estructura y por la utilización del dialectal, especialmente en los diálogos, esta primera narración de B. Jrayyef sienta las bases de su posterior narrativa, y plantea una de las cuestiones que le obsesionaría a lo largo de su carrera literaria: la enclaustración y alienación de la mujer en la sociedad árabe tradicional. La reacción violenta de una crítica que no admitía la lengua coloquial como literaria, mantuvo al autor apartado de la actividad narrativa durante un largo período, hasta que en 1957 la revista *al-Fikr* publica por entregas su novela *Iflās (Bancarrota)*, donde describe a la pequeña burguesía tunecina y que, a pesar de alguna crítica adversa por el uso del lenguaje coloquial, le consagra como novelista. En esta segunda etapa Baṣīr Jrayyef, persistiendo en el uso del dialectal para los diálogos, publicará numerosos títulos, de los que destacamos, en la línea costumbrista que iniciara al-Du‘āfi, una deliciosa novelita histórica, *Barg al-Līl (Túnez, 1961)* ⁴⁴, que encierra, envuelto en una sencilla e ingenua trama amorosa, el juicio del autor sobre la invasión de Túnez por Barbarroja primero y por Carlos V un año después, además de desarrollar los temas que viene analizando en toda su obra: la esclavitud,

⁴² Publicada en *al-Fikr*, VII (1962), pp. 20-38.

⁴³ Relato publicado en *al-Taḏdīd*, I, 1961, pp. 70-73.

⁴⁴ Esta novela obtuvo un resonante éxito popular por el serial televisivo a que dio lugar. Recientemente, ha sido llevada al cine por Ali Laabidi (véase *Le Magreb*, n.º 223, 2 de noviembre de 1990). Ha sido traducida al español por A. Ramos y publicada por el Instituto Hispano Árabe de Cultura, Madrid, 1982.

el enclaustramiento de la mujer y los falsos valores de una moral de doble conducta.

De origen humilde, 'Abd al-Ma'ïd 'Aṭiya (nacido en 1925) aborda en una novela de título equívoco, *Jatṭu-ka radi* (*Tu línea telefónica está cortada*) (Túnez, 1978) ⁴⁵ diversos temas sociales, como la promoción laboral de la mujer, la libertad en el matrimonio, la igualdad de los sexos, etc., en un relato muy bien construido y de amena lectura. Sin abandonar los ambientes localistas, Ḥasan Naṣr (nacido en 1937) posee un estilo narrativo muy personal.

En una línea psicológica se encuentran la novela de Muḥammad Ḥabīb Brahem (nacido en 1946) *Anā wa-hiya wa-l-arḍ* (*La Tierra, ella y yo*) (Túnez, 1978) y la colección de relatos de la narradora Ḥayet b. Ṣayj (nacida en 1943) titulada *Bi-lā ra'īl* (*Sin hombre*) (Túnez, 1979).

Huyendo del encasillamiento en las diferentes corrientes literarias, vigentes después de la independencia, un grupo de los más jóvenes escritores, conocedores a fondo de las nuevas técnicas universales, intentan generar, a principios de los años sesenta, una nueva literatura, buscando sobre todo una renovación en la forma. Se trata de hacer una literatura genuinamente tunecina, que sin seguir las reglas de la tradición árabe, tampoco sea subsidiaria de la que se hace en occidente. Son individuos que no han vivido en edad adulta la lucha por la independencia y que se muestran inconformes con la realidad político-social que les toca vivir. En ellos predomina la fantasía —lo que no deja de estar en la línea de la más rigurosa tradición de la narrativa árabe— y la realidad se traslada a un mundo onírico.

'Izz al-Dīn al-Madanī (nacido en 1938) es el principal representante de este movimiento literario, al que se conoce como «corriente formalista» ⁴⁶, y quien más ha influido en generaciones posteriores. Su producción literaria en conjunto puede ser clasificada dentro de lo que en occidente se denomina «literatura experimental»; sin embargo, el carácter genuino de la misma es indiscutible. Los relatos contenidos en su colección *Jurafāt* (*Imaginaciones*) (1968) marca una nueva dirección a la narrativa, en la que la realidad se mezcla con lo imaginario, dentro

⁴⁵ Esta misma expresión se utiliza para decirle a alguien que tiene mala letra.

⁴⁶ Véase J. Fontaine, «Le courant formaliste tunisien», *Annuaire de l'Afrique du Nord*, 1973, pp. 193-209.

de una apariencia exterior que recuerda a las más tradicionales de la narrativa árabe. Además del relato, al-Madanī ha cultivado la novela, destacando entre ellas, *al-Insān al-Ṣifr* (*El hombre cero*)⁴⁷, que provocó una verdadera oleada de críticas controvertidas, si bien es en otro género, el teatro, donde brilla especialmente, como se verá más adelante.

Una mezcla de realismo y vanguardismo se encuentra en la obra narrativa de Maḥmūd Ṭaršūna (nacido en 1941)⁴⁸, en su mayoría publicada por la revista *al-Fikr*. Figura representativa de esta escuela formalista y también uno de sus máximos animadores es Samīr al-'Ayādī (nacido en 1947), poeta, actor y autor de una serie de relatos, recogidos en *Ṣajab al-ṣamt* (*El clamor del silencio*) (Túnez, 1970), en los que expone, recurriendo al mundo de los sueños, la impotencia del escritor frente a una sociedad que le disgusta, todo ello bajo las más variadas formas: digresión, monólogo interior, puntos suspensivos, vuelta al tiempo pasado, etc. Dentro de la misma tendencia se encuentra Maḥmūd al-Tunṣī (nacido en 1944), quien ante todo se expresa mediante la pintura, habiendo debutado en la literatura como poeta. En sus relatos cortos, reunidos en la colección que lleva por título *Fadā'* (*Espacio*) (Túnez, 1970), se aprecia la influencia de técnicas pictóricas, como el claro-oscuro, produciendo al lector la sensación, lo mismo que sus poemas, de hallarse ante cuadros abstractos e intemporales.

Desde los años sesenta, un gran número de narradores colaboran regularmente en emisiones culturales radiofónicas, desde donde ejercen la crítica literaria. Por su compleja personalidad destacaremos entre éstos a Aḥmad Mammū (1946), quien se dio a conocer por su colaboración regular en la emisión radiofónica «Huwāt al-adab» («Los amantes de la literatura») de 1966 a 1968. Además de su actividad como crítico literario y sus investigaciones científicas (se licenció en Ciencias Naturales), posee una amplia producción en el campo de la literatura de creación, de la que citamos su segunda colección de relatos, *Zaman al-fi'rān al-mikānikīyya* (*El tiempo de los ratones mecánicos*) (Túnez, 1980), que puede ser clasificada dentro de la «nueva narrativa» tunecina. Junto a éste, la narradora Arussia Nalūtī (nacida en 1950), quien trata en sus

⁴⁷ Publicada por capítulos en *Ibla*, el primero, aparecido en 1969, pp. 273-299.

⁴⁸ Sobre este autor véase M. de Epalza, «Dos cuentos tunecinos de temática socio-religiosa», *Almenara*, 5-6, 1974, pp. 237-246.

cuentos la desigualdad en las relaciones, lo mismo entre clases sociales que entre hombre y mujer y Šālih al-Ŷābirī, entre otros, ejercen una crítica dura y son violentamente contestatarios; sin embargo, con pocas excepciones, aportan escasas novedades. Sus obras abordan, además de cuestiones políticas, desde su postura de oposición al poder, otros temas más íntimos como, por ejemplo, el de las relaciones familiares. Destaca por su actitud contestataria Laylā b. Mammī (nacida en 1944), quien, con su primer colección de relatos *Šawma'a taḥtariq* (*El alminar en llamas*) (1968), provocó un gran escándalo por su ataque directo a la religión, a la que acusa de frenar el desarrollo de la mujer⁴⁹. En la actualidad muchos narradores como al-Madanī, Samīr al-Ayādī y algún poeta como Aḥmad al-Qadīdī, sienten la necesidad de escribir para el teatro, con el fin de estar en contacto más directo con el público.

c) El teatro tunecino contemporáneo

Por su situación geográfica privilegiada para la comunicación entre el oriente y el occidente, Túnez ha conocido el teatro europeo desde principios del siglo XIX⁵⁰. A lo largo del presente siglo se ha ido formando en el país numerosos grupos teatrales, hasta la creación en 1954 de una compañía permanente «al-Firqa al-baladiya» («compañía municipal»), con subvención estatal. Este apoyo oficial al teatro permite la profesionalidad en este medio, situando a Túnez durante muchos años en primera posición con respecto a los otros países del Magreb, en cuanto a lo que a teatro se refiere. El problema del lenguaje sigue siendo preocupante en lo que respecta a la expresión teatral. Desde hace varios años, la mayoría de las piezas se representan en árabe dialectal tunecino, y la afluencia de público es considerable. La cuestión radica en conocer el nivel de aceptación de las obras de teatro escritas en árabe clásico.

Como queda señalado más arriba, muchos escritores dedican en la actualidad su actividad al teatro. El ya citado Samīr al-'Ayādī publica una pieza teatral, *Sindabād* (Beirut, 1983), cuya acción se desarrolla en

⁴⁹ Véase E. Accad, *op. cit. supra*, nota 33, pp. 28-30.

⁵⁰ Véase, para la historia del teatro en Túnez, H. Ben Halima, *Un demi siècle de théâtre en Tunisie*, Túnez, 1974; y M. Charfedinne, *Tārīḡ al-masrah al-tunīsī*, Túnez, 1972.

el siglo XIII, en la que la alusión a la división actual del mundo árabe es evidente. En la misma línea de acción en el pasado se sitúa 'Umar Ibn Sālim (nacido en 1932) con *Astārūt* (*Astarté*) (Túnez, 1984), escrita en árabe literal, en la que entran en pugna dos fuerzas antagónicas, la de Baal, el falso ídolo, y la de Astarté, la diosa del amor y de la contestación. El drama histórico es asimismo cultivado por al-Ḥabīb Bū-l-A'rās (*Boularés*) (nacido en 1928) y por el ya citado poeta Aḥmad al-Qadīdī, quien además experimenta nuevas formas dramáticas en la línea de la vanguardia europea.

Sin embargo, la figura central del teatro tunecino contemporáneo será 'Izz al-Dīn al-Madanī, obsesivo buscador de un teatro específicamente tunecino, libre de las trabas de la tradición occidental. Las piezas dramáticas de este autor, cuya formación académica tuvo lugar en el campo de la sociología, se caracterizan por un profundo estudio psicológico de los personajes. Una cuadrilología destaca en su producción dramática, compuesta por *Tawrat Ṣāḥib al-ḥīmār* (*La rebelión del dueño del asno*) (Túnez, 1970), *Diwān tawrat al-Zanġ* (*La revuelta de los Zanġ*) (publicada en la revista *al-Fikr*, diciembre 1972-febrero 1973, pp. 9-15, 51-68, 54-81), *al-Ḥallāy* (Túnez, 1973) y *Muley al-sultān al-Ḥasān al-Hafsī* (Túnez-Libia, 1977). Ambientadas en el pasado, las cuatro piezas tienen un tema común y se complementan entre sí.

Comparado con otros géneros, el teatro tiene aún pocos cultivadores en Túnez, por lo que se sigue recurriendo a las adaptaciones y traducciones de piezas extranjeras. Dada la relativa libertad de expresión de que goza este género en nuestros días, los temas socio-políticos en los que se tratan sucesos de actualidad o históricos con fuerte carga simbólica, tienen mayor vigencia que los de simple entretenimiento. Paralelamente al teatro «de autor», apegado a la tradición o investigador de formas experimentales, se desarrolla en Túnez un teatro popular, representado por grupos de aficionados, en los que el mimo se une al histrionismo y a la improvisación, siendo muy bien acogidos por un amplio sector del público.

Puede decirse en conclusión, que el teatro tunecino representa, dentro del panorama artístico de este país, la parcela donde se observa un mayor dinamismo.

Panorama literario en Marruecos después de la independencia⁵¹

En Marruecos, las corrientes literarias representadas por las escuelas tradicionales ejercen escasa influencia en los jóvenes escritores que comienzan a publicar después de la independencia. Sus posiciones individuales frente al reto que les plantea la modernidad son muy variadas, contemplando unos el modernismo como un aporte exterior que habría que aclimatar en su conjunto, mientras que para otros consiste en una toma de conciencia, en una autocrítica de la propia sociedad como una realidad histórica⁵². Un grupo de escritores marroquíes en lengua árabe empieza a cobrar fuerza, a pesar de la escasa ayuda estatal, la incomprensión de los medios tradicionales y las trabas que dificultan la publicación de su obra. Por otra parte, como apuntamos más arriba, la cuestión del bilingüismo y la polémica suscitada por este fenómeno retrasa en cierto modo el desarrollo de una cultura árabe marroquí. El problema se irá resolviendo por sí mismo con el progresivo incremento de la producción literaria en lengua árabe.

a) La poesía

En poesía, la joven generación acusa el uso excesivo de símbolos, y la oscuridad de los poemas es su característica. Los jóvenes poetas parecen obsesionados por lograr una personalidad propia —lo que hace que el movimiento poético marroquí más actual no presente unos rasgos comunes— y escriben para élites culturales. La línea de exaltación patriótico-histórica en la que en un período anterior destacó 'Allāl al-Fāṣī es continuada en éste por Ḥasan Muḥammad al-Trebaq (nacido en 1938), quien escribe teatro histórico en verso. Entre los poetas de esta generación sobresale Aḥmad al-Maḡyātī (nacido en 1936), por su compromiso y por su calidad como crítico, quien, sin caer en la oscuridad, escribe una poesía de difícil lectura.

En la línea de la poesía de denuncia de tendencia marxista se forma un grupo de poetas jóvenes inconformistas, en el que destacan 'Abd Allāh Rāyī' (nacido en 1947) y Muḥammad Bannīs (nacido en 1948), cuyos poemas han sido traducidos a varios idiomas.

⁵¹ Véase *Literatura y Pensamiento Marroquíes Contemporáneos*, IHAC, 1981.

⁵² Cfr. *Ecrivains Marocains*, op. cit., p. 22.

b) La literatura marroquí en lengua francesa

A principios de los años sesenta, la literatura marroquí en lengua francesa⁵³ se mostraba poco activa, y la creatividad en este campo era escasa. Reaccionando frente a esta situación, dos jóvenes poetas, Mostafa Nissaboury (nacido en 1942) y Mohammed Khair-Eddine (nacido en 1941), lanzan un manifiesto, *Poésie Toute*, con el que pretenden iniciar la vía de una nueva poesía que signifique una ruptura total con las formas tradicionales. El manifiesto tiene continuación en una revista, *Eaux vives*, de la que solamente verían la luz dos números. La producción poética de Mostafa Nissaboury, recogida en gran parte bajo el título, *La Mille et deuxième nuit* (París, 1975), muestra su compromiso político, al que considera inseparable del trabajo literario.

Mohammed Khair-Eddine, quien escribe en árabe y en francés, es sin duda uno de los escritores de mayor talento dentro de la nueva literatura marroquí surgida después de la independencia. Tanto en su faceta poética como en su trabajo como novelista resulta un autor de lectura difícil. Su gusto por la mezcla del espacio real con el de la fábula le hace producir fantasmagorías en las que la violencia se combina con la ambigüedad y la paradoja, produciendo una sensación de incoherencia en sus textos, en los que se mezclan sin orden alguno la prosa narrativa, la narración dialogada, el sainete y la poesía. Su obra más representativa es *Agadir* (París, 1967), en la que se aprecian diferentes estructuras: reportaje, teatro y crítica. Entre su producción más reciente se encuentra *Légende et vie d'Agoun'chich* (París, 1984), novela sobre la vida de un «bandido generoso» —personaje del sur de Marruecos, que existió en la vida real—, tratada con ironía y vivacidad, aunque se aprecia una menor agresividad que en sus primeros textos.

La creación en 1966 de la revista *Souffles* por el poeta Abdellatif Laâbi (nacido en 1942) es sin duda uno de los acontecimientos de mayor transcendencia para el desarrollo de la literatura marroquí contemporánea. Se trata de una revista literaria muy próxima ideológicamente al PLS (Partido de la Liberación y el Socialismo, denominación en la

⁵³ Para este período de la literatura marroquí de expresión francesa, véase M. Gontard, *La Violence du texte*, París, 1981; y F. A. Clement, «Panorama de la littérature marocaine d'expression française», en *Ecrivains du Maghreb*, Univ. Paris-Nord, París, 1974.

época del Partido Comunista Marroquí⁵⁴) abierta al cine y a las artes plásticas, cuyos colaboradores en todos los géneros se caracterizan por su compromiso. La intención de todos ellos es luchar por medio de un lenguaje agresivo contra la violencia de la opresión: «guerra a la guerra». El estilo literario del fundador de *Souffles* es, junto al de Khaïr-Eddine, el más representativo del grupo que se aglutina en torno a la revista. Laâbi vuelve a la simplicidad de la poesía oral, y su estilo resulta rebuscado dentro de la simplicidad. Prescinde de puntuación, distribuye caóticamente mayúsculas y espacios en blanco y su incoherencia gramatical es constante. De su producción narrativa destacamos una «novela-itinerario», *L'Oil et la nuit* (Casablanca, 1969), y de sus colecciones de poemas, *Le règne de barbarie, suivi de poèmes oraux* (1976), *Histoire des sept crucifiés de l'espoir* (1977), *Le chemin des ordalies* (1982), etc.

Uno de los más conocidos colaboradores de *Souffles* e *Intégral* es sin duda Tahar Ben Jelloun (nacido en 1944), quien tiende a la simplificación en su escritura, siendo sus temas los usuales de la literatura militante de todos los países en vías de desarrollo: la injusticia social, la marginación de las minorías, la opresión de la mujer, la actuación policial, etc. Ha publicado varias colecciones de poemas, entre ellas *Hommes sous linceul de silence* (Casablanca, 1971) y *Les Amandiers sont morts de leurs blessures* (París, 1976); destaca especialmente en el campo de la novela con *Harrouda* (París, 1978), su obra maestra, donde poesía y narrativa se entremezclan, y *La nuit sacrée*, con la que ganó el premio Goncourt en 1987⁵⁵.

Citaremos por último, entre los escritores pertenecientes a esta corriente, a Abdelkébir Khatibi (nacido en 1938), poeta y novelista, cuya obra se caracteriza por su homogeneidad en los temas esenciales, centrados en torno a la lucha de clases y a la búsqueda de los signos de identidad, que se encuentran en germen en su primera novela, *La Mémoire tatouée* (París, 1971), y que son completados en *Lutteur de clas-*

⁵⁴ En 1972, después de haber publicado veintidós números en francés y ocho en árabe bajo el título de *Anfas*, la revista es prohibida y Laâbi encarcelado. El grupo que colaboraba en la revista se reúne en torno a la revista *Intégral*, fundada en 1971 por el pintor Mohammed Melehi (cf. M. Gontard, *op. cit.*, p. 20). Sobre *Souffles* realizó C. Fernández Suzor su memoria de licenciatura en la Universidad Autónoma de Madrid con el título «Aproximación a la historia cultural de Marruecos en los años sesenta: el movimiento Souffles/Anfas», Madrid, 1982.

⁵⁵ Traducida al español por A. Clavería, *La noche sagrada*, Barcelona, 1988.

se (París, 1976), y alcanzan su punto culminante en *Le livre du sang* (París, 1979) ⁵⁶.

Puede decirse, en conclusión, que la literatura marroquí de expresión francesa es una literatura de ideas. La generación actual habla en francés, pero lo conoce menos profundamente que la generación anterior, y prefiere utilizar el árabe como vehículo de su creación literaria, advirtiéndose en general una creciente hostilidad hacia el texto en francés y un incremento en la cantidad y en la calidad de la producción escrita en lengua árabe ⁵⁷. A partir de mediados de los años setenta, es determinante el papel desempeñado por la Unión de Escritores Marroquíes, que agrupa a muchos intelectuales, por lo general ligados a la izquierda política. Su lema común es el de que su obra debe servir a la causa revolucionaria. Una vez más, se plantea la cuestión de la receptividad del público a quien va dirigida esta literatura. Por una parte, el analfabetismo reina en las clases más deprimidas y, por otra, el lenguaje y la simbología utilizada por ciertos autores, influidos por las más sofisticadas técnicas occidentales, hacen muy difícil su comprensión para el lector más común. Es necesario pues, rechazar todo aquello que pueda oscurecer el contenido, recurriendo al más puro realismo o a lo sumo, a un simbolismo de tipo pedagógico. La mayor parte de estos escritores se desenvuelve profesionalmente en el ámbito docente: profesores, estudiantes o funcionarios relacionados con el mundo de la educación, y están unidos por su obsesión de denuncia de las estructuras económicas ⁵⁸.

c) La narrativa marroquí de expresión árabe

En el campo de la literatura de expresión árabe, la narrativa —especialmente en lo que se refiere al relato corto y en una medida más discreta a la novela— se revela en Marruecos, como en el resto de los países del Magreb, como gran protagonista de este período. Por su papel en la promoción de las letras marroquíes, citaremos en primer lugar entre los narradores al ya citado como poeta Muḥammad 'Azīz Laḥbābī.

⁵⁶ Sobre esta obra en concreto véase la reseña crítica de M. Gontard, «L'enjeu d'une hyperécriture», *Annuaire de l'Afrique de Nord*, 1980, pp. 1.325-1.334.

⁵⁷ Véase M. Gontard, *op. cit. supra*, nota 53, pp. 137-140.

⁵⁸ Cfr. *Ibid.*, p. 115.

A su misma generación, y autor asimismo bilingüe, es 'Abd Allāh al-'Arwī (nacido en 1923), más conocido por su obra ensayística en francés sobre la historia del Magreb que por su narrativa en árabe, de la que destacamos, sin embargo, una novela, *al-Gurba* (*La soledad*) (Casablanca, 1971), donde, desde la perspectiva de la propia experiencia, relata la soledad y el desarraigo del emigrante. A este tipo de narraciones sobre la emigración corresponde la novela de 'Abd al-Raḥmān Šarīf Šarkī (*Chergui*) (nacido en 1940) *al-Mubāyir* (*El emigrante*) (Casablanca, 1978), que trasluce la gran sensibilidad de su autor y su profundo análisis de la condición del intelectual marroquí, que reside lejos de su patria.

La formación filosófica de Muḥammad Ibrāhīm Bū-'Allū (nacido en 1936)⁵⁹ se deja sentir en el gran número de relatos y piezas cortas de teatro que este autor ha publicado en la prensa progresista y sobre todo en la revista *al-Aqlam*, fundada por él mismo junto a un grupo de escritores en 1963. Del mismo modo, el análisis psicológico caracteriza los relatos y novelas de Mubārak Rabī' (nacido en 1935) y la tendencia al planteamiento filosófico es el rasgo dominante de la escritora Janāta Bennūna (nacida en 1940), cuando trata cuestiones de historia, problemas de la sociedad marroquí, autodeterminación del pueblo palestino, etc. La mayor parte de la narrativa publicada por esta autora contiene una «tesis» en cuyo desarrollo la mujer juega un papel muy importante; en su obra, los hechos tienen menor importancia que las ideas que desea comunicar, adoptando con frecuencia la técnica del monólogo interior. De las varias colecciones de relatos cortos que ha publicado destacamos *al-Nār wa-l-ijtiyār* (*Fuego y elección*) (1968), por ser el relato que le da título, uno de los más significativos de su producción⁶⁰.

Autor de una discreta producción narrativa, especializada en el relato corto, es Idrīs al-Jūrī (nacido en 1939), quien procedente de una

⁵⁹ Sobre este autor, véase F. de Agreda, «Muḥammad Ibrāhīm Bū-'Allū y la narrativa contemporánea en Marruecos», *Orientalia Hispanica*, 1974, I, pp. 1-10. Para la traducción de un relato de este mismo autor, véase «Un pescador», trad. de F. de Agreda, *Almenara*, 3, 1972, pp. 191-194.

⁶⁰ Sobre esta autora, véase el artículo de E. Accad (*vid. supra*, nota 33), pp. 23-25. Sobre J. Bennuna, G. Sáiz Muñoz desarrolló su tesis doctoral, defendida en la Universidad Autónoma de Madrid en 1989.

humilde familia de Casablanca puede decirse que se ha formado a sí mismo; asiduo colaborador en programas radiofónicos, publica en diferentes revistas y periódicos de todo el mundo árabe.

Asimismo autodidacta, Muḥammad Chukri (nacido en 1935) describe con realismo naturalista la miseria de las duras condiciones de vida que él mismo experimentó, en un realto que fue traducido al inglés con el título *For bread alone*⁶¹ antes de que fuera publicado en árabe; su traducción al francés por Tahar Ben Yelloun con el título *Le pain nu* (París, 1980) ha dado a este autor gran popularidad en Europa⁶². Es, asimismo, autor de varios relatos publicados en distintas revistas árabes, como *al-Adab*, *al-Kalima* y *al-Aqlām*.

Dentro de un tipo de realismo muy acusado y especial destaca Muḥammad Zafzāf (nacido en 1945), quien es conocido en todo el mundo árabe por sus publicaciones en diversas revistas, tanto orientales como occidentales; autor de algunas colecciones de relatos cortos, muestra gran fecundidad como novelista, si bien adolece a veces de una técnica poco depurada; *al-Mara'at wa-l-warda* (*La mujer y la rosa*) (Beirut, 1974), *Arṣifa wa-ṣudrān* (*Aceras y muros*) (Bagdad, 1974) y *Qubūr taḥt al-mā'* (*Sepulcros bajo el agua*) (Túnez, 1978), son algunos de sus títulos más representativos. Citaremos por último, entre los narradores de esta misma generación a 'Abd al-Ŷabbār al-Saḥīmī (nacido en 1939), quien ejerce como periodista y escribe críticas literarias, de cuya producción cuentística destacamos *al-Mumkin min al-mustaḥil* (*Lo posible de lo imposible*) (Rabat, 1969)⁶³.

d) El teatro contemporáneo en Marruecos⁶⁴

La adaptación de un buen número de piezas teatrales occidentales sirvió de escuela a un grupo de autores que han venido realizando una seria labor teatral desde los años sesenta, dando lugar al actual teatro

⁶¹ La traducción se debe a Paul Bowles y fue publicada en Londres en 1973.

⁶² Abd Allah Djilou ha traducido esta obra al español, titulándola *El pan desnudo*, Barcelona, Montesinos, 1982.

⁶³ Relato traducido al español por F. de Agreda y Abdallah Jalaf con el título *Lo posible de lo imposible*, Madrid, Casa Hispano Árabe, 1971.

⁶⁴ Véase 'Abd al-Raḥmān b. Zaydān, *Min qadāyā al-masrah al-magribī*, Mekinès, 1978. P. Martínez Montávez, «Del teatro en Marruecos», en *Literatura Árabe de Hoy*, Madrid, 1990, pp. 359-363.

árabe marroquí. Entre los primeros dramaturgos se encuentra al-Ṭayyib al-Ṣiddiqī, quien ha adaptado, dándoles un sabor local, numerosas obras del teatro universal y puesto en escena importantes obras clásicas árabes, en cierto modo emparentadas con el teatro como son las *maqamāt*, sin desdeñar el uso del habla coloquial. En colaboración con al-Ṣiddiqī desarrolló parte de su actividad dramática Aḥmad al-Ṭayyib al-ʿIlī (nacido en 1928) en sus múltiples facetas de autor, actor, director e incluso compositor. Escribe indistintamente en árabe clásico y dialectal marroquí, si bien sus obras son muy representadas pero no publicadas.

Ya mencionado como poeta, Ḥasan Muḥammad al-Trebaq escribe teatro en verso; entre sus obras destaca la pieza teatral *Wādī al-Majāzin* (1974), drama heroico sobre la conocida Batalla de los Tres Reyes, donde perdió la vida el legendario rey portugués don Sebastián.

También dramaturgo, ʿAbd al-Karīm Berrešīd (nacido en 1943), es colaborador de diversas revistas del mundo árabe, y una de las principales figuras de la corriente teatral denominada *al-masrah al-iḥtifālī* («teatro festivo»), que se basa en las tradiciones árabes. No faltan entre los autores teatrales figuras que destacan en otros campos literarios, como el ya citado Muḥammad Ibrāhīm Bū ʿAllū.

Puede decirse en resumen, que en Marruecos la literatura se hace eco de las luchas políticas que sufre el país después de la independencia. Las estructuras políticas y económicas chocan con las ideas socialistas, más bien marxistas, que animaron las luchas de liberación. Los literatos oscilan, como en el resto de los países árabes, entre la búsqueda de su identidad, basándose en la tradición, y la apertura al mundo moderno. Como exponente de esta lucha se muestra el teatro marroquí actual, que vuelve sus ojos a las fuentes populares y utiliza el habla coloquial, mientras adopta las técnicas más avanzadas, aprendidas en occidente.

El triunfo de la Revolución en la literatura argelina

La guerra de liberación argelina, analizada en todas sus facetas, será el tema favorito de poetas y novelistas que publican su obra después de la independencia. Las manifestaciones de tipo cultural proliferan durante este período, entre las que merece especial atención la fundación en 1963 de la Unión de Escritores Argelinos, cuya carta fundacional fue firmada por cincuenta y seis escritores, de expresión árabe o francesa.

El fenómeno del bilingüismo sigue siendo muy acusado, especialmente en el campo de la poesía⁶⁵, donde adquiere grandes proporciones, de tal modo que muchos poetas, que cantan las gestas de la revolución argelina, se inspiran también en la resistencia francesa y en los autores del movimiento surrealista francés (Breton, Eluard, Aragon, etc.). La masa popular se sigue alimentando de la poesía oral, más social que política, pero el deseo de interpretar lo escrito va prendiendo en la población. Los poetas, lo mismo de expresión francesa que árabe, se dirigen a un público medianamente culto: jóvenes estudiantes y aun niños, que acaban influyendo en sus padres. Los poetas, como en la década anterior, sigue estando centrada en temas revolucionarios, si bien surge una nueva generación de poetas que se propone nuevos objetivos: la desigualdad de clases, la opresión, la libertad, el papel de la mujer y el amor⁶⁶. Por su parte, la novela conoce su mejor momento no sólo en su vertiente de expresión francesa, sino también en la escrita en lengua árabe, que va ganando terreno paulatinamente.

Dentro de la corriente literaria de expresión francesa se afirman los autores del período anterior como Assia Djebar, quien, además de su labor en el campo de la cinematografía⁶⁷, continuó después de la independencia su obra narrativa, entre la que se encuentra *Alouettes naïves*, novela publicada en 1967, y *L'amour la fantasie* (París, 1985)⁶⁸. Una colección de relatos escritos entre 1959 y 1978 se reúnen bajo el título *Femmes d'Alger dans leur appartement*, París, 1980.

Del mismo modo Mohammed Dib, que publica en la década de los ochenta varias novelas, entre ellas, *Les Amants de Djebel Amour* (Argel, 1984), donde analiza las manifestaciones de un amor apasionado en la Argelia actual, en plena efervescencia de cambios sociales, y *Les terrasses d'Orsol* (París, 1985), en la que el olvido parece sepultar al protagonista. Últimamente, Muhammad Dib escribe para el teatro, siendo *Mille*

⁶⁵ Véase J. Dejeux, *La Poésie Algérienne*, París, 1982; Y. Llavador, *Poésie Algérienne de langue française et la guerre d'Algérie*, Lund, 1980.

⁶⁶ Cfr. J. Dejeux, *La Littérature maghrébine de langue française* (op. cit. supra, nota 5), p. 37.

⁶⁷ En esta faceta cuenta A. Djebar con una película para la televisión argelina, *La Noubia des Femmes du mont Chenoua* (1977-78), con la que obtuvo el premio de la Crítica Internacional en la Bienal de Venecia en 1979.

⁶⁸ Esta novela ha sido traducida al español por I. Jiménez con el título *El amor, la fantasía*, Madrid, Ed. del Oriente y del Mediterráneo, 1990.

hourras pour une gueuse (París, 1980) una comedia de su producción más reciente.

Kateb Yacine publica durante esta etapa *Le polygone étoilé* (París, 1966), que reúne diversos textos del autor, algunos publicados en diferentes periódicos y otros inéditos, y pone en escena algunas obras teatrales como *Les Ancêtres redoublent de férocité* y *La Poudre d'intelligence*, ambas representadas en París en 1967.

Al lado de estos autores conocidos, surgen otros nuevos, nacidos entre 1935 y 1945. Entre estos últimos se encuentra Mourad Bourboune (nacido en 1938), poeta y novelista, cuya obra tanto poética como narrativa muestra a un hombre en mutación⁶⁹, destacando de su producción dos novelas: *Le Mont des genêts* (París, 1962) y *Le Muezzin* (París, 1968).

Nabile Farès (nacido en 1941), asimismo poeta y narrador, es autor, entre otras, de una original novela titulada *La mort de Salah Baye* (París, 1980), cuya acción se inscribe con técnicas de *flashbacks* en el marco de un viaje en tren y una carrera de *taxi*. Asimismo, pertenece a esta generación una de las figuras más representativas de la nueva literatura argelina, Rachid Boudjedra (nacido en 1941)⁷⁰, novelista, poeta y crítico, de doble expresión francesa y árabe⁷¹, cuya obra íntegra se caracteriza por su rebelión contra el sistema establecido y la hipocresía religiosa de la sociedad argelina, mostrándose obsesivo en la condena de la ancestral veneración por la despótica figura del padre. Otro tema común aparece en toda su obra: el hombre que lucha por encontrarse a sí mismo en los dos ambientes, el europeo y el árabe. Sus poemas, publicados en diversas revistas, han sido recogidos bajo el título *Pour ne plus rêver* (Argel, 1965), recortados por la censura del editor. Una primera novela, autobiográfica, *La Répudiation* (París, 1969), es considerada provocativa, encontrándose en igual situación *L'Insolation* (París, 1972), su segunda novela, donde la violencia es también una ca-

⁶⁹ Cfr. J. Dejeux, *La Littérature maghrébine de langue française* (op. cit., nota 5), p. 359.

⁷⁰ Sobre este autor véase F. Abu-Haidar, «The bipolarity of Rachid Boudjedra», *Journal of Arabic Literature*, XX, pp. 40-56.

⁷¹ Cuando escribe en árabe, Boudjedra utiliza la lengua clásica; sin embargo, cuando traduce al árabe obras extranjeras utiliza a veces el lenguaje coloquial. Toda su producción en lengua francesa ha sido traducida al árabe, lo mismo que la escrita en árabe lo ha sido al francés.

racterística. La lectura de la narrativa de Boudjedra se convierte a veces en una verdadera pesadilla, por la falta de separación entre los planos real e irreal. De su amplísima producción novelística citaremos, además, *L'escargot entêté* (París, 1977) y *Les 1.001 années de la nostalgie* (París, 1979), en las que el autor abandona transitoriamente el realismo de las anteriores, y que pueden ser calificadas de fábulas políticas, recordando la segunda a García Márquez en *Cien años de soledad*. Su primera novela publicada en lengua árabe es *al-Tafakkuk* (Argel, 1981), traducida por el propio autor al francés con el título *Le Démantèlement* (París, 1982), a la que siguió *al-Mart* (Argel, 1984), traducida al francés como *La Macération* (París, 1985). Actualmente, Boudjedra escribe en árabe, por considerar que ya existe en su país un público que le pueda leer en esta lengua.

Auge de la literatura argelina en lengua árabe

La renovación en la poesía árabe⁷², iniciada en oriente por los cultivadores del verso libre (*šī'r al-ḥurr*) a finales de los años cuarenta, llega con retraso a Argelia, entre otras causas, por la pérdida del dominio de la lengua árabe que sufre el país y la escasa comunicación con la cultura desarrollada en la zona oriental. Este tipo de verso fue intentado en Argelia por primera vez a principios de los años sesenta por Abū-l-Qāsim Sa'd Allāh, cuando la poesía argelina busca cauces nuevos, volviendo los ojos a los moldes clásicos o a los poemas andalusíes (*mu-waššahās*), recreadas con éxito, como se observó más arriba, por Mufdī Zakāriyā', con la intención de utilizar un lenguaje sencillo, capaz de expresar con acento heroico el mensaje que el poeta desea transmitir al gran público. A pesar de sus intentos renovadores, existe un abismo casi total entre la poesía de estas dos figuras y la compuesta por los poetas más jóvenes, cuya obra se empieza a publicar después de lograda la independencia, no solamente por el lenguaje o la forma, sino también por el contenido. La nueva poesía atravesará diversas etapas, imprescindibles para lograr la formación de una poesía argelina específica que refleje el nacimiento de una nueva sociedad y de un nuevo pensamien-

⁷² Para el estudio del movimiento poético contemporáneo en lengua árabe en Argelia, véase H. Faṭḥ al-Bāb, *Šī'r al-Šabāb fī-l-Īzā'ir*, Argel, 1987.

to. En una primera fase, los poetas imitarán hasta la exageración los modelos que les ofrecen figuras orientales como Bayatī, Maḥmūd Darwīš o Nizār Qabbānī, de los que se liberarán en una etapa posterior, exenta de todo romanticismo y que se caracteriza por la exploración de nuevas vías, pasando al momento actual de la poesía argelina, que unida —sin abandonar por completo las formas clásicas para revestir un nuevo lenguaje— al movimiento poético e ideológico del *šī'r al-ḥurr*, comienza a destacar por la singularidad de algunos de sus componentes, como Aḥmad Hamdī, Muṣṭafā al-Gammārī, 'Abd al-'Alī Razzāqī o 'Iyāš Yaḥyawī, cuyos nombres, entre otros, compiten con sus colegas de otros países en las páginas de las revistas especializadas de todo el mundo árabe.

Junto a la abundantísima producción en los campos del relato corto y de la novela en lengua francesa, se va desarrollando durante este período, débilmente primero, pero cobrando más fuerza cada vez, una corriente narrativa en lengua árabe. El incremento en calidad y cantidad, que se aprecia en el relato corto durante este período, es evidente, de tal modo que los escritores que escogieron este género durante la revolución, por su facilidad para expresar la realidad de la vida diaria en sus facetas política, económica o social, siguen cultivándolo. Bien es verdad que muchos de ellos, sobre todo a partir de los años setenta, al alcanzar un mayor grado de madurez en las técnicas narrativas y en la utilización del lenguaje, experimentan con mayor o menor éxito en el campo de la novela⁷³.

La incipiente novela argelina en lengua árabe continúa girando en torno al tema de la liberación, incurriendo en muchos casos en lugares comunes. Sin embargo, el tema preferido será la propia Argelia después de la independencia, que es abordado desde múltiples aspectos (la tierra, la situación de la mujer, el conflicto entre generaciones, la controversia entre reaccionarios y reformistas, la infancia, la adolescencia,

⁷³ Para el desarrollo de la novela argelina en lengua árabe además de la ya citada obra del al-Rakībī (v. *supra*, nota 15), véase M. Masayif, *Al-Riwāya al-'arabiyya al-ḡaza'iriyya al-ḥadiṭa bayna al-waq'iyya wa-l-iltizām*, Túnez, 1983; M. Bois, «Tendances nouvelles du roman algérien de langue arabe», *Annuaire de l'Afrique du Nord*, 1985, pp. 249-255; W. al-A'raṣ, *Ittiṣāḥāt al-riwāya al-'arabiyya fī-l-Ÿazā'ir. Baḥṭ fī-l-uṣūl al-tā'rijiyya wa-l-ḡamāliyya li-l-riwāya al-ḡaza'iriyya*, Argel, 1986 (sobre esta obra véase el comentario de P. Martínez Montávez en *Literatura Árabe de hoy*, pp. 265-273).

etc.) y dentro de distintas corrientes, principalmente, romanticismo y realismo crítico o socialista.

Pionero de la novela en lengua árabe en Argelia se ha considerado tradicionalmente al ya mencionado Aḥmad Ridā Ḥūḥū por su relato largo titulado *Gādat Umm al-Qurā* (*La muchacha de La Meca*) (Túnez, 1947), en la que habla del lugar que ocupa la mujer en la sociedad, si bien en un ambiente *ḥiṣṣāzī*. Asimismo, como se indicó más arriba, figura entre los precedentes de la novela argelina el relato largo de al-Safī'ī, *al-Ṭālib al-mankūb*. Sin embargo, será 'Abd al-Ḥamīd b. Ḥaddūqa quien, con *Rīḥ al-Ġanūb* (*El Viento del Sur*) (Argel, 1971)⁷⁴, marque el verdadero inicio de la novela de expresión árabe en Argelia. Escrita en lengua árabe clásica, la obra refleja la vida cotidiana de una Argelia independiente y, esforzándose en buscar soluciones, plantea la cuestión de la revolución agraria, dentro de la más pura corriente realista; otros muchos problemas son suscitados en esta novela: la emancipación de la mujer, la salvaguarda de la tradición, la lucha de clases, el abuso de autoridad, etc. Primer tomo de una trilogía, se vería continuado por una segunda parte, también de carácter rural y caracterizada por su compromiso político, *Nihāyat al-ams* (*El fin del ayer*) (Argel, 1975), donde el tema de la explotación de los débiles por los poderosos es el principal centro de interés. La trilogía concluye con *Banā-l-ṣubḥ* (*Llegó la mañana*) (Argel, 1980), novela muy diferente a las anteriores, ante todo por haber dejado el ambiente rural para trasladar la acción a la capital argelina, donde una juventud burguesa vive las contradicciones de una sociedad en vías de transformación. Una novela de corte filosófico, *al-Ġāziya wa-l-darāwiš* (*Yaziya y los derviches*) (Argel, 1983) marca una nueva tendencia en la producción novelística de este autor, tanto por la novedad de su esquema como por su línea argumental, que pone en relación una vieja leyenda con la realidad presente.

La segunda gran figura de la novela argelina contemporánea en lengua árabe es al-Ṭāhir al-Waṭṭār, cuya obra en el ámbito del relato corto ya ha sido señalada más arriba. Su primera novela, de corte ideológico, lleva el título de *al-Lāz* (*El expósito*) (Argel, 1974), donde los años de

⁷⁴ Traducida al español por M. Villegas con el título *Viento del Sur*, Madrid, IHAC, 1981. Sobre esta obra véase M. Villegas, «Influencia o lectura crítica? Naṣīb Maḥfūz y 'Abd al-Ḥamīd Ibn Hadūqa», *Šarq al-Andalus*, 4, 1987, pp. 83-92.

la guerra son evocados por los parientes de los que cayeron en la lucha y que esperan inútilmente una pensión. En la misma línea ideológica se encuentra una segunda novela, *al-Zilzāl* (*El terremoto*) (Beirut, 1974), donde se describen los cambios que experimenta Argelia después de la independencia. La evolución del autor hacia el análisis metafísico o filosófico se inicia con *'Urs baḡl* (*La boda de un mulo*) (Beirut, 1978) y se continúa con *al-Ḥawwāt wa-l-Qaṣr* (*El pescador y el palacio*) (Constantina, 1980), novela que presenta la estructura de un cuento clásico donde el bien triunfa sobre el mal. Consagrada asimismo en la etapa anterior como autora de relatos cortos, Zuhūr al-Wanīsī se revela en ésta como novelista con un relato largo, *'Ala-l-ṣāṭi'-l-ajar* (*La otra playa*) (1974), y una novela en forma de diario, *Min yawmiyyāt mudarrisa ḥurra* (*Diario de una maestra libre*) (Argel, 1979), donde recoge con un estilo ligero y ameno sus propios recuerdos de guerra.

Entre los primeros novelistas de una nueva generación se sitúa Muḥammad 'Ar'ar al-'Alī (nacido en 1946) con *Mā lā tadrūhu al-riyāḥ* (*Lo que no puede borrar el viento*) (Argel, 1972), novela que desde un planteamiento filosófico trata de la guerra, pero cuya acción se desarrolla principalmente en Francia; una segunda novela del mismo autor, *al-Ṭamūḥ* (*El ambicioso*) (Argel, 1978), resulta caótica por sus continuos pasos del presente al pasado, que desorientan al lector.

El compromiso político caracteriza la obra de 'Abd al-Malik Mur-tad (nacido en 1935), autor de *Nār wa-Nūr* (*Fuego y luz*) (El Cairo, 1975), novela cuya acción está basada en las actividades nacionalistas de los estudiantes y en el papel que éstos desempeñaron en la revolución; el interés del tema desarrollado a través de una triste historia de amor, queda en cierto modo, desvirtuado por las prolijas descripciones de la ciudad de Orán y los interminables discursos políticos contra el colonialismo francés, que hacen perder al lector el hilo de la narración.

La lucha urbana es descrita de manera realista por Mirzaq Baqtas (nacido en 1945) en *Tuyūr fī-l-zāhira* (*Pájaros al mediodía*)⁷⁵, a través de las impresiones de unos niños que ven sus vidas cambiadas por unos acontecimientos que no pueden comprender. A la misma generación pertenece otro autor comprometido políticamente, Ismā'il Gamuqāt

⁷⁵ Publicada en *Amal*, n.º especial, 34 (julio-agosto, 1976), Argel.

(nacido en 1951), quien hace discurrir su novela *al-Sams tašruq 'alāl-ġamī'* (*El sol brilla para todos*) (Argel, 1974) durante la guerra de liberación, analizando con clara tendencia al romanticismo, las fantasías y crisis de la adolescencia, tema que se repite su segundo libro publicado, *al-Aÿsād al-maḥmūma* (*Cuerpos febriles*) (Argel, s.f.).

Las nuevas tendencias de la narrativa árabe argelina, actualmente en plena fase de desarrollo, apuntan hacia un simbolismo exagerado, rayano en el surrealismo. Sin duda, el símbolo parece más apropiado que el realismo para la búsqueda de identidad que agobia a esta generación de autores, además de su adecuación para encubrir ciertos temas, cuya prohibición se impone a la libertad del escritor.

El teatro contemporáneo en Argelia

El teatro argelino cuenta con una tradición popular oral, en lengua dialectal, continuadora de las viejas formas tradicionales del mundo árabe, como el teatro de sombras y las fiestas conmemorativas de los sufíes, espectáculos que fueron prohibidos por la administración francesa después de la ocupación, por motivos políticos. Sin embargo, las piezas dramáticas escritas tienen en Argelia una historia muy corta.

Muchos críticos sitúan el nacimiento del teatro argelino contemporáneo después de la Primera Guerra Mundial, cuando se sintió la necesidad de representar en la escena la realidad argelina. En estas primeras manifestaciones teatrales se utiliza el árabe clásico, formándose en la década de los veinte numerosos grupos teatrales que representan piezas históricas, traducidas a esta lengua. Paralelamente se va formando un teatro en lengua coloquial que estuvo en vigor antes, durante y después de la revolución. En el transcurso de una primera etapa, que se extiende aproximadamente desde 1926 hasta 1934, el teatro argelino se preocupa de problemas sociales, presentados en forma jocosa al público.

En una segunda etapa, de 1934 hasta el principio de la segunda Gran Guerra, Rašīd Qsenṭīnī (1887-1944), que destaca primero como actor y después también como autor, juega el papel principal. En lengua dialectal, Qsenṭīnī critica de modo satírico al poder de ocupación.

Durante la guerra desaparece este tipo de teatro y se buscan nuevas formas y nuevos temas, mediante la traducción de obras extranjeras, que influyen en el nuevo teatro argelino hasta la llegada de la revolución. Después de 1945 se inicia una nueva etapa que se desarrolla du-

rante la guerra de liberación, iniciándose un período de renacimiento que se incrementa al lograr la independencia, y que continúa hasta hoy.

La gran dificultad para el estudio del teatro argelino radica en la escasez de textos, pues muchas obras han sido representadas pero no impresas, habiéndose perdido sus manuscritos, especialmente los que corresponden a su primera etapa.

Dentro de la limitación impuesta por un precario número de textos impresos, escritos en árabe clásico, hayan sido o no representados, se puede clasificar el teatro argelino contemporáneo, en lo que respecta a su contenido, dentro de tres corrientes fundamentales: la corriente histórica, la corriente social y la corriente revolucionaria.

La primera se desarrolla en época colonial y se extiende hasta después de la independencia; los pocos textos disponibles versan sobre hechos heroicos populares, acaecidos en el pasado, con la intención de exaltar los sentimientos nacionalistas del pueblo. El máximo poeta nacional, Muḥammad al-'Īd Jalifa, cultiva este género y crea escuela, que se extiende hasta la rebelión de noviembre de 1954; sus piezas dramáticas presentan indefectiblemente como protagonistas a personajes árabes que destacaron por su papel histórico en la lucha contra poderes injustos. Sirva como ejemplo de ellas la titulada *Bilāl* (Argel, s.f.), en cuyo personaje central Bilāl b Ribāḥ queda simbolizado el héroe contestatario y valiente.

Tawfiq al-Madanī publica en 1950 *Hanībal*, pieza de teatro histórica que fue representada en la escena y ampliamente difundida por la radio; en la lucha llevada a cabo por cartagineses y romanos simboliza al-Madanī la lucha contra la ocupación francesa. El estilo de la obra es cuidado y artístico, en perfecto árabe clásico con acentos heroicos, centrándose el interés del autor en la descripción del personaje principal y de su actitud, que subraya con fines políticos. La mayor parte de la obra de este autor, está compuesta por piezas muy breves, fácilmente publicables en revistas y periódicos.

Durante la revolución, dejaron de escribirse dramas históricos, si bien volvieron a estar en vigor después de la independencia, con la misma intención simbólica que la del período anterior. En esta línea se encuentra el drama de Muḥammad Wadih *Bi'r al-Kāhina* (*El pozo de la hechicera*)⁷⁶ y *Yugurta* (Argel, 1971), de 'Abd al-Raḥmān al-Madawī,

⁷⁶ Publicada por primera vez en la revista *al-Qabas*, n.º 4, 5, 6, 1967.

cuyo interés se cifra no sólo en su contenido, sino en la elegancia de su estilo y su lenguaje, y en la amplitud de sus diálogos.

La mayor parte de las obras pertenecientes a una segunda corriente de contenido social, donde se incluyen temas sobre costumbres y tradiciones, muchas de ellas en lengua vulgar, fueron representadas en escena o dramatizadas para la radio, durante las décadas de los cuarenta y cincuenta, siendo escasísimos los textos escritos que se conservan de ellas. Por estas mismas fechas, el conocido narrador Aḥmad Riḍā Ḥuḥū escribe piezas cortas en un acto, de apreciable valor literario, que pueden ser incluidas en este grupo.

La llamada a la revolución por la libertad y la independencia es el tema fundamental de una serie de piezas teatrales, que se pueden incluir en una tercera corriente. Dentro de ella, 'Abd Allāh Rakihī es el primero en resaltar la revuelta del pueblo argelino, donde la mujer también participa, simbolizando en ella a Argelia. En 1959 publica en Túnez *Maṣra' al-Ṭūgāt* (*La muerte de los tiranos*). Durante la guerra de liberación se representaron muchas obras con la revolución como fondo, de las que muy pocas se conservan. Este mismo tema seguirá siendo el predilecto de varias generaciones de dramaturgos después de la independencia, entre los que destaca Abū-l 'Īd Dūdū con su obra *al-Turab* (*La Tierra*) (Argel, 1966), que a través de una trágica historia de amor refleja como una estampa real la vida del pueblo argelino durante esta importante etapa de su existencia que es la lucha por la independencia.

La diglosia sigue siendo un problema a la hora de escribir para el teatro; sin embargo, parece ser que la lengua vulgar tiene ante sí un largo y prometedor camino, no sólo en Argelia, sino en todo el mundo árabe. El esfuerzo de arabización que se está realizando en los países magrebíes, en lo que a literatura se refiere, constituye la nota común que les caracteriza a todos ellos en la actualidad. No se puede ignorar, sin embargo, que el bilingüismo, especialmente en Argelia, sigue siendo un hecho, y que una literatura de expresión francesa sigue coexistiendo con la escrita en lengua árabe y la riquísima literatura popular oral.

Con esta exposición resumida se ha pretendido dar a conocer algunos fenómenos comunes y otros particulares de la evolución de la literatura contemporánea de tres países magrebíes, Túnez, Marruecos y Argelia, sin profundizar en el estudio de cada uno de los fenómenos y sin pretender exhaustividad en la mención de autores y mucho menos en la de su obra. Ello resulta particularmente evidente en lo que res-

pecta a las últimas tendencias, que habrán de ser analizadas con una perspectiva más lejana. Quisiéramos advertir que no ha sido reseñado un género tan importante como el ensayo, por considerar su análisis más propio del campo del pensamiento. Tampoco han sido atendidas las abundantes muestras de literatura bereber, que por su importancia en esta zona merece ser estudiada más profundamente.

XVII

EL CINE MAGREBÍ

Marcelino Villegas*

El 28 de diciembre de 1895 se celebra la primera proyección cinematográfica. En 1896, los hermanos Lumière envían operadores al norte de África; en su catálogo de 1897 figuran vistas de la zona. Duran un minuto (16 metros) y sus temas son los que cabe esperar: el bey y su escolta, los zocos, camellos transportando carbón... Los negativos de estas películas se conservan en la Filмотeca francesa.

Proyecciones no hay, sin embargo, en el Magreb hasta 1899¹. Entre esa fecha y 1956 «no cabe hablar de vida cinematográfica» en la región, pues «se confunde con la del cine francés»².

A partir de 1919 el Magreb proporciona escenarios exóticos e inquietantes a películas de amores y aventuras, aunque en muchos otros casos los directores, conscientes del irrealismo de su propósito y de la dificultad de estilizar la realidad filmada en bruto, optarán por trabajar en decorados, lejos del lugar donde la acción supuestamente sucedía, por mejor darle la forma adecuada a su visión³. O a lo sumo filmaban los fondos para las escenas de exterior, que después hacían en el estudio, trabajando los actores contra el material previamente filmado proyectado a sus espaldas⁴.

* Universidad de Alicante. Fallecido el 18 de febrero de 1991.

¹ O. Khlifi, *L'Histoire du Cinéma en Tunisie* (STD, Túnez, 1970, pp. 28 y 36-37).

² R. Jeanne y C. Ford, *Histoire illustrée du cinéma muet* (Marabout, Verviers, 1981, p. 212).

³ *Marruecos* (Josef von Sternberg, 1930) es el ejemplo más insigne.

⁴ Hitchcock trabajó así en *El hombre que sabía demasiado* (1956).

Los realizadores franceses buscaron casi siempre el más completo irrealismo, vergonzoso ya desde el título. Modelo en ese sentido puede ser *La princesse du tam-tam* (Edmond T. Greville, 1935), con Josephine Baker, rodada en Túnez⁵. O a lo sumo se servían de retazos veristas arrancados al ámbito local e insertos en historias ajenas a él. *Pépé-le-Moko* (1937) y *Cinq gentlemen maudits* (1939), que Julien Duvivier rodó en Argelia y Marruecos respectivamente, conservan aún parte del atractivo que en su tiempo hizo de ellas piezas maestras del género⁶.

Contemporáneamente a las películas de Duvivier se inicia la producción de largometrajes franco-magrebíes, actividad que durará unos once años. Los filmes que resultan pueden considerarse, a pesar de sus limitaciones, la prehistoria del cine del Magreb. La producción pionera, *Le fou de Kairouan* (1937, estrenada en 1939) se realiza en Túnez y tiene ya los rasgos que definen al conjunto. Los principales son:

- Producción y dirección corren a cargo de franceses.
- Canciones y bailes son parte fundamental de la obra.
- El marchamo «película cien por cien magrebí» lo pone la prensa de París⁷.

La mayoría de las películas franco-magrebíes se rodaron en Marruecos (Fez y Casablanca), con actores de los tres países y alguno francés. Casi siempre eran comedias de ambiente oriental moderno (*Sérénade à Meriem*), rodadas en doble versión, aunque con los mismos actores. Se exceptúa *La septième porte* (André Zwobada, 1947), ambicioso drama de ambiente tradicional bereber con texto de Jean Cocteau interpretado en francés por María Casares y Georges Marchal y en árabe (literario, y no dialectal como en las comedias) por Kulzum⁸ y Anís Yamal. La versión árabe de *La septième porte* se proyectó con cierto éxito en

⁵ Véanse la descripción de las circunstancias en que se hizo y un resumen del argumento en Omar Khelifi, *op. cit.*, pp. 110-112.

⁶ Antes de 1956 se rodaron en Marruecos algunas películas españolas. La más famosa puede ser *Harka* (Carlos Arévalo, 1940), largometraje de ambiente militar que, como las producciones francesas, se limita a arrancar briznas de pintoresquismo.

⁷ Véase O. Khelifi, *op. cit.*, pp. 112-122, especialmente p. 116. En la p. 115 aparece la reproducción de un cartel bilingüe de *Le fou de Kairouan*.

⁸ En su edad madura, Kulzum alcanzará grandes éxitos y se convertirá en símbolo de la irreductibilidad argelina con sus interpretaciones de madre o abuela tradicional, voluntariosa y sabia. A partir de *El viento del Aurés* (Mohámed Lájar Hamina, 1966).

Egipto durante 1948. La frase publicitaria principal de su lanzamiento allí fue: «La primera película tunecina hablada en árabe»⁹.

A partir de 1957 se realizaron los primeros esfuerzos inequívocos para crear cinematografías nacionales en el Magreb. La independencia reciente y la lucha por la independencia fueron motores poderosos para ello.

De las tres experiencias, la que hoy conserva más sugestión es la argelina: el FLN mantuvo equipos de cine que filmaban las operaciones bélicas, interpretaban los distintos pasos de la guerra con esbozos de dramatización o realizaban documentales informativos y educativos. Mohámed Lájdar Hamina y Ahmad Raxedi, responsables luego de los primeros pasos del cine en Argelia, formaron parte de ellos. Por otro lado, se realizaron documentales de sensibilización dirigidos principalmente a la opinión occidental. En su mayoría se deben al director francés René Vautier.

Túnez opta por la producción de películas comerciales «con algo más», películas que en el fondo son una nueva versión de los filmes franco-magrebíes de diez años antes. Su importancia radica en ser el primer intento que el cine del Magreb hace por abrirse mercados. *Goha* (Jacques Baratier, 1958) es el más conocido de esos intentos. Se trata de una versión romántica de los cuentos de Yeha, un tonto-listo del folclore árabe, versión que no supera el límite ceremonioso de la fantasía oriental. Por otra parte, si consiguió abrir algún mercado fue a su director —francés—, a su protagonista —Omar Sharif, egipcio— e incluso a Claudia Cardinale —italiana nacida en Túnez—, que hacía un papel secundario.

En Marruecos se crea el Centro Cinematográfico Nacional, que pone en marcha la producción de cortometrajes documentales o levemente argumentados. En el fondo, son sólo prácticas encaminadas a completar la formación de los técnicos nacionales. Lo más original es que suelen estar rodados en cinemascopio-color, medios que los realizadores utilizan suntuosamente: *Regreso a las fuentes* (Abdelaziz Ramdani, 1963) es la descripción de una fantasía a base de vertiginosos *travellings* rodados desde un vehículo de motor en marcha; *Noches*

⁹ Cfr. *Ajir saa* (El Cairo), n.º 721 (18 de agosto de 1948). En el tomo II de sus *Mémoires* (ENAL, Argel, 1984, pp. 50-69) da Mahieddine Bachetarzi interesante información sobre estas películas, y material gráfico.

andalusíes (Larbi Bennani, 1963) expone en reposados y amplios planos de interior los preparativos e interpretación de una orquesta tradicional marroquí. En las antípodas, *El lugar del hombre* (Larbi Bennani, 1964) es un austero estudio en blanco y negro sobre la emigración rural a las ciudades.

El cine magrebí está en marcha; sólo falta consolidar una industria. El esfuerzo por lograrlo es firmemente apoyado por el gobierno en Argelia y sólo parcialmente en Marruecos y Túnez.

Argelia inició su producción comercial en 1964. El proyecto de crear, además de películas, una infraestructura cinematográfica sólida, sigue hoy en pie y en marcha, a pesar de las dificultades políticas y económicas que el país atraviesa. Los organismos cinematográficos argelinos están en crisis permanente desde 1986, fecha en que se reajustaron de modo radical, al tiempo que se legalizaba la creación de productoras privadas. La producción ha disminuido, pero no se ha parado. Antes de 1986 Argelia había llegado a producir un máximo de diez largometrajes (fue en 1982, para conmemorar los veinte años de independencia), aunque el perfil más común era tres. También se producían películas y series de televisión (un máximo de 20 capítulos, un mínimo de ocho), explotadas asimismo a veces en versión reducida para cine¹⁰.

Una última peculiaridad, derivada de la continuidad y del desahogo económico de la producción, es que el cine ha atravesado en Argelia diversas etapas o ciclos creativos, determinados en un 70 % por las consignas estatales y en un 30 % por los creadores. En esa sucesión de ciclos o tendencias de la producción cinematográfica argelina se percibe un progresivo impulso de aproximación a la realidad, en dos sentidos:

— Creciente abandono de los temas del pasado en favor de los del presente.

— Creciente abandono del estricto cine de autor por un cine comercial serio.

Los ciclos o tendencias que han dominado en el cine argelino desde sus comienzos hasta hoy, pueden esquematizarse así:

¹⁰ Por ejemplo, la superproducción *Bu Amama* (Benámar Bajti, 1985), que rememora un alzamiento anticolonial del siglo XIX tomando prestados muchos rasgos de estilo a Sergio Leone y al *western* europeo en general. La serie que hasta hoy ha gozado de mayor popularidad ha sido *El suicidio* (Mustafa Badi, 1975), adaptación de las dos primeras novelas de Mohámed Dib: *La grabde maison* (1952) y *L'incendie* (1954).

1) 1964-1971: evocaciones-exaltaciones de la guerra de independencia y sus antecedentes. Domina una dramaturgia de corte centroeuropeo.

2) 1972-1976: problemas derivados del paso de una sociedad tradicional y dependiente a otra moderna e independiente. Domina el cine experimental.

3) 1977-1986: la vida actual, dichas y desdichas. Domina la comedia constructiva, levemente crítica, rica en elementos costumbristas. La crisis de la vivienda, el matrimonio forzado, la inmadurez juvenil, la independencia femenina, son algunos de los temas tratados en esta etapa.

4) 1987 hasta hoy: deja de haber una orientación temática o formal común y dominante. Subsiste la comedia, pero a su lado pueden hallarse películas épicas e intimistas o dramas de atmósfera violentamente críticos (*La ciudadela*, Mohámed Xuij, 1988).

Téngase en cuenta que me he referido a tendencias dominantes, no a exclusivas. Como es natural, en cada etapa perviven huellas y se hacen películas que proceden de lo anterior, o se esbozan síntomas de lo que dominará en etapas futuras. El caso más notable es *Crónica de los años de brasa* (Mohámed Lájdar Hasmina, 1974, Palma de Oro en el festival de Cannes de 1975), que responde a la inspiración dominante en la primera etapa, pero que se realiza en pleno centro de la segunda. Aunque *Crónica de los años de brasa* ofrece una variante respecto a las películas de guerra argelinas producidas entre 1964 y 1971, y es que es mucho más espectacular y genérica, de modo que en ella, la colonización y la resistencia contra la colonización adquieren un cariz universal y estilizado y pasan a ser «cualquier tiranía», «cualquier lucha por la libertad», como en el cine de aventuras.

Creo que esa variante explica, en gran medida, junto con el talento de su director, el éxito internacional de *Crónica de los años de brasa*.

El primer largometraje tunecino se realizó en 1966. Es *El alba*, filme patriótico casi *amateur* de O. Jalifi, a su vez productor. Desde entonces, el cine tunecino ha atravesado dos etapas:

En la primera (1966-1976) se realizan por promedio dos largometrajes al año. Los presupuestos son escasos y con frecuencia rozan la penuria. En 1971 y 1974 no hay producción. Casi todos los largome-

trajes de esta etapa son primeras películas ¹¹ que tratan de hacer de la escasez de medios rasgo de estilo, siguiendo los pasos del neorrealismo y la nueva ola.

En la segunda etapa (desde 1977 hasta hoy), el promedio anual sube a tres largometrajes, que se realizan con presupuestos más desahogados que los de la etapa anterior. Los medios son ahora los necesarios; antes eran los imprescindibles. Varios directores empiezan a afirmarse y a trabajar con continuidad. Sus películas tienen, como mínimo, éxito de aprecio en algún festival y una buena carrera en circuitos especializados: como máximo, éxito rotundo en algún festival y una brillante carrera comercial. El primer título indiscutible del cine tunecino fue *Sichnán* (Abdelatif Benámar, 1974), pero su éxito resulta elemental comparado con el que han obtenido las dos primeras películas de Nuri Buzid: *El hombre de cenizas* (1986) y *Los zuecos de oro* (1989). Náser Jamir y Táyebe Luahixi son otros directores que han conseguido trabajar con continuidad, cosa que equivale a decir difusión suficiente ¹².

La participación de la productora estatal tunecina se ha mantenido estable desde el primer momento. Proporciona un tercio del presupuesto total y facilita medios técnicos (estudios, laboratorios...). El estado es propietario de un complejo cinematográfico próximo a la capital. Funciona desde 1968 y fue ampliado en 1974. Intermitentemente, se ruedan allí películas extranjeras (la más conocida puede ser *Piratas*, de Roman Polanski) y en los últimos años se han revelado y tirado en su laboratorio películas producidas en Argelia y Marruecos. Esas tareas se hacían antes casi siempre en París.

Como ya he dicho, el cine tunecino se ha mostrado muy consciente desde el principio de que el mayor enemigo de los cines nacientes es la falta de difusión y en consecuencia, ha creado el festival bianual de Cartago, que se propone alentar y dar a conocer el cine árabe y africano ¹³, y ha cultivado asiduamente la coproducción. Una de las pri-

¹¹ Sólo Omar Jalifi y Abdelatif Benámar realizaron más de una película en esos años. El primero, además de la dicha, *El rebelde* (1968), *Los felagas* (1970) y *Alaridos* (1973); el segundo, *Una historia tan sencilla...* (1969) y *Sichnán* (1974).

¹² Náser Jamir ha realizado tres largometrajes (1977, 1984, 1989) y Táyebe Luahixi otros tres (1981, 1986, 1989).

¹³ El festival de Cartago inició su actividad en 1966. Mucho más tarde (a partir de 1983) Argelia creó otros festivales de similar orientación en Annaba y Constantina y algo más tarde, (1986) Marruecos en diversas ciudades.

meras, *Una historia tan sencilla...* (1969), se hizo con España. Pero las condiciones no debían de estar claras o no debieron de cumplirse, ya que el negativo de esa película está retenido por falta de pago en un laboratorio de Madrid¹⁴. Quizá por eso no ha habido otras colaboraciones entre el cine español y el tunecino, aunque sí intentos. Ninguno ha llegado a concretarse. El último caso de coproducción frustrado que conozco es el tercer largometraje de Násir Jamir, una historia situada en al-Andalus que al final ha coproducido Checoslovaquia¹⁵.

Las coproducciones tunecinas han ido ganando funcionalidad y eficacia con los años. Al principio está *Yursa* (1975), con Ewa Aulin y Richard Leduc de protagonistas, hecha con Suecia. Trata de una posible reencarnación de la reina Dido en el Túnez de hoy; al final está *Una puerta hacia el cielo* (Farida Belyazid, 1988), hecha con Marruecos y Francia, sobre el redescubrimiento de las formas de vida tradicionales por una joven marroquí instalada en Francia y que, inesperadamente, debe volver a Fez para asistir al entierro de su padre.

Entre una y otra pueden destacarse *Los embajadores* (Násir Catari, 1975), con Libia y Francia; *Aziza* (Abdelatif Benámar, 1980), con Argelia; *Travestías* (Mahmud ben Mahmud, 1982), con Bélgica; *La balada del aparcero* (Abdelhafid Buasida, 1982), con Checoslovaquia.

Aunque aún sigue en situación precaria, el cine tunecino se afirma con rapidez. Desde 1982 el avance ha sido importante. En esa fecha es cuando los acuerdos de coproducción y distribución se definen, impulsados por la obra de varios directores con talento.

El arranque de la producción cinematográfica ha seguido en Marruecos un proceso más laborioso, que tarda diez años en lograr alguna consistencia y verdadera continuidad.

La productora estatal hizo en 1967-68 los tres primeros largometrajes marroquíes de argumento, ensayo para un cine comercial serio. Pero, a pesar de su variedad y cierta originalidad, el intento fracasó por

¹⁴ La productora española fue Lacy Films Internacional, de José María Elorrieta. El acuerdo de coproducción incluía dos películas, una predominantemente española y otra predominantemente tunecina. La española era *Gallos de pelea* (Rafael Moreno Alba, 1969), una historia de mercenarios rodada parcialmente en la localidad costera de Sidi Bu Saïd.

¹⁵ *Los balizadores del desierto* (1984), la segunda película de Násir Jamir, está dedicada «A mi abuela de al-Andalus».

falta de garra. *Cuando maduran los dátiles* (Ahmad Mesnaui-Abdelaziz Ramdani) es una historia de amor en el desierto; *La vida es lucha* (Mohamed Tazi), una película con cantante, pero también una película que intentaba evitar los caminos más trillados del género; *Sol de primavera* (Latif Lahlu), un drama costumbrista sobre la vida de un funcionario. Las tres producciones seguían fieles al cinemascope-color de años anteriores.

Hasta 1970 no hubo un largometraje marroquí más. Ese año Hamid Bennani produce y realiza *Tatuaje*, que hoy es un clásico del cine árabe y que en aquel entonces dio confianza de que se podría seguir adelante. En 1972, otro productor-director, Suhayl Benbarka, hace una excelente película: *Las mil y una manos*, que vuelve al cinemascope-color (*Tatuaje* tiene una foto en blanco y negro que recuerda la de las primeras películas de Pasolini). Benbarka trabaja con más medios que Bennani y con cuidado de hacer un cine de calidad que dé dinero. Para ello, elige un tema incisivo, con mucho de documental (la situación de los tejedores de alfombras, en Marraqués), lo enlaza con una historia de amor y ambición de los de arriba, analiza las relaciones entre uno y otro mundo con precisión y sensibilidad y añade actores internacionales, no de primera fila pero sí suficientemente populares.

Las mil y una manos consiguió prestigio y buena difusión y Suhayl Benbarka trató de repetir la fórmula en dos películas más: *No habrá guerra del petróleo* (1975) y *Bodas de sangre* (1977), adaptación de la obra de García Lorca y coproducida con España. Los resultados son en éstas inferiores, por desequilibrio entre los elementos y por una adopción demasiado mecánica de las reglas de los géneros en boga o por el afán de vestir y adornar la película. De hecho, esos dos filmes (y otros más recientes) han demostrado que las cualidades de Suhayl Benbarka son más de promotor que de director. Y de hecho, su gestión en el Centro Cinematográfico Nacional está siendo positiva para el cine marroquí.

En 1975 se hace la película que puede considerarse el cierre de la etapa fundacional del cine marroquí. Se trata de *El Chergui*, de Mumen Smihi, modesta producción en blanco y negro rodada en 16 milímetros y luego ampliada a 35. La intensidad y originalidad con que trata algunos temas típicos llamaron la atención. Durante un tiempo fue asidua a festivales y hoy puede considerarse a su vez un clásico.

Los tres años siguientes son de continuidad y añaden cinco películas más. Entre ellas se cuentan dos de Abdallah Misbahi, intentos casi

únicos en el Magreb de hacer cine comercial siguiendo las pautas del egipcio.

En 1981 el cine marroquí da un salto importante, que indirectamente se debe a la provisión de un presupuesto estatal para ayudas. Como en Túnez, esas ayudas cubren aproximadamente un tercio del presupuesto total. Así, en 1981 se ruedan cuatro películas; en 1982 cinco; en 1983 ninguna; en 1984 cuatro; en 1985 dos; en 1986 tres; en 1987 ninguna; en 1988 tres. 1989 es el año de *La batalla de los tres reyes*, superproducción dirigida por Suhayl Benbarka, con financiación mayoritaria marroquí y participación española e italiana. Dudo que una empresa de tal tipo defina o haga sitio al cine marroquí como tal, ya que las superproducciones tienden por principio a la impersonalidad. Lo que sí puede hacer es facilitar relaciones que permitan plantear mayor número de coproducciones en años venideros.

Parece claro, pues, que el cine magrebí inicia poco a poco un proceso de afirmación y de expansión. La continuidad está conseguida, por difícil que sea aún financiar cada nueva película. La frecuencia también crece, aunque con lentitud. El cine argelino, que durante mucho tiempo ha sido la vanguardia, ha quedado un tanto al margen por la situación general del país y, sobre todo, por la confusión administrativa, que desde principios del decenio de 1980 ha ido derivando hacia la indiferencia por la difusión. A pesar de lo cual varias producciones argelina han destacado. La crisis del cine en Argelia coincide con los años en que los cines de Marruecos y Túnez han hecho más esfuerzo con buenos resultados, razón por la cual la producción argelina ha quedado doblemente apagada.

He aquí la historia y las circunstancias. Queda por saber qué directores y películas define al cine magrebí en los años que van de 1964 a 1990. La mejor respuesta me parece establecer un breve diccionario por país y destacar en él la personalidad de directores y películas. Lo ordeno alfabéticamente y lo numero.

ARGELIA

1. *Aluax*, Mirzad

Es un director brillante. *Omar Catlatu* (1976), su primera película, tuvo un éxito descomunal y demostró que el público argelino (en su ma-

yoría joven) tenía sed de presente. *Omar Catlatu* inauguró diez años de comedia, aunque marcó sólo la tendencia y no el estilo. El suyo es distante, irónico y no muy simpático.

Prueba del éxito de *Omar Catlatu* es que Aluax hace *Las aventuras de un héroe*, su segunda película, en 1978. *Las aventuras de un héroe* es una fábula sobre el presente en los países del Tercer Mundo, aunque lo más del esfuerzo de Aluax se concentra en dejar de ser el director de *Omar Catlatu*. Al parecer el público se sintió agredido y *Las aventuras de un héroe* fracasó, aunque obtuvo el primer premio en el festival de Cartago.

Decididamente agresiva es ya *Un hombre... y ventanas* (1982), fábula a su vez, y hostigadora. Trata de las obsesiones de un maduro bibliotecario, que acabará por caer en la locura homicida y será internado en un manicomio. El pilar de la sociedad está podrido. El ritmo es lento y la construcción está basada en las reiteraciones. La cena en familia, que estira, estira y estira los mismos gestos, resulta el núcleo de lo que *Un hombre... y ventanas* es y se propone.

Como es natural, fue rigurosamente rechazada por todos. Poco después Aluax se instaló en Francia, donde ha realizado una película, *Un amour à Paris* (1986), que trata la relación de un argelino nacido en Francia y de una argelina de origen judío que se instala en París con el propósito de hacerse modelo.

Resulta difícil predecir qué camino seguirá la carrera de Mirzac Aluax, pero por el momento parece perdido para el cine argelino propiamente dicho.

2. *Belufa, Faruk*

Liberación (1972), montaje de películas de archivo, fue retocada contra su voluntad. *Nabla* (1978) es un impresionante melodrama de tres horas, con el Beirut inmediatamente anterior y posterior al principio de la guerra por escenario. Es uno de esos lujos que el cine argelino puede o podía permitirse y que Belufa aprovecha sobradamente para crear un filme apasionante. *Nabla* recoge lo mejor de un cine de amor y muerte que en el pasado dio grandes títulos.

Pero, quién sabe por qué, después de *Nabla* Faruk Belufa no ha hecho ninguna película más.

3. Buamari, Mohámed

Su primera película, *El carbonero* (1972), consta de dos partes bien diferenciadas. La primera describe el existir cotidiano de una familia aislada y situada en el límite de la supervivencia. La segunda parte, debate los objetivos de la revolución agraria, qué se opone a ella en el viejo mundo y qué deberá hacer la familia descrita antes para disfrutar de sus beneficios. Los resultados de la primera parte son satisfactorios; los de la segunda, menos, quizá por falta de convicción, quizá por no haber dado con la forma requerida. Pero en total *El carbonero* es una película de encargo solucionada con honradez e inspiración, que trasciende sus condiciones de partida a base de autenticidad.

La herencia (1974) es una parábola sobre los daños de la represión colonial. La acción se sitúa en los últimos días de la guerra de independencia y los primeros de construcción. Buamari da vueltas a su tema sin llegar a tratarlo o se reduce a afirmaciones de perogrullo. Se trata de una película fallida con momentos espléndidos. El principio, por ejemplo.

Primer paso (1978) se sitúa en el presente y trata de los cercos y trampas que acechan a la mujer independiente. Es también un homenaje al cine-espectáculo. Muchas escenas son concretas y vigorosas, aunque el conjunto carece de dirección clara. A la película le sobran resabios experimentales que están fuera de lugar. Pero Buamari resulta siempre competente creando climas, situaciones tensas o sorprendentes y escenas íntimas.

Rechazo (1984) insiste en el estilo de *Primer paso* para hacer el examen de una familia argelina actual. El resultado es caótico, a pesar de las muestras de competencias propias del director.

Tras esta película, Buamari, que en los doce años inmediatamente anteriores había sido una de las personalidades más activas del cine argelino, desaparece de la escena pública.

4. Hamina, Mohámed Lájdar

Ha sido y es el director argelino más preocupado por la difusión, y en ese sentido ha trabajado siempre. *El viento del Aurés* (1966) es una evocación épica y lírica de la guerra de independencia. Supera amplia-

mente el marco dado en el sentido de la universalidad y la tragedia. Premiada en Cannes y Moscú, *El viento del Aurés* tuvo también buena acogida popular.

Diciembre (1972) es, sin embargo, un filme sin sentido y *Hasan terro* (1968), un encargo ancilar. *Crónica de los años de brasa* (1974) es un buen espectáculo con todas las ventajas e inconvenientes del fresco histórico y la superproducción. *Viento de arena* (1982) tiene varias virtudes, aunque empañadas por el efectismo. Con momentos muy bellos. Una nueva muestra de la tendencia de Mohámed Lájdar Hamina hacia lo universal y lo trágico. *La última imagen* (1986) evoca la época colonial desde la óptica benigna de las relaciones humanas. Tiene atractivos y maestría, aunque transpira mañas. *La última imagen* es la segunda producción argelina no estatal (la primera fue *El molino*, de Raxedi). En Argelia se proyectó como serie televisiva de cinco capítulos; en el resto del mundo, como película.

Malas lenguas afirman que para *Crónica de los años de brasa* Mohámed Lájdar Hamina acaparó el presupuesto de tres años de producción normal, a lo que él contesta que aunque así haya sido merecía la pena.

5. Mazif, Sid Ali

Es lo que se llama un director de base y hace películas para el consumo, un cine de consumo que no coincide del todo con el que se usa por aquí (los temas no son evasivos). Su primera película, *Sudor negro* (1972), la que más entra en el cine de autor, es lamentable. *Los nómadas* (1975), allá le va. *Leila y sus hermanas* (1978) tiene más ingenio, aunque resulta pequeña y torpe. *Huría* (1985) trata también el tema de la independencia de la mujer y de las fuerzas sociales que se oponen a ella. Funciona en todo lo que no tiene relación con el tema central (plantado con auténtica simpleza). Así, la aventura del hermano que se cree obligado a matar a su hermana por honor y que en el intento se pierde durante una tormenta, yendo a parar a casa de una segunda madre que le hace entrar en razón.

6. *Raxedi, Ahmad*

El alba de los parias (1965) es un largo de montaje sobre la descolonización, basado sustancialmente en el comentario de Mulud Mammeri. *El opio y el garrote* (1970) es una película cara y bilingüe, basada en una novela del mismo escritor. La adaptación simplifica, pero la película tiene atractivos. *Alí en el país de los espejismos* (1979) da una visión atípica de la emigración. La idea es ingeniosa, pero el resultado no. *El molino* (1985) es por el tema (las nacionalizaciones) y el planteamiento de producción (varios actores franceses y uno egipcio muy popular) un nuevo intento de cruzar fronteras. La realización es competente, pero confirma que a Raxedi no le va la comedia.

7. *Riad, Mohámed Slim*

Como Hamina y Raxedi forma parte de los directores pioneros y con acceso al poder. Se permitió un lujo con su última y peor película, *Autopsia de una conjura* (1978), entre policiaca y política, sobre una ola de atentados contra Argelia. *El viento del sur* (1975), adaptación de la excelente novela de Abdelhamid Benhaduga, es digna pero empobrecedora. Vale sobre todo por el final, que contradice el de la obra de origen: la pareja protagonista consigue escapar de la tradición para intentar ser feliz en el mundo moderno. La imagen del padre persiguiendo a caballo el autobús donde la pareja huye es elocuente e inspirada.

Volveremos (1972) es una película convencional de guerra, en la que da lo mismo que la lucha enfrente a palestinos e israelíes o americanos y japoneses. *El camino*, sobre los argelinos internados en campos de concentración durante la guerra de independencia, pasa por ser su mejor película. El trabajo de realización es serio, pero el propósito no pasa de la pura propaganda y no queda lejos de ciertos filmes españoles sobre los soldados de la División Azul presos en Rusia.

8. *Tsaqui, Brahim*

Los hijos del viento (1979) reúne tres relatos independientes sobre un tema común: el aprendizaje del mundo por niños solos. La banda

sonora es rica en efectos y prescinde intencionadamente del diálogo. El silencio también es protagonista en su segunda película, *Historia de un encuentro* (1983), sobre el amor de dos adolescentes mudos, americana y argelino. El escenario es atípico y significativo (un grupo de casas prefabricadas para técnicos extranjeros en un campo petrolífero del desierto argelino). Está elegido tanto por la desnudez como por los contrastes. El resultado está muy próximo a la obra maestra.

Tras esta película, Brahim Tsaqui emigró a Francia. Que yo sepa, no ha hecho ninguna más. Una lástima, porque se trata de uno de los directores más originales y sensibles que ha dado Argelia.

9. *Yebbar, Asia*

Escritora con una sólida obra en francés, iniciada en 1955. Ha realizado dos largometrajes concebidos como poemas y como prolongación de su obra escrita. Son *Interludio sobre las mujeres del monte Chenúa* (1977) y *La Zerda o El canto del olvido* (1980), rodados en 16 milímetros y difundidos por televisión.

MARRUECOS

1. *Belyazid, Farida*

Guionista y coproductora de *Muñecas de caña* (Yilali Farhati, 1981) realiza su primer largometraje, *Un camino hacia el cielo*, en 1988. La película trata un tema de actualidad de modo inesperado, propicio al debate. Es también un tema espinoso que la directora enfoca procurando evitar todo sensacionalismo. Las escenas líricas son quizás lo más perfecto de la realización, por su sencillez y franqueza.

2. *Benbarka, Suhayl*

Remito a lo dicho arriba sobre él y añado un título, *Amoki* (1982) sobre el apartheid.

3. *Bennani, Hamid*

Remito a su vez a lo dicho arriba, agregando que *Tatuaje* trata de la formación del carácter en la infancia y de las relaciones con el padre y la madre. El estilo es sobrio e intenso. Puede recordar, además de a Pasolini, a Robert Bresson. Y lo digo por dar idea, no por sugerir dependencia.

4. *Dercaui, Mustafá*

Autor de tres largometrajes, realizados con escasez de medios, es uno de los directores magrebíes más personales y al parecer menos preocupados por la difusión de sus películas que, no obstante, han llamado la atención. Empezó con *Sobre varios hechos insignificantes* (1976) y luego ha realizado *Los buenos tiempos de Sherezade* (1982) y *El vendedor ambulante* (1986).

5. *Farhati, Ylali*

Actor y director de teatro y cine, ha realizado dos largometrajes y prepara el tercero. Empezó con *Una brecha en la pared* (1979), que, por decirlo deprisa, está emparentada con *Los olvidados* (Luis Buñuel, 1951). *Muñecas de caña* (1981) es un relato lineal, objetivo y muy intenso, con una desgarradora interpretación de Suad Farhati, su hermana. La denuncia del poder destructivo de la organización y valores sociales no surge a costa de la acción, sino de ella. *Muñecas de caña* es, sin duda, un clásico del cine magrebí. Como actor puede vérselo en esta misma película, en *Luna de agosto* (Juan Miñón, 1982) y en *Badís* (Mohámmed Abderramán Tazi, 1988), donde hace un espléndido trabajo de composición.

6. *Asadiqui, Táye*

Prestigioso hombre de teatro, ha realizado un solo largometraje, *Al-quitrán* (1984), que depende de su primer oficio. Cuenta con una actitud crítica virulenta expresada a base de humor negro y esperpento.

7. *Smih, Mumen*

Junto con Dercaui, es el realizador marroquí más experimental. Su sensibilidad para lo extraño se ha manifestado en tres películas: *El Cher-gui* (1975), *44 o Los cuentos de la noche* (1982) y *Caftán de amor* (1988), planteada en principio como coproducción con España y realizada por último con Francia.

8. *Tazi, Mohámed Abderramán*

Sus dos largometrajes persiguen la eficacia sin merma de la inspiración ni la seriedad. Las suyas son películas comerciales hechas a fondo (como lo son, por ejemplo, muchas de Fritz Lang), con habilidad, con astucia, con inteligencia. *El gran viaje* (1982) es un relato de itinerario, una de las mejores formas de investigar realidades. *Badís* (1988) es lineal y progresiva, en el estilo que puede llamarse de intriga. Líneas dramáticas y temáticas se conjugan, iluminan y enriquecen mutuamente. Son películas graves, reflexivas, críticas, pero capaces de seducir.

Prepara su tercer largometraje, una parábola sobre la intolerancia situada en al-Andalus en el siglo IX. Los diálogos serán en árabe literario, según conviene al tema histórico. Todo un reto.

TÚNEZ

1. *Bahi, Rida*

Como Suhayl Benbarka, es antes promotor que director. A una primera película personal, *El sol de las hienas* (1977), sobre la especulación y la destrucción acarreadas por el turismo, coproducida con Holanda, siguió *Los ángeles* (1984), coproducida con Egipto, sobre el mismo tema en otro ambiente, donde la realización ya estaba llena de inconsecuencias y concesiones. Su última película, que ha acabado por llamarse *Champán amargo* (1986) y que antes se llamó *La memoria escarlata* y *La memoria tatuada*, es un folletín sobre el tema del mestizaje. Ha resultado un fracaso, pese al esfuerzo de contratar a Julie Christie y Ben Gazzara para dos de los principales papeles.

2. *Benaixa, Sádiq*

Mujtar (1968) tiene valor histórico, y en su momento resultó provocativa. *La maniquí* (1977) naufraga en el intento de hacer un cine profundo y llamativo. Los hilos manejados son tantos que se confunden, y ni la narración ni la imagen objetivan los temas, más bien, al contrario, los ocultan.

Prepara un tercer largometraje en coproducción con Francia.

3. *Benámar, Abdelatif*

A lo dicho arriba hay que añadir su clasicismo y su dominio para enlazar nociones sociales y políticas con tramas intimistas. El suyo es un cine de fondo sin merma del valor como espectáculo. Es lamentable que lleve diez años inactivo.

4. *Buzid, Nuri*

Sus virtudes son similares a las de Abdelatif Benámar. Las únicas diferencias son que Buzid se atreve a construcciones más complejas y a temas más violentos en superficie. Tal vez radiquen ahí sus éxitos multitudinarios.

5. *Jalifi, Omar*

A lo dicho arriba hay que añadir una película, *El desafío* (1985), de tema y estilo similares a las de sus cuatro anteriores.

6. *Jamir, Náser*

Ha incorporado al cine una forma peculiar de lo maravilloso, derivada de la narrativa árabe oral y tradicional, releída con ojos infantiles y sabios. Sugestivo y novedoso, su cine invita a constantes revisiones, en parte por la riqueza visual y en parte por la riqueza de sentido.

7. Luahixi, Táyeβ

Su primera película, *La sombra de la tierra* (1981), resulta perfecta por el tema, inmemorial y actual y por la riqueza del estilo, que halla su modernidad en el clasicismo, esto es, en la sencillez, la evidencia y el sentido del ritmo. La utilización de la *musiva* es extraordinariamente eficaz. *La sombra de la tierra* es otro de los títulos indiscutibles del cine magrebí. Sus dos películas posteriores, también apreciables, no alcanzan sin embargo la perfección de ésta. Son *La isla del abuelo* (1986) y *El loco de Layla* (1989), donde renueva un tema clásico de las letras y la leyenda árabe.

NOTA. Dado el caos reinante en la transcripción de nombres y en la titulación de las películas magrebíes (nunca se sabe, por ejemplo, si el original es el árabe o el francés, que a veces difieren) he optado por españolizar los nombres y traducir aquel de los dos títulos disponibles que he considerado más de acuerdo con el contenido de las obras según yo lo veo. En la transcripción de los nombres me he guiado por la tradicional, sin signos especiales. Había pensado dar la equivalencia de mi transcripción con la francesa, que es la habitual. Pero al final he preferido no hacerlo, porque me parece una forma de legitimarla, cosa que rechazo. (M. V.)

XVIII

LAS RELACIONES CULTURALES HISPANO-MARROQUÍES EN LA PERSPECTIVA DE LOS NOVENTA

Cecilia Fernández Suzor

La vecindad, nuestra historia común, nuestro pasado conjunto, nuestros vínculos estrechos, referencias obligadas en cualquier mención a las relaciones entre España y el mundo árabe, el Magreb y más específicamente Marruecos, vengan de uno u otro lado, se han convertido en tópicos que han terminado por vaciar de su contenido y relegar al plano de la retórica a lo que en realidad debería ser la base de una cooperación en el plano cultural por encima de los vaivenes que han caracterizado otros aspectos de nuestras relaciones.

A las puertas de 1993, esta cooperación será tanto más imperativa por cuanto la vecindad va a cobrar un sentido fronterizo, con un inevitable contenido negativo de límite cerrado. Cierre por un lado, el del sur, del acceso a un mundo interpretado como posible fuente de riqueza y por otro, cierre e incompreensión hacia otras culturas, *versus* aumento de la xenofobia. Ante esta perspectiva, cabe pensar que un esfuerzo en el campo de la cooperación que permita una aproximación cultural, podrá ayudar a permeabilizar y limar ese aspecto negativo de cierre al que inevitablemente parece que nos dirigimos, ya que España, el país comunitario más próximo al Magreb, está llamado a desempeñar el papel de filtro de la mano de obra magrebí hacia Europa y a asumir por cuenta de esta última la función de barrera de un mundo, de un modo de vida y de unos modelos culturales que son los que precisamente el mundo occidental pretende exportar.

A la luz de lo que se acaba de decir, ¿en qué medida la cooperación cultural puede dar porosidad a esa barrera y qué nuevas vías para desarrollarla son las que hay que trazar? Una reflexión en este sentido es lo que se pretende en este trabajo.

Un repaso a la historia de nuestras relaciones culturales con estos países desde su independencia constituye un preámbulo esencial para establecer el modelo seguido en nuestra política cultural y las perspectivas que en este final de siglo parecen apuntarse, sobre todo ante la creación del Instituto Cervantes, órgano que será el brazo ejecutor de una parte y no la menos importante, de la política cultural de España en el exterior.

Marruecos encabezará y prácticamente totalizará este breve repaso, pues a nadie se le escapa que es, de los países del Magreb, el que ha tenido y mantiene un mayor vínculo con España. En la *Declaración conjunta hispano-marroquí* (28 de julio de 1956) por la que se ponía fin al régimen de Protectorado y se reconocía la independencia de Marruecos, se preveía la firma de acuerdos «con el fin de definir su libre cooperación en el terreno de sus intereses comunes». Un año después, el 7 de julio de 1957, se firmó el primer convenio en materia cultural, vigente hasta 1980, fecha de la firma del actual, que sólo entró en vigor el 12 de septiembre de 1985, tras su ratificación por el soberano marroquí.

El viejo convenio cultural era un acuerdo marco a través del cual se pretendía estimular los intercambios culturales, en un sentido amplio, con visitas de estudiosos e investigadores, concesión de becas, difusión educativa y fomento de la lengua y cultura de cada parte. Se apuntaban algunas bases para la convalidación académica de títulos, se prometía conceder todas las facilidades al uso de la lengua española «teniendo en cuenta la difusión asegurada actualmente a esta lengua y en relación con cualquiera otra extranjera» (art. 10). Se convenía igualmente en prestar una atención especial a la radio y televisión como instrumentos de aproximación y conocimiento.

La característica de los 23 años de vigencia de este convenio fue la inoperancia. Así lo demuestran el retroceso considerable de la lengua española, incluso en su zona de influencia, la no inclusión de la lengua árabe en los planes de estudio de enseñanza media españoles y la no participación, tal y como lo contemplaba el acuerdo, del Gobierno español en la creación y desarrollo de las universidades y centros de enseñanza marroquíes, hasta el punto de que ni siquiera se puso en práctica la promesa de creación de cátedras en lo que a departamentos de español se refiere.

A lo largo del período de vigencia del convenio se procedió a la reestructuración de las dependencias educativas españolas en Marrue-

cos, suprimiéndose los centros de enseñanza de Río Martín, Castillejos, Arcila, Xauen, Targuist y Mdiq en consecuencia lógica con la progresiva desaparición de la población española en dichas zonas.

En cuanto a una participación en la formación de las élites y cuadros marroquíes, no cabe decir sino que España perdió una gran oportunidad. Comparando el número de estudiantes tanto en la actualidad como durante los años a los que ahora se hace referencia, sólo cabe pensar que en el origen de la desproporción (25.000 en Francia frente a unos 600 en España) está ante todo la marginación del español como lengua de la administración en Marruecos, hecho por otra parte lógico si entramos en consideraciones de índole política y económica. Sin embargo, una reconversión de las instituciones docentes españolas en Marruecos —después de que no se justificara tanto su permanencia en función de la población española allí residente— hubiera quizá preparado el terreno para aumentar el número de los que prosiguen su formación superior en España y dar más contenido a ese indudable vínculo entre los dos países. Reconversión en instituciones acordes con algún plan previo de cooperación en materia educativa, enfocado hacia la población marroquí de acuerdo con sus necesidades, siguiendo en eso a la política que ha llevado Francia con sus centros docentes.

Otra traba a ese fluir de estudiantes y en la que son corresponsables tanto España como Marruecos, ha sido la ausencia hasta hace relativamente poco de un acuerdo en materia de convalidación de títulos. El paroxismo de esta situación es que la gran mayoría de hispanistas marroquíes doctores han realizado sus tesis de tercer ciclo en Francia, o que en Marruecos, el vacío legal consecuente a la falta de desarrollo del convenio del 57, hiciera que los titulados por otras universidades radicadas fuera de Madrid hayan tenido problemas a la hora de validar sus diplomas o reciban un trato por parte de la administración marroquí, calificado de discriminatorio por los propios interesados.

El 10 de octubre de 1985, el Boletín Oficial del Estado español publicaba el Convenio de cooperación cultural y científica entre los gobiernos de España y Marruecos, hecho en Rabat cinco años antes. La demora en su ratificación y entrada en vigor son fruto de las tensiones políticas entre ambos estados y buena ilustración de hasta qué punto las relaciones culturales han vivido al son de los vaivenes arriba citados.

Este convenio pretende dar nuevo impulso a la cooperación ampliando sus campos de acción, ya que en él se contemplan la educación,

la cultura, las ciencias, las artes y la juventud y deportes, y supone un gran paso adelante con respecto al anterior, pues ya no se trata de un acuerdo entre un país recién accedido a la independencia y la ex-potencia colonizadora. El nuevo Convenio instituye además, a diferencia del anterior, una Comisión mixta permanente. Quizá uno de sus aspectos más interesantes es que da pie a la realización directa de acuerdos entre instituciones, flexibilizando así su desarrollo. Otra cuestión es que a la hora de la verdad, a las instituciones les faltan los medios, el impulso o la audacia para hacer realidad proyectos efectivos de cooperación o que en ocasiones, los recelos o suspicacias nacionalistas entorpecen acciones que nada tienen que ver con el neocolonialismo que se les imputa.

Generalidades aparte, veamos ahora de qué medios y recursos dispone España para su acción cultural en Marruecos y en qué consiste ésta para, a partir de ahí, esbozar lo que podrían ser esas nuevas vías de cooperación cultural a las que antes nos referíamos.

Marruecos es el país donde se concentra la mayor inversión cultural y educativa española, que supera los 1.700 millones de pesetas. Los Ministerios de Asuntos Exteriores, Educación y Ciencia y, en muy menor medida el de Cultura, son los que administran dicha inversión. Del Ministerio de Educación depende una extensa red de centros docentes de los que algunos van desde el preescolar hasta el bachillerato y la formación profesional.

Así, Casablanca, Tánger, Tetuán, Nador y Alhucemas cuentan con unas magníficas instalaciones, dotadas de todos los servicios y equipamientos, incluso con residencia de estudiantes en Tánger, y con unas plantillas docentes que, excepto para los profesores de árabe, está constituida básicamente por funcionarios españoles en comisión de servicios. Cuentan además con una Inspección situada en Tánger y una Consejería aneja a nuestra embajada en Rabat, ambas de creación relativamente reciente.

Por su parte, el Ministerio de Asuntos Exteriores ha dispuesto de una red de cinco centros culturales sitos en Rabat, Tánger, Casablanca, Fez y Tetuán dependientes de la Consejería Cultural de la embajada de España en Rabat.

Del Ministerio de Cultura depende únicamente parte de la gestión de la Biblioteca Española de Tánger, cuyo cincuentenario se celebra el año próximo.

Saber qué funciones cumplen cada una de estas instituciones es lo que nos puede guiar para evaluar su validez como instrumentos de cooperación cultural.

Los centros de enseñanza reglada tienen su origen en la necesidad de atender a la población española residente en Marruecos. Los planes de estudio impartidos son exactamente los mismos que dicta el Ministerio de Educación español. La única diferencia con respecto a los centros del territorio nacional es que se imparte lengua árabe con carácter obligatorio para los alumnos marroquíes y como «maría» para los alumnos extranjeros. Tras la independencia de Marruecos y sobre todo, tras la marroquinización de empresas del año 1973, la inmensa mayoría de españoles residentes abandonó Marruecos. Desde entonces, esta población ha ido paulatinamente descendiendo, y en consecuencia el número de alumnos para quienes estaban destinadas estas instituciones. Lo grave de la situación y lo que nos hace preguntarnos hasta qué punto interesa a España el mantenimiento de toda esta red de centros docentes, es que la población española no ha sido sustituida por la marroquí, o por lo menos no en la medida que justifique la cuantiosísima inversión que para el estado español supone, y ello enlaza con lo dicho más arriba sobre la formación de las élites marroquíes.

Tomemos como ejemplo los datos del curso 89/90 del Instituto J. R. Jiménez de Casablanca, por ser la ciudad más importante del país: 333 alumnos desde preescolar hasta COU, en una proporción muy poco significativa a favor de españoles. A ojo de buen cubero, cada niño le cuesta al Estado español algo que ronda de cerca, por encima o por debajo, el millón de pesetas. El panorama no es mucho más halagüeño en el resto de los centros escolares. La pregunta inmediata que cualquiera se plantea es por qué no acuden más marroquíes a una enseñanza gratuita, de buena calidad y con profusión de medios. La respuesta es igual de inmediata: porque no les sirve para nada, les supone una traba para el acceso a las universidades del país, a cualquier salida en el mundo profesional, y ello porque, al concluir su bachillerato, ni dominan el árabe ni el francés que, nos guste o no, es la otra lengua de Marruecos.

Los centros culturales dependientes de Exteriores tienen su origen en otra política, aunque hasta hace relativamente poco han carecido de ella para su cometido. El mundo árabe y en particular Marruecos, se vio favorecido en el anterior régimen por un despliegue de Centros Culturales, como señal inequívoca de nuestra amistad. Difundir la lengua

y la cultura españolas eran las consignas mondas y lirondas con las que, por qué no decirlo, partían a la aventura algunos conciudadanos que no habían pasado por las oposiciones o que pensaban que volverían con espléndidas tesis doctorales sobre manuscritos raros que les abrirían de inmediato las puertas de la universidad española lo que, dicho sea de paso, ha ocurrido en alguna ocasión para gloria de los que las hicieron, pero quizá para menoscabo de los centros que iban a dirigir. Así pues, sin cuerpo docente las más veces, sin más ayuda que la de una secretaria, un encargado de biblioteca en el mejor de los casos y un par de conserjes, mala infraestructura y equipamiento y sobre todo, un ínfimo presupuesto, los centros culturales se dedicaron a esa tarea, que todo el mundo conoce y nadie sabe en qué consiste, que es despertar, mantener y avivar el interés de los indígenas por la lengua de Cervantes, el románico de León y las sonatas de Albéniz.

Pese a todo y con la conciencia desde hace unos años de que una auténtica política cultural es un eslabón indispensable en el entramado de las relaciones generales con un país, los centros culturales han conocido mejoras significativas, si no en sus presupuestos y recursos humanos, sí en cierta dotación de material, como pueden ser los equipos de vídeo y los fondos de cine de la filmoteca del Ministerio de Exteriores, en la calidad de sus actividades artísticas o en la dotación de sus bibliotecas, pero sobre todo, en su papel de auténticos gestores de la cooperación cultural, una vez que ésta queda mejor definida, en los campos del asesoramiento en materia de enseñanza de la lengua española a los responsables marroquíes de la misma, en la organización de actividades en estrecha colaboración con las instituciones del país sobre temas de interés mutuo, en la organización de intercambios de estudiantes o en la promoción del libro español por citar ejemplos, al margen de sus actividades regulares como la impartición de clases de español con metodología moderna, la organización de actividades artísticas y culturales tanto de apoyo a la enseñanza como de más amplia difusión, la ayuda a artistas locales, etc.

Analizado, por someramente que sea, el estado de la cuestión, pasemos a las previsiones inmediatas del gobierno español en materia de acción cultural. La gran nueva del año 1990 ha sido el anuncio de la aprobación por el Gobierno del Instituto Cervantes y su asunción de las tareas de difusión de la lengua y cultura españolas en el exterior. Así, esta nueva institución absorbe, tal y como lo prevé la ley, la red de

centros culturales dependiente del Ministerio de Asuntos Exteriores adaptándolos al modelo juzgado idóneo para la difusión de la lengua y de la cultura españolas. Con esta nueva institución España se homologa a los países de peso de la Comunidad Europea como el Reino Unido con el British Council, Alemania con el Goethe Institut, Francia con la Alliance Française o Italia con el Dante Alighieri. El objetivo primordial es una enseñanza de «excelencia» de la lengua española. Los centros culturales, al no depender de la Dirección General de Relaciones Culturales y Científicas, dejarán de ser, salvo en lo que atañe a la difusión del español, los instrumentos de la cooperación cultural y científica, papel que, se ha dicho antes, empezaban a cumplir con cierta eficacia.

Los Institutos Cervantes, limitándose única y exclusivamente a esa enseñanza de calidad, se convertirían en academias de lenguas de lujo, mientras que los acuerdos en materia de cooperación cultural y científica que España ha suscrito con numerosos países que se van a beneficiar de la presencia de un Cervantes, perderían uno de sus instrumentos para darle mayor alcance. ¿Por qué no atreverse a ser innovadores en el sentido de darle un contenido más ambicioso a estas futuras representaciones culturales en el exterior? Es decir, ¿por qué no aprovechar la experiencia de otros países europeos que ahora asimilamos con el Instituto Cervantes y enriquecerla con aportaciones propias que redundarían en mayor eficacia de la difusión de nuestra lengua y cultura y a la vez de la cooperación cultural? De ahí que, a mi juicio, los futuros Institutos Cervantes no deberían dejar de asumir también esos otros aspectos de la cooperación cultural que, no cabe duda, redundarían en una mayor eficacia de su presencia. Si, por su parte, el Ministerio de Educación decide encarar con objetividad el problema de sus centros docentes en Marruecos, debería tal vez reconducir su acción en el sentido de mantener menos centros abiertos, pero asegurar una continuidad en la enseñanza superior española mediante una política de becas más generosa, adecuar a la realidad del país el tipo de formación de sus usuarios y poner en pie una auténtica política de cooperación mediante el envío de profesores de apoyo que se integrarían al propio sistema de enseñanza marroquí. Ello posiblemente desgravaría el gasto que actualmente supone el mantenimiento de dicha red de colegios e institutos, a la vez que redundaría en una mayor eficacia de su acción.

Por otro lado, hay un aspecto que quisiera destacar para volver a tomar el hilo de lo que a comienzos de este trabajo se decía respecto

de las nuevas vías que cabría en una perspectiva de futuro de las relaciones culturales entre España y Marruecos y que, por otra parte, podrían ser extensibles al resto del Mediterráneo. La difusión de la cultura de un país en otro, por la naturaleza misma de lo que es la cultura que ahora definiría como la expresión del modo de vida de un pueblo, no se consigue sino a través del conocimiento de la misma cultura en la que se quiere estar presente. A nadie escapa que la acción cultural es más efectiva cuanto mayor conocimiento existe de las culturas locales y mayor esfuerzo se hace por interrelacionar éstas con la cultura propia.

Por otra parte, España, al contrario de otros países, carece de suficientes vías de ayuda a la formación de especialistas en el conocimiento de otras culturas y civilizaciones vivas. Francia, por ejemplo, mantiene, a la vez que sus centros culturales, un tipo de instituciones como la Casa de Velázquez en Madrid o, ciñéndonos al mundo árabe, el Instituto francés de Damasco o el Centro de Estudios y de Documentación Económica y Jurídica (CEDEJ) en El Cairo. No es que el Estado español deba calcar este tipo de experiencias, pero por qué no intentar otras originales, convirtiendo a las futuras representaciones culturales de España en el exterior en centros de verdadero intercambio cultural, en los que, además de difundir nuestra lengua y cultura, se acoja no sólo a hispanófilos o hispanistas de los países respectivos, sino a todos los interesados locales en los distintos aspectos de nuestra producción científica y, también, a especialistas españoles en la cultura de dichos países. Los centros serían así instituciones de verdadero contacto que darían porosidad a las relaciones entre España y, en este caso, Marruecos.

Parece necesario, por último, hacer una referencia a otro campo de nuestras relaciones que va a cobrar cada vez más importancia. Se trata de la integración del colectivo inmigrante marroquí en la sociedad española. Creo que también es un campo en el que la acción cultural tiene un papel que desempeñar dentro de este objetivo de hacer porosas nuestras relaciones. El Estado español, a través de los organismos competentes como el Ministerio de Asuntos Sociales, Instituto de Emigración, o las administraciones locales, debe asumir la responsabilidad de la enseñanza de nuestra lengua y de la difusión de nuestra cultura como medio de paliar el frecuente rechazo que hacia la cultura del país de acogida sienten las comunidades inmigrantes.

APÉNDICE

XIX

GUÍA DE CENTROS DE INVESTIGACIÓN Y BIBLIOTECAS SOBRE EL MAGREB CONTEMPORÁNEO

Miguel H. de Larramendi

La producción intelectual española sobre el Magreb contemporáneo ha estado centrada, desde finales del siglo XIX, en las zonas donde nuestro país tuvo intereses territoriales y económicos; Marruecos y el Sahara Occidental acapararon la producción bibliográfica de un africanismo que desarrolló sus actividades en torno a instituciones y centros de investigación como la Sociedad Geográfica en un primer momento, o los Institutos General Franco de Estudios Africanos, Instituto Muley el-Hasan ben el-Mehdi, así como el Instituto de Estudios Africanos, dependiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y editando revistas como *Tamuda* y *África*.

El interés de los investigadores sociales e historiadores españoles por la región comenzó a disminuir de forma progresiva y paralela al desenganche español del norte de África. La independencia de Marruecos en 1956 supuso la desaparición de revistas e instituciones africanistas especializadas asentadas en Tetúan, así como la disminución de obras divulgativas y prácticas sobre la región; a título de ejemplo, desde 1957 no se ha editado en España ningún método de aprendizaje de la lengua dialectal marroquí, mientras que en el período comprendido entre 1900 y 1956 se editaron más de una treintena, según el censo efectuado por Alberto Gómez Font¹.

¹ Cfr. A. Gómez Font, «Una de las lenguas que se hablan en el Estrecho: Apuntes sobre el lenguaje del peñón de la Gomera, según el libro de J. Albino Tarsín», en *Actas del Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar*, Madrid, 1988, pp 11-125.

A. ESPAÑA

La descolonización del Sahara en 1975 está cronológicamente ligada al proceso de transición democrática en España y ha ido acompañada de la desaparición de instituciones africanistas identificadas con el régimen del general Franco (Instituto de Estudios Africanos suprimido en 1983 tras unos años de languidecimiento) y por una polarización de la producción bibliográfica en temas relacionados con el conflicto desencadenado tras el abandono español del Sahara.

Los fondos más importantes sobre el período colonial se hallan depositados en la Biblioteca Nacional en Madrid (Paseo de Recoletos, número 20) y provienen de la donación efectuada por Tomás García Figueras, que —antes de su disgregación en 1990— constituyeron la sección de África.

Para aspectos militares y administrativos del colonialismo español es preciso consultar los fondos del Servicio Histórico Militar en Madrid y del Archivo General de Administración en Alcalá de Henares.

El Ateneo de Madrid (Calle Prado, número 21) dispone asimismo de importantes fondos en español, francés y alemán sobre el Magreb del siglo XIX y principios del XX.

El Instituto Hispano-Árabe de Cultura, recientemente transformado en Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe (ICMA), pone a disposición de los lectores la biblioteca Félix María Pareja (Avenida de Reyes Católicos, s/n), que con más de 20.000 monografías y alrededor del 800 publicaciones periódicas es la principal biblioteca española sobre temas árabes, abarcando desde el Islam medieval hasta las sociedades árabes contemporáneas.

El Departamento de Estudios Árabes, Islámicos y Orientales de la Universidad Autónoma de Madrid ha centrado sus líneas de investigación desde hace dos décadas en el estudio del mundo árabe contemporáneo, incluido el Magreb.

El Seminario de Sociología e Historia del Islam del departamento centra sus investigaciones en el estudio de los procesos de transiciones políticas magrebíes, en las relaciones interárabes y de estos países con la ribera norte del Mediterráneo, incluyendo los aspectos migratorios. La biblioteca del departamento dispone de 10.000 monografías y es considerada como la más importante en cuestiones contemporáneas del mundo árabe.

La escasa producción bibliográfica española sobre esta región, si exceptuamos el conflicto del Sahara, se ha reducido desde 1976 hasta nuestros días aún más. Entre los trabajos colectivos destacan las actas de los seminarios organizadas por el Instituto de Economía y Geografía Aplicadas. No existe ninguna revista especializada en el tratamiento de los aspectos científicos-sociales del Magreb Contemporáneo si excluimos la revista *Awraq*, publicada por el ICMA con una proyección geográfica más amplia y una periodicidad discontinua.

B. EUROPA

Escasas instituciones europeas, salvo en Francia, prestan atención preferente al Magreb; entre las instituciones europeas que, sin orientarse prioritariamente al Magreb, cuentan con secciones donde se estudian las sociedades norteafricanas, destacan el Centre d'Etudes et de Recherches sur le Monde Arabe Contemporaine (CERMAC; 3, Pl. Montesquieu, Louvain la Neuve, Bélgica) y la School of Oriental and African Studies (Mallet St, Universidad de Londres). En Inglaterra, también se publica desde hace unos años *The Maghreb Review*, que, dedicada a la región sin una especialización estrictamente contemporánea, organiza seminarios, como el que tuvo lugar en Madrid en el mes de julio de 1991.

La presencia colonial francesa en casi toda la región, a excepción de Libia y la zona norte de Marruecos bajo Protectorado español, explica el cuasi-monopolio francés en los estudios sobre una región en la que todavía mantiene importantes intereses económicos y humanos.

El interés de la sociedad francesa por lo que acontece en el norte de África puede comprobarse fácilmente a través del número de tesis doctorales leídas en sus universidades, que alcanza la cifra de 2.995 en 1987², número que contrasta, por ejemplo, con el escaso interés que estos temas han suscitado en los doctorandos españoles³.

² Cfr. «Le monde arabe et musulman au miroir de l'université française: répertoire des thèses en Sciences de l'homme et société (1973-1987)», en *Travaux et Documents de l'IREMAM*, n.º 10 y 11, Aix-en-Provence, 1990.

³ El número de tesis leídas en las universidades españolas sobre el mundo árabe contemporáneo es escasísimo y sólo un número reducido de las mismas aborda el área

El principal centro de investigación sobre el Magreb contemporáneo se encuentra ubicado en Aix-en-Provence. El Institut d'Etudes et Recherches sur le Monde Arabe et Musulmán (IREMAM; 3 et 5 avenue Pasteur) está integrado por varios laboratorios de investigación con diferentes proyectos de investigación en marcha, entre los que destacan los siguientes: «Mutaciones de los sistemas jurídicos arabo-musulmanes»; «Configuración del campo político en Europa y en el mundo árabe»; «Relaciones de negocios euro-árabes»; «Mutaciones económicas del norte de África»; y «Cultura y resistencia en el Magreb». El IREMAM, que integra a más de 50 investigadores, cuenta con la Biblioteca «Michel Seurat», con unos fondos de más de 45.000 obras, incluyendo tesis inéditas, y unas 1.350 publicaciones periódicas, consultables a través de ficheros tradicionales o de varias bases de datos interconectadas con otros centros franceses (Institut du Monde Arabe en París y el Centre de Documentation Tunisie-Maghreb en Túnez).

La orientación magrebí de este centro de investigación desde la independencia de Argelia ha sido ampliada recientemente a todo el mundo árabe y musulmán. La publicación más prestigiosa del mismo sigue siendo *L'Annuaire de L'Afrique du Nord*, que desde 1962 es un instrumento de trabajo imprescindible para conocer la evolución del norte de África en sus vertientes económicas, políticas, sociales y culturales y que se complementa con la prestigiosa revista *Magrheb-Machrek* publicada trimestralmente por la Documentation Française, dependiente de la Fondation Nationale des Sciences Politiques (FNSP; 27 rue St.-Guillaume 75006 París).

C. MARRUECOS

En Marruecos sobresale la Fondation Roi Abdul-Aziz Al-Saoud pour les Etudes Islamiques et les Sciences Humaines (Ain Dhiab 02 Casablanca), que desde 1985 mantiene abierta una biblioteca informatizada con acceso directo del investigador a unos fondos de más de 120.000 títulos entre monografías y tesis doctorales marroquíes que se

incrementan anualmente a un ritmo de 8.000 volúmenes. Sus fondos están orientados al occidente musulmán desde la Edad Media hasta nuestros días, y se centran en Al-Andalus, los cinco países del Magreb, las comunidades magrebíes en Europa occidental y la influencia del Islam en África del oeste. Esta biblioteca es de obligada visita para la consulta de la bibliografía publicada con posterioridad a 1980, pues el 57 % de sus fondos han sido publicados con posterioridad a esa fecha.

D. TÚNEZ

En Túnez coexisten instituciones francesas como el Centre de Documentation Tunisie-Maghreb (22, avenue de París), con centros de investigación tunecinos como el Centre d'Etudes et de Recherches Economiques (CERES, 23 rue d'Espagne), el Centre d'Etudes, de Recherches et de Publications (CERP; Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad de Túnez) y el Centre de Documentation Nationale (CDN: cité Montplaisir, rue n.º 8000).

En la capital tunecina destaca, además, el Centro de Documentación de la Liga Árabe ALDOC (actualmente en traslado a El Cairo), que, totalmente informatizado, ofrece al lector acceso directo a la documentación de la Liga Árabe, así como a unos fondos centrados en aspectos políticos, económicos y sociales del mundo árabe contemporáneo, incluido el Magreb.

E. ARGELIA

En la capital argelina se encuentran ubicados diversos centros de investigación con orientaciones complementarias: el Centre de Recherches et d'Economie Appliquée du Développement (CREAD, 25 Bd Kkalef Mustapha, Ben Aknoun) se orienta al estudio de cuestiones económicas, mientras que el Centre Maghrébin d'Etudes et de Recherches Administratives y el Institut du Droit et des Sciences Administratives (Ben Aknoun) se centran en aspectos jurídico-políticos y el Institut National des Etudes de Stratégie Globale, y el Institut d'Etudes Subsahariennes se interesa por aspectos estratégicos y de política exterior.

XX

CRONOLOGÍA HISPANO-MAGREBÍ

*Miguel H. de Larramendi**

Esta cronología recoge los aspectos más relevantes de las relaciones hispano-magrebíes, así como, en cursiva, los principales acontecimientos de las relaciones intermagrebíes.

LAS INDEPENDENCIAS MAGREBÍES

- | | |
|------------|--|
| 24/12/1951 | <i>Independencia de Libia.</i> |
| 10/1953 | Idris I, rey de Libia, visita España. |
| 2/3/1956 | <i>Independencia del Marruecos francés.</i> |
| 20/3/1956 | <i>Independencia de Túnez.</i> |
| 7/4/1956 | <i>Mohammed V visita Madrid; independencia de la zona norte de Marruecos.</i> |
| 10/1/1957 | Mulay Hassan, príncipe heredero de Marruecos, visita Madrid: conversaciones con el ministro de Asuntos Exteriores Alberto Martín Artajo y con el vicepresidente del Gobierno Teniente General Muñoz-Grandes. |
| 12/2/1957 | Ben Halim, Primer Ministro de Libia, visita España. |
| 19/2/1957 | Escala de Mohammed V en Barcelona camino de Italia: propuesta de crear un pacto mediterráneo formado por Marruecos, Libia, Italia y España, en el que también podría ingresar Francia. |

* Universidad Autónoma de Madrid.

- 3/1957 Agustín Muñoz-Grandes, vicepresidente del Gobierno español, visita Túnez.
- 30/3/1957 Habib Burguiba, Primer Ministro de Túnez, visita España.
- 13/11/1957 Acuerdo Comercial y de pagos entre España y Túnez.
- 10/1/1958 España convierte el Sahara occidental e Ifni en divisiones administrativas del Estado español.
- 1/4/1958 España retrocede la región de Tarfaya a Marruecos, después de varios meses de enfrentamientos armados con el Ejército de Liberación del sur marroquí.
- 27-30/4/1958 *Conferencia de Tánger en la que participan los tres grandes partidos nacionalistas magrebíes (Istiqlal, Neo-Destur y Frente de Liberación Argelino): proyecto de crear una Asamblea Consultiva Norteafricana; apoyo a la lucha del pueblo argelino para obtener la independencia.*
- 20/11/1958 Ferhat Abbas, jefe del Gobierno provisional de la República Argelina, visita Madrid.
- 10/4/1959 Visita del presidente del Consejo de Ministros marroquí a Madrid; creación de una Comisión Mixta Hispano-Marroquí encargada de «buscar en el marco de la tradicional amistad entre los dos países soluciones que salvaguarden sus intereses respectivos».
- 5/5/1959 España y Libia firman un Convenio de Cooperación Cultural.
- 29/8/1959 Abdul Mayid Koobar, jefe del Gobierno libio, visita España.
- 13/12/1960 Mohammed Bucetta, delegado marroquí ante las Naciones Unidas, anuncia por primera vez la reivindicación marroquí sobre Ceuta y Melilla.
- 28/12/1960 *Independencia de Mauritania.*
- 3/3/1961 *Hassan II sucede a Mohammed V en el trono de Marruecos.*
- 31/8/1961 España retira sus últimas tropas de territorio marroquí.
- 10/10/1961 Ofensiva diplomática marroquí ante la ONU solicitando la apertura de negociaciones con España sobre todos los territorios que todavía seguían bajo su dominación, incluidos los presidios.
- 6/12/1961 Instrumento de ratificación del Convenio Cultural firmado entre España y Libia en 1959.

- 5/7/1962 *Independencia de Argelia.*
- 24-28/10/1962 Ahmed Balafrej, ministro marroquí de Asuntos Exteriores, visita Madrid en un momento de tensión en las relaciones bilaterales a causa de la extensión de las aguas territoriales de 6 a 12 millas el 30 de junio de 1962.
- 16-22/11/1962 El vicepresidente del Gobierno Teniente General Muñoz-Grandes visita Marruecos.

EL ESPÍRITU DE BARAJAS

- 6/7/1963 Escala técnica de Hassan II en el aeropuerto de Barajas: entrevista con el general Franco en la que se sientan las bases de lo que la prensa denominó *El espíritu de Barajas*, nuevo clima en las relaciones bilaterales que intentaba apurar el contencioso territorial y relanzar la cooperación.
- 24/10/1964 *Creación en Túnez del Comité Permanente Consultivo Magrebí.*
- 10/1963 *Fin de la Guerra de las arenas entre Argelia y Marruecos a causa de las fronteras del suroeste argelino.*
- 6-11/7/1963 Manuel Fraga Iribarne, ministro español de Información y Turismo, visita Marruecos.
- 11/1/1964 Entrevista entre Reda Guedira y Fernando M. Castiella, ministros de Asuntos Exteriores durante la visita del ministro marroquí de Asuntos Exteriores a Madrid.
- 20-24/1/1964 Gregorio López Bravo, ministro de Industria, visita Argel.
- 2-6/3/1964 Gregorio López Bravo, ministro de Industria, visita Marruecos; intensificación de la cooperación en el sector textil, químico, farmacéutico y minero.
- 3/7/1964 Fernando María Castiella, ministro de Asuntos Exteriores, visita Marruecos.
- 16/10/1964 El *Comité de los 24* de las Naciones Unidas aprueba la primera resolución sobre la descolonización del Sahara.
- 3/1965 Alberto Ullastres, ministro de Comercio, visita Libia.
- 29/3/1965 Mansur al-Hadi Koobar, ministro de Economía de Libia, visita España.

- 8/4/1965 Wahbi el-Bouri, ministro de Asuntos Exteriores de Libia, visita España.
- 4-10/4/1965 Bachir Boumazza, ministro argelino de Industria, visita Madrid.
- 19/6/1965 *Golpe de Estado en Argelia; Huari Bumedian sustituye en la presidencia del Estado a Ahmed Ben Bella.*
- 16/12/1965 Resolución 2072 (XX) de Naciones Unidas en la que se insta a España, potencia administradora, a que adopte las medidas necesarias para la descolonización de Ifni y del Sahara español.
- 2/3/1966 José Solís, ministro secretario general del Movimiento, visita Marruecos.
- 14-25/4/1966 Abdessalem Belaid, ministro argelino de Industria y Energía, visita Madrid.
- 5-9/5/1966 Gregorio López Bravo, ministro de Industria, visita Argel.
- 14/6/1966 Acuerdo de Cooperación Técnica entre España y Túnez.
- 1-4/10/1966 Faustino García Moncó, ministro de Comercio, visita Argel.
- 24/11/1966 Gregorio López Bravo, ministro de Industria, visita Libia.
- 24/3/1967 Ahmed Laraki, ministro marroquí de Asuntos Exteriores, visita Madrid.
- 23/9/1967 Ahmed Laraki, ministro marroquí de Asuntos Exteriores, visita Madrid.
- 11/12/1967 Ahmed Ben Salah, ministro de Planificación y Economía de Túnez, visita Madrid.
- 19/2/1968 Gregorio López Bravo, ministro de Industria, visita Libia.
- 24/5/1968 Habib Burguiba, presidente de Túnez, visita España acompañado de los ministros de Asuntos Exteriores y Economía.
- 20/6/1968 Abdul Hamid al-Baccuch, Primer Ministro libio, visita España acompañado de los ministros de Industria, Petróleo, Desarrollo y Asuntos Exteriores.
- 22/7/1968 Acuerdo de Cooperación Cultural entre España y Túnez.

- 26/7/1968 Mulay Ahmed Alaoui, ministro marroquí de Comercio e Industria, visita Madrid.

LA RETROCESIÓN DE IFNI

- 4/1/1969 Acuerdo de Fez: España retrocede el territorio de Ifni a Marruecos a cambio de importantes contrapartidas en materia pesquera.
- 15/1/1969 *Firma en Ifni de un Acuerdo de Fraternidad, Buena Vecindad y de Cooperación entre Argelia y Marruecos.*
- 31/1/1969 Ahmed Senoussi, ministro de Información y Turismo de Marruecos, visita Madrid.
- 25/2/1969 Canje de Notas entre el Gobierno español y el tunecino sobre la concesión de un crédito para la financiación de infraestructura y medios de transporte.
- 14/4/1969 Tareq Baruni, ministro libio de Industria, visita España.
- 20-23/4/1969 Fernando María Castiella, ministro de Asuntos Exteriores, visita Argel.
- 1/9/1969 *Golpe de estado en Libia. El Coronel Gaddafi toma el poder.*
- 22-25/9/1969 *Cumbre Islámica en Rabat. Reconocimiento de facto de Mauritania por Marruecos.*
- 16/12/1969 El general Mizzian, ministro de Defensa marroquí, visita Madrid.
- 6/1/1970 Tomás Garicano Goñi, ministro de la Gobernación, visita Marruecos.
- 4-6/5/1970 Gregorio López Bravo, ministro de Asuntos Exteriores, visita Rabat.
- 25/5/1970 *Encuentro Bumedian-Hassan II en Tlemecén. Creación de una comisión mixta para el estudio de la delimitación fronteriza de ambos Estados.*
- 4-8/7/1970 *Abdelkrim Lazrak, ministro marroquí de Finanzas, visita Madrid al frente de una delegación económica marroquí; Acuerdo Aéreo, protocolo financiero y una Convención sobre doble imposición.*
- 14/9/1970 *Cumbre de los jefes del Estado de Argelia, Marruecos y Túnez en Nuadhibu; Creación de un Comité Tripartito de Coordinación encargado de seguir el proceso de descolonización del Sahara.*

- 16-18/9/1970 Enrique Fontana Codina, ministro de Comercio, visita Argel.
- 13/1/1971 Acuerdo de Pesca hispano-marroquí.
- 22/2/1971 Gregorio López Bravo, ministro de Asuntos Exteriores, visita Marruecos.
- 5/3/1971 Manuel Díez-Alegría, jefe del Alto Estado Mayor, visita Marruecos.
- 12/3/1971 Gregorio López Bravo, ministro de Asuntos Exteriores, visita Marruecos.
- 30/4/1971 Acuerdo Hispano-Libio de Cooperación en el ámbito sanitario.
- 15/5/1971 Alfredo Sánchez Bella, ministro de Información y Turismo, visita Marruecos.
- 20/9/1971 Abdellatif Filali, ministro marroquí de Agricultura, visita Madrid.
- 13/10/1971 Maati Jorio, ministro marroquí de Agricultura, visita Madrid.
- 22/12/1971 Abdessalam Jallud, viceprimer ministro de Libia, visita España.
- 9-10/2/1972 Gregorio López Bravo, ministro de Asuntos Exteriores, visita Argel.
- 20/3/1972 Gregorio López Bravo, ministro de Asuntos Exteriores, visita Libia.
- 15/6/1972 *Argelia y Marruecos firman en Rabat dos Acuerdos sobre el trazado fronterizo y la explotación conjunta de los yacimientos de hierro de Gara Yebilet.*
- 26-28/6/1972 Abdelaziz Buteklifa, ministro de Asuntos Exteriores de Argelia, visita Madrid; Acuerdo de Cooperación Económica y Financiera.
- 21/8/1972 Enrique Fontana Codina, ministro de Industria y Energía, visita Argel.
- 26-27/3/1973 Gregorio López Bravo, ministro de Asuntos Exteriores, visita Marruecos.
- 27/5/1973 Enrique Fontana Codina, ministro de Comercio, visita Marruecos.

LA AUTONOMÍA SAHARAUI

- 10/5/1973 *Congreso constitutivo del Frente Polisario.*
- 7/6/1973 Layachi Yakar, ministro de Comercio, visita Madrid.

- 21/9/1973 El Gobierno español somete a la Yemáa un proyecto de Estatuto de Autonomía para el Sahara occidental.
- 12/1/1974 *Acuerdo de Yerba: Burguiba y Gaddafi deciden fusionar Túnez y Libia en una República Árabe Islámica. Pocos días después Burguiba da marcha atrás y el Acuerdo queda en papel mojado.*
- 29/1/1974 Convenio de Cooperación Científica y Técnica entre España y Argelia.
- 27/4/1974 Convenio de Cooperación Científica y Técnica y de Cooperación Económica y Comercial entre España y Libia.
- 12/8/1974 Ahmed Osman, Primer Ministro marroquí, visita Madrid.
- 21/8/1974 España anuncia oficialmente en la ONU la celebración de un referéndum de autodeterminación en el Sahara Occidental en la primera mitad de 1975.
- 9/9/1974 Nemesio Fernández Cuesta, ministro de Comercio, visita Argel.
- 17/9/1974 Hassan II solicita el «arbitraje» del Tribunal Internacional de Justicia en la cuestión del Sahara occidental.
- 19-24/10/1974 Kamal Abdallah Joyya, ministro argelino de Planificación del Desarrollo, visita Madrid.
- 31/10/1974 Joaquín Gutiérrez Cano, ministro de Planificación del Desarrollo, visita Argel.
- 13/12/1974 Resolución 3292 del la ONU por la que somete el asunto del Sahara al Tribunal Internacional de Justicia y solicita a España que aplaze la celebración del referéndum.
- 21/1/1975 Acuerdo de Cooperación en Materia de Salud Pública y Formación Profesional y Técnica entre España y Argelia.
- 23/5/1975 España comunica a la ONU su decisión de retirarse del Sahara y de transferir la soberanía en el plazo más breve posible.
- 2/8/1975 Mulaj Hassim, ministro argelino de Enseñanza y Asuntos Religiosos, visita Madrid.
- 4/8/1975 Azzedinne Laraki, ministro marroquí de Asuntos Exteriores, visita Madrid.

- 26/8/1975 José Luis Cerón Ayuso, ministro de Comercio, visita Argel: contrato para el suministro de gas natural argelino a España durante veinte años.
- 6/9/1975 Habib Chatti, ministro tunecino de Asuntos Exteriores, visita Madrid.
- 8-10/9/1975 Pedro Cortina Mauri, ministro de Asuntos Exteriores, visita Argel.
- 14/10/1975 José Luis Cerón, ministro de Comercio, visita Libia.
- 16/10/1975 El Tribunal Internacional de Justicia dicta su fallo sobre el Sahara Occidental. Hassan II anuncia una Marcha Verde de voluntarios para recuperar el Sahara Occidental.
- 21/10/1975 José Solís Ruiz, ministro Secretario General del Movimiento, visita Marruecos.
- 24/10/1975 Azzedinne Laraki, ministro marroquí de Asuntos Exteriores, visita Madrid.
- 26/10/1975 El Secretario General de Naciones Unidas Kurt Waldheim visita Marruecos, Argelia, Mauritania y España: llamamiento a la moderación de las partes interesadas en la descolonización del Sahara en aplicación de la resolución 377 aprobada el 22 de ese mismo mes.
- 28/10/1975 Azzedinne Laraki y M. Mouknas, ministros de Asuntos Exteriores de Marruecos y Mauritania, presiden una delegación mixta que visita Madrid.
- 29/10/1975 Coronel Abdelghanni, ministro del Interior de Argelia, visita Madrid.
- 2/11/1975 El príncipe heredero Juan Carlos visita el Sahara y declara que «España cumplirá sus compromisos en el Sahara».

LA MARCHA VERDE Y EL ACUERDO DE MADRID

- 6/11/1975 La Marcha Verde, formada por más de 350.000 personas, cruza la frontera del Sahara español. Hassan II considera que los objetivos de la Marcha Verde han sido alcanzados y ordena su regreso.
- 14/11/1975 Firma de los Acuerdos Tripartitos de Madrid por los que España cede la administración del Sahara Occidental a Marruecos y Mauritania.

- 19/11/1975 El Gobierno argelino remite un documento al Secretario General de Naciones Unidas en el que considera nula la Declaración de Principios firmada en Madrid entre España, Marruecos y Mauritania.
- 20/11/1975 El general Franco fallece en Madrid.
- 27/11/1975 Las tropas marroquíes y mauritanas penetran en el Sahara. Entronización de Juan Carlos I.
- 10/12/1975 La Asamblea General de Naciones Unidas aprueba dos resoluciones sobre el Sahara: ambas mencionan el derecho a la autodeterminación; una hace referencia a los Acuerdos de Madrid y la otra no.
- 11/12/1975 Las tropas marroquíes se instalan en El Ayyun.
- 2/1/1976 La Delegación Comercial española visita Libia.
- 9/2/1976 Abdellatif Guisassi, ministro marroquí de Comercio, Marina e Industria, visita Madrid.
- 26/2/1976 España abandona definitivamente el Sahara Occidental sosteniendo desde ese momento que España sólo cedió la administración del territorio, negándose a aceptar la anexión del territorio a Marruecos y considerando que el proceso de descolonización está inconcluso.
- 7/3/1976 Argelia rompe relaciones diplomáticas con Marruecos y Mauritania a causa del conflicto del Sahara Occidental.
- 28/2/1976 *Proclamación de la República Árabe Saharaui Democrática (RASD).*
- 24/4/1976 Abdellatif Guisassi, ministro marroquí de Comercio, Marina e Industria, visita Madrid.
- 5-6/5/1976 José María de Areilza, ministro de Asuntos Exteriores, visita Marruecos.
- 15-19/6/1976 Fernando de Santiago, vicepresidente del Gobierno para Asuntos de la Defensa, visita Marruecos.
- 27/8/1976 Una delegación de la Federación de Partidos Socialistas Españoles visita Libia.
- 31/8/1976 Manuel Gutiérrez Mellado, jefe de Estado Mayor Central del Ejército, visita Libia.

- 7/11/1976 Azzedinne Laraki, ministro de Asuntos Exteriores marroquí, visita Madrid.
- 14/11/1976 Felipe González Márquez, Secretario General del PSOE, visita Argel. El PSOE mantuvo durante su permanencia en la oposición unas excelentes relaciones con el Frente de Liberación Nacional Argelino y unas posiciones claramente prosaharauis.
- 1/12/1976 Abdessalam Jallud, número dos del régimen libio, visita España.
- 19/12/1976 Abdellatif Guisassi, ministro marroquí de Comercio, Marina e Industria, visita Madrid.
- 9/1/1977 Marcelino Oreja, ministro de Asuntos Exteriores, visita Túnez: Convenio sobre transporte aéreo.
- 15/2/1977 José Lladó, ministro de Comercio, visita Marruecos.

EL PROBLEMA PESQUERO

- 17/2/1977 Acuerdo de Cooperación en materia de Pesca Marítima entre España y Marruecos: los pescadores españoles pueden faenar en las aguas del Sahara en base a una sutil distinción entre aguas de soberanía y aguas de jurisdicción.
- 4/3/1977 Miguel Aldasoro, subdirector general de Relaciones Económicas Bilaterales del Ministerio de Asuntos Exteriores, preside una delegación económica que visita Libia.
- 13/5/1977 *Acuerdo Marroquí-Mauritano de asistencia mutua en materia de defensa.*
- 19/8/1977 Hedi Nuira, Primer Ministro de Túnez, visita España.
- 26/9/1977 Juan Antonio García Díez, ministro de Comercio y Turismo, visita Argel.
- 28/11/1977 El Frente Polisario libera a tres pescadores españoles capturados mientras faenaban en las costas del Sahara Occidental.
- 21/12/1977 Protesta oficial del Gobierno español por la publicación en el diario gubernamental argelino *al-Muyabid* de un artículo que calificaba las islas Canarias como «última colonia española en África»: el embajador español es llamado a consulta a Madrid.
- 20/1/1978 Su Alteza Real don Juan de Borbón visita Libia.

- 15/2/1978 El Parlamento español ratifica el Acuerdo pesquero con Marruecos firmado el año anterior.

LA CUESTIÓN CANARIA

- 22/2/1978 Resolución del Parlamento español reiterando la pertenencia de las islas Canarias al Estado español.
- 26/2/1978 *El Consejo de Ministros de la OUA proclama la «africanidad de las islas Canarias», a las que promete una «ayuda especial», y anuncia que someterá el asunto al Comité de descolonización de Naciones Unidas.*
- 5/4/1978 Agresión en Argel contra el líder del MPAIAC, Antonio Cubillo, que acusa del mismo al PSOE y al Gobierno de Madrid.
- 16/5/1978 Mansuri ben Ali, ministro marroquí de Turismo, visita Madrid: firma de un *Acuerdo de Turismo y Comunicaciones*.
- 30/5/1978 Abdelaziz Buteklifa, ministro argelino de Asuntos Exteriores, visita Madrid.
- 26/6/1978 Adolfo Suárez, presidente del Gobierno, visita Marruecos acompañado del ministro de Asuntos Exteriores Marcelino Oreja.
- 10/7/1978 *Golpe de Estado en Mauritania: Mokhtar Ould Daddah es encarcelado y sustituido por un Comité de Salvación Nacional presidido por Mustafá Ould Salek.*
- 22/7/1978 Crédito a Túnez por importe de 7 millones de dólares.
- 11/10/1978 Hassan II relaciona la cuestión de la soberanía sobre Ceuta y Melilla con la retrocesión de Gibraltar.
- 11-14/10/1978 Javier Rupérez, secretario general de Relaciones Internacionales de la UCD, obtiene en Argel la liberación de los pescadores canarios capturados por el Frente Polisario, reconocido como representante legítimo de los saharauis.
- 27/12/1978 *Fallecimiento del presidente de Argelia. Huari Bumedian es sustituido por Chadly Benjedid.*
- 20/4/1979 Mohammed Bucetta, ministro marroquí de Asuntos Exteriores, visita Madrid.
- 25/4/1978 Una delegación del PSOE presidida por Alfonso Guerra visita Libia.

- 29/4/1978 Juan Antonio García Díez, ministro de Comercio e Industria, visita Marruecos.
- 30/04/1979 Adolfo Suárez, presidente del Gobierno, visita Argelia acompañado de los ministros de Asuntos Exteriores y de Industria; entrevista con el secretario general del Frente Polisario.
- 14/6/1979 Primera visita oficial de los reyes de España, Juan Carlos I y doña Sofía, acompañados del ministro de Asuntos Exteriores, Marcelino Oreja, a Marruecos.
- 29/6/1979 Marruecos, que no llegó a ratificar nunca el Acuerdo pesquero de 1977, firma con España un protocolo de Acuerdo transitorio en materia pesquera.
- 5/8/1979 *Acuerdo entre Mauritania y la RASD. Retirada mauritana de su zona, rápidamente ocupada por Marruecos.*
- 9/9/1979 Juan Antonio García Díez, ministro de Comercio y Turismo, visita Argel.
- 16/9/1979 Juan Antonio García Díez, ministro de Comercio y Turismo, visita Libia.
- 29/10/1979 Carlos Bustelo, ministro de Industria, visita Argel.
- 31/10/1979 José Pedro Pérez Llorca, ministro de la Presidencia, visita Argelia.
- 8/11/1979 Firma de Convenios hispanos-marroquíes de Cooperación Técnica y Científica y de la Seguridad Social.
- 18/12/1979 Salvador Sánchez Terán, ministro de Transportes y Comunicaciones, visita Marruecos.
- 21/12/1979 Alejandro Rojas Marcos, secretario general del Partido Andalucista, visita Argel.
- 27/12/1979 Azzedinne Guessous, ministro marroquí de Comercio, Industria y Pesca, visita Madrid.
- 4/1/1980 *Mauritania: Uld Haidayya elimina al presidente Uld Luly y acumula la jefatura del Gobierno y la presidencia de la República.*
- 27/1/1980 Un comando de jóvenes tunecinos procedentes de Libia intentan apoderarse de la ciudad tunecina de Gafsa.
- 29/1/1980 Ahmed Sahati, secretario general de Relaciones Exteriores del Congreso Popular libio, visita España.

- 10/2/1980 Sliman Hofman, responsable de la comisión de Relaciones Exteriores del FLN, encabeza una delegación que visita Madrid.
- 15/4/1980 Libia reconoce a la RASD.
- 4/6/1980 Mohammed Sddik Benyahia, ministro argelino de Asuntos Exteriores, visita Madrid.
- 30/6/1980 Acuerdo provisional de pesca entre España y Marruecos.
- 1/9/1980 Luis Gámir, ministro de Comercio e Industria y Turismo, visita Argel.
- 14/10/1980 José Pedro Pérez Llorca, ministro de Asuntos Exteriores, visita Marruecos: Convenio de Cooperación Cultural.
- 24/10/1980 Acuerdo de Cooperación entre España y Marruecos sobre el proyecto de enlace fijo Europa-África a través del Estrecho de Gibraltar.
- 26/12/1980 Ahmed Sahati, secretario general de Relaciones Exteriores de Libia, visita España.
- 27/10/1980 Felipe González, secretario general del PSOE, preside una delegación que visita Argel.

EL CONTENCIOSO DEL GAS NATURAL

- 22/12/1980 Acuerdo para el suministro de 900.000 toneladas de petróleo bruto argelino anualmente a España durante cuatro años.
- 28/1/1981 Abdulsti Labadi, ministro libio de Asuntos Exteriores, visita España.
- 18/2/1981 Discurso de Investidura de Leopoldo Calvo Sotelo en el que hace referencias a la importancia de las relaciones con Marruecos, «nuestro gran vecino del sur».
- 16/3/1981 *Mauritania rompe relaciones diplomáticas con Marruecos.*
- 31/3/1981 Mohammed Bucetta, ministro marroquí de Asuntos Exteriores, visita España: Acuerdo provisional de pesca con Marruecos de un año de duración.
- 27/6/1981 *Hassan II acepta en la cumbre de la OUA celebrada en Nairobi el principio de un «Referéndum controlado» en el Sahara Occidental.*

- 6/7/1981 Ahmed Ben Bella, ex-presidente argelino, visita Madrid.
- 1/9/1981 El coronel Gaddafi anuncia que atacará todos aquellos países mediterráneos que alberguen bases norteamericanas.
- 3/10/1981 Santiago Carrillo, secretario general del PCE, visita Argel.
- 7/10/1981 El BOE publica el Protocolo financiero anejo al Acuerdo de Cooperación Económica entre España y Marruecos de 13 de mayo de 1971.
- 18/10/1981 Memorándum hispano-mauritano sobre negociaciones pesqueras y económicas.
- 20/10/1981 Bensalem Smili, ministro marroquí de Pesca, visita Madrid.

LA AUTODETERMINACIÓN SAHARAUI

- 23/11/1981 *Resolución de Naciones Unidas, aprobada con la abstención de España, en la que se insta a Marruecos y al Frente Polisario a que entablen negociaciones directas.*
- 18/12/1981 Leopoldo Calvo Sotelo, presidente del Gobierno, visita Túnez acompañado por el ministro de Asuntos Exteriores José Pedro Pérez Llorca.
- 9/2/1982 Negociaciones hispano-libias sobre regulación de deudas y compras de petróleo.
- 12/2/1982 Autorización del Consejo de Ministros para la firma del Acuerdo de pesca con Mauritania de 19 de octubre de 1981.
- 27/2/1982 *El secretario general de la OUA Edem Kodjo declara a la RASD miembro de la organización, puesto que está reconocida por la mayoría de sus miembros (26 estados de África). Protestas de Marruecos.*
- 12-13/3/1982 José Luis Álvarez, ministro de Agricultura y Pesca, visita oficialmente Rabat.
- 18/3/1982 El Gobierno español dona a Marruecos 10.000 toneladas de trigo para paliar los efectos de la sequía del año anterior.
- 31/3/1982 Prórroga del Acuerdo transitorio de pesca con Marruecos hasta el 31/12/1982.

- 31/3/1982 Canje de notas hispano-marroquí sobre un crédito de 60 millones de dólares.
- 6/4/1982 Acuerdo Marco de Pesca y de Cooperación Económica Hispano-Mauritano.
- 13/4/1982 Manuel Núñez Pérez, ministro de Sanidad y Consumo, visita Rabat.
- 21-23/4/1982 Delegación ministerial marroquí integrada por el ministro marroquí de Pesca Marítima, Bensalem Smili; Bienes de equipo, Mohammed Kabbaj y adjunto al primer ministro y ministro de Asuntos Económicos, Tayeb Bencheikh, visita Madrid.
- 13/5/1982 El Parlamento marroquí ratifica el Acuerdo hispano-marroquí de noviembre de 1979 sobre indemnizaciones a los españoles expropiados en 1973.
- 29-31/5/1982 José Luis Álvarez, ministro de Agricultura y Pesca, visita Marruecos.
- 7-8/6/1982 Luis Gámir, ministro de Transportes, Turismo y Comunicaciones, visita Marruecos.
- 21/6/1982 Crédito FAD a Túnez.
- 27-28/6/1982 Visita oficial a España de los ministros de Finanzas y de Industria y Comercio de Marruecos.
- 9-12/7/1982 Mohammed Mzali, primer ministro de Túnez, visita Madrid acompañado de los ministros de Economía y Agricultura: Acuerdos en materia de agricultura, pesca, turismo y cooperación entre Instituciones dedicadas al fomento de las exportaciones y promoción de las inversiones.
- 27/7/1982 Crédito FAD a Marruecos para la construcción de una planta de ácido sulfúrico.
- 4/8/1982 Intercambio de los instrumentos de ratificación del Convenio de Seguridad Social con Marruecos de 8/11/1979.
- 14/9/1982 Publicación en el BOE del Acuerdo de Cooperación Económica con Marruecos de 13 de mayo de 1971.
- 28/10/1982 Victoria del PSOE en las elecciones legislativas.

LA COOPERACIÓN MILITAR HISPANO-MARROQUÍ

- 29/11/1982 Maniobras conjuntas marroquí-norteamericanas en Alhucemas.
- 15/12/1982 Acuerdo Técnico bancario entre el Instituto de Crédito Oficial (ICO) y el Banco de Marruecos.
- 17/12/1982 Canje de Notas de 21 de julio de 1966 constitutivo de Acuerdo entre España y Túnez sobre supresión de visados para los súbditos de ambos países.
- 23/12/1982 Fernando Morán, ministro de Asuntos Exteriores, visita Marruecos: prórroga de seis meses en el Acuerdo pesquero.
- 18/2/1983 Acuerdo de cooperación sobre pesca industrial entre España y Marruecos.
- 26/2/1983 Gonzalo Puente Egea, subsecretario de Asuntos Exteriores, visita Argel.
Encuentro Chadly Benjedid-Hassan II en la frontera argelino-marroquí.
- 5/3/1983 Ahmed Taleb Ibrahimí, ministro de Asuntos Exteriores, visita Madrid.
- 19/3/1983 *Argelia y Túnez firman el Tratado de Fraternidad y Concordia abierto al resto de los Estados magrebíes.*
- 22/3/1983 Alfonso Guerra, vicepresidente del Gobierno, visita Argelia acompañado de los ministros de Industria y Energía Carlos Solchaga, de Obras Públicas y Urbanismo Julián Campo y del Secretario de Estado de Cultura.
- 29/3/1983 Felipe González, presidente del Gobierno, visita Marruecos acompañado del ministro de Asuntos Exteriores Fernando Morán.
- 19/4/1983 Acuerdo de Cooperación Sanitaria con Marruecos.
- 18/5/1983 *Inauguración del Gaseoducto Mediterráneo que une Argelia, Túnez e Italia.*
Carlos Solchaga, ministro de Industria y Energía, visita Argelia.
- 1/8/1983 Acuerdo pesquero con Marruecos de cuatro años de duración.
- 18/8/1983 Fernando Morán, ministro de Asuntos Exteriores, visita Marruecos.

- 26/9/1983 Belkacem Nabbi, ministro de Industria y Energía Petroquímicas de Argelia, visita Madrid.
- 30/9/1983 Crédito a Marruecos por valor de 825 millones de pesetas.
- 17/11/1983 Los reyes de España visitan Túnez acompañados del ministro de Asuntos Exteriores Fernando Morán.
- 13/12/1983 *Mauritania se adhiere al Tratado argelo-tunecino de Fraternidad y Concordia.*
- 14/12/1983 Acuerdo de colaboración empresarial entre España y Túnez.
- 22/12/1983 Acta de las negociaciones pesqueras hispano-mauritanas.
- 9/1/1984 Ben Salem Smil, ministro marroquí de Pesca y Marina Mercante, visita España.
- 17/1/1984 Entrada en vigor del Convenio hispano-marroquí de Cooperación Científica y Técnica.
- 24/1/1984 Fernando Morán, ministro de Asuntos Exteriores, visita Argelia.
- 26/1/1984 Fernando Morán, ministro de Asuntos Exteriores, visita Marruecos.
- 8/2/1984 Acuerdo Administrativo con Marruecos: entrada en vigor del Convenio de Seguridad Social firmado el 8/11/1979.
- 20/2/1984 Acuerdo Bilateral para refinanciar la deuda marroquí (27 millones de dólares).
- 27/2/1984 *Mauritania reconoce a la RASD.*
- 9/3/1984 Convenio Hispano-Argelino para evitar la doble imposición de rentas procedentes del ejercicio de la Navegación Aérea y Marítima.
- 12/3/1984 Mohammed Boussena, secretario general del Ministerio de Energía, visita Madrid acompañado de una delegación argelina.
- 15/3/1984 Acuerdo técnico-bancario entre el ICO y el Banco Central de Túnez.
- 4/4/1984 Ernesto Lluch, ministro de Sanidad y Consumo, visita Marruecos.
- 19/4/1984 Fernando Morán, ministro de Asuntos Exteriores, visita Túnez.
- 19/5/1984 Carlos Solchaga, Ministro de Industria y Energía, visita Libia.

- 30/5/1984 Santiago Álvarez, representante del PCE, visita Argelia.
- 11/6/1984 Convenio bilateral sobre refinanciación de la deuda mauritana.
- 20/6/1984 Crédito FAD a Marruecos por valor de 315 millones de pesetas.
- 5/7/1984 Entrada en vigor del Convenio de Transporte Marítimo con Marruecos firmado el 29/12/1979.
- 17/7/1984 Fawzi Shakshuki, Secretario del Comité General de Planificación de Libia, visita España.

ALIANZAS ENCONTRADAS EN EL MAGREB

- 13/8/1984 *Firma del Tratado de Uxda instituyendo la Unión Arabo-Africana entre Marruecos y Libia.*
- 31/10/1984 Narciso Serra, ministro de Defensa, visita Marruecos.
- 1/11/1984 Alfonso Guerra, vicepresidente del Gobierno, visita Argelia acompañado del Director General de África Manuel Sassot.
- 12/11/1984 *La RASD es admitida en la OUA; Marruecos se retira de la Organización para la Unidad Africana.*
- 14/11/1984 Crédito FAD a Túnez por valor de 13.663.500 francos suizos.
- 12/12/1984 *Golpe de Estado en Mauritania: El Coronel Uld Taya sustituye a Uld Haidayya en la presidencia del Estado mauritano.*
- 19/12/1984 Entrevista Felipe González-Muammar el-Gaddafi en Palma de Mallorca; el líder libio reitera a la salida el carácter árabe de «Ceuta y Melilla».
- 15-18/1/1984 Enrique Barón, ministro de Transporte, Turismo y Comunicaciones, visita Marruecos.
- 23-28/1/1985 Musa Abu Furaywa, ministro libio de Economía, visita España.
- 23-24/2/1985 Fernando Morán, ministro de Asuntos Exteriores, visita Argelia: Comunicado Conjunto sobre Cooperación Política y Económica y Acuerdo para solucionar el contencioso del gas sobre la base de una indemnización de 500 millones de dólares.
- 25/2/1985 Beji Caid Essebsi, ministro de Asuntos Exteriores de Túnez, visita España.

- 11-12/3/1985 Visita oficial de Felipe González a Argelia acompañado de Miguel Boyer, ministro de Economía y Hacienda: desbloqueo de las relaciones económicas entre ambos Estados.
- 11/3/1985 Enrique Barón, ministro de Transporte, Turismo y Comunicaciones, visita Marruecos.
- 12/3/1985 Abuceid Omar Durda, ministro libio de Agricultura, visita España.
- 24/3/1985 Abdellatif Filali, ministro de Asuntos Exteriores de Marruecos, visita Madrid.
- 1/4/1985 Abdelaziz Khellef, ministro de Comercio de Argelia, visita Madrid.
- 16/4/1985 Intercambio de los instrumentos de ratificación del Convenio de doble imposición en materia fiscal y tributaria con Marruecos.
- 20/4/1985 Salah Goudjil, ministro de Transportes de Argelia, visita Barcelona.
- 26/5/1985 Una delegación española, presidida por el Director de Comercio Exterior Germán Calvillo, visita Argelia.
- 1/7/1985 Primera visita a España de un presidente argelino, Chadly Benjedid: firma de un Acuerdo Marco de Cooperación Económica publicado por el BOE el 21/4/1986.
- 6-7/7/1985 Resolución del Parlamento de la Unión Libio-Marroquí instando a la liberación de las tierras marroquíes de Ceuta y Melilla.

LA CRISIS HISPANO-POLISARIA

- 20/9/1985 El Frente Polisario ametralla el pesquero *Junquito* y la patrullera española *Togomago*.
- 26/9/1985 *Ruptura de relaciones diplomáticas entre Libia y Túnez tras la expulsión de 30.000 trabajadores de Libia.*
- 29/9/1985 Cierre de la Oficina de Información del Frente Polisario y expulsión de España de todos los miembros de esa organización.
- 12/11/1985 *Propuesta de resolución argelina en la ONU pidiendo negociaciones directas entre Marruecos y el Frente Polisario y un referéndum de autodeterminación en el Sahara Occidental: España vota a favor.*
- 23/11/1985 Manifestación de musulmanes en Ceuta y Melilla contra la aplicación de la Ley de Extranjería.

- 18/12/1985 Crédito FAD a Marruecos por valor de 210 millones de pesetas.
- 8/1/1986 Estados Unidos solicita a España la aplicación de sanciones económicas contra Libia: dos miembros de la representación diplomática libia son expulsados.
- 10/1/1986 Acuerdo de refinanciación de la deuda que Marruecos tiene contraída con España.
- 10/2/1986 El ministerio del Interior español llega a un acuerdo con los líderes musulmanes de Ceuta y Melilla sobre la Ley de Extranjería.
- 25/2/1986 Acuerdo Bilateral de Cooperación en Materia de Seguridad entre España y Túnez.
- 3/3/1986 Su Majestad Juan Carlos I asiste a las ceremonias del 25 aniversario de la entronización de Hassan II.
- 21/3/1986 Entrevista en Túnez entre Francisco Fernández Ordóñez, ministro de Asuntos Exteriores y Chadly Klibi, Secretario General de la Liga Árabe.
- 9/4/1986 Muammar el Gaddafi amenaza con «responder con la fuerza» atacando los objetivos civiles y militares estadounidenses repartidos por el mundo, incluidas las bases existentes en España, en caso de ataque de Estados Unidos.
- 10/4/1986 El Gobierno español llama a consulta a su embajador en Trípoli.
- 14/4/1986 La CEE adopta sanciones diplomáticas contra el régimen libio. *Raid americano sobre Libia.*
- 25/4/1986 España expulsa a 11 ciudadanos libios, tres de ellos funcionarios de la Oficina Popular Libia en Madrid, por «actividades contra la seguridad del Estado». El gobierno libio replica expulsando a 43 trabajadores españoles, dos de ellos diplomáticos.
- 9/5/1986 El Gobierno español expulsa al Cónsul General de Libia en Madrid tras el descubrimiento del apoyo prestado por la legación libia al intento desestabilizador del Coronel Carlos Meer de Rivera.
- 12/5/1986 El Gobierno español expulsa a dos funcionarios de la embajada de Libia en Madrid.
- 29/5/1986 El embajador de Libia, Ahmed Mohammed Nakaa, abandona España.

- 11/7/1986 Acuerdo de refinanciación de la deuda de la República Islámica de Mauritania, publicado en el BOE del 24/10/1986.
- 22/7/1986 El arrastrero gallego *Andes* es ametrallado por el Frente Polisario.
- 23/7/1986 Visita oficial del príncipe heredero de Marruecos, Sidi Mohammed, a Madrid.
- 22/8/1986 Lassad Ben Osman, ministro de Agricultura de Túnez, visita España.
- 29/8/1986 *Ruptura de la Unión Libio-Marroquí tras la entrevista de Hassan II con Shimon Peres en Ifran.*

CEUTA, MELILLA Y LA LEY DE EXTRANJERÍA

- 9/9/1986 Omar Dudú, líder musulmán melillense, es nombrado asesor del ministerio del Interior español.
- 10/9/1986 El mercante español *Puente Canario* es ametrallado a cuatro millas de la costa saharaui por el Frente Polisario.
- 14-15/10/1986 Abdellatif Filali, ministro de Asuntos Exteriores de Marruecos, visita España.
- 14/10/1986 Fernando Perpiñá, subsecretario de Asuntos Exteriores, pide explicaciones al embajador argelino sobre la posible presencia de miembros de ETA en territorio argelino.
- 10/11/1986 Dudú declara que los musulmanes melillenses irían a la huelga si el gobierno español aplica la Ley de Extranjería.
- 26-27/11/1986 Hedi Mabruk, ministro de Asuntos Exteriores de Túnez, visita España: crédito FAD a Túnez por valor de 15 millones de dólares.
- 4-8/12/1986 Luis Yáñez, secretario de Estado para la Cooperación Internacional, visita Marruecos.
- 22-23/12/1986 Alfonso Guerra, vicepresidente del Gobierno, visita Argel y obtiene garantías de que «Argelia no permitiría que su territorio fuese utilizado como plataforma de acciones contrarias a la seguridad interior y exterior de nuestro país».
- 5/1/1987 El Gobierno argelino se compromete a recibir más miembros de ETA en su territorio.

- 8/1/1987 Omar Dudú regresa de un inesperado viaje a Marruecos: incidentes en la frontera de Melilla.
- 20-21/1/1987 José Barrionuevo, ministro del Interior, visita Rabat: convenio para luchar contra el tráfico de drogas. Hassan II lanza la idea de crear una «célula de reflexión» para estudiar el futuro de Ceuta y Melilla.
- 2/2/1987 Orden de procesamiento contra 24 musulmanes de Melilla acusados de sedición. Entre ellos Dudú, que, exilado en Marruecos, se desolidariza de sus compañeros del colectivo musulmán.
- 10/2/1987 El fiscal de la Audiencia Nacional acusa a la Embajada libia de haber proporcionado ayuda económica al grupo terrorista «La llamada de Jesucristo».

ARGELIA Y LAS NEGOCIACIONES CON ETA

- 2/3/1987 Francisco Fernández Ordóñez, ministro de Asuntos Exteriores, solicita explicaciones al embajador argelino sobre la muerte del etarra Domingo Iturbe Abásolo (*Txomin*) en Argelia el 28 de febrero, así como información sobre la estancia en Argel de Belén Peñalba e Iñaki Arakama, que acompañaban al fallecido.
- 3/3/1987 El Gobierno español reitera la españolidad de Ceuta y Melilla tras la propuesta marroquí de crear una «célula de reflexión».
- 23/3/1987 El secretario de Estado del Ministerio del Interior visita Argelia para discutir sobre cuestiones de seguridad entre ambos países.
- 24/3/1987 Francisco Fernández Ordóñez, ministro de Asuntos Exteriores, visita Mauritania: institucionalización de encuentros periódicos.
- 25/3/1987 Acuerdo Constitutivo de un fondo bilateral de ayuda alimentaria entre España y Mauritania.
- 30-31/3/1987 Francisco Fernández Ordóñez, ministro de Asuntos Exteriores, visita Argelia.
- 7/5/1987 Rafael Vera, secretario de Estado del Ministerio del Interior, visita Argel.
- 4/7/1987 Javier Solana, ministro de Cultura, visita Argel para asistir a los actos del 25 aniversario de la Revolución.

- 29-30/7/1987 El secretario de Estado del Ministerio de Asuntos Exteriores argelino visita Madrid.
- 8-9/9/1987 Ahmed Taleb Ibrahim, ministro de Asuntos Exteriores de Argelia, visita España.
- 6/11/1987 Firma del Acuerdo de autorización para la firma del protocolo de adaptación técnica del Acuerdo de Cooperación entre la CEE y Argelia.
- 7/11/1987 *El presidente tunecino Habib Burguiba es depuesto por Zine El-Abidine Ben Ali.*
- 10/11/1987 Rafael Vera, secretario de Estado de Seguridad, visita Argelia.
- 14/11/1987 Tres súbditos argelinos vinculados al movimiento argelino de oposición MDA son expulsados del territorio español en aplicación de la ley de Extranjería.
- 28/12/1987 *Reestablecimiento de relaciones diplomáticas entre Libia y Túnez.*
- 1/1/1988 Los pesqueros comunitarios, incluidos los españoles, dejan de faenar en caladeros marroquíes al no alcanzarse un Acuerdo entre Marruecos y la CEE.
- 27/1/1988 Ould N'Diayane, ministro de Asuntos Exteriores de Mauritania, visita España.
- 31/1/1988 El IV Congreso de la Internacional Socialista Africana aprueba una resolución a favor de la descolonización de Ceuta y Melilla.
- 21/2/1988 El XII Congreso del PCE aprueba una propuesta sobre la entrega de Ceuta y Melilla a Marruecos tras un período de transición de 20 a 25 años.
- 25/2/1988 Acuerdo pesquero entre Marruecos y la CEE.
- 1/3/1988 Javier Solana, ministro de Cultura, representa a España en los actos conmemorativos del 27 aniversario de la entronización de Hassan II.
- 31/3/1988 Acuerdo sobre Transporte Internacional Terrestre de Mercancías con Marruecos.

LA DISTENSIÓN ARGEL-MARROQUÍ

- 16/5/1988 *Reestablecimiento de relaciones diplomáticas entre Argelia y Marruecos.*
- 17/5/1988 El Gobierno español expresa su satisfacción por el restablecimiento de relaciones entre Marruecos y Argelia.
- 10/6/1988 *Cumbre en Argelia de los cinco jefes de Estado magrebíes.*
- 29/6/1988 Acuerdo de Cooperación Económica y Financiera con Marruecos; línea de crédito de 125.000 millones de pesetas para financiar la compra de bienes y servicios españoles durante el período 1988-92.
- 6/7/1988 Visita no oficial del ministro de Asuntos Exteriores argelino, Ahmed Taleb Ibrahim, portador de un mensaje del presidente argelino Chadly Benjedid para Su Majestad el rey Juan Carlos I.
- 30/8/1988 *Marruecos y el Frente Polisario aceptan el plan de paz del Secretario General de la ONU que prevé un alto el fuego y la organización de un referéndum de autodeterminación en el Sahara.*
- 5-9/10/1988 *Disturbios en Argel y Orán que aceleran el proceso de reforma política argelina.*
- 7/10/1988 Abdelatif Filali, ministro de Asuntos Exteriores de Marruecos, plantea la reivindicación de Ceuta y Melilla ante la Asamblea General de la ONU.
- 30/10/1988 El príncipe heredero de Marruecos viaja a Madrid para entregar a Su Majestad Juan Carlos I una carta de Hassan II en la que explica los motivos que le han llevado a aplazar la visita de Estado prevista para el 8 de noviembre de 1988.
- 4-5/11/1988 Francisco Fernández Ordóñez, ministro de Asuntos Exteriores, visita Túnez.
- 28/12/1988 Apolonio Ruiz Ligero, secretario de Estado de Comercio, visita Túnez.
- 2/1/1989 *Entrevista de Hassan II con una delegación del Frente Polisario.*
- 15/1/1989 José Federico de Carvajal, presidente del Senado, es recibido en Marraquech por el rey de Marruecos Hassan II.
- 24/1/1989 Bachir Mustafa Sayyed, número dos del Frente Polisario, visita Madrid.

- 27/1/1989 Crédito FAD a Túnez por valor de 250 millones de pesetas. Acuerdo de Cooperación Cultural Educativa y Científica entre España y Mauritania.
- 1-2/2/1989 Murad Modelci, ministro de Comercio de Argelia, visita Madrid: Préstamo blando de 380 millones de dólares renovable en 1990 y 1991.
- 3/2/1989 Francisco Fernández Ordóñez, ministro de Asuntos Exteriores, visita Marruecos. España anuncia la imposición de visados a los ciudadanos magrebíes a partir de marzo de 1990 y apoya una resolución contra el racismo. El Consejo de Ministros aprueba el Acuerdo de Cooperación Militar suscrito entre España y Argelia.
- 5-7/2/1989 Narciso Serra, ministro de Defensa, visita Mauritania: Acuerdo de Cooperación Militar.

LA UNIÓN DEL MAGREB ÁRABE

- 17/2/1989 *Segunda Cumbre de Jefes de Estado magrebíes: firma del Tratado de Unión del Magreb Árabe en Marrakech.*
Reapertura de la línea marítima Orán-Alicante tras cuatro meses.
- 27/2/1989 Enagas y Sonatrach renegocian al alza con efectos retroactivos el precio del gas natural.
- 21/3/1989 Narcís Serra, ministro de Defensa, visita Marruecos.
- 9/4/1989 *Enfrentamientos entre «moros» y negros en Senegal y Mauritania.*
- 19/4/1989 Argelia expulsa de su territorio a seis etarras con destino a la República Dominicana.
- 20/4/1989 Argelia da por finalizada su intervención en las conversaciones entre el Gobierno español y ETA.
- 2/5/1989 España presta ayuda a Senegal y Mauritania a causa del enfrentamiento entre ambos países.
- 6/5/1989 El Frente Polisario solicita la mediación de Felipe González en las negociaciones entre saharauis y Marruecos.
- 14/5/1989 *Argelia y Marruecos intercambian los instrumentos de ratificación del Acuerdo de delimitación de fronteras de 1972.*

- 21/5/1989 Viaje privado de Felipe González a Marruecos para entrevistarse con Hassan II sobre el proceso de paz en Oriente Próximo.
- 28/5/1989 Argelia expulsa a Venezuela a los últimos 11 españoles vinculados a ETA.
- 5-6/6/1989 Francisco Fernández Ordóñez, ministro de Asuntos Exteriores, visita Argelia: apoyo español al proceso de reformas argelino; institucionalización de reuniones periódicas de alto nivel.
- 19/6/1989 Acuerdo de hermanamiento entre Tlemecén y Granada.
- 29/6/1989 Entrada en vigor del Acuerdo Militar Hispano-Tunecino firmado en diciembre de 1987 en Túnez.
- 10/7/1989 Créditos del ICO a Argelia por valor de 33.000 millones de pesetas.
- 4/8/1989 Diez bancos españoles y seis argelinos firman dos Acuerdos financieros para apoyar las exportaciones españolas a Argelia por valor de 255 millones de dólares.
- 25/8/1989 Bachir Mustafá Sayyed, responsable de Relaciones Internacionales del Frente Polisario, solicita a España que medie ante el rey Hassan II de Marruecos.
- 1/9/1989 Luis Yáñez, secretario de estado para la Cooperación Internacional, preside la delegación española en los actos conmemorativos del vigésimo aniversario de la Revolución Libia.
- 25/9/1989 Primera visita oficial a España de Hassan II: Acuerdo de Cooperación en el ámbito de la Defensa, Acuerdo de sobre promoción y protección recíproca de inversiones y Acuerdo adicional sobre el enlace fijo entre Europa y África a través del estrecho de Gibraltar.
- 17/10/1989 Acuerdo marco entre Repsol y Sonatrach.
- 28/11/1989 Yuma Farjani, director general para Europa del Ministerio de Asuntos Exteriores de Libia, visita por primera vez España tras el deterioro de las relaciones bilaterales en 1986; Libia pide ayuda a España para que la CEE levante sus sanciones.
- 7/12/1989 Enagás y Repsol firman Acuerdos de cooperación petroquímica y gasística con Libia.
- 13/12/1989 Entrevista en Madrid entre Felipe González y Azzedin Laraki, presidente del Gobierno marroquí.

- 21-23/1/1990 *Reunión en Túnez del Consejo Presidencial de la UMA.*
- 30/1/1990 Comisión mixta hispano-libia: Acuerdo de Cooperación Bilateral.
- 5/2/1990 Apolonio Ruiz Ligeró, secretario de Estado de Comercio, visita Libia: Acuerdo para que Libia pague su deuda de 3.800 millones de pesetas.
- 16/5/1990 Bachir Mustafá Sayyed, secretario general de Relaciones Internacionales del Frente Polisario, visita Madrid: entrevista con Francisco Fernández Ordóñez.
- 22/5/1990 Hansi Uld Didi, ministro de Asuntos Exteriores de Mauritania, visita Madrid: Acuerdo Científico-Técnico de Cooperación Bilateral.
- 15/6/1990 *Argelia: Victoria del Frente Islámico de Salvación (FIS) en las elecciones municipales.*
- 2/7/1990 Abdellatif Filali, ministro marroquí de Asuntos Exteriores, visita Madrid.
- 22/7/1990 El Istiqlal propone la mediación del Papa para liberar Ceuta y Melilla.
- 19/8/1990 Visita privada de Felipe González a Rabat, donde se entrevista con Hassan II.
- 2/8/1990 Iraq invade Kuwait.
- 15/11/1990 José Luis Corcuera, ministro del Interior, visita Marruecos para abordar el dossier de la emigración y la droga.
- 14/12/1990 *Huelga general en Marruecos: graves disturbios en Fez.*
- 20/12/1990 Felipe González visita Marruecos con motivo de la Primera Cumbre bilateral de Jefes de Gobierno.
- 22/12/1990 Chadly Benjedid, presidente de Argelia, visita España en el marco de una gira por varias capitales europeas para abordar el conflicto del Golfo.
- 13-18/2/1991 Francisco Fernández Ordóñez, ministro de Asuntos Exteriores, realiza una gira por los cinco países del Magreb explicando la posición del Gobierno español ante la guerra del Golfo.

- 15/4/1991 España exige, tras varios aplazamientos, visados a los ciudadanos magrebíes que se desplacen a España.
- 4/7/1991 Su Majestad Juan Carlos I y el presidente del Gobierno visitan Marruecos: firma de un Tratado de Amistad y Buena Vecindad.

XXI

BIBLIOGRAFÍA MAGREBÍ COMENTADA

Bernabé López García y Miguel H. de Larramendi

1. GEOGRAFÍA

El panorama editorial español únicamente se ha hecho eco de una descripción geográfica sobre el Magreb con la publicación de la obra de H. Isnard *Le Maghreb*, PUF, París 1966 (versión española, Ariel, Madrid, 1979). Hay que resaltar sin embargo el clásico de J. Despois y R. Raynald, *Géographie de l'Afrique du Nord-Ouest*, Payot, París, 1975, así como el volumen coordinado por J. F. Troin *Le Maghreb hommes et espaces*, Armand Colin, París 1985, con capítulos dedicados al medio natural y su ordenación, al agua y su relación con el desarrollo, a la demografía y urbanización, a las estructuras agrarias, la industrialización y la regionalización. Una visión geográfica que va más a los problemas y a las soluciones, trascendiendo la mera descripción.

2. EL MAGREB COLONIAL

Sobre el Magreb colonial existen varias obras clásicas de obligada consulta; la obra de A. Laroui *L'Histoire du Maghreb. Un essai de synthèse*, Maspero, París, 1970, primer intento por parte de un historiador magrebí de articular una lectura alternativa a la historia de la región, es una réplica a la interpretación occidental de la Historia y las sociedades magrebíes.

Sobre la sociedad magrebí colonial hay que acudir a la obra de J. Berque *Le Maghreb entre les deux guerres*, Seuil, París 1962, mientras que si se está interesado en una panorámica de la vida política norteafricana en su conjunto durante el período colonial se deben consultar las obras de Ch. A. Julien *L'Afrique du Nord en marche. Nationalismes musulmans et souveraineté française*, Julliard, París, 1952, y R. Le Tourneau *L'Evolution Politique de l'Afrique du Nord Musulmane (1920-1961)*, Armand Colin, París, 1962. La obra de P. Balta *Le Grand Maghreb. Dés Indépendences á l'an 2.000*, La Découverte, París, 1990, es un complemento útil a las obras anteriores, pues el autor presenta, en apretada síntesis, la historia política de los cinco estados magrebíes desde sus indepen-

dencias prestando especial interés a los conflictos interregionales, que han dificultado el proceso de integración política magrebí.

En España, además de las obras de T. García Figueras publicadas en torno a las independencias magrebíes, hay que destacar las consagradas a la zona norte de Marruecos de las que es autor V. Morales Lezcano: *El colonialismo hispanofrancés en Marruecos*, Siglo XXI, Madrid, 1976, y *España y el norte de África: El Protectorado de España en Marruecos (1912-1956)*, UNED, Madrid, 1986.

3. POLÍTICA Y ECONOMÍA

La obra colectiva *Introduction à l'Afrique du Nord Contemporaine*, CNRS, París, 1975, es una obra de referencia sobre las sociedades y los estados magrebíes de los primeros años de la independencia. Para profundizar en el conocimiento de la estructura político-institucional del Magreb hay que recurrir a obras como la de M. Camau *Pouvoirs et Institutions au Maghreb*, CERES, Túnez, 1978, radiografía de los regímenes políticos de Argelia, Marruecos y Túnez desde una perspectiva politológica; en esta misma perspectiva es obligado citar alguna de las obras colectivas extraídas del *Annuaire de l'Afrique du Nord* y publicadas por el «Centre de Recherches et Etudes sur les Sociétés Méditerranéennes», hoy transformado en IREMAM, entre las que destacamos *Developpements Politiques au Maghreb*, CNRS, París 1979. Sobre los procesos de transición que vive el Magreb en los últimos años se celebró en Madrid un coloquio en mayo de 1990, cuyas actas han aparecido en el libro de B. López, G. Martín y M. H. de Larramendi (eds.) *Elecciones, participación y transiciones políticas en el Norte de África*, ICMA, Madrid, 1991. El preponderante papel del estado en las sociedades magrebíes y las transformaciones económicas y sociales de los últimos años son analizados en *Etat et développement dans le monde arabe*, CNRS, París, 1990, y en Bassma Kodmani-Darwish *Maghreb: les années de transition*, Masson, París, 1990. También es preciso retener entre la escasa bibliografía en castellano sobre el tema el trabajo de A. Calatrava y A. M.^a Melero *Política y Economía en los países del Magreb: sus relaciones con España en el marco de la CEE*, Instituto Hispano-Árabe de Cultura, Madrid, 1986.

4. EL GRAN MAGREB

Los progresos realizados, a partir de mediados de los años ochenta, en el camino hacia la «Unidad Magrebí» revitalizaron los enfoques comparativos y las tentativas de aprehensión global de un Gran Magreb a cinco, que por primera vez incluyera a Libia y Mauritania, al tiempo que el monopolio de la lengua francesa en los estudios sobre el Magreb comenzaba a ser cuestionado por trabajos de estudiosos mediterráneos y norteamericanos.

En 1985 H. Barakat editó *Contemporary North Africa. Issues of Development and Integration*, Croom Helm, Londres, 1985, interesante libro colectivo, que recoge desde una perspectiva anglosajona-magrebí, un análisis multidiscipli-

plinar de la región magrebí en sus aspectos políticos, económicos, culturales y de proyección internacional. Alain Chaisse y Gérard Conac coordinaron a su vez *Le Grand Maghreb. Données sociopolitiques et facteurs d'intégration des Etats du Maghreb*, Económica, París, 1988, obra que intenta determinar, a través del estudio de los regímenes políticos, opciones económicas y cuestiones culturales de los cinco países magrebíes, cuales son los elementos que pueden favorecer o dificultar las tentativas de integración política y económica de esta región.

Junto a estas obras colectivas, que abordan el proceso de integración magrebí desde posiciones interdisciplinarias, hay que retener monografías que analizan las vicisitudes del ideal unitario magrebí desde un enfoque histórico (M. Brondino, *Il Grande Maghreb: mito e realtà*, Franco Angeli, Milán, 1988, o desde una perspectiva económica barnizada de recuerdos personales (M. Filali, *al-Magrib al-ʿArabī: nidāʾ al-mustaqbal*) (*El Magreb Árabe. Una llamada del futuro*), CERES, Túnez, 1988.

5. SAHARA

La traumática descolonización del Sahara en 1975 favoreció un cierto interés editorial español por la historia y el proceso de descolonización del antiguo territorio español; periodistas, militares y diplomáticos sintieron la necesidad de aportar su visión sobre este tema; entre las obras publicadas recientemente destacamos el estudio serio y riguroso de F. Villar *El proceso de autodeterminación del Sahara*, Fernando Torres, Valencia, 1982, así como el monumental esfuerzo de síntesis de J. R. Diego Aguirre *Historia del Sahara español*, Kaydeda, Madrid, 1988.

6. MOVIMIENTOS SOCIALES

La laguna bibliográfica en España sobre temas socio-políticos del Magreb y del mundo árabe en general va siendo superada lentamente y sólo en los últimos años se ha iniciado un tímido proceso de «nacionalización de la bibliografía» sobre esta región. Sobresalen las obras de B. López García *Política y Movimientos sociales en el Magreb*, C.I.S., Madrid, 1989, obra de síntesis sobre las relaciones entre nacionalismos y movimiento obrero, ensayo histórico sobre las principales corrientes sociales de Argelia, Marruecos y Túnez desde el período colonial hasta 1988, así como la de D. del Pino *Marruecos entre la tradición y el modernismo*, Universidad de Granada, Granada, 1990, en la que analiza el funcionamiento político-institucional del régimen marroquí, así como sus relaciones con España.

7. ISLAMISMO

El desarrollo desde finales de los años setenta del islamismo, nueva fuerza política que, utilizando el lenguaje conceptual coránico, cuestionaba la legali-

dad de los regímenes surgidos tras las independencias, suscitó el interés de sociólogos y politólogos europeos y árabes. Entre las obras recientemente publicadas, destacamos las de F. Burgat *L'Islamisme au Maghreb: la voix du Sud*, Karthala, París, 1988; A. Lamchichi *Islam et contestation au Maghreb*, L'Harmattan, París, 1989, así como una de las obras colectivas publicada por el «Centro de Estudios para la Unidad Árabe» *Al-Harakāt al-Islāmiyya al-Murāṣira fī-l-Waṭan al-ʿarabī*, Beirut, 1987.

8. MIGRACIONES

El fenómeno migratorio en el Mediterráneo ha sido más estudiado en nuestro país, paradójicamente, en su vertiente de la proyección hispánica hacia el Magreb. J. B. Vilar ha sido el iniciador de esta serie de estudios, con obras como *Emigración española en Argelia (1830-1900)*. *Colonización Hispánica de la Argelia Francesa*, CSIC, Madrid, 1975, y *Los españoles en la Argelia francesa (1830-1914)*, CSIC, 1989, y que ha continuado J. F. Bonmatí Antón (próxima edición en MAPFRE de su libro *Espanoles en el Norte de África. Siglos XIX y XX*). Recientemente, sin embargo, el Institut Català d'Estudis Mediterranis ha publicado bajo la coordinación de M. A. Roque *Els Moviments Humans en el Mediterrani Occidental*, Barcelona, 1984, con trabajos de gran interés sobre las migraciones magrebíes en Cataluña, España y Europa.

9. POLÍTICA EXTERIOR

La política exterior del Magreb no cuenta con una obra de conjunto, si exceptuamos el libro colectivo coordinado por H. Michel y J. C. Santucci *Le Maghreb dans le Monde Arabe ou les affinités sélectives*, CNRS, París, 1987. Existen estudios parciales sobre las políticas exteriores de cada estado, como las de N. Grimaud *La Politique extérieure de l'Algérie*, Karthala, París, 1984; A. Berramdane *Le Maroc et l'Occident*, Karthala, París, 1987, y R. B. St. John, *Qaddafi's world design*, Saqi Books, Londres, 1987. Una aproximación española al tema es la obra colectiva prologada por A. Marquina *Estrategia del Mediterráneo Occidental y del Magreb*, Madrid, 1983, que recoge las contribuciones de expertos europeos y magrebíes a un coloquio organizado en Toledo en 1982 por el Instituto de Cuestiones Internacionales.

10. ESPAÑA-MAGREB

Las relaciones hispano-magrebíes han sido abordadas en el pasado y globalmente en el ya clásico estudio de D. Sevilla Andrés *África en la política española del siglo XIX*, CSIC, Madrid, 1960, y en la obra de M. A. de Bunes Ibarra *La imagen de los musulmanes y del Norte de África en los siglos XVI y XVII. Los caracteres de una hostilidad*, CSIC, Madrid, 1989. Estudios de interés por países son los de R. Lourido Díaz Marruecos y el mundo exterior en la segunda mitad del siglo XVIII, ICMA, Madrid, 1989, y de M. de Epalza y J. B. Vilar *Planos y Mapas hispánicos de Argelia. Siglos XVI y XVII*, Madrid, 1988.

COLECCIÓN
SEFARAD

Diáspora sefardí.

La Inquisición y los judíos.

Lengua sefardí.

Sinagogas y barrios judíos en España.

Los judíos en Portugal.

La ciencia hispanojudía.

Literatura sefardí.

La expulsión de los judíos de España.

Polémica y convivencia de las tres religiones.

COLECCIÓN
AL-ANDALUS

Reino Nazarí de Granada.

Árabe andalusí y lenguas romances.

Invasión e islamización.

Individuo y sociedad en Al-Andalus.

Al-Andalus y España en la literatura y el pensamiento árabes contemporáneos.

Castillos.

Ciudades hispanomusulmanas.

Literatura hispanoárabe.

La ciencia de los antiguos en Al-Andalus.

Toledo y las escuelas de traductores.

Córdoba y el Califato.

Los Reinos de Taifas y las invasiones magrebíes.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de mayo de 1992.

El libro *España-Magreb, siglo XXI*, coordinado por Bernabé López García, forma parte de la Colección «El Magreb», que analiza las relaciones —complejas y necesarias— mantenidas durante los últimos seiscientos años entre el Magreb y la Península Ibérica.

COLECCIÓN EL MAGREB

- Españoles en el Magreb, siglos XIX y XX.
- Los moriscos antes y después de la expulsión.
- El Protectorado de España en Marruecos.
- España-Magreb, siglo XXI.

En preparación:

- El Magreb y España.
- Portugal en el Magreb.
- Españoles en el Norte de África, siglos XV y XVIII.

La Fundación MAPFRE América, creada en 1988, tiene como objeto el desarrollo de actividades científicas y culturales que contribuyan a las siguientes finalidades de interés general:

Promoción del sentido de solidaridad entre los pueblos y culturas ibéricos y americanos y establecimiento entre ellos de vínculos de hermandad.

Defensa y divulgación del legado histórico, sociológico y documental de España, Portugal y países americanos en sus etapas pre y post-colombina.

Promoción de relaciones e intercambios culturales, técnicos y científicos entre España, Portugal y otros países europeos y los países americanos.

MAPFRE, con voluntad de estar presente institucional y culturalmente en América, ha promovido la Fundación MAPFRE América para devolver a la sociedad americana una parte de lo que de ésta ha recibido.

Las *Colecciones MAPFRE 1492*, de las que forma parte este volumen, son el principal proyecto editorial de la Fundación, integrado por más de 250 libros y en cuya realización han colaborado 330 historiadores de 40 países. Los diferentes títulos están relacionados con las efemérides de 1492: descubrimiento e historia de América, sus relaciones con diferentes países y etnias, y fin de la presencia de árabes y judíos en España. La dirección científica corresponde al profesor José Andrés-Gallego, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.



XIX
4

Bernabé López y otros

ESPAÑA-MAGREB, SIGLO XXI

COLECCIÓN EL MAGREB